This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 9610.16

Harvard College Library

GIFT OF

Archibald Cary Coolidge, Ph.D.

(Class of 1887)

PROFESSOR OF HISTORY

From the Collection of

Manuel Segundo Sánchez

of Caracas, Venezuela

General Antonio Paredes.

Diario de mi prisión en San Carlos.

1901.

In memoriam

1907.

MSS

DIARIO DE MI PRISIÓN

en San Carlos.

GENERAL ANTONIO PAREDES.

DIARIO DE MI PRISIÓN
en San Carlos.

1901.

SA 9610.16

Harvard College Library
APR 5 1915
Gift of
Prof. A. C. Coolidge

General Antonio Paredes †

Asesinado por orden de Cipriano Castro, en la noche del 15 al 16 de Febrero de 1907, á las 3 a. m. abordo del vapor "Socorro", en las aguas del Orinoco.

PRÓLOGO.

Un ilustrado venezolano del Estado Zulia, á quien creo conocer pero cuyo nombre no me es dado revelar porque él se ha empeñado en conservar el incógnito, al saber que yo escribía sobre el Castillo de San Carlos y solicitaba datos respecto á la fecha en que fué construido, su costo, quién ordenó su construcción, y demás pormenores que pudieran servirme para dar en este prólogo una noticia detallada, me envió por órgano de un amigo de ambos, las interesantes líneas que copio en seguida: "Después que Baralt y Codazzi publicaron sus respectivos *Resúmenes* de historia y geografía de Venezuela, casi todos los escritores que se han ocupado del Castillo de San Carlos no han hecho más que repetir respecto á este los informes que traen esos libros. Algunos los han copiado textualmente. Pero es indudable que deben existir detalles interesantes desconocidos por todos esos autores, tales como el año en que se erigió la fortaleza, quién dispuso su construcción, quienes dirigieron la obra y lo que costó al gobierno español. Con relación á esto último, el paciente y laborioso coleccionador de datos estadísticos señor Landaeta Rosales, en un cuadro de una de sus publicaciones,

avalora el castillo en B. 2.000 000 „ -; pero no dice, si recuerdo bien, que esta noticia sea oficial. Ignoro si los detalles que he mencionado han sido alguna vez publicados, cuando y dónde; y sería sensible que quiénes los posean continuaran conservándolos inéditos porque hacen falta á cuantos se dedican al estudio de estos interesantes pormenores históricos. Baralt, maracaibero por nacimiento, fuente quizá la más utilizada por los historiadores venezolanos que le han sucedido, indica en la parte antigua de su narración, los años en que fueron construidos algunos castillos en el país, especialmente los de Guayana, pero no favorece con este recuerdo al de San Carlos. Esta distinción á Guayana juzgo que ha obedecido más al hecho singular de que dos de sus fortalezas se erigieron con caudales de particulares, ofrecidos por éstos al Gobierno, en momentos de penuria para la nación y de peligros para sus posesiones en América, amenazadas por piratas ingleses y de otras nacionalidades.

Antes que la fortaleza de San Carlos, se sabe que los españoles construyeron la de Zapara para defender la barra de Maracaibo, mas esta última muy pronto hubieron de inutilizarla las aguas "formando un canal distinto del que barrían sus fuegos." La primera, situada frente á la segunda, se distingue mar afuera á la distancia de unas siete millas; llámase aquella San Carlos, probablemente en honor de algún beatificado de la Iglesia ó como recordatorio del nombre del monarca español en cuyo reinado se hizo la obra, si nos atenemos á la costumbre de los dominadores iberos, que mucho imitamos los republicanos

de estos países; la otra, Zapara, que fué mas bien un fortín, es el nombre de la tribu indígena que habitaba el punto en que se erigió.

Apesar del objeto á que se han destinado esos baluartes, es lo cierto que en muchas ocasiones han burlado sus fuegos forzando la barra, primero los filibusteros, luego los combatientes por la emancipación de la metrpoli europea y más tarde los luchadores en las guerras civiles de la República. Sin negar la importancia del acto héroico del pirata francés, cuando solo existía Zapara, y sin negar tampoco los hechos no menos heróicos, aunque sí ineficaces, de los dias de la República, el lago de Maracaibo séra eternamente célebre por la acción realizada en él por el más tarde infortunado General Padilla. Esto con referencia á la historia militar, que en cuanto al aspecto físico la naturaleza ha sido pródiga con ese sitio en cuyo seno se derraman numerosos ríos, varios navegables; cuya hermosura inspiró á los descubridores el nombre que tomó toda la nación, é invita siempre á la placidéz contemplativa; motivos que hacen tanto más triste el confundir de los gemidos de repúblicos dignos que en San Carlos padecen, con el rumor de las ondas del lago imponente! Porque San Carlos, mantenido para defensa del territorio patrio, háse convertido por la voluntad de execrables tiranos en ergástulo horroroso para los defensores de la libertad.

Si bien el impulso de la propia conservación, en Venezuela como en todas partes, ha dado lugar á la construcción de los castillos, fortines y demás baluartes, los nuestros, quiero suponerlo así en obsequio de los

buenos estratégicos de la colonia, no debían inspirar absoluta confianza en aquella época; entonces apenas sirvieron mal al propósito, y después, en lo que lleva de vida independiente la República, no recuerdo que hayan alcanzado éxito alguno por respecto de defensa. Dan limitado respeto á algunos puertos, y esto es todo su oficio. No hay para qué agregar que la escuadra de la potencia que como marítima figure en Europa en la más modesta escala, arruinaría hoy, en pocas horas, todos los puntos de defensa que poseemos en nuestros puertos. Para deducir mayores consecuencias de este particular, aun cuando al más lego las principales no se ocultan, bueno es imponerse de lo que dicen Depons, Baralt y Codazzi.

Copiaré á seguidas, sintetizándolos, algunos datos del último de los autores citados. El Castillo de San Carlos está fabricado en la punta oriental de la isla del mismo nombre, la más grande que posée el Estado Zulia sobre la costa del mar. Mide 39 008 metros (7 leguas) de largo y 2786 ($^1/_2$ legua) de ancho; pero si tomamos en cuenta que estas medidas las dió el géografo nombrado en 1841, y la aseveración del mismo de que tanto la referida isla como las llamadas Zapara, Pájaros, Pescadero y Bajo Seco se han formado por "las acumulaciones de las tierras que acarrean las aguas del lago y las arenas que mueven las del mar", el largo y el ancho anotados han debido sufrir cambios en el transcurso de sesenta y cinco años. Playas áridas eran entonces las de San Carlos en la parte del Norte, en tanto que las costas del sur lucian una vegetación siempre verde de altos manglares que simulaban un oasis para el viajero que

visitara antes el centro de la isla, abundante en médanos de arena donde no crecen las plantas, — si no son uvas marinas ó gramíneas salitrosas, únicos alimentos de las cabras que allí pacen.

El pueblo que en San Carlos existe ha sido fundado por los prácticos que allí llevaron sus familias, y está situado cerca del castillo. Por el poniente de este se levanta la isla de los Pájaros, casi toda anegada y cubierta de manglares; tiene más ó menos 2 000 metros, y forma un pequeño canal con la de San Carlos, separada á su vez por otro canal de la de Zapara, situada al Norte, á distancia de 2 800 metros. En estos canales y los caños allí cerca, el Oribono y el Paijana, solo pueden navegar embarcaciones pequeñas. Su vegetación, como la de Zapara, es de manglares. Nombraré también á Bajo Seco que tiene poco más ó menos 2 000 metros, cubierta de mangles, lagunas y playas de arena, y célebre con triste celebridad en nuestros anales de contiendas intestinas. Cuando los patriotas se apoderaron del lago construyeron en esta isla un fuerte que careciendo de muchas condiciones para su conservación huho de abandonarse bien pronto á su ruína total."

Hasta ahí los informes del inteligente literato maracaibero. Incompletos como son, dan, sin embargo, una idea bastante clara sobre muchas particularidades del castillo donde tuvieron efecto las ocurrencias que refiero en este libro. El autor de esas líneas me lica al fin de ellas que consulte varias obras y olecciones de periódicos en las que tal vez podría contrar lo que buscaba; pero no hallándose aquellos las bibliotecas á mi alcance, y siendo cuestión de

varios meses hacerlos venir de Venezuela ó de Europa, probablemente para no obtener al fin resultado alguno satisfactorio, dejo á otros esos esclarecimientos, que además no son indispensables al objeto de mi libro, y paso á decir algo de este.

He escrito en forma de diario la historia de la prisión que sufrí en el castillo mencionado: lo que vi, lo que hize, lo que pensé en los diferentes circunstancias; lo que hicieron ó dijeron los que estuvieron en contacto conmigo. No teniendo á mi salida de allí sino las copias de las dos cartas que aparecen en el cuerpo de la obra y algunas de los fechas de los acontecimientos más importantes, he obtenido otras, como las de la muerte de los Generales Carabaño Izarra y Medina, después de ese tiempo. Cuando en septiembre del año antepasado resolví empezar á escribir estas memorias, trabajo que tuve que abandonar poco después, y del cual no había podido volver á ocuparme hasta hace tres meses, situé esas fechas ó los acontecimientos que ellas señalan á manera de jalones ó puntos de mira en el espacio de tiempo que me proponía historiar, y luego he distribuido en los intervalos los otros hechos en las fechas que más ó menos les corresponden, fijando estas sólo con el objeto de ordenar la narración. Como los hechos en sí mismos son estrictamente verdaderos, poco importa que ocurrieran antes ó después de los días en que aparecen en la relación, ó que, para hacer esta más viva y leíble, refiera á veces como ocurriendo en un solo día lo que pasó en varios. Lo indispensable es que no haya en el libro nada que no sea auténtico, y por ello, si se compara el tiempo

invertido en escribirlo con su extensión, resulta aquel sumamente corto. No es lo mismo escribir inventando que recordando: para hacer bien lo primero se necesitan talento y calma, para hacer lo segundo con claridad, que es á cuanto yo aspiro, sólo he requerido un tiempo relativamente escaso y alguna memoria.

Teniendo el propósito de mostrar la prisión por dentro á los que quieran verla, me ha sido preciso, por decirlo así, constituirme preso de nuevo, á fin de poder reproducir en mi imaginación todas los escenas con la mayor exactitud posible, experimentando las mismas impresiones que experimenté en ese tiempo de ingrata recordación, para que volvieran á surgir las mismas ideas que entonces tuve.

Antes de pasar adelante cúmpleme advertir que este libro no ha sido escrito para que lo lean damas, y que la que lo tamare en sus manos al llegar á este punto haría bien en cerrarlo si no quiere informarse de asuntos que no le conviene conocer. Una señorita no puede ver el interior de una prisión, ni oir sin perjuicio y desdoro muchas de las conversaciones que allí tienen lugar entre gentes de distintas clases y caracteres.

Después de mi salida del Castillo de San Carlos la vida de los presos allí y en el castillo de Puerto Cabello se ha hecho mucho más penosa que antes, porque pareciendo sin duda al "*¡ Restaurador de Venezuela !*" insuficientes para satisfacer su cólera los tormentos que ocasionaban la pérdida de la libertad, los grillos, el hambre, la falta de aire y todas las demás miserias de que se dá noticia en el curso de estas páginas, á muchos de ellos los ha mandado unir

de dos en dos por las piernas, con los mismos grillos que antes servían para uno.

Si hubiera sido posible que yo llevara un diario en la prisión, en el cual hiciera constar todas y cada una de las ocurrencias que tuvieron lugar en el tiempo que estuve en ella, habría llenado muchos volúmenes; pero habría tenido que repetir muchas cosas infinidad de veces y la narración se habría hecho pesada. En la forma que he elegido, concretándome á referir los hechos principales, me parece que doy una idea clara de la vida que se lleva en las prisiones de Venezuela y de las lastimosas condiciones en que se encuentra hoy el país en general. Quien se tome el trabajo de leer lo que sigue podrá jusgar si me he equivocado.

ANTONIO PAREDES.

Port of Spain, 1906.

DIARIO DE MI PRISIÓN
en San Carlos.

He odiado la iniquidad y amado la justicia. Por eso muero en el destierro.

GREGORIO VII.

Yo he rendido culto al honor y amado á mi país, por eso vivo en una prisión . . . . . .
. . . . . .

ANTONIO PAREDES.

1901

En el calabozo nº 14

La Conspiración

Agosto 12, á las 3 de la tarde.

En este momento he recibido un papel en que unos soldados desconocidos me dicen que dos compañías, de las cuatro que forman la guarnición de la fortaleza, están decididas á sublevarse é irse, y me proponen que me ponga á su frente.

Después del fracaso de las tres tentativas de evasión que he hecho en los veinte meses que llevo

en este antro, me había resignado á pasar el tiempo en la sociedad de algunos buenos libros, de los muchos que me envía mi familia, esperando que algún suceso imprevisto me devolviera la ansiada libertad, ya que no me habían quedado ningunos medios para procurármela por mi mismo.

Pero he aquí que este papel ha vuelto á hacer lucir ante mi imaginación la perspectiva de días mejores en un porvenir inmediato, la esperanza de volver á ser dueño de mi individualidad, de recuperar mi autonomía de volver á ser hombre! . . .

Á las 4.

Sabiendo que el papel, antes de llegar á mis manos, había sido visto por los doctores Elímenas y Edecio Finol, y Francisco de P. Meaño Rojas, quienes no piensan como yo en política; y que dentro de poco no habría aquí uno solo que ignorara lo que me han propuesto los soldados, he preferido « hacer de la necesidad virtud », adelantándome á comunicar la novedad á los otros presos, para tratar de atraerlos á mis planes con esa prueba de confianza.

Les he dicho que es esta la ocasión de adueñarnos del castillo y de los numerosos elementos de guerra acumulados en él, para iniciar una revolución que podría echar por tierra el ominoso gobierno de Cipriano Castro; que si la perdemos, tal vez no se presentará otra y se prolongarán por años nuestros sufrimientos. Les he explicado la posibilidad de efectuar un movimiento de consecuencias verdaderamente trascendentales para el país, y que para ello no se necesita sino un poco de resolución; que los

peligros de la empresa son más aparentes que reales; que si somos prudentes y discretos la realizaremos tan pronto como pongamos en orden las cosas y hagamos los preparativos indispensables con los medios que acaban de venirnos á las manos.

Exceptuando cuatro ó cinco que no son militares — entre los que están los que recibieron y me hicieron llegar el papel — los otros han acogido mis ideas con calor y están dispuestos á cooperar en lo que se les necesite; los recelos políticos han desaparecido; hoy no somos sino los oprimidos de un mismo tirano que vamos á unir nuestros esfuerzos para librarnos del cautiverio y para tratar de prestar á la Patria un inmenso servicio, arrancándola de las garras de un verdugo.

He contestado á los soldados que acepto la proposición; que mañana les enviaré instrucciones para que empezemos á prepararnos y que al estar listos daremos el golpe que nos abrirá todas las puertas . . .

Á las 6 de la tarde.

Desde la reja de mi calabozo veo algunos individuos de tropa en las explanadas, formando pequeños grupos. Se conoce que mi aceptación los ha entusiasmado. De temerse es ahora que una indiscreción vaya á comprometer el éxito. Sólo me explico la libertad y desenfado con que anda asa gente en esencia de los centinelas, porque éstos estén también la conjuración. Lo que es más raro es que haya a poca vigilancia en los jefes: ¡Cómo se conoce ie son militares novicios! . . .

El jefe actual del castillo es un comerciante de uno de los pueblos del Táchira, á quien Castro ha vestido con un uniforme, pero que á pesar de eso se ocupa más de los negocios que de las tropas y de la fortaleza. Á los presos sin duda nos considera en completa seguridad porque estamos dentra de estos muros. Desde que estoy aquí, nunca había visto semejante descuido y me prometo que lo pagarán caro . . .

El Miedo hace una de las suyas.

Martes 13 en la tarde.

Hoy he notado un gran desaliento en algunos de los presos. Pasado el primer momento de entusiasmo, seguramente se dieron á pensar durante la noche y vino el Miedo, esa vergonzosa enfermedád de las almas débiles, á sugerirles vacilaciones inapropiadas á las circunstancias. Al verlos tan tristes y reservados les he preguntado la causa, y he tenido la pena de cerciorarme de la verdad de mi presunción. Se han exagerado los peligros. Me han hecho varias objeciones, mal disfrazadas, que evidentemente son hijas del temor. Ya algunos se contemplan cargados de grillos, con las piernas maltratadas y doloridas; y los más tímidos se imaginan que van á ser fusilados ó traspasados á bayonetazos por los feroces andinos. La idea de la sangre los espanta, y la poca que tienen les ha afluido al corazón y estan pálidos y desconcertados, por más que se esfuerzan en aparentar serenidad: se ve que durmieron mal anoche y los habrá que no durmieron absolutamente . . .

Unos dicen que sin haber oficiales comprometidos no se puede hacer nada, por más decisión que muestre la tropa; otros que el Congreso que se reunirá dentro de seis meses *sin duda* nos pondrá en libertad; que más vale esperar, y no exponernos á perder la vida en una intentona tan temeraria; que ellos realmente no temen por la vida, pero que yo bebo convenir en que sería sensible perderla tan tontamente; que "quien aguanta lo más, aguanta lo menos"; que seis meses se pasan como nada, y otros cosas por el estilo . . .

Exaltadas las imaginaciones y entregadas á toda clase de ideas pesimistas, no hay cosa triste ó temerosa que no se les presente como realidad, al punto que he llegado á ponerme en cuidado.

He tratado de reanimarlos y distraerlos. Les he dicho que bien saben ellos lo que son los Congresos de Castro; que tanto debemos esperar de los venideros, como hemos obtenido de los pasados; que los hombres de esas Asambleas, escogidos cuidadosamente por el mismo Castro entre los más serviles, no se atreven á hablar por nosotros por temor de disgustar al amo y perder el sueldo; que Castro no obedece más ley que su voluntad, y que visiblemente la tiene de dejarnos aquí por tiempo indefinido; que por más que nosotros pesemos poco como militares ó políticos, él prefiere tenernos guardados; que el que se haga ilusiones con respecto al poder del Congreso ó de los sentimientos de justicia de Castro, es porque quiere, porque lo que hemos visto y lo que hemos sufrido nos revela que no tenemos nada que esperar. Les he dicho que los que no quieran concurrir á la empresa, en el momento dado podrán quedarse en

sus calabozos, donde no correrán peligro alguno; que si perdemos esta ocasión de salir de está mansión de miserias, debemos despedirnos del mundo por años, y que quién sabe si algunos dejaremos aquí los huesos; que pienso organizar las cosas de modo que no habrá bayonetazos ni fusilamientos, y nos adueñaremos de la forlaleza exponiéndonos á peligros mucho menores que los que todos hemos afrontado en otras ocasiones sin un móvil tan importante; que el único peligro real que corremos es el de una indiscreción ó una denuncia; pero que por lo pronto los que conocen el secreto, tanto la tropa como los presos, están muy interesados en salir de aquí para que nos delaten; y que respecto á la prudencia y á la discreción, no me cansaré de recomendarlas . . .

Pero contra el miedo no hay argumentos. Cuando la voluntad de cada individuo no se sobrepone por sí misma á las cobardes sugestiones de la materia, aquel enemigo de la dignidad y de la gloria ejerce un imperio tiránico: oscurece las inteligencias; paraliza las fuerzas del cuerpo; pone en las caras una expresión indescriptible que inspira repulsión al par que lástima; hace mover las bocas para decir despropósitos y cosas fuera de razón. ¡Dá pena ver como se transforman y desfiguran los hombres bajo la influencia de ese agente funesto! . . .

Los paganos han escrito con grandes visos de verdad que la Providencia ha puesto miedo en todas sus criaturas para impedir que arriesguen la vida á cada paso; y también dejaron consignado que el dios Pan, ó sea la naturaleza, tiene el poder de producir terrores infundados ó pánicos.

Convengo en que el miedo que nos preserva de aventurarnos sin objeto en los peligros, ha debido ser puesto dentro de nosotros por el Creador del Universo en su eterna bondad; pero del mismo modo considero degradante y ridículo atender á sus sugestiones cuando no tienen fundamento, ó cuando aun teniéndolo muy sólido y positivo, las circunstancias exigen que lo desatendamos. Y si el miedo que en tantas ocasiones nos envilece y nos degrada, haciéndonos inferiores á muchos irracionales, nos fué dado por el Supremo Hacedor por un sentimiento de bondad, con la intención de preservarnos de morir antes de haber cumplido nuestra misión en el mundo, ¿no será razonable suponer que la inteligencia que mide y calcula con precisión la magnitud de los peligros, y la voluntad que los afronta sin vacilar por ciertos que sean, cuando hay un fin laudable, han debido ser también puestos por Él dentro de nosotros, por Él, que es autor de todo lo grande? Sea de eso lo que fuere, sólo sé decir que cuando veo á un valiente que se lanza al peligro en defensa de una causa justa, y va impávido aunque tiene entera conciencia de lo que arriesga, no puedo menos de aplaudirlo en mi interior y pensar con el ilustre Séneca: "Sin duda es una noble cosa tener al mismo tiempo la fragilidad de un hombre y la seguridad de un Dios." En cambio, cuando alguno ó algunos, como en la ocasión presente, por temor de la muerte ó de estos ó aquellos sufrimientos desconocen sus intereses materiales, y hasta se olvidan de su dignidad, inventando falsos razonamientos para tratar de encubrir ó justificar su cobardía, mi simpatía se retira de ellos y los considero como

seres menguados dignos de lástima, cuando no de desprecio. Bien merecen estar aquí los que no son capaces de un acto de energía para obtener la libertad! . . .

Casi todos los presos se declaran contra el proyecto. — Narración y estratagema para tratar de conjurar el mal. — El plan primitivo y el definitivo.

Miércoles 14 á las 8 de la mañana.

Durante la última noche se ha producido una verdadera revolución entre los presos. De treinta más ó menos que estamos en este departamento, sólo me ha quedado uno adicto. Los otros, liberales y nacionalistas, se han negado á secundarme más ó menos abiertamente. Alguien, que no he podido saber quién es, aunque lo sospecho, viendo sin duda que á pesar de las objeciones que ayer se me hicieron, he continuado en comunicación con la tropa, y temiendo probablemente que llevase adelante mis planes por pocos que fueran los que se decidieran á seguirme, tuvo una idea maquiavélica y la lanzó en medio de los alarmados espíritus para acabar de desanimarlos . . .

Han amanecido formando grupos en los calabozos y en el patio, y dicen que "si yo me adueño del Castillo fusilaré al General José Manuel Hernández", quien está recluido con otros presos en un calabozo distante. Todos, y muy especialmente los nacionalistas, se han sublevado contra *tan bárbaro proyecto,* que han creído sin más averiguar; y han formado tal

alboroto, que he llegado á temer que los enemigos lo perciban, ó que alguno, en el propósito de impedir el movimiento, llegue hasta á denunciarme . . . "¡Humanidad pigmea!" . . . Es inconcebible que en una reunión de hombres en que la mayor parte son probados y conocidos como valerosos, hayan logrado influir las sugestiones de tres ó cuatro pusilánimes hasta el punto de hacerlos olvidar su propia conveniencia, y que por último se hayan hecho eco de esa invención infame . . . Ya no se ocupan de la Libertad, cuya imagen, que un momento vislumbraron, los hizo estremecer de alegría el dia que los impuse de la proposición de la tropa; ya no piensan en los sufrimientos de todo género que nos aguardan en esta prisión por tiempo incalculable; la única idea del momento es estorbar mis planes; en todos las fisonomías hay una expresión de hostilidad; visiblemente se me considera como á un enemigo! . . . . . .

Á las 11.

Considerando que sería una debilidad inexcusable el renunciar á mis proyectos por la oposición estúpida que se había levantado, y temiendo á la vez que si no trataba de conjurar la tempestad, no llegaría la noche sin que los enemigos estuvieran impuestos de todo, he recurrido á una estratagema.

En el calabozo nº 13 que ocupan los andinos, he reunido á estos y á algunos otros de los más activos en la oposición y les he dicho que la especie propalada hoy de que "si yo me apodero de la fortaleza sacrificaré al Geñeral Hernández", es absolutamente absurda; que ha debido ser inventada por alguien de

alma muy pequeña y muy ruin; les he preguntado en que cabeza cabría iniciar un movimiento que aspira á ganar simpatías en la República, cometiendo un crimen que lo haría odioso; y á fin de desvanecer aquella especie que me desagradó en extremo, porqué era una perfidia, he dicho, sin abandonar mi gravedad, sentándome en medio de aquel auditorio tan predispuesto á creerme hombre de ideas sanguinarias: Yo pertenezco á una raza en que la clemencia nunca se desmintió; recuerden Uds. la hisoria patria. Mi abuelo, el General José de la Cruz Paredes en su larga vida de guerra no mató á nadie, si no fué en leal combate por la libertad contra la dominación española, y eso que su impetuosidad lo llevó á realizar hechos de temeraria intrepidéz... Mi padre, he continuado, el General Manuel Antonio Paredes, comprometió doblemente su existencia y de hecho dió un rudo golpe á su carrera militar y á sus ambiciones, por oir más la voz de su corazón que la de sus intereses. Es el caso que su repugnancia á la crueldad lo llevó á un acto de insubordinación: siendo segundo Jefe del ejército á las órdenes del bravo General Rubin y exacerbado una vez por la ferocidad de éste, desconoció su autoridad y le quitó el ejército. Los reiterados fusilamientos de Rubin tenian desagradada y atemorizada la oficialidad y mi padre se decidió á aprovechar la primera aportunidad para destituir á aquel Jefe falto de sentimientos humanitarios. En efecto, un dia que éste se preparaba á continuar *moralizando* su tropa aplicando la pena fatal á un infelíz; ya en formación el ejército para asistir al cruel espectáculo, Paredes lanzó su caballo hacia el de

General Manuel Antonio Paredes.

Rubin y espada en mano le dijo: "¡General, Ud. está preso!" "¿Deveras chico?" fué la sola contestación del feróz Rubin al mismo tiempo que rendía las armas al audáz. ¡A ello lo decidió tal vez la conciencia del mal proceder!... Mi auditorio prestaba mayor atención á mi relato y he continuado para acabar de convencer á los que temian por la vida de Hernández si mi plan de evasión tenía efecto: He dicho que ese acto de insubordinación obedeció á un sentimiento de humanidad, sin embargo, en apuellos tiempos de rigurosa disciplina el caso constituía grave falta y Pedro José Rojas que á la sazón hacía y deshacía á su antojo bajo la Presidencia del anciano General Páez, siendo amigo de Rubin quiso restituirlo en el mando y fusilar al joven insubordinado, teniendo pués éste que ir á salvar la vida en las filas enemigas y destruyendo desgraciadamente con este paso forzoso, el brillo que había sabido dar á su hermosa carrera militar. ¡Asi se muestran injustas las circunstancias en ocasiones solemnes para la vida de un hombre honrado! Mi padre continuó sin embargo, adelante en las filas federales y, hombre de sólidas dotes militares, tuvo entre sus muchos subalternos al propio General Joaquin Crespo ex-Presidente de la República.

Y tócame ahora á mi recordar hechos que pueden ser confirmados por testigos presenciales y que me exhiben con sentimientos muy contrarios á los que me adjudica el Sr. que supongo partidario del General Hernández.

En la campaña Legalista hize prisionero un notable enemigo mio, el ex-Presidente de Venezuela, General Hermógenes Lopez y, ¿saben Uds. lo que

hice con él en lugar de hacerle daño alguno? Como el hecho ocurrió en las puertas de Valencia y Lopez estaba herido, lo metí en un coche y lo hize conducir al lado de su familia . . . Me costó esta repugnancia á hacer mal al rendido, una discusión con el General Crespo quien por ser rival y enemigo personal de Lopez hubiera querido quitarlo del medio . . . Y entre otras muchas ocasiones que he tenido de ejercer represalias sobre mis enemigos, sucedió que al tomar el mando de la plaza de Puerto Cabello, para resistirle á la triunfante revolución de Castro, encontré preso en aquella fortaleza á un cierto General carabobeño quien durante la persecución que le había hecho meses antes á sus guerrillas en Carabobo, me mandó á decir frases insultantes que me tenían en muy mala disposición, pero al encontrar indefenso al insultador olvidé sus insultos, y á él lo mismo que á otros muchos contrarios y enemigos gratuitos allí recluidos, los puse en libertad exigiéndoles solo palabra de honor de no volverse á alzar . . . Todo esto es bien público. Supongo, he dicho, que ahora nadie crea en el asunto que ha motivado esta narración histórica y que no se dude que Hernández hubiera sido el primero en obtener su libertad si mi plan no hubiera encontrado tal oposición.

Y he agregado: en vista de que todos se niegan á acompañarme, y considerando que yo solo no puedo llevar adelante la empresa, participaré á la tropa que no debe contar conmigo, ni con ninguno de los presos, dándoles para ello cualquier pretexto.

Para terminar les he dicho que quería hacer constar ante todos que *si he desistido* de mi intento ha sido *obligado* por ellos . . .

Mis razonamientos y mi narración han disipado sin embargo, las prevenciones; algunos han tratado de explicarme su conducta; pero yo no he querido oírlos y he salido del calabozo aparentando estar todavia contrariado, con ánimo de permanecer en aquella reserva hasta que llegado el último momento pudiera incorporarme varios para tentar el golpe.

A pesar de mi seca despedida se me mira muy amigablemente: casi todas las caras han cambiado de expresión: se ve que la tranquilidad y la calma vuelven á reinar en los espíritus . . .

A las 12.

El ingeniero trancés Alberto Suiny, que me ha estado sirviendo de secretario, es el único que conoce mis verdaderos propósitos, porqué es también el único que ha permanecido firme en sus ofrecimientos. Por su órgano he comunicado á la tropa que deben atenerse á mis instrucciones y efectuar el movimiento en la forma, día y hora que he fijado; que yo me pondré á la cabeza de los sublevados al ver la señal que he indicado, y que no volveré á escribirles para no despertar sospechas.

Es deplorable que no pueda anticiparse el día fijado para la sublevación, que es el 18 en la noche, porqué tenemos que subordinarla á la venida de Curazao del vapor "Mérida", cuya captura es parte muy principal del plan.

En un principio había yo pensado que una vez en mi poder la fortaleza, conservaría tan importante posición; organizaría tropas con gente de los pueblos campo más inmediatos; dejaría aquí un buen oficial

con fuerzas suficientes, y después de ocupar la ciudad de Maracaibo, para hacer de ella mi base de operaciones, marcharía por Coro al Centro. Pero la defección que se ha producido me ha hecho cambiar de idea, porqué sin una oficialidad numerosa y adicta no me sería posible contener la tropa y hacerla permanecer aquí ni una hora después de tomada la fortaleza. Esa tropa está enteramente desmoralizada, y además me ha propuesto efectuar la sublevación para irse.

En consecuencia, tan pronto como domine las dos compañías que duermen en el exterior del castillo, lo que me será fácil porqué desde las explanadas las puedo reducir á la impotencia, embarcaré en un bote ó balandra á Hernández, con Samuel Acosta y algunos otros de los que están con él en uno de los calabozos de la entrada; los proveeré de Mausers y de cápsulas y provisiones de boca suficientes y los haré salir hacia el interior del lago para que desembarquen en la costa de la izquierda ó hagan lo que les parezca mejor. No les permitiré salir por la barra hacia el mar, porqué pueden encontrar el vapor, advertirlo de lo que aquí pasa, y hacer que se devuelva para Curazao, lo cual me trastornaría grandemente.

A los otros presos, á quienes mientras se efectúa el movimiento habré hecho permanecer en sus calabozos preparándose para marchar, los embarcaré media hora después en la misma dirección que llevarán Hernández y Acosta, con los mismos elementos, y en la mañana del 19, al llegar el vapor, haré descargar aquí las mercancías que trae para el comercio de Maracaibo, embarcaré el parque, inclusive los cañones

útiles, después entrarán á bordo las tropas conmigo y pondré rumbo á Rio Hacha, donde á favor de la ruptura de relaciones de Venezuela con Colombia organizaré una expedición para invadir á la primera lo más pronto posible en combinación con los demás revolucionarios del país . . . Al comunicar á Suiny este proyecto, cuando ha oído que los presos nuestros compañeros serán retenidos en sus calabozos preparando sus equipajes, para irse al estar el castillo en mi poder, se ha reído y ha dicho que harán muy buena figura desfilando con sus *bojotes* en el hombro y armados con sus Mausers y sus cananas; pero que les estará muy bien empleado por lo que han hecho . . .

Se restablece la calma en la prisión. — La vida en ella. — Nuevos síntomas de hostilidad. — Horas de zozobra.

Viernes 16 á las 11 de la mañana.

Desde antes de ayer no he vuelto á hablar con nadie del proyecto sino una que otra vez para mostrarme contrariado por *el fin* que tuvo . . . He dicho que si algún día descubro al inventor de la especie que me enajenó todos las voluntades, haciéndome perder la coyuntura que se había presentado para recuperar la libertad de todos, habrá de pasarlo mal. Me he mostrado, sin embargo, resignado con mi suerte y si he lamentado la pérdida de una ocasión tan favorable, es porque si aparento haber olvidado todo tan pronto, es probable que extrañen tan inusitada mansedumbre y sospechen la verdad . . .

Todos están tranquilos. Le vida de la prisión ha vuelto á seguir su curso ordinario. En este momento algunos juegan barajas sobre una cobija extendida en el suelo del calabozo nº 13 y gritan de vez en cuando llenos de entusiasmo. El General Camilo Merchán, de Los Andes, cojo á causa de un balazo, de quien dicen los que lo conocen que es hombre de averías, es el más animado de la reunión: con frecuencia se le oye gritar la palabra "truco", que es el nombre del juego, á lo que sigue generalmente una discusión ó grandes carcajadas. Merchán fué uno de los que se mostró más alegre el día que le dije lo que proponían los soldados; pero después fué de los que se opusieron con más empeño.

Otro General de Los Andes, llamado Franco, lee en un rincón del patio una gramática de Juan V. González, que debe saber ya de memoria porqué en varios meses no lo he visto hacer otra cosa de la mañana á la tarde. Franco es de carácter suave y reposado y tiene buena reputación entre los andinos: dicen que es valiente y honrado y que cuando está en campaña no permite desórdenes á sus tropas. Se opuso al fin como todos los demás, aunque sin mostrar prevención personal hacia mí.

Aquí cerca está un Coronel que canta á tiempo que alisa un coco con un pedazo de ladrillo. Más allá dos, uno de los cuales es abogado, lavan su ropa con agua salada en latas vacias de petroleo. Al rededor de un fogón alimentado con leña de mangle verde, y que por esto echa humo como un Vesubio están acuclillados varios militares de diferentes graduaciones y un doctor en medicina, asando plátanos

de los de la ración, la cual han exigido que se las den cruda porqué no pueden comer el *rancho* que les traen, prefiriendo preparar su comida ellos mismos: el humo desviado á cada momento hacia los lados por la brisa, los hace llorar y los sofoca: el doctor acaba de quemarse al voltear un plátano y en este instante sacude la mano en el aire y trata de ver la quemadura que se ha hecho en un dedo, á través de las lágrimas producidas por el humo . . .

Dos juegan dominó sobre un pretil al lado de la puerta del calabozo nº 16, y uno de ellos, llamado Faustino Vargas, de cuerpo delgado, color moreno y ojos inquietos, canta sin cesar de voz en cuello una estrofa que empieza:

"Me gusta cuando ventea porqué la plaga se va".

y se rie á carcajadas, y hace mil pantomimas, cuando le gana el juego al otro á favor de alguna "cabra". Vargas es muy amigo de *meter cabras* en el juego de dominó y se divierte extraordinariamente, hasta olvidarse de que está preso, cuando encuentra alguno que se deja ganar sin descubrir la trampa . . .

Sentado en una caja, perfilado contra el muro, para aprovechar la escasa sombra que queda de ese lado del patio, veo también desde aquí al General Pedro Julián Acosta, que remienda por la milésima vez su único pantalón: se puede decir que la tela de este ha sido hecha de nuevo, de tal manera está sur-
lo por todas partes: sería difícil descubrir de que
lor fué primitivamente . . . Acosta es de Carúpano
ıde según dicen es muy querido por las raras
udes que lo adornan. Es pobre como el héroe de

Leutra y ha tenido como aquel ocasiones en que podría haberse enriquecido si hubiera estimado menos su honor. Tiene la cara medio desfigurada por un balazo que recibió en la gurra Federal y aunque pasa ya de sesenta y cinco años y su cabeza y su barba están completamente blancas, es bastante vigoroso todavía. Su aspecto es marcial, aunque de estatura pequeña. No habla ni ríe casi nunca, y gusta de estar solo, entregado á sus pensamientos. Sufre todos los males de la prisión con una etereza admirable; no lo he oído quejarse una sola vez; en eso y en muchas otras cosas podría servir de modelo á varios de los jóvenes. Comprendo que en Carúpano y donde quiera que conozcan al General Acosta, lo estimen y lo respeten, porqué es un hombre de mérito positivo. No he sabido que se opusiera á mis planes sino indirectamente; pero no lo culpo, porqué él no ha oído sino las opiniones adversas. Sabiendo la amistad que lo liga á Meaño Rojas, que es uno de los que más me ha hostilizado, no he querido hablarle: tal vez no he hecho bien, porqué el viejo General es un valiente á toda prueba, y quizá habría sabido apreciar la situación bajo su verdadero aspecto.

A las 6 de la tarde.

Hoy nos han encerrado á las 5 1/2. A pesar de mis esfuerzos para que se crea que he desistido de todo y de que Suiny no habla con nadie, al pasearme en el patio con éste, hace una hora, he notado que alguno me veían de un modo particular; después me sen junto á la puerta de este calabozo á esperar á l *sicambros,* nombre con que designamos á los carceler

de estos dias porqué se asemejan en muchas cosas á aquellos feroces guerreros del norte de la antigua Galia, y Merchán se me acercó y me hizo dos ó tres preguntas capciosas á tiempo que me veía fijamente y se sonreía como con cierta incredulidad. Evidentemente sabe algo sobre mis proyectos y ha querido dármelo á entender sin decírmelo. Después salió cojeando y entró en el calabozo de los andinos, de donde salió á poco á colgar su hamaca en una enramada ó tinglado de seis metros cuadrados más ó menos, que hay en el patio. Al verlo entrar en el calabozo, involuntariamente me acordé de un verso popular que dice:

Si vieres un tuerto bueno,
Escríbelo, que es milagro;
Hacéle la cruz á un cojo, etc.

Merchán ha obtenido desde hace algún tiempo que lo dejen dormir ahí: según parece sufre de diábetes: se ha enflaquecido y quebrantado en los últimos meses de un modo alarmante, aunque dicen que come por dos.

Otro andino de treinta y cuatro años, que es Coronel, á quien unos llaman Agelvis y otros Luyando, que diariamente desde que amanece lee tartamudeando en un libro primario con una voz calculada como para que lo oigan en su pueblo, y que á pesar de su constancia extraordinaria no ha podido pasar en muchos meses de las primeras lecciones, al dirigirse con su libro en la mano al calabozo nº 15, donde duerme, se ha sonreído conmigo de una manera extraña.

Agelvis es vigoroso como un toro, aunque aseguran que sufre del corazón y tiene muy avanzada la enfermedad. Siempre ha mostrado gran deferencia por mí y puede decirse que soy el único á quien respeta y atiende cuando tiene alguna pendencia, á lo que es muy inclinado. Estuvo muy contento hace algunos días con la idea de salir de aquí bien armado á vengarse de Castro y de todos sus enemigos; pero después lo arrastró la corriente de la oposición y se ha mostrado reservado y esquivo . . .

En la atmósfera hay, pués, de nuevo algo que me es adverso: seguramente han descubierto alguna cosa: tal vez han visto á un centinela que estuvo haciéndome señales á las 3 para que me acercara, á lo cual me negué con un gesto que lo hizo conocer me era imposible atender á su llamada sin comprometerme. ¿Lo verían? . . . ¿Habrán sorprendido algún otro indicio de que sigo pensando en la sublevación? . . . "¡Fortuna, no me abandones! ¡Sólo te pido" . . . 48 horas! . . .

En el calabozo nº 18.
Fracaso de la Conspiración. — El General Bello. — El Coronel López.

Sábado 17 á las 6½ de la mañana.

Aquí estoy ya. La lengua envenenada de un cobarde, como vil y traidora serpiente, me ha herido desde la sombra. A su influencia maligna la diosa Libertad ha ocultado de mis ojos sus sonrisas y se ha ido; y la oscura noche de indefinido y doloroso

cautiverio se yergue ahora delante de mí, inexorable, como para quitarme el deseo de vivir. Mas no, ese pensamiento es indigno de quien pretende tener el alma bien templada. Los discípulos de Cenon, que miraban con indiferencia el placer ó las penas, la pobreza ó la riqueza, la salud ó las enfermedades, no tenían nada más que yo . . . ¿Porqué he de entristecerme? . . . ¿Cuántos fracasos he sufrido yo en mi vida sin petañear? . . . ¿Porqué he de flaquear ahora como un cobarde? . . .

Estos pensamientos han disipado mi tristeza y de nuevo me siento capaz de soportar lo que venga como un verdadero estóico. "Todo se ha perdido menos el honor". ¡Con él me basta! . . .

A las 7.

Hace una hora, que al sentir abrir la puerta que une el patio del otro departamento con el del antepenúltimo y cuando esperabamos que vendrían á abrirnos la nuestra como de costumbre, á través de la reja de aquella vimos pasar hacia acá con una guardia al Coronel Miguel Benedetti y á otro sujeto que ahora he sabido es sargento español y se llama Juan Tarquís. Casi inmediatamente el Alcaide ó Regidor, que es un maracaibero de maneras muy bruscas llamado Manuel Márquez, hizo abrir el calabozo en que yo estaba, y presentándose delante de la puerta con un sable desnudo en la mano, pronunció en voz alta mi nombre, sin olvidar mi grado militar, y me comunicó la orden de seguirlo. Al llegar aquí, ya Benedetti y Tarquís tenían grillos, y mientras remachaban los mios trajeron al General Rafael Carabaño

Izarra y á Suiny, á quienes pusieron sendos pares en seguida. Me han hecho la distinción de elegir para mí los más pesados. Mientras nos los ponían, ninguno de los presos, ni de media docena de oficiales andinos que nos rodeaban espada en mano, ha movido los labios. Ha sido una escena muda. Todos contemplaban atentos al herrero, quien al golpear con su martillo sobre las cuñas de hierro, producía el único ruido que se oía en toda la extensión de los calabozos . . .

Ahora recuerdo haber oído anoche á las 10 unos gritos en el cuartel, que me causaron cierta inquietud; pero á poco se restableció el silencio y no se interrumpió más sino por el alerta de los centinelas, que, repetido á intervalos muy cortos, indicaba que había una vigilancia extremada ¡Quién sabe cuantos soldados estarán presos en la actualidad! ¿Que suerte irán á correr esos infelices? . . .

A pesar de la solemnidad del momento no he podido menos de sonreir al ver el aspecto y la actitud de los compañeros, después que les pusieron sus grillos. Se han sentado en el suelo sin hablar, con los brazos apoyados sobre las rodillas, las manos entrelazadas y los ojos fijos á corta distancia de donde tienen los pies. De cuando en cuando se ven las caras y vuelven á bajar la vista, sin dar no obstante ninguna señal de temor. ¿En que pensarán? . . .

Todos vestimos el traje más somero y algunos están sucios y cubiertos de andrajos: al vernos se diría que somos unos mendigos . . . Yo me he quedado de pies junto á la puerta y á poco me han traído una butaca de extensión de mi propiedad. Es el único mueble del calabozo, este tiene más ó menos

siete metros de largo, tres de ancho y otros tantos de altura. Los muros son de piedra y cal, de un espesor considerable, ennegrecidos y maltratados por el tiempo, y porqué antes de ahora sólo han vivido aquí criminales y gentes enteramente incultas, están húmedos como el suelo, que es de tierra arenosa. La escasa luz y el aire entran por una puerta de dos metros de alto y uno de ancho, que por lo espeso del muro semeja un pequeño túnel algo ensanchado hacia el interior del calabozo. La parte exterior está cerrada por uua reja de gruesos barrotes de hierro.

Con el Alcaide, que ha corrído el cerrojo dejándonos enjaulados, he mandado llamar al General Jorge A. Bello, Jefe de la fortaleza, que es un comerciante del pueblo de Capacho, concuñado, según dicen, de Castro, á quien acompañó en la campaña que lo llevó al Poder. Bello es de mediana astatura, bien proporcionado, revela tener de treinta y ocho á cuarenta años, es blanco, y su aspecto en general no tiene nada de desagradable. Atendiendo á mi llamada se ha presentado con varios oficiales delante de la reja del calabazo, la cual ha hecho abrir, preguntándome desde afuera, con voz reposada, que deseaba. Me he acercado al grupo, y de modo que me oyeran mis compañeros, quienes habían quedado en el interior del calabozo, pero veían, sin embargo, lo que estaba pasando, le he dicho, señalándoselos con la mano, que aquellos no merecían ser castigados con los grillos que se les había puesto, porqué ninguno tenía parte en la sublevación que se había intentado, como tampoco la habían tenido ninguno de los otros presos; que todos se habían opuesto á mis proyectos y

algunos se habían conducido y expresado como verdaderos enemigos míos, mientras no creyeron que había desistido de lo que intentaba; que era verdad que todos, unos dias antes habían conocido mis proyectos y no me habían denunciado; pero que á gentes de honor no se les podía exigir que se convirtieran en delatores; que de Benedetti no había vuelto yo á saber desde que lo habían sacado para el hospital algunos meses antes; que Tarquís, es hoy que he sabido como se llama y aun ignoro como piensa y si conoce lo que se proyectaba; que yo creía que él, Bello, si quería ser justo, debía mandar quitar los grillos á aquella gente; que los míos me importaban poco y que no se me daba un bledo ni aun de que me fusilaran . . .

A medida que hablaba he notado cierta sorpresa, tanto en Bello y los suyos como en mís compañeros. Indudablemente ninguno esperaba oír lo que he dicho. De seguro que Bello vino creyendo que yo iba á hacerle revelaciones de importancia, y los compañeros al ver que mandaba llamar á aquel se imaginaron que iría á pedirle gracia . . . ¡Cómo se ve que todavía no me conocen, ni el uno ni los otros! . . .

Bello me ha preguntado si acepto la responsabilidad de haber inducido á la tropa á sublevarse y le he dicho que acepto *la de haber aceptado* la invitación que se me hizo; me ha preguntado si he escrito á la tropa y cuantas veces y he respondido que he escrito varias veces; me ha preguntado si conozco algunos soldados de los comprometidos y he contestado que á ninguno . . .

Después se ha retirado sin decirme si hará quitar los grillos á los compañeros, y á poco ha mandado para éstos dos grandes esteras, de que han hecho cuatro, que por cierto les serán muy útiles para dormir. Yo me preparo á dormir en mi butaca, aunque para esto es sumamente incómoda. Todo es preferible á acostarse sobre un suelo tan húmedo.

En la tarde.

El día ha trascurrido sin novedad. Todavía en la mañana se oyó como que remachaban grillos en un calabozo distante; pero han debido ser pocos, porqué el ruido cesó inmediatamente. Ha habido mucho silencio: se conoce que los otros presos han sido también encerrados, ó mejor dicho que hoy no se han abierto las puertas de los calabozos como de ordinario.

Bello no ha atendido mi petición de quitar los hierros á los compañeros. Tal vez cree que no le he dicho la verdad. Bastante me acerqué á ella, sin embargo . . . Es cierto que aunque Suiny estuvo dispuesto á acompañarme hasta el último momento, no lo he excluido de la petición, ni le he dicho á Bello aquella circunstancia; pero esto no podía exigírseme, y por lo mismo que su firmeza y decisión son dignos de encomio, deseaba que lo aliviaran por los menos como á los demás . . .

Dice el sesudo inglés Bacon que "no hay vicio que cubra tanto al hombre de vergüenza como el de la falsedad", y el célebre francés Montaigne, repitiendo la expresión de Plutarco, asegura que el mentir es dar testimonio de que uno "primero desprecia á Dios

y después teme á los hombres", lo cual es el colmo de la vileza. Ciertamente la mentira es odiosa y degradante cuando se convierte en vicio, porqué revela entonces pobreza de espíritu y falta de rectitud en quien la emplea; pero hay casos en que, como en el presente, es aceptable, y hasta levanta á quien la dice. Si yo mintiera para salvarme personalmente, me consideraría un sér indigno de la menor consideración; pero lo que he hecho hoy me produce, por el contrario, cierto placer: mi conciencia me dice que al mentir he hecho bien! . . .

Carabaño me había ofrecido secundarme como Suiny y no había retirado su palabra abiertamente; mas por el modo algo ambiguo de ofrecérseme primero, y por la conducta que observó después, yo sabia que no tenía nada que esperar de él. Hoy me ha asegurado que si la cosa se hubiera llevado á efecto, él habría cumplido su compromiso; pero ya he dicho que no lo creo. Yo sé que se había dejado influir por Meaño Rojas, quien no es amigo mío por más que nunca le he hecho la menor ofensa. También sé que Carabaño, aunque atiende los consejos de su mentor, no es tan afecto á él como lo fué el hijo de Ulises al viejo que consultaba á la diosa de la sabiduría; y en distintas ocasiones le he oído decir que tanto él como el General Pedro Julian Acosta deben á la ineptitud de Meaño el haber venido á este Castillo; y que aquí se ha exhibido muy egoísta, porqué á tiempo que emplea dinero en cosas superfluas ó de poca importancia, como son unos polvos para matar cucarachas y otras fruslerías, á ellos los ha abandonado completamente . . . A mí me consta

que el dinero de que dispone aquí Meaño Rojas se lo manda, en calidad de préstamo, un amigo de Maracaibo y está lejos de ser abundante; pero de cualquier modo su deber es dividirlo con los que vinieron á esta prisión por haberse prestado á secundar sus propósitos.

A las 7 de la noche.

Esta tarde á las 6 vinieron por la explanada y se situaron frente á este calabozo, el General Bello, un Coronel López, de gran corpulencia, que es 2º Jefe de la guarnición, y otras personas que no pude saber quiénes eran. Al verme López sentado cerca de la puerta, seguramente para congraciarse con Bello, dijo: "Ahí está el hombre presidiendo su Gabinete". Sin poderme contener, salté de mi asiento á pesar de los grillos y me acerqué á la reja con ánimo de insultar á López si decía una sola palabra más que me fuera ofensiva; pero cuando aquel me vió, cambió de color y de conversación, ocultándose á poco detrás de los otros hasta que todos se marcharon. Seguramente comprendió que es una cobardia burlarse de un hombre en mis circunstancias y no quiso exponerse á que se lo dijera. Los compañeros que me vieron dirigirme violentamente á la puerta y en seguida me oyeron reprobar lo hecho por López, me excitaron á no hacer caso de aquello, que no pasaba de ser una necedad de quien dijeron es un albañil de Caracas que en la última revolución guardó la cuchara y la plomada y se amarró un sable en la cintura declarándase militar. Como ya se habían ido los visitantes, no volví á proferir palabra sobre el asunto.

Ya empezaba á oscurecer. Metí la butaca en el hueco de la puerta, con la mira de respirar durante la noche un aire menos impuro que el del interior del calabozo; apoyé en el último de los cortes del cruzero próximo al suelo, el que sirve para alargar ó recoger la silla; puse encima dos esteras pequeñas que había mandado comprar en la pulpería de Bello con uno de los que trajeron la comida, y me tendí encima á conversar con los compañeros, quienes, habiéndose dividido las esteras que mandó Bello en la mañana, se preparan á dormir como si estuvieran en un clima frio y benéfico acostados en camas de plumas . . .

A las 8½.

Ya todos los compañeros duermen ó por lo menos guardan silencio. Benedetti es el único que se deja oir, roncando como un cerdo, desde hace media hora. En el exterior no se oyen sino los números que gritan sin cesar los centinelas, en las explanadas y dentro del cuartel: seis, siete, ocho, hasta quince. Empiezan en el seis para hacernos creer que es mayor el número de centinelas cuando en realidad no pasa de diez. Lo cierto es que observan una gran vigilancia. Sobre este calabozo hay una guardia que sentí venir desde esta tarde, de modo que tenemas dos centinelas, uno sobre la puerta y otro enfrente, á pocos pasos de distancia. *Nueve,* grita el de enfrente á cada instante y el que está sobre la puerta grita *diez* y siguen oyéndose números cada vez más lejos hasta terminar en el *quince,* que apenas se distingue, para volver á empezar en el seis . . . Imposible para mí dormir con semejante

gritería. Los Jefes del castillo han venido á asustarse cuando ha pasado el peligro. Antes de ayer mostraban todavía un abandono y un descuido increibles en el servicio, aunque estaban parados sobre un volcán: hoy que no tienen nada que temer, todas las precauciones les parecen pocas . . . ¡Así son casi todas las cosas de este mundo! . . .

¿Cómo estará durmiendo el delator que arruinó mis proyectos? . . . ¿Será algún preso? . . . ¿Será de los de la guarnición? Y ¿qué ha ganado en resumidas cuentas? . . . A esta hora es probable que se haya arrepentido. Si es un preso, con la denuncia no ha conseguido sino prolongar su prisión; si es un soldado, también ha prolongado sus sufrimientos. Sin contar que por dura que tenga la conciencia, no puede serle grato el espectáculo que su infame lengua ha producido . . .

Benedetti dice que él me había escrito desde el hospital varios papeles, de los cuales no he recibido ninguno; que por la tropa había sabido él lo que pasaba y se había puesto á fomentar el proyecto por su cuenta; que anoche á las 9 lo llamaron Bello, Michelena, López y otros, á la puerta del local donde dormía y le mostraron un papel, escrito con una letra que visiblemente estaba disfrazada, en el cual se denunciaba la conspiración, nombrándome á mí y á los demás que estamos en este calabozo; que en seguidas lo amarraron de un horcón donde creyó que iban á fusilarlo según los aparatos que hicieron, sin duda para intimidarlo; que le preguntaron si estaba en comunicación conmigo y trataron de que dijera cuanto supiera; pero que él se negó á hablar.

Sólo confesó que me había escrito, porqué comprendió que esto lo sabían.

Tiene en los brazos las marcas amoratadas del mecate, y cuando se las ve y habla de ese trance, le brillan los ojos y se conoce que surge en su mente el deseo de venganza: la sangre de corso que tiene por mitad en sus venas, lo inclina, sin duda, á la *vendetta*. Según dice, desde las 9 estuvo de pies amarrado en el horcón, hasta esta mañana cuando lo trajeron; y á no haber sido por una persona de alma caritativa que á media noche se acercó clandestinamente y le aflojó un poco las ligaduras, habría amanecido muerto! . . .

La prisión de Tarquís no tiene para mí explicación satisfactoria: dice que él no sabía nada: que había servido como alférez en la guarnición, y desde hace algunos días estaba dado de baja por no sé qué causa y esperaba un buque para irse: que no lo han maltratado, pero que por más que ha protestado su inocencia lo trajeron y le pusieron grillos . . .

He recordado hoy que ahora días, cuando Agelvis y otro Coronel de Los Andes, llamado Ismael Arellano, se agarraron á pelear y yo los separé y me llevé á Agelvis para su calabozo, era él quien desde la explanada decía que dejaran la pelea porqué ya venía la guardia. Yo no me había dado cuenta de ese detalle, seguramente por el ruido que hacían los que peleaban y algunos de los que habían llegado antes que yo con ánimo de separarlos.

He sospechado que á Tarquís lo han puesto de espía para que informe lo que se hable aquí, á ver si descubren algo más; lo de los grillos puede ser para que no desconfiemos de él; pasará unos dias

incómodo, pero probablemente le pagarán bien: ¡Hay gente para todo!... Casi todo el día ha estado durmiendo ó aparentándolo. He advertido á los compañeros de mis sospechas y nos hemos abstenido de hablar nada que pueda traer malas consecuencias.

Noche en blanco. — Ulloa y su herida: Injusticias con los oficiales en Venezuela. — Narración de Ulloa. — Caracteres de los compañeros de calabozo. — Reflexiones sobre la conducta de algunos militares.

Domingo 18 á las 6 de la mañana.

La noche ha sido muy mala para mí á causa de la gritería de los soldados y de lo incómodo de la butaca, á pesar de las esteras que la puse encima para que quedara más plana. Las esteras se calentaban de un modo insufrible y la sangre parecía que me hervía en las venas. El calor ha sido sofocante y de vez en cuando venían ráfagas de un aire infecto que me asfixiaba. Me he apercibido de que en este calabozo el aire sale por la puerta en lugar de entrar, por más que no tiene ninguna otra puerta, ventana ó claraboya con la cual pudiera establecerse una corriente. Probablemente como es el último de la
ie, á través de los viguetones del techo viene aire
los otros, el cual no teniendo por donde seguir
sca salida por la puerta. ¡Cuántos gérmenes de
erte trae ese aire!...

Cuentan que una vez que estuvo de jefe de esta fortaleza el General Augusto Lutowsky, mandó tapiar las ventanas que todos los calabozos tenían hacia el mar y que desde entonces esta prisión se ha puesto muy mal sana, el aire no se renueva, y como después que encierran á los presos en la tarde, las emanaciones de los cuerpos descomponen enteramente desde muy temprano el que hay dentro, hasta la mañana no se respira sino un aire que carece de oxígeno, y que en cambio tiene otros componentes que envenenan los pulmones. Más de una vez he oído á los presos maldecir á Lutowsky, y yo he deseado y deseo sinceramente que un dia lo traigan y lo encierren aquí por algunos años, para que se arrepienta de su crueldad, al sufrir en sí mismo los males que ha ocasionado á tantos infelices . . .

Dice Bacon que "el aliento del hombre es mortal al hombre", lo que no puede menos de ser verdad. Yo no lo había palpado hasta que he venido á esta prisión infame, donde siento que mis pulmones van debilitándose considerablemente, hasta hacerme temer que seré víctima de la tisis como muchos otros de sus infortunados habitantes.

En tiempos normales, cuando á los presos se les abre á las 6 de la mañana y se les encierra á las 5 1/2 ó las 6 de la tarde, al salir al patio durante el día respiran aire menos impuro, y se reponen algo del quebranto producido por el encierro de la noche á la vez que los calabozos se ventilan un poco; pero ahora no hay descanso posible, porqué constantemente se llenan los pulmones de un aire que ha sido respirado muchas veces y está además

saturado de emanaciones de toda especie de inmundicias.

Carabaño y Suiny dicen que también han dormido mal. Benedetti y Tarquis sólo se han despertado dos ó tres veces durante la noche! Verdad es que Benedetti pasó la anterior amarrado á un palo, y debía estar molido de fatiga y probablemente Tarquís tampoco había dormido esa noche . . .

Desde las 3 de la mañana se han oído gritos y quejidos dentro del cuartel, medio ahogados por la corneta y el tambor: evidentemente han azotado á algunos y según el tiempo que ha durado el ruido no han sido menos de media docena . . .

A las 9.

Acaba de oírse el pito del vapor "Mérida" que llega en este momento de Curazao y seguirá dentro de pocos minutos para Maracaibo. ¡Cuán diferente sería nuestra suerte si no se me hubiera denunciado! A esta hora estarían muy lejos los presos que no hubieran querido irse conmigo para Colombia y yo estaría preparándome para embarcarme con los otros y con la tropa. ¡Qué cambio! . . .

A las 11.

Hace una hora han traído y encerrado con nosotros á un hombre del pueblo llamado Pablo Ulloa, quien tiene en la mano derecha un machetazo que recibió antenoche, cuando descubrieron la conspiración. Ulloa dice que había servido antes como sarjento en guarnición y como Capitan una vez que fué revolucionario por los lados de Carallaca, pero ahora estaba de simple soldado! . . .

En Venezuela estos retrocesos son muy frecuentes en esa clase, y á veces oficiales graduados vuelven atrás y pasan años con el Mauser al hombro ó vuelven á ascender desde cabos. Eso es debido al desorden que hay en todos las cosas de esta tierra infeliz, á causa de las constantes revoluciones, las cuales á su vez son producidas por los abusos y excesos de los que escalan el Poder. A veces uno de esos oficiales ó sarjentos es reclutado y cuando muestra su despacho ó las certificaciones de los Jefes con quienes ha servido, en que constan su grado y su buena conducta, le rompen uno ú otras y lo incorporan á la tropa. Tratamiento tan bárbaro é injusto no puede menos de engendrar en el alma de quien lo sufre un deseo de venganza contra los que lo han humillado, haciendo á la vez desaparecer las credenciales de sus servicios, que casi siempre es la única recompensa que han obtenido por aquellos! . . .

Ulloa está como asombrado y no hemos podido conseguir de él una explicación de lo ocurrido; sólo ha dicho que desde que le dieron el machetazo no lo han curado y que ha perdido casi toda su sangre y se siente muy mal. He desatado un pañuelo con el cual había él tratado de contener la hemorragia y todos hemos sido sorprendidos por el feo aspecto de la herida: tiene la mano, que está enormemente hinchada, casi separada de la muñeca y torcida hacia adentro. Se comprende que al tirarle el machetazo Ulloa trató de pararlo con esa mano, que ha quedado unida al brazo sólo por unos tendones: la arteria se salvó por una gran casualidad. Temo que sobrevenga la gangrena de un momento á otro, tal es la fetidez

y el exceso de la hinchazón. He roto una pieza de ropa mía y á tiempo que los compañeros sacaban hilas para ponerle en la herida, he lavado esta con agua y creolina de la que tengo aquí para desinfectar el calabozo: encontré en la herida gusanos pequeños que en su mayor parte han muerto con la creolina. Después que lo he lavado lo mejor posible, le he puesto hilas empapadas en la misma agua y le he vendado la mano.

¡Que bárbaros han sido con Ulloa, Bello y los suyos! ¿Porqué lo hirieron así? El hecho mismo de haber él tratado de quitarse el golpe con la mano, prueba que no tenía arma ninguna en esta. ¿Y porqué no lo han hecho curar después con el médico de la fortaleza? . . . ¡Estas son cosas que avergiienzan á la especie humana! . . .

A las 2.

Hace poco ha estado aquí el Coronel López, acompañado por el Regidor y otros, á traer una ropa de Tarquís. Me ha dirigido la palabra muy amistosamente para decirme que aquel es culpable de lo que le pasa porqué hace más de una semana que debió haberse ido y perdió la ocasión por no sé que informalidad. Visiblemente López ha tratado de borrar el efecto producido en mi ánimo por su impertinencia de ayer tarde á la cual se ha abstenido de hacer ninguna alusión. Ahora no estaba aquí Bello ni ninguna otra persona á quien le interesara halagar . . .

Yo, por mi parte, tampoco he dicho una palabra sobre el asunto. Le he contestado que á Tarquis considero como un espia; que es inútil lo tengan

aquí, porqué nosotros no hablamos nada que pueda tener interés para ellos. Cuando he dicho esto, López ha protestado que Tarquis no es espía; que es un buen muchacho; pero que cuando toma un trago de aguardiente pierde la cabeza y dice y hace muchas inconveniencias; que él no cree que estuviera en la conspiración, pero que no le es posible defenderlo ante el Jefe de la fortaleza, porque éste puede sospechar de él!... A eso le he dicho que es una situación bien precaria y falsa la suya, si teme ser sospechado porqué defienda á un hombre que sabe es inocente de la falta que se le atribuye y que está sufriendo un castigo á todas luces inmerecido; que su deber es hablar á Bello, aun en el caso de que se realicen sus temores; y he agredado que yo no serviría ni un minuto con quien pudiera sospechar de mi lealtad. Ha dicho entonces, que buscará una osasión de hablar á Bello cuando los ánimos se hayan calmado un poco; y se ha retirado, asegurándome antes que está "á mis órdenes en lo que lo crea útil!"... ¡Bien seguro está de que no solicitaré de él ni de nadie la menor cosa!... Considero que exigir mercedes ó concesiones de nuestros opresores ó siquiera tratarlos con cariño es una prueba de debilidad, indigna de un hombre que se respete. Hay algunos presos á quienes se les ve siempre sonreídos con sus carceleros y muy dispuestos á tratarlos con atenciones, como ofrecerles sus asientos, etc. Eso para mí es una indignidad: debe establecerse bien el límite entre lo que es de buena educación y lo que es bajeza. E que está preso no puede seguir las mismas reglas c urbanidad que los que estan libres, sin degradarse . .

Al ver salir á López, Ulloa ha dicho que fué él quien le dió el machetazo y ha contado de un modo inconexo y como á saltos, que él estaba en el interior del cuartel como á las 7 de la noche del 17, cuando supo que se había descubierto todo y lo buscaban; que corrió entonces hacia el hospital donde tenía su Mauser, lo cargó y desde un rincón, con el cual se cubrió la espalda, amenazó á López y otros que ya lo perseguían de cerca, diciéndoles que si daban un paso más les disparaba. López y los que lo acompañaban, ocultos detrás de una puerta, le dijeron que soltara el Mauser; que no iban á hacerle nada; que sólo lo buscaban para hacerle unas preguntas y otras palabras más encaminadas á inspirarle confianza. Ulloa al principio se negó á soltar su arma, pero al fin se dejo persuadir, la recostó contra la pared y vino adonde López y los demás lo llamaban. Cuando se acercó, Lopéz sacó con presteza el sable y sin decirle una palabra, le tiró un sablazo que, según dice Ulloa, le habría cortado la cabeza si no interpone la mano. Entonces Ulloa dijo á López: "no me tire más Coronel, Ud. ve que no tengo armas!"... Después dice que lo amarraron á pesar de la herida, pero que afortunadamente no lo apretaron mucho y había podido ponerse el pañuelo que yo le quité esta mañana. Ulloa nos pregunta ahora, muy admirado, porqué López ni ninguno de los otros se le acercaron cuando él estaba *en el rincón* con su Mauser; y deplora no haber matado al primero en una ocasión en que se alió de la puerta y lo tuvo al alcance!...

Ulloa era de los más entusiastas de la conspiración, y ahora he recordado que él con otros firmaba algunos

de los papeles que recibí, y que en uno de ellos me dijo que en la tarde subiría á la explanada con una señal en el pecho para que yo lo conociera, lo que efectivamente hizo y lo distinguí entre los otros. Dice que los quejidos de esta madrugada eran unos soldados que apalearon; que los vió cuando los llevaron después al hospital, donde él estaba; que algunos, entre los que cuenta á un muchacho llamado Lecuna, de Maracaibo, que había sido también muy entusiasta, pueden morir, según han quedado de enfermos; que vió presos y con grillos otros quince ó veinte soldados, y que cree que el proyecto fué descubierto porqué uno de los que estaban en el secreto se embriagó y lo dijo á su querida en el pueblo, quien lo dijo á otras personas y así llegó á oídos de Bello. Pero á esto le hemos contestado que Benedetti vió un papel en que se denunciaba la conspiración, el cual estaba escrito con letra de hombre, aunque desfigurada.

He recordado que Lecuna, que es un muchacho blanco, de aspecto enfermizo, me invitaba con mucha insistencia un día á las 9 de la mañana á que subiera á la explanada, diciendo que al ver la fuerza que yo estaba allí se sublevaría en masa porqué el entusiasmo era general. Yo le pregunté si podía conseguirme una espada que algún oficial hubiera dejado en su cuadra y contestó que no, porqué podían verlo, negándome entonces á aceptar su proposición, por más que habría podido subir fácilmente formando un parapeto con una boya vieja de metro y medio de altura, dos mesitas y unos cajones que había en ese departamento, hasta alcanzar el techo de la enramada donde duerme Merchán, de donde podía saltar á la

explanada ayudado por Lecuna, y á favor de que los dos centinelas que estaban presenciando nuestra conversación eran del complot. Yo no estaba tan seguro como Lecuna de que la guarnición me secundara, ni lo conocía á él mismo suficientemente para atenerme á sus informes. Me pareció que habría sído una verdadera imprudencia lanzarme así, con las mayores probabilidades de tener que hacerme matar estérilmente ¡Quién sabe, sin embargo, si Lecuna era quien estaba en lo cierto, y cuán distinta sería hoy la situación si le hubiera atendido!.... Pero ya he dicho que en aquellas circunstancias era por demás imprudente ese paso, y crecía de punto la temeridad cuando se considera que aún tenía yo muchas esperanzas de efectuar el movimiento de un modo que ofrecía éxito seguro!... ¡No contaba con los traidores!...

A las 7.

Al montarme en mi *cama* para tratar de dormir, y ver á los compañeros en sus esteras, tan despreocupados, no he podido menos de pensar en sus distintos caracteres y condiciones.

Carabaño es hijo del General del mismo nombre, que murió hace pocos años, y se le parece extraordinariamente, aunque es algo más delgado. Tiene el pelo de color castaño oscuro, el bigote azafranado y la cara roja. Aunque es algo mayor que yo, pertenece á la misma generación militar, es decir, empezó en la revolución de 1892 que se llamó Legalista. Entonces le dieron un balazo que casi le inutilizó el brazo izquierdo. Después ha servido con lucimiento en

distintas ocasiones. Tiene reputación de valiente. Su educación se conoce que fué muy descuidada. Desde que salió del colegio ha vivido generalmente en los Llanos y ha tomado todas las maneras de los llaneros: come éstos es indolente y perezoso, tal vez esa pereza es debida en parte á la enfermedad del corazón que sufre hace algún tiempo. Habla despacio y expresa sus ideas con cierta facilidad. Al oirlo se diría que es un hijo de las pampas. Se casó por poder desde Ciudad Bolívar con una señorita González, que vive en Villa de Cura, pocos meses antes de ser traído á San Carlos. No ha vivido ni un solo día con su esposa, á quien recuerda siempre con cariño, y alguna vez, al considerar lo extraño de su situación, se ha reído y ha dicho que "él es un casado que no es casado!"...

Suiny tiene alrededor de cuarenta años y según dice es ingeniero. Ha vivido largo tiempo en Maracaibo y en Los Andes, donde se ha ocupado en construcciones de ferrocarriles y otros trabajos propios de su profesión. Es hombre muy leído. Tiene una gran memoria, ha viajado mucho y cuenta cosas increibles. Es muy enamorado y ha tenido muchos percances por las mujeres. El número de palizas que ha recibido á causa de ellas, habría sido bastante á desanimar á cualquiera otro; pero él está más fogoso que nunca!... Yo, jugando con él, lo llamo "*ño Bolaño*", lo que no toma á mal. Éste era un viejecito llanero que contaba con la mayor seriedad episodios maravillosos que le habían ocurrido...

Una vez se vió perseguido por un enorme tigre en una de las márgenes del río Apure, que no tenía

por allí menos de media legua de ancho, y viéndose muy acosado, cuando ya la fiera iba á alcanzarlo, ¡se agarró él mismo por los cabellos y se tiró al otro lado! . . . En otra ocasión iba cazando, y sorprendido por la noche en medio de una inmensa sabana donde no había sino un árbol seco, se dirigió á él, colgó su chinchorro y se durmió. A media noche se despertó sobresaltado porqué sintió que el árbol iba corriendo, y fué entonces que se dió cuenta de que ¡había colgado el chinchorro en los cuernos de un venado, creyendo que eran una mata de *chaparro!* . . . Por ese estilo dicen que contaba *ño* Bolaño mil y más aventuras parecidas á las de Suiny, quien, lejos de disgustarse cuando se las refiero, se ríe y agrega algún otro dato para hacer más creíbles sus narraciones. Lo cierto del caso es que Suiny con sus historias fabulosas nos distrae y nos hace reír.

Hace poco tiempo anduvo con el General José Manuel Hernández en una de las campañas de éste, con el cargo de Coronel Jefe de la Artillería. Suiny cuenta que á consecuencia de haber sido capturado Hernández él se dirigió á Ciudad Bolívar, donde se presentó á los agentes de Castro. Dice que después, en Trinidad, ayudado por los apuntes que llevaba de la campaña, escribió en cuatro meses un libro muy voluminoso, que se propone publicar más tarde.

Benedetti tiene treinta y ocho años; es hijo de un corso y una andina del pueblo de El Cobre. Al verlo tan rechoncho y rubicundo se diría que es francés ó italiano, sin ninguna mezcla. Aunque su padre ha tenido bastantes medios de fortuna y lo

mandó oportunamente al colegio que fundó y regenta en La Grita el honorable é ilustrado Dr. Jáuregui, aprovechó muy poco. Se ha ocupado del comercio. Hace pocos años tenía una bodega y destilación de aguardiente, que le producía mucho dinero, en un punto del camino que de Encontrados conduce á San Cristóbal, que llaman La Fría. Según dice Benedetti el clima en ese lugar es muy cálido, lo cual era un mal lado de su próspero comercio.

Cuando pasaron por allí en 1899 las tropas del General Antonio Fernández, en persecución de Castro, actual Jefe del país, lo saquearon y lo redujeron á la indigencia. Desde entonces no ha vuelto á levantar cabeza. A pesar de eso y de que sufre una enfermedad crónica del estómago, producida por el uso inmoderado del licor, tiene un carácter muy jovial. Con frecuencia dice que se vengará de los que lo arruinaron, y cuando piensa en eso se pone demudado y adquiere un aspecto feróz. Habla como de la cosa más natural del mundo, de organizar una partida de bandidos é irse á las grandes montañas del camino en que tuvo su establecimiento, á robar á los que pasen, matando al que resista. Otras veces habla de una posada que vá á poner en un punto que llaman El Guayabo, con una sucursal á la parte opuesta de un río cercano que es navegable, á cuya *sucursal* mandará á los viajeros ricos, valiéndose de cierto sistema de señales, convenido con los empleadcs de la posada, que significará que los viajeros no deben regresar!... Al barquero le he dicho que deberá llamarlo Carón como el que navega en el río Estigio conduciendo á los que van á las regiones de Satanás... En otras

ocasiones dice que piensa establecer un colegio de niñas, y habla de las cosas que piensa enseñarles, que de ningún modo son las que se enseñan en los colegios normales . . . Todos hemos convenido en que esas niñas saldrán muy bien educadas . . . y reímos á más y mejor . . .

Aunque Benedetti ha referido que cuando el terremoto de Cúcuta expuso su vida salvando mujeres y niños, y otras acciones que revelan bondad, creo que nunca haya sido lo que se llama generalmente un buen hombre; en mi concepto nunca ha debido saber precisar con exactitud el límite entre el bien y el mal y ha debido hacer uno y otro indiferentemente; pero sin duda desde que lo arruinaron de un modo tan cruel é injusto, la parte de su naturaleza inclinada el mal ha preponderado sobre la otra.

Esos procedimientos de algunos de nuestros militares son á todas luces bárbaros é inhumanos, y á ellos debe Venezuela muchas de sus desdichas. Un hombre arruinado así, dificilmente se resigna á su pobreza; y la historia de nuestras contiendas civiles está llena de casos en que individuos hasta entonces mansos y humildes, después de alguna de esas tropelías, que á veces invaden hasta el santuario de la familia, se han convertido en verdaderas fieras insaciables de sangre, y dispuestos siempre á toda clase de actos crueles y salvajes . . .

Convengo en que el que manda tropas y carece de dinero ó provisiones con que sostenerlas, ponga á contribución á los que los tienen y hasta que emplee la fuerza si se le niega lo que ha exigido sin una razón plausible. En la guerra el primer deber es vencer y ningún Jefe puede dejar sufrir á sus soldados

cuando en alguna parte, á su alcance, existan los medios de conservarles la salud y el vigor para poder obtener aquel resultado. Pero una cosa es exigir lo estrictamente indispensable, dividiéndolo entre el mayor número para que la carga sea menos pesada y onerosa á los ciudadanos contribuyentes, dejándoles un comprobante de lo que han suministrado, con el cual puedan un día hacerse pagar por el Gobierno ó la revolución que lo sustituya, y otra cosa es saquear ú obligar á gentes indefensas á entregar una cantidad mayor de dinero ó provisiones de la que realmente se necesite. Y la injusticia de esos abusos crece de punto cuando son cometidos por Jefes á quienes el Gobierno paga los gastos de sus tropas, y que, para guardarse el dinero de las raciones roban y expropian á los ciudadanos, atrayendo sobre aquel, la reprobación pública y el descrédito. Cuando se exige una contribución ó empréstito que es de absoluta necesidad para la subsistencia de las tropas, los contribuyentes podrán deplorar que exista esa necesidad; pero no se quejan ni conservan prevenciones contra quien lo hace porqué todo el mundo comprende que es imposición de las circunstancias más bien que de la voluntad del militar; mas cuando impera la arbitrariedad y el abuso; cuando los ciudadanos lejos de encontrar protectores en los militares, son expoliados y vejados por éstos, entonces los representantes de la fuerza se hacen odiosos y sus nombres suenan como toque de alarma en los corazones, al saberse que se aproximan á los pueblos ó que han adquirido mando en alguna parte del país. Los militares que no conocen sus deberes para con la sociedad ó que

conociéndolos no los cumplen, son indignos de vestir el uniforme y de llevar las insignias de esa honorable profesión; y los gobiernos ó sus inmediatos superiores deben excluirlos del mando tan pronto como dejen conocer sus tendencias.

Servicio nocturno. — Bello me pide que escriba á mi familia. — Refacción de los calabozos. — Jorge Michelena. — Los empleados públicos en Venezuela. — Reflexiones sobre la conducta de Bello.

Lunes 19 á las 6 de la mañana.

La noche ha sido tan mala como la anterior. Ha seguido la gritería de los soldados. Hay algunos que tienen la voz sumamente fuerte y cuando les toca, gritan su número á todo pulmón aunque el que sigue está á pocos pasos de distancia. El objeto de esa numeración es que los centinelas no se duerman; por consiguiente basta que se oigan unos á otros, y en un tono de voz muy poco más elevado que el de la conversación ordinaria se consigue perfectamente ese objeto. Cuando el número 10, por ejemplo, oye el 8 y que inmediatamente no sigue el 9, avisa al ronda que dá vueltas constantemente por la explanada, que aquel se ha dormido, para que lo despierte y lo castigue. Así se obtiene que haya vigilancia, que es importante; pero al oír la algazara que forman los militares, se diría que el objeto principal de la meración es hacer ruido! . . . Y me pasa que me

pongo á aguardar los relevos con la esperanza de que á los puestos ó garitas más inmediatas vengan soldados que no griten muy alto, y como casi nunca sucede esto, el sueño huye de los ojos y muchas veces me sorprende el día sin que los haya cerrado ni un instante . . .

Anoche después de las 2 no había dormido un solo minuto. A esa hora aquí, sobre la puerta, había un centinela con voz de trueno. Llegó un momento en que se me excitaron los nervios de tal manera que no pude contenerme, y al terminar una de sus *explosiones*, le dije: "¡grita más fuerte que no se te oye!" á lo que contestó: "no tengo la culpa, General; me mandan que grite así!" . . .

Por el tono de la voz se conoce que ese soldado, á quien yo no podía ver, es amigo. ¡Quién sabe si es de los de la conspiración! . . . Pero está visto que el ruido lo hacen expresamente con el fin de mortificarnos! . . . ¡Cuánta pequeñéz! . . . ¡Haber hombres que se ocupen de esos detalles tan mezquinos! . . .

Me han hecho acordar de otro tiempo en que no se podía dormir aquí, porqué ponían en el patio frente á los calabozos un loco del páramo de Mucuchíes, que cantaba y tocaba un cacho y una guarura toda la noche. Siquiera entonces nos quedaba el recurso de llamar al loco y darle por la reja algunos centavos ó alguna cosa de comer: así lográbamos aplacarlo en algunas ocasiones, pero ahora no hay medio porqué los que gritan son los cuerdos . . .

En algunos puntos de nuestros llanos en que ha grandes partidas de caballos salvajes, los llaneros le

estudian los correderos, y después sitúan hombres en posiciones bien elegidas que los espantan de un lado á otro y los hacen correr día y noche, hasta que al fin se dejan amarrar, rendidas por el sueño y el cansancio. ¡He dicho á los compañeros que esta gente va á rendirnos por el sueño, como los llaneros á los caballos cimarrones; pero que seguramente se proponen otro objeto que aquellos, puesto que ya nostros estamos bien amarrados! . . .

Benedetti y Tarquís, después que se han reído de la comparación, han contestado que contra ellos no pueden nada los gritos, y que á pesar de cuanto hagan para quitarnos el sueño ellos dormirán . . . He aquí una prueba más de que todas las naturalezas no son iguales. Estos individuos no se intranquilizan en absoluto por lo que á los otros nos mortifica y exaspera! . . .

Han seguido las dianas y los lamentos dentro del cuartel en la madrugada. Ulloa se ha quejado toda la noche: el aspecto de la mano es aún peor que ayer: la hinchazón es extremada: lo he lavado y con esto se ha aliviado un poco.

A las 8.

Con el Regidor he mandado decir al médico de la fortaleza, Dr. Soto Verde, que la apariencia de la herida de Ulloa es muy mala; que si no se le cose le quedará la mano torcida; que deseo lo haga y que le pagaré lo que valga la operación. Es una contra-umanidad de Bello tener á este hombre en este alabozo, sin ningunos medios para curarse, expuesto que se le gangrene la herida y perezca, cuando

hay aquí un médico y una botica pagados por el Tesoro Nacional para las necesidades de los enfermos . . . ¿Que se propondrá con semejante crueldad? . . . ¿Será vengarse de Ulloa por la parte que tomó en la conspiración? . . . ¿Será mortificarme á mí con el espectáculo de sus sufrimientos? . . . ¡Probablemente se prepone las dos cosas á la vez! . . . ¡Qué pequeño es ese pulpero! . . . El día que lo vi aquí me pareció un hombre circunspecto y hasta me hizo buena impresión; mas me he convencido de que moralmente es un enano . . .

A las 9.

Acaba de presentarse aquí el Regidor Márquez y me ha dado á través de la reja un pliego de papel, pluma y tinta, pidiéndome de parte de Bello que escriba á mi familia. Lo he hecho en seguidas sobre una lata de petroleo vacía que sirve de asiento á uno de los compañeros y que por esto está toda aboyada. Aunque ya me trajeron mi baúl y habría podido servirme mejor de mesa, está en un rincón muy oscuro y no he podido utilizarlo . . .

He dicho á mi madre que estoy bien de salud; que me mande dinero, y he preguntado como están en casa. Esa es mi fórmula ordinaria. Estilo telegráfico. No me gusta entrar en detalles de ninguna clase, porqué las cartas se entregan abiertas para ser leidas antes de ir á su destino por el Jefe y algunos de los empleados de la fortaleza. Muy rara vez me he extendido un poco más para tratar de interes para pedir algún libro, ó para hablar de cualquie otro asunto extraño á esta prisión. Nunca, ni

bien ni en mal, he hecho la menor alusión al tratamiento que se me dá aquí! . . .

Mi letra, que de ordinario es muy fea, ha salido hoy peor debido al escritorio, á la falta de luz y á que tengo los nervios muy excitados por las malas noches. ¿Qué irán á creer en mi casa al ver esa letra tan alterada? . . .

La precipitación con que ha venido Márquez á traerme el papel sin que yo lo haya pedido, cosa que nunca había pasado en todo el tiempo que he estado en la fortaleza, me ha hecho sospechar que lo ocurrido el 17 ha debido ser exagerado en el exterior: probablemente se ha dicho que me han matado y Bello quiere aprovechar el vapor que debe pasar ahora para Curazao para desmentir la noticia de un modo indirecto, pues esos rumores nunca hacen bien á los gobiernos . . .

Yo no acostumbro escribir sino cuando sé que ya van á agotarse los fondos que tengo para mis gastos, en la Comandancia del Castillo. Entonces, cuando viene el Regidor, le digo: "Sírvase traerme papel para pedir dinero", y generalmente me lo traen el mismo día, porqué no les gusta que se atrasen las cuentas de comida, y porqué Bello á ciertas horas manda un dependiente con papelón, queso, pan y otros artículos, que compramos los que tenemos algún dinero, para completar la comida que generalmente es muy mala y muy escasa: si no podemos hacer ...pras, porqué nos falten fondos, disminuyen las ...ancias del General pulpero. Ya en otra parte he ...ho que el Jefe actual de este Castillo es comerciante ...es que todo . . .

A los presos les permiten tener hasta cuatro pesos fuertes, y para pedir estos tengo otra fórmula: "Sírvase traerme dinero." ¡Estas palabras siempre les suena bien! . . . Para cada cosa tengo una frase lo más lacónica posible con el fin de no entrar en conversación con mis carceleros. Por esto mismo me atienden más que á los que están importunándolos á cada momento, exigiendo á las veces hasta cosas que no son permitidas y exponiéndose á desaires ó á que les digan groserías . . .

A las 10.

Han traído el almuerzo y no vino el médico á ver á Ulloa: ha mandado una botella de agua boricada y un poco de algodón, haciéndome decir que mientras la herida esté tan inflamada no puede coserse. Creo que esto es así en realidad, pero de todos modos habría debido venir á verlo para entablillarle la mano ó hacerle cualquiera otra cosa que contribuya á mejorarlo y á prevenir que aquella quede muy defectuosa. Los tres dedos exteriores estan perdidos porqué el machetazo cortó los tendones que los movían; mas con los otros dos podrá valerse mucho si la mano queda derecha, por más que de ninguna manera recuperarará el juego de la muñeca.

A las 2.

Hace más ó menos una hora que sentimos venían abriendo las puertas de los calabozos y á pc abrieron la del nuestro, y Márquez, con su mane brutal, nos mandó salir al patio: "*Salgan pa afuera* todos, vamos, vamos!" y á Ulloa que

tardaba un poco abrochándose el calzón con la mano buena y tirando con los dientes de la cuerda de los grillos para poder caminar: "¡*Usté* parece que no oye, salga amigo, ligero, ó lo hago salir de otro modo!"...

El sol reverberaba en la arena del patio y en el muro del frente. No había la más pequeña ráfaga de brisa. Se sentía la atmósfera como que estuviéramos dentro de un horno. Apenas había medio metro de sombra al lado del muro de los calabozos. Los compañeros salieron y se sentaron sobre el pretil que sirve de base ó cimiento á aquel y yo me paré junto á la puerta. Entonces entraron varios presos criminales con cajones llenos de mezcla, latas con lechada, escaleras, martillos y demás útiles de albañilería, y procedieron con la mayor actividad á sacar al patio mi baúl, la butaca, dos sillas de cuero del uso de Suiny y Carabaño, la lata que sirve de asiento á Benedetti, las esteras y la ropa, tirando unas cosas sobre otras en el mayor desorden; y en seguida empezaron dentro del calabozo á sacar los clavos ó alcayatas que habían servido en otro tiempo para colgar hamacas ó chinchorros; á tapar con mezcla y piedras los agujeros que dejaban y todos los que había en las tapias, y después dieron una lechada general.

Yo mandé á uno de los presos criminales que entraba al calabozo después de sacar alguno de *los muebles,* que me alcanzara una de las sillas de cuero el otro lado del patio porqué no quería dar el espectáculo de atravesarlo con los grillos y con el ntalón, que no sé cómo se me había roto, en presencia algunos oficiales que había allí; pero el preso

dirigió una mirada á aquellos, y temiendo sin duda que lo castigaran si me obedecía, sin decir palabra siguió su camino, como que no me hubiera oído. Entonces cogí por el brazo á otro preso que entraba de prisa, lo hize volver el cuerpo en sentido contrario de un tirón, y lo mandé que me alcanzara la silla en un tono que le quitó toda gana de desobedecer. Me la trajo, me senté en ella contra la pared, y fué entonces que pude ver el cuadro que se ofrecía á mi vista:

Benedetti se había sentado en su lata á todo sol, con una guardacamisa ó franela que apenas le llegaba á la mitád del vientre, sin ninguna clase de abrigo en la parte posterior del cuerpo, y cubierta la cabeza con un sombrero aplomado de anchas alas que se conoce le ha servido largo tiempo. Había puesto el codo del brazo derecho sobre la rodilla del mismo lado; tenía apoyada la barba en la mano, y estaba serio y pensativo como que no le interesara en lo más mínimo lo que pasaba á su alrededor. No sé porqué, al verlo en aquella posición, tan despreocupado en su desnudéz y completamente rojo por el calor del sol, me lo imaginé un araguato de grandes proprciones que se había acurrucado allí . . . ¡Solo que, quién sabe que plan estaba meditando este araguato! . . . ¡Tal vez estaría pensando en la posibilidad de que Bello y los otros que lo tenían así, pasaran un día por la posada de El Guayabo! . . .

Hacia el otro lado, en la continuación del pretil, estaban, á más de los otros compañeros de calabozo los que habitan en el inmediato, que es el nº 17; has hoy ignoraba quienes eran: Doctores Elimenas Edecio Finol, de Maracaibo, médico el primero y

segundo abogado, y F. de P. Meaño Rójas, de Cumaná, también Doctor en medicina. Según se recordará, de los tres he hecho mención, como que fueron los principales opositores á la sublevación que se proyectaba.

Por la puerta que une este departamento con el otro, la cual han dejado abierta, he visto pasar de un lado á otro del patio, con grillos, al Presbítero Zuleta, de Maracaibo, y á Faustino Vargas; y también pasó, aunque sin grillos, un individuo como de cincuenta años, de San Cristóbal, llamado Ezequiel Chacón, y generalmente conocido con el nombre de "Villa". Sin embargo de que este sujeto es enteramente rústico, al punto que aquí es que ha aprendido á escribir su nombre; tiene, según dicen, mucho dinero y muy buenas propiedades en el Estado Táchira, entre las cuales se cuentan unos magníficos potreros para ceba de ganado mayor. Dicen que Castro lo tiene preso, ¡porque no ha querido venderle uno de estos potreros por un precio menor que el que representa la propiedad! . . . Villa no es militar, ni político; sólo se le oye hablar de ganado y del dinero que le ha producido ese comercio, en el cual es muy hábil, según parece. Recuerdo que ahora tiempo, estando de Jefe de esta fortaleza el General Rafael Arias, lo llamó á la Comandancia y le dijo que *si le hacía entregar cinco mil pesos fuertes, lo ponía en libertad* porque tenía orden de Castro para ello. Villa ofreció dos mil, pero no fué aceptada la rebaja

ha permanecido preso . . . Tal vez esperan que
n el tiempo dará toda la suma que le han exigido;
s Villa ha dicho últimamente que ahora no daría

un solo centavo, ni lo dará después, aunque lo mantengan encerrado toda su vida! . . . ¡Ya tiene aquí más de año y medio! . . . ¡Así es el gobierno de Castro!

Cuando estaba pensando en la incalificable injusticia cometida con Villa, sentí destapando botellas en el otro departamento, y casi en seguida se presentaron varios oficiales trayendo vasos con cerveza, los cuales repartieron entre los presos. Cuando uno me ofreció un vaso, le pregunté quién mandaba aquello, de una manera brusca, y me preparaba á rechazarlo cuando el Coronel López, que pasaba hacia el calabozo, seguramente á inspeccionar el trabajo, se detuvo, y, en un tono muy amistoso me dijo: "Tómela, General: esa se la manda el General Bello". Entonces, sin reflexionar, la tomé y dí las gracias. El mode suave de López me desarmó: tal vez la gran sed que sentía determinó en parte mi resolución; no podría decir á punto fijo lo que fué; lo cierto es que después que la hube tomado, y aunque la cerveza me pareció buena y sentí que me había hecho bien, me pareció que había incurrido en una tontería y deploré dentro de mí haberla aceptado. ¿Qué se proponía Bello con aquel obsequio? . . . ¿Sería que se había compadecido de vernos en aquel calor que nos abrasaba? . . . ¿Le ocurriría á él mismo tomar cerveza, apurado por el calor, y no quiso hacerlo sin ofrecer á todos los que estaban allí? . . . ¿Sería un acto de cortesía? . . . ¿Sería por compasión? . . . ¿O sería más bien una burla hacia nosotros por el estado en que nos encontrábamos después de la tentativa fracasada? . ¿Habría querido hacernos brindar por nuestro fracaso? Esta congetura quedó dominando sobre las otras,

aún me produce descontento de mi mismo el haber bebido sin pensar lo que hacía, y repulsión hacia Bello por haberme puesto la trampa en que caí tan torpemente . . .

El cuadro que presentaba la prisión en ese momento era á la vez grotesco y conmovedor: De un lado del patio los pobres efectos de los presos aglomerados en desorden á lo largo del muro de la fortaleza, y del otro los presos mismos sentados en el pretil en traje de ir á la cama, que es el único que se usa aquí por el extremado calor. Unos sujetando sus grillos colgados de cuerdas para que no se les asentaran sobre las piernas; otros con los brazos cruzados y silenciosos como estatuas; algunos en actitudes más ó menos compungidas. Los más estaban sucios, peludos y despeinados y para completar el espectáculo se veía al frente á Benedetti ¡sentado en su lata! . . . En cierto instante me acordé del manicomio de Los Teques que, por el abandono en que lo tienen los gobiernos, muchas veces ofrece cuadros de esta clase. Parecíamos locos á quienes fueran á trasladar de un lugar á otro con los objetos de nuestro uso, aguardando que nos mandaran á salir . . .

¡Pero más bien nos han mandado á entrar! . . . Tan pronto como ha estado concluida la lechada nos han dicho que volvamos á nuestros respectivos alojamientos. Al entrar, cubiertos de sudor, nos hemos sentido sofocados por el olor de la cal y hemos permanecido todos al lado de la puerta esperando que lechada se secara un poco y el aire se hiciera más spirable. La fuerza de la cal me hizo recordar que uchos de nuestros campesinos pescan echándola en

las pequeñas vertientes, que llaman quebradas, y yéndose después por el cauce hacia abajo recogiendo las guabinas, bagres, carpas y demás peces que en ellas abundan, los cuales envenenados por la cal mueren, ó se emborrachan y se dejan coger fácilmente. He preguntado á los compañeros si este será un sistema de *pescar gente* inventado por Bello, y si la cal hará en nosotros ¡el mismo efecto que en las guabinas! . . .

Al entrar Suiny, en un tono entre solemne y burlón, ha pronunciado el siguiente verso del Dante:

"Es la ira inmensa de la alta mar airada" . . .

Yo lo he repetido en el mismo tono, porque parece que nuestros carceleros no hallan ya que inventar para hacernos más dura la prisión. Y nos hemos sonreido de desprecio hacia Bello y Castro: ¡Qué pequeños resultan *ellos y su ira* comparados con "la ira inmensa de la alta mar airada!" . . .

Mientras los presos criminales traían nuestros efectos, y antes de que nos encerraran, se ha acercado á la puerta Jorge Michelena, 1er Jefe del Batallón de que es segundo López, y no sé á propósito de qué ha dicho á Tarquis que "si Castro le ordena fusilarlo, él lo fusila!". . . Yo he intervenido en la conversación y le he dicho que "hará muy bien, ¡porque la Constitución Nacional lo autoriza para eso!" . . . Michelena ha comprendido mi intención, toda vez que sabe que en Venezuela está abolida la pena de muerte desde hace mucho tiempo; ha comprendido que decir esa necedad no ha conseguido sino mostrarnos de relieve su servilismo, sin producir en nosotros

el más mínimo síntoma de temor, y se ha ido medio azorado, sin agregar palabra . . . Todos hemos reído después á su costa y á la de Castro, por más que sea verdad que éste puede mandarnos fusilar y Michelena cumplir la orden . . . ¿Qué significa para ellos la ley? . . .

Es lamentable lo que pasa en Venezuela con la gran mayoría de los empleados públicos. Desde el momento en que alguno solicita y obtiene un destino cualquiera, ó el que manda se lo ofrece espontaneamente, ya ese individuo se llama á sí mismo *amigo incondicional* de quien le ha dado el empleo, se considera no como un servidor público sino como un sirviente, del que lo ha empleado y no vuelve á tener voluntad propia. No se contenta con cumplir los deberes de su cargo y tratar con cortesía y respeto á sus superiores, que es cuanto en razón puede exigírsele, sino que se crée obligado á enlodarse exhibiéndose como esclavo y cometiendo toda especie de bajezas . . . Y lo peor del caso es que esos *amigos incondicionales* son con los que menos pueden contar los que gobiernan, en los momentos de prueba á que están frecuentemente sujetos por las revoluciones, pués son los primeros que desertan y se van al bando contrario. Por mi parte las veces que he mandado y alguno me ha dicho que es mi *amigo incondicional,* ó le he visto que se desvive por halagarme en todas las cosas, es lo mismo que si me dijera que *no debo contar con él sino en* ; *tiempos de bonanza;* nunca he tenido confianza hombres serviles: los leales son siempre reservados serios y generalmente ofrecen menos de lo que án dispuestos á cumplir . . .

Michelena es algunos años mayor que yo y pertenece á una familia distinguida de Valencia: su padre fué amigo del mio y él mismo fué mi condiscípulo cuando ambos estábamos muy pequeños. En una ocasión en que unos cuantos muchachos, entre quienes figurábamos mis hermanos y yo, representábamos en casa una comedia por vía de divertimiento, al levantar el telón aparecía Michelena en la escena sentado al lado de una mesa y decía: "Las cuatro han dado y todavía no he sacado las cuentas que me puso el maestro. ¡Qué cosa tan molesta es la aritmética! etc." Aún recuerdo la seriedad y corrección con que desempeñaba su papel . . . Aunque después nos perdimos de vista, porque mi familia se fué á vivir en Caracas, y nos hemos encontrado muy pocas veces, debido á esos recuerdos nos tratamos siempre con cierta intimidad. Que yo sepa, nunca hasta ahora se había mezclado en los asuntos públicos. En la última revolución reunió unos peones y se alzó proclamando á Hernández; pero después que llegó Castro á Valencia, se incorporó á las fuerzas de éste y desde entonces ha seguido á su servicio. Cuando fué nombrado para este castillo y vino á ver los presos por primera vez, se me ofreció mucho: me dijo que "en cuanto yo necesitara estaba dispuesto á servirme"; ¡pero yo no he necesitado nada! . . . ¡Nunca necesito nada de mis perseguidores ó de los que están con ellos! . . .

Mas, ¿que se ha propuesto Bello al ordenar los trabajos de albañilería efectuados hoy? . . . ¡Cie
mente su objeto no ha sido hacer nuestras hab
ciones más decentes y sanas! . . . De haber sido
desde que llegó á tomar el mando de esta fortal

habría procedido á efectuar esos trabjos y los habría llevado á cabo en otra forma, sin ocasionarnos molestia alguna . . . ¡Hay, pues, que buscar su intención más allá! . . . Al mandarnos salir tan violentamente y registrar nuestros efectos y tapar los huecos de los muros, ¿no trataría de sorprender alguna arma, algún papel, alguna cosa, en fin, que le diera más luz sobre lo ocurrido, y que á la vez nos dejara en sus manos más indefensos, si cabe?

Muy bien pudiera ser esto, porque el registro ha sido minucioso y se han llevado todos los clavos grandes y pequeños y hasta las estacas de madera de pino y de mangle que servían de percheros; pero eso mismo habría podido hacerse sin molestarnos tanto. Habiendo destinado á la reforma en cuestión las primeras horas de la mañana ó las últimas de la tarde, y poniendo á un lado las brutalidades del Regidor Márquez, no tendríamos nada que decir, porque tienen el derecho de defenderse ó cuidarse tomando todas las precauciones que crean necesarias; mas, ¿á qué conduce el tenernos en el sol, en este sol de San Carlos, por más de una hora, expuestos á las miradas de una partida de oficiales, quienes sin duda se burlaban interiormente de nuestra miserable apariencia? . . . ¿Y para que ofrecernos aquella cerveza que acababa de completar la miseria de un cuadro que ya era desolador? . . . ¡Ah! . . . La intención de Bello está clara: ha querido cerciorarse de si había excavaciones, armas ó papeles en los cajones, y á la vez ha querido humillarnos, nos ha logrado . . .

Azotes á los soldados. — Triste condición de éstos en Venezuela. — Estado de los compañeros.

Martes 20 á las 6 de la mañana.

Anoche dormí hasta las 3, á pesar de los gritos de los soldados, del calor y de la incomodidad de la cama: estaba rendido por las malas noches anteriores y por las emociones de ayer. A las 3 me despertaron las dianas y los lamentos de los pobres soldados á quienes azotaban en el cuartel. ¿Hasta cuándo durará ese suplicio horrible? . . . ¿Cuántos serán los destinados á sufrir ese castigo cruel? . . . ¡Qué lúgubre es el despertar, todavía de noche, oyendo quejidos medio ahogados por la caja y la corneta! . . . ¡Los lamentos en la oscuridad como que son más tristes! . . . ¡Infelices soldados condenados á llevar la peor parte, tanto en la guerra como en la paz! . . . ¡Para ellos no hay misericordia! . . . Desde el día en que los arrancan del seno de sus familias, dejando abandonados á la madre, la esposa, los hijos, la labranza ó el pequeño comercio, dejando sumidos en el dolor y muchas veces en la miseria á todos esos seres queridos, y perdidos todos los esfuerzos del trabajo para alcanzar algún bienestar; desde el día en que les ponen el fusil al hombro, pueden contar que han perdido la libertad para siempre, á menos que una enfermedad que los inutilize, ó la deserción, no siempre intentada con buen éxito, los liberten de la esclavitud. Nuestro Código Militar fija un tiempo relativamente corto para el servicio: dos años. En realidad es

espacio no es bastante ni para completar la educación del soldado. Según esa disposición, cuando el hombre empieza á ser veterano y á conocer su oficio, debe licenciarse . . . Pero ¿de qué sirve la ley buena ó mala en Venezuela? . . . ¡Aquí no hay más ley que la voluntad estúpida de un sátrapa! . . . ¿Cuándo podrá regularizarse en este país infortunado el modo de formar los ejércitos para libertar á la clase más pobre de algunas, por lo menos, de las incontables penas que hoy la agobian? . . .

Ulloa ha amanecido algo mejor: el ácido bórico parece que va á hacer bajar la inflamación. En los otros compañeros no hay novedad, digo, en Suiny, Benedetti y Tarquís, porque Carabaño á media noche tuvo un poco de fatiga á causa de su enfermedad del corazón y dice que durmió muy poco.

Cesan los azotes. — El médico visita á Ulloa y á Carabaño. — Suposiciones. — El mal de Benedetti. — Nuevas pequeñeces de Bello.

Martes 27 á las 8 de la mañana.

Hoy no nos despertaron los lúgubres quejidos, como en los últimos nueve días. La caja y la corneta no han sonado sino para tocar á las 5 la diana de ordenanza y á las otras obligaciones. Al fin como ¡ue han terminado los azotes . . . Aún tengo en el ›ído los desgarradres lamentos combinados con la nonótona música del cuartel . . . ¡Cuántos soldados ·tarán hoy doloridos y enfermos en el hospital de la

fortaleza? . . . ¡Quién sabe si de los primeros que azotaron habrán muerto algunos! . . .

El Dr. Soto Verde acaba de salir de aquí, de ver á Ulloa y á Carabaño: ha dicho que al primero deben continuársele los lavatorios, y aún no sé lo que ha recetado al segundo. Parece que ya vá á restablecerse la normalidad en nuestra vida de prisioneros. Las dos notaciones de hoy son de que empieza á calmarse el furor de nuestros opresores . . . Después de la requisa del 19 como que estarán bien seguros de que ¡no podemos evadirnos! . . .

Benedetti también ha estado últimamente muy mal de su achaque del estómago. Casi no duerme durante las noches, levantándose á cada instante; pero en el día se desquita roncando á toda orquesta por horas enteras. Bien pueden las moscas parársele encima por centenares que él ni siquiera las siente . . . Lo más que hace á veces, cuando alguna se le para en la boca ó sobre el bigote, es soplar haciendo cierto ruido sordo, y sacudir la cabeza de un lado á otro, sin abrir los ojos, y en seguida continúa roncando acompasadamente . . . ¡Con que intensidad duerme el futuro posadero de "El Guayabo"! . . . Atribuye su estado actual á la mala condición del alimento que le dan. A todos nos hace sufrir mucho, con la fetidez que hay constantemente en el calabozo. En conciencia este hombre debería estar en un hospital, tanto para procurar su curación, que aquí se hace imposible, como porque no es regular que todos seamos víctimas de su molesta enfermedad . . . El s mortifica cuando alguno se queja del mal olor, per le hemos dicho que de ningún modo es suya la culpa

En su deseo de no molestarnos, hoy ha dicho que no volverá á comer de tarde para ver si se mejora . . .

Bello, que conoce el mal de Benedetti porque cuando vino á esta fortaleza lo encontró en el hospital, debería hacerlo trasladar á otra parte, si no le conviene tenerlo allí después de lo ocurrido en días pasados. Podía muy bien estar solo en un local donde no incomodara á nadie, y donde él mismo respirara un aire menos nocivo á su salud. Benedetti se lo ha insinuado así al médico, pero éste se ha hecho el sordo. De seguro que no dirá nada á Bello y que si por casualidad lo hiciera, aquel no dispondría nada sobre el particular . . .

A las 6 de la tarde.

Acaban de irse Bello, Michelena, López y otros quienes habían venido por la explanada hace media hora con una orquesta compuesta de un bandolín, una guitarra española y una guitarra pequeña, que llaman "cuatro". Han tocado tres valses delante de la puerta de este calabozo y se han marchado después sin decir palabra. ¡Seguramente es una serenata que han querido darnos, por más que aun dura la luz del sol. ¡Lo que ha faltado es el discuro para dedicarla! . . . Bello apenas sacó un momento la cabeza para vernos y volvió á ocultarse. Todos estábamos cerca de la puerta esperando el fin de la serenata y comentando en voz baja la pequeñez de ese ombre que no se cansa de humillarnos . . . ¡Esta currencia ha nacido sin duda en el mismo cerebro ıe concibió y dió á luz la de la cerveza! . . . ¡Son ıs hermanas muy dignas hijas de su padre! . . .

Noticias de los demás presos. — Conjeturas. Violencias de los carceleros. — Algunos de ellos están recién llegados.

Septiembre 1º á las 2 de la tarde.

Uno de los presos criminales que traen la comida, en un momento en que se distrajo el oficial que preside ese acto, nos dijo que hoy han abierto las puertas á los presos del otro departamento y á los del calabozo nº 17, y han podido salir como antes. Sólo ha quedado cerrado el calabozo nº 16 en que están el Presbítero Zuleta, el General Baudilio Gutiérrez, un Coronel Ramos y Faustino Vargas. Según parece son los cuatro que tienen grillos, á más de los que estamos aquí. Esta circunstancia me hace sospechar que el delator ha debido ser alguno de los presos, porque casualmente á esos cuatro es que puede atribuírseles complicidad conmigo en la conspiración.

Gutiérrez y Ramos estuvieron el 13 de agosto en el calabozo nº 14, que era el mío entonces, me ofrecieron secundarme decididamente y me dijeron que si después del movimiento les daba una compañía de las de la guarnición, en pocos días me traerían del Distrito Perijá dos ó trescientos hombres, buenos para la guerra. Después de eso no volví á hablar con ellos, porque supuse que habían seguido el impulso general. Zuleta y Vargas habían colaborado los primeros días, haciendo llegar mis comunicaciones á la tropa. Mas al fin ¡defeccionaron también! . . . De modo que, con toda probabilidad, el denunciante ha

debido estar en el interior de la prisión para haber podido informar á Bello tan detalladamente . . . Lo que me ha parecido extraño es no ver en el patio á los vecinos del nº 17: probablemente se han quedado dentro del calabozo con la puerta abierta: estarán tímidos todavía: ya irán saliendo poco á poco . . .

Carabaño y Benedetti siguen mal: el médico no viene casi nunca y cuando lo hace no les receta nada que los alivie. Se diría que cuando pasa por aquí á ver los enfermos es por mera fórmula, sin el menor deseo de curarlos . . .

A las 6 ½.

A pesar de la prohibición de colgar nada, ya hoy se veían algunos objetos en los muros: sombreros, camisas y zapatos, puestos en palos de fósforos que habíamos introducido en algunos pequeños huecos de los que han quedado en la pared: queríamos preservar aquellos objetos de la humedad del suelo que siempre es mucho mayor que la del muro. Yo había colgado además una cuerda de una argollita que está en el techo; en la punta de aquella había atado de través un cepillo viejo de dientes para que sujetara la ropa y allí había puesto el flux de casimir negro con que fuí traído al castillo. En ese tiempo todavía estaba de luto por la muerte de mi padre. El mencionado flux, que cuido mucho porque con él será que me vestiré el día que haya de salir de esta prisión, lo había sacado del baúl donde estaba enmoheciéndose con la humedad, y se encontraba en *su perchero* ventilándose sin estorbar á nadie . . . Pero uno de los oficiales que entraron á la requisa

de la tarde, al pasar cortó la cuerda con su sable y la ropa cayó al suelo; otro de los oficiales arrancó y tiró aquí y allá los zapatos y demás efectos que estaban colgados en los palos de fósforos y han salido como si fueran mudos . . . Nosotros nos hemos visto las caras silenciosamente, y después que se fueron hemos recogido nuestros cosas y puéstolas sobre unos pedazos de estera ó petate en los lugares que nos han parecido menos húmedos . . . El flux negro volvió al baúl . . .

En estos días hay caras nuevas en los requisadores. Por el tipo y las pocas palabras que les he oído pronunciar, he conjeturado que son andinos tal vez del mismo pueblo de Bello: éste los habrá hecho venir después de los últimos sucesos, para rodearse de gente de su confianza . . . ¡Nada le parece ahora suficiente para asegurarse y *asegurarnos!* . . . Los recién llegados me miran con una prevención particular y agarran sus sables fuertemente cuando entran á este calabozo . . . De seguro que Bello ó algún otro los ha predispuesto contra mí, contándoles los peligros que corrieron . . . ¡Cuándo acabarán de tranquilizarse esos pobres diablos! . . .

Los compañeros. — Tarquís y Benedetti discuten. — Los grillos de Suiny. — La comida

Sábado 14 á las 3 de la tarde.

Los enfermos siguen lo mismo, si no peor. Carabaño le dá la fatiga con mucha frecuencia y s está entecando á vista de ojos. En algunas noches l

siento que no alcanza un resuello á otro y parece qne fuera á asfixiarse. Como está siempre desnudo de medio cuerpo arriba, he podido observar en estos días que los movimientos del corazón se le ven distintamente debajo de la séptima costilla. Estas pueden contársele, tanto por delante como por la espalda. A pesar de lo mucho que sufre no se queja jamás en presencia de los carceleros, ni les pide nada. Denoche, cuando tiene la fatiga, se le oye quejarse sin cesar: dice que si se está callado el malestar es mayor y que quejándose siente una especie de alivio...

Benedetti tampoco dá señales de mejoría á pesar de que, según dice, casi no come de tarde. Dos ó tres días estuvo sin probar nada á esa hora, pero viendo que no adelantaba gran cosa, ha vuelto á comer un poco... Dice que del rancho que traen no toma sino *los frijoles*, mas yo creo que nos está engañando y que se come también los plátanos... En ocasiones, de noche, lo he sentido mascar y he percibido olor de plátano asado, y otras veces lo he sentido comiendo papelón... Los plátanos es lo que más lo enferman: vienen aquí mucho tiempo después de haber sido apartados del fuego y es sabido que esa fruta se encrudece al enfriarse; pero el pobre Benedetti tiene á todas horas un apetito voraz y seguramente no puede contenerse...

Ulloa tiene ya la herida en vía de cicatrización, aunque está todavía completamente abierta. La mano aún está mucho más grande que la otra y siempre torcida. La inflamación ha bajado notablemente, ¡pero el Dr. Soto Verde no se ha tomado la molestia de coserlo!...

Tarquís y Suiny no sufren de enfermedad alguna, que yo sepa. El primero lo que tiene es una pereza que dá pena. Está sucio á más no poder: no se peina: en los cabellos conserva una especie de lodo espeso formado de tierra y sudor; pero no se intranquiliza por eso en lo más mínimo, y pasa el tiempo echado boca arriba en su estera viendo el techo ó volteado hacia la pared. Ya nos hemos convencido de que no es espía, ó por lo menos, si lo es no sabemos. en que forma comunica sus observaciones á los que lo han mandado. Esto, por otra parte, nos preocupa poco, porque no hablamos de nada de carácter reservado, y cuando lo hacemos de Castro, Bello y compañía, censurando sus actos bárbaros, lo que sucede con mucha frecuencia, no nos importa que lo sepan: ellos deben saber que cuando los nombramos no es para elogiarlos . . .

Tarquís nos ha dicho que es de Santa Cruz de Tenerife; que cumplió el tiempo de su servicio en España; que ascendió hasta sargento, y nos ha hecho muchas confidencias que revelan en él cierta sencilléz. Aunque es de muy pocas letras, generalmente critica nuestras cosas militares con agudeza: no se cansa de admirar el número de Generales y demás oficiales superiores que hay en Venezuela y el desorden que existe en todo lo que se relaciona con esa profesión. Benedetti á veces se desagrada y le pregunta porque se vino de su tierra si esto es tan malo; agrega que si no le gusta lo que aquí pasa, puede volverse por donde mismo vino; pero que sería de desearse que mientras no resuelva su regreso "modere la lengua" para que pueda vivir en buena armonía con

las gentes del país . . . ¡Benedetti es Coronel *restaurador* y no puede sufrir que Tarquís denigre á los militares venezolanos! . . .

Tarquís cuenta sólo veintisiete años: es alto, delgado y de facciones bastante regulares: su figura sería agradable si se cuidara un poco más. Tiene pasión por la carrera de las armas, pero no creo que pueda adelantar mucho si no sacude la pereza . . . Le he dicho que aquí, durante la guerra de Independencia, hubo un isleño de canarias llamado Monteverde que hizo gran figura entre los realistas, llegando á ser Capitan General de la colonia, á pesar de que era un hombre muy común; y que recientemente, en el tiempo del gobierno de Guzmán Blanco, hubo otro General llamado Juan Quevedo, también paisano suyo, que llegó á ocupar posiciones muy elevadas en la República, aunque no era también sino un gran vagabundo . . . Y he agredado que no me extrañaría encontrarlo á él dentro de algunos años convertido en el General Tarquís, imponiendo su voluntad y haciendo desafueros en alguna parte de Venezuela . . . Al oír esto último se ha reído, más se comprende que esa perspectiva no le desagrada! . . .

Por lo pronto está aquí con sus grillos . . . Seguramente López, que es otro General en ciernes, no ha encontrado ocasión de hablar por él al Jefe de la fortaleza . . .

Suiny ha estado pensando en limar la cuña de sus grillos, pero no ha podido conseguir con que hacerlo. Aquellos no le quedaron bien remachados, y además las rodillas son muy anchas al punto que se saca de noche el pie derecho y duerme así menos incómodamente.

Después de la requisa de la tarde, cuando se extiende en su estera, habiéndose sacado antes la argolla, estira y abre las piernas y nos mira y se ríe de placer como para inspirarnos envidia . . . Dice que la primera vez que nos abran la puerta y pueda salir al patio, conseguirá una piedra y amolará la cuña para dormir sin nada en los pies . . .

A las 6.

Hoy casi no nos han traído de comer. Yo parto con Carabaño y Suiny lo que me traen de la Comandancia y casi siempre nos quedamos con hambre. Me cobran treinta pesos mensuales por un azafate que dicen que es para dos: los que comen solos no pagan sino quince pesos. Aunque generalmente tenemos muy poco apetito, rara vez logramos satisfacerlo; de noche comemos algún pedazo de pan, queso ó papelón *para completarnos* . . . Por cierto que en estos días he estado ahogándome dos veces con el papelón y en la última estuve casi asfixiado. Había inventado un modo de comerlo tomando un trago de agua con cada bocado, á tiempo que hablaba con los compañeros, y por poco me sale cara la innovación! . . . Ahora he vuelto á comerlo por el sistema ordinario, de seguido, y tomo el agua encima! . . .

Nuestra alimentación es muy mala: en el desayuno café con leche aguada, pan de trigo, queso del país ó mantequilla ordinaria, estos últimos en dosis homeopáticas; en el almuerzo, hervido de carne, generalmente muy flaca, con plátano y aullama, y muy rara vez pedazo de ñame ú otra verdura; arroz blanco, coci con mucha agua, formando una sola masa brillante

blanda, de aspecto y gusto desagradables; frijoles ó caraotas rosadas, café claro y pan de trigo. En la tarde, un pedazo de carne en salsa ó asado, ó de hígado frito, arroz, frijoles, pan y café. Todo llega aquí frío, porque este es el calabozo más distante de la cocina y porque antes que á nosotros les sirven á los demás presos. El caldo llega con la manteca coagulada formando témpanos amarillos de distintos tamaños, de los cuales unos sobrenadan y los otros se adhieren á las orillas del receptáculo en que lo traen, siempre sin tapa; la salsa de la carne, con la manteca del mismo modo; los frijoles mal cocidos y en ocasiones picados . . . El conjunto en general es repelente y nauseabundo, porque á más de lo dicho, cuando hay viento, como el piso de los fosos es de arena, la parte más menuda de esta se levanta y cae sobre la comida . . . También compro diariamente, por separado, una botella de leche, y cuando los hay, algunos huevos que tomo crudos.

La vida en La „Cueva Encantada". — El baño. — Historias y anégdotas.

Octubre 12 á las 3 de la tarde.

El mes último ha transcurrido con una monotonía abrumadora. A las 6 de la mañana vienen *los sicambros* á pasar requisa; á las 7, vuelven á traer el desayuno; á las 10, el almuerzo; á las tres, la comida, y á las 6 de la tarde entran de nuevo á inspeccionar el calabozo. En los intervalos no hacemos sino conversar y meditar. Desde que me trajeron

para este calabozo se llevaron mis libros y no hallo modo de matar el tiempo. De cuando en cuando pone alguno un tema de conversación que despierta interés y nos animamos y reímos ó discutimos un rato; después volvemos á caer en el silencio y el fastidio. Esta situación es agravada por los sufrimientos de Carabaño, que cada día aumentan, sin que haya esperanza alguna de mejora . . .

Benedetti ha mejorado un poco con unas papeletas de bismuto y polvos de Dower que le dió el Dr. Soto Verde.

La herida de Ulloa sigue cicatrizando, pero la mano le ha quedado muy defectuosa, por falta de que se la entablillaran á tiempo.

Los habitantes de esta "Cueva Encantada", como llamamos al calabozo cuando estamos de guasa, porque parece que un encanto ó sortilegio nos retiene encerrados aquí como á los héroes de ciertos cuentos de hadas, que vivían retenidos en sus castillos ó en alguna pavorosa caverna, por la voluntad de algún poderoso enemigo de crueles entrañas; digo, todos *los encantados,* nos hemos enflaquecido de una manera sorprendente. Si esto sigue por algunos meses no sobrevivirá ninguno . . . ¡Ya siento que la Muerte anda dando vueltas entre nosotros, como buscando á quién llevarse primero! . . .

Mas en medio de tantos dolores y miserias, he podido conservar un placer: como mi pimpina es grande, puedo economizar la mitad del agua y con un poco que me dan Benedetti ó Suiny reuno diariamente tres ó cuatro litros, con los cuales me lavo el cuerpo. A las 2 de la tarde pongo la mitad en una totuma y me fricciono con un trapo que me sirve de esponja y luego me enjuago con la otra mitad.

Después del baño me siento muy bien, y cuando veo á Tarquís y á los demás, no comprendo como se pueda vivir así. Excluyendo á Suiny, quien cada dos ó tres días se fricciona también, todos los otros están materialmente como unos marranos . . . Cambio de ropa dos veces por semana y como no duermo en el suelo, logro conservarme algo limpio; Suiny también se cambia con frecuencia; pero Tarquís, Benedetti y Ulloa, no se han mudado desde que entramos á este calabozo, y eso que cuando vinieron no estaban muy limpros que digamos . . . El pobre Carabaño, que creo toda su vida había sido indolente y descuidado, con su enfermedad ha acabado de abandonarse y está sucio casi como los otros. Ese abandono no puede menos de influir grandemente para que los presos pierdan la salud: la tierra combinada con la transpiración forma una especie de betún que les obstruye los poros, los cuales, en ese estado, necesariamente desempeñan mal las funciones á que son destinados en el organismo. El hombre, por grande que se crea cuando se compara con los otros seres de la Creación, siendo como realmente es superior en muchas cosas á los demás animales, cuando no se asea con cuidado despide un oler acre más repugnante que el de muchos de aquellos; olor que no puede menos de ser venenoso y mal sano, sin contar que es mortificante y repulsivo para los que están habituados al aseo . . .

A las 8 de la noche.

Esta tarde, después que pasaron la requisa, la conversación se ha animado mucho y cada uno ha contado alguna cosa.

Carabaño ha referido varios cuentos muy picantes realzados por su modo de hablar despacioso, como viendo el efecto que producen sus palabras. Entre otros ha referido uno de dos personas del campo, casadas, que dormían en una cama muy grande de cuero, con tres hijos pequeños que tenían. La cama no estaba muy sólida, y en cierta ocasión en que se movía mucho, el menor de los muchachos se cayó y empezó á llorar; uno de los hermanos lo recogió, volvió á montarlo en la cama, y el cuarto quedó de nuevo silencioso. Al cabo de un rato, en que, según parece, los muchachos no se habían dormido, la cama comenzó á moverse de nuevo, y el que había recogido al pequeño dijo á este muy alarmado: *"¡agárrate hermanito, que ya van á güelbé á emprincipiá!"*. . .

Suiny ha referido que habiendo salido una vez de Cúcuta, á caballo, á las 12 de la noche, con la mira de llegar temprano á San Cristobal á ocuparse de sus negocios, para regresar el mismo día; en una cumbre distante encontró una partida de bandidos enmascarados, que indudablemente venían de cometer alguna fechoría. Verlo, asaltarlo y robarlo, fué todo una misma cosa. No le dieron tiempo ni de hacer uso de su revólver, el cual le quitaron, como lo demás que llevaba encima. En seguida lo hicieron entrar en una casa cercana, donde había una mujer ya muy entrada en años, quien no por eso se salvó de que la atropellaran horriblemente á la vista de Suiny. A éste, entre tanto, otros de los bandidos le daban á beber aguardiente por vasos y lo hacían brindar "¡por la felicidad de todos los presentes!" Y cuando

quería negarse á beber, alegando que estaba enfermo, lo amenazaban con matarlo, tirando algunos para el efecto de las "peinillas", como llaman en Los Andes al machete, ó montando un trabuco de una clase que también llaman "boca de sapo", cargado hasta vérsele el taco exterior, cuyo trabuco se lo apuntaban á la cara . . .

La cosa terminó con la llegada del día, que puso en fuga á los ladrones; pero no antes de vaciar encima á Suiny el agua de una tinaja que había allí, dejándolo medio embriagado y tiritando de frio en uno de los rincones de la sala . . . Afortunadamente no se llevaron el caballo ni la silla, porque la precipitación con que se fueron al darse cuenta de que ya estaba claro, no les permitió detenerse á quitar aquella al animal, y á éste, que lo habían metido en la cocina para evitar sin duda que lo vieran si pasaba alguno por el camino, no pudieron tampoco llevárselo, habiéndose marchado los bandidos por unos precipicios ó barrancos impasables á caballo. Suiny permaneció en su rincón hasta que se convenció de que los hombres se habín ido, poniéndose entonces de pies y dirigiéndose con mucha cautela primero á la puerta y luego á un corredor desde donde pudo inspeccionar los alrededores. Cuando estuvo bien seguro de que los malhechores habían desaparecido, tomó su caballo, lo ató en el corredor y se dirigió al interior de la casa á preguntar á la mujer qué ·· tancia lo separaba todavía de San Cristóbal. Entró á aquella aún acurrucada sobre la estera en e la habían dejado los salteadores, y cuando le gió la palabra sólo abtuvo esta respuesta: "¡No,

no, no, déjeme, dejéme!" . . . La infeliz, en su terror, seguramente confundió á Suiny con uno de los bandidos y se imaginó que iban á seguir atropellándola . . . Desde entonces Suiny no volvió á pasar por allí de noche . . .

Benedetti nos ha informado que después que murió su esposa, á quien se conoce quería mucho, estuvo á punto de ordenarse para lo cual estudió latin durante varios meses . . . No recuerda ni una sola palabra de lo que estudió, pero deplora no haber perseverado en su intento . . . ¡De seguro que hoy sería un magnifico pastor de almas y que no estaría aqui! . . . ¡Todos hemos convenido en que sin duda es una pérdida que ha hecho el clero venezolano! . . .

Para demostrarnos mejor sus inclinaciones piadosas, nos ha referido también que en cierta ocasión en que estaba muy apurado de recursos, imaginó irse por los campos recogiendo para misas de San Gregorio, las cuales aseguraba que iba á mandarlas decir en Maracaibo por las almas de los que pagaban, quienes al morir ya tendrían eso adelantado en el camino del cielo . . . Cuando hubo recogido el dinero que consideró suficiente para el viaje que proyectaba, se vino á la ciudad mencionada con una mujer de quien estaba enamorado, y allí lo ferió todo en pocos días, sin pasar siquiera por la iglesia . . . Algo más tarde, cuando volvió al Táchira y se encontró con algunos de los que le habían pagado las misas y le preguntaron si las había mandado decir, les contest que no, pero que "ya ellos habían cumplido par con Dios dando el dinero; que en esas cosas con l

intención basta y que él no los olvidaría en sus oraciones" . . . Ha agregado que al salir de aquí, si no encuentra otro modo de reunir unos reales, hará de nuevo una colecta para misas de San Gregorio . . .

Tarquís ha contado la historia de una novia que tuvo en Canarias y lo abandnó, yéndose á Cádiz dpnde se casó con otro . . . A propósito de eso ha hablado muy mal de las mujeres, asegurándonos que todas son muy inconstantes . . .

Hasta Ulloa nos ha contado que una vez que estaba él esperando á una muchacha en un cafetal, como á las 6 da la tarde, sintió que venía volando un ave, que por el ruido que hacía debía ser muy grande y á poco vió llegar "una bruja" y pararse en una mata de café á corta distancia, y la oyó que se reía á grandes carcajadas: "¡cuas, cuas, cuas!". . . Todavía dice que se le erizan los cabellos al recordar ese momento . . . Carabaño le ha preguntado cómo era la bruja y ha respondido que tenía la figura de una pava de monte, pero mucho más grande y con cierta cosa en los ojas que daba miedo . . . Lo peor de todo fué que "se perdió la volada" porque la muchacha no concurrió á la cita . . . ¡De seguro que de eso era de lo que se reía la bruja! . . .

Yo también he entrado en el concurso de historias, cuentos y anégdotas á propósito de que Tarquís, al ver el tiempo arrumazonado y sentir que hace un calor sofocante, ha preguntado si irá á llover . . .

He referido que una vez que unos palurdos, completamente ignorantes, fueron á pedir al Presidente Lincoln, de los Estados Unidos, unos empleos que estaban ocupados por personas competentes, aquel

que, según dicen, para cada cosa tenía un cuento, les contestó: "no puedo darles los empleos, pero voy á referirles una historia:"

Hubo un rey que tenía en su palacio un sabio astrónomo á quien siempre que pensaba ir de caza, le preguntaba "si iría á llover", y salía ó no según el sabio le dijera si haría buen ó mal tiempo, después de examinar detenidamente el firmamento . . .

"Un dia le consultó el rey y habiendo el sabio sacado á un patio su telescopio y demás instrumentos, y pasado allí más de dos horas interrogando al cielo, respondió que su Majestad podía salir sin temor porque no llovería . . .

"En consecuencia el rey salió con la corte, pero no habían andado mucho cuando se encontraron con un hombre que venía en un burro, cuyo hombre preguntó á uno de los de la comitiva á dónde se dirigían y al saberlo dijo: "tengan cuidado porque vá á llover". . .

"Como es de suponerse el cortesano no hizo caso alguno de aquella profecía de un ignorante, que estaba en contradicción con lo que había afirmado el sabio; mas no habían adelantado una milla cuando un gran aguacero con granizo los mojó y obligó á volverse . . .

"El cortesano entonces se acercó al rey y le refirió lo ocurrido con el campesino. El rey mandó que alcanzaran inmediatamente al hombre, lo llevaran á palacio y lo vestieran de sabio . . .

"El sabio en propiedad al saber que estaba reemplazado y por quién, pidió una audiencia al rey y le dijo que estaba resignado y acataba la voluntad de su soberano pero que para transquilidad de su conciencia deseaba saber cómo era que aquel

hombre había descubierto que iba á llover, cuando él, que se había quemado las pestañas toda su vida robre los libros, había errado tan completamente. ¡Llamen al sabio! dijo el rey, y á poco entró el nuevo astrónomo, muy bien vestido; y al ser interrogado por su antecesor, respondió que él había sabido que la lluvia se acercaba muy sencillamente: "al ver que *el burro venía amugando las orejas*"... ¡Traigan al burro y vístanlo de sabio! ordenó el rey...

"Los palurdos entonces prorrumpieron en grandes carcajados celebrando la gracia del Presidente, quien, después que se hubieron calmado, les preguntó": Y bien Señores ¿creen Uds. que el rey procedió acertadamente poniendo al burro en el puesto del sabio?...

"Los palurdos esta vez se deshicieron en protestas contra aquella medida que "á un mismo tiempo era irreflexiva, arbitraria y tiránica" á lo que el Presidente replicó: "Y ¿cómo entonces me proponen Uds. que les dé unos empleos que Uds. no sabrían desempeñar, cuando hay en ellos gentes que conocen y cumplen á cabalidad sus deberes?... No dudo un momento, señores, que sólo el patriotismo los ha movido á Uds. á pedirme esos empleos; pero les aseguro que labrando la tierra ó ciudando de sus ganados sirven Uds. mucho mejor á su país... Ydos en paz..."

Concesión á Benedetti. — Primera salida. — El "Club Marat".

Sábado 21 á las 12 del dia.

Todo sigue su curso ordinario en "La Cueva ntada". Sólo ha habido alteración en que Benedetti,

que se había empeorado mucho, obtuvo desde ayer que le permitieran pasar el día en el patio. Así, á la vez que él respira mejor aire, el del calabozo está menos cargado de impurezas . . .

Pero todo no han sido flores para él porque ayer mismo cogió "un ojo de sol", como él dice, y tiene la parte superior del cuerpo encarnada á tal punto que al verlo se creería que le han puesto un sinapismo de proporciones desusadas. Anoche no podía dormir con el ardor. Indudablemente vá á mudar la piel . . .

Lo más curioso del caso es que á pesar de que materialmente estaba asándose á la hora en que no queda sombra en el patio, porque los rayos solares caen perpendicularmente sobre éste, no se atrevió, sin embargo, á pedir asilo en el "Club Marat" ó sea en el calabozo vecino, cuya puerta está abierta hace días según he dicho antes, ni ninguno de los miembros del "Club" le ofreció tampoco hospitalidad . . . Anoche Tarquís y Ulloa se burlaban de él diciéndole que esa no parece cosa de un *Coronel* tan emprendedor, y aunque al principio se rió y lo tomó á juego, como los otros continuaran en sus sátiras, al fin terminó por disgustarse . . .

Ya he dicho que entre los habitantes actuales del calabozo vecino están unos Doctores Finol, de Maracaibo, quienes aunque son hombres finos y apreciables por muchos conceptos, en política son intransigentes y exagerados. No obstante eso, ni ellos ni Meaño Rójas, que es el tercero de los miembros del "Club" llevan sus exageraciones hasta pretender ó dese que se corte ninguna cabeza y mucho menos trescie tas mil, como propuso en la Gran Convención france

el célebre redactor de "El Amigo del Pueblo"; pero Suiny ha bautizado el calabozo con el nombre de "Club Marat", y así lo llamamos, con tanta razón como llamamos "La Cueva de los Leones" al calabozo nº 16, sin que haya allí nada que se parezca á un león . . .

En este momento en que el sol baña todo el patio, no veo á Benedetti por ningún lado: probablemente al fin habrá resuelto entrar en el "Club": serán de oírse las crónicas que traerá esta noche . . .

"Cristico". — Noches de insomnio. — Carabaño.

Miércoles 23 á las 10 de la noche.

Todos los compañeros duermen ó al menos están callados. Hace poco vino por arriba un Teniente que llaman "Cristico", á quien he conocido por la voz: seguramente está de ronda. Se ha puesto á hablar con el centinela, que está de guardia sobre la puerta: ha dicho que Castro es un loco, un desalmado que no piensa sino en bailar y divertirse, á tiempo que tiene aquí tantos hombres sufriendo injustamente . . . Después ha hecho muchos elogios de mi persona, evidentemente para que yo lo oyera, y antes de irse ha ordenado al centinela que no grite muy fuerte . . . Desde hace como un mes he oido dos ó tres veces á este oficial expresarse en términos parecidos con los centinelas; y cuando ocasionalmente viene á la requisa de la tarde, me mira y se sonríe disimuladamente, como ocultándose de los otros. Se diría que tiene

deseos de hablarme. En otro tiempo este oficial se había insinuado como amigo de los presos y hasta lo ví darle un lápiz á uno en cierta ocasión . . . ¿Qué pretenderá ahora? . . . ¿Será efectivamente amigo, ó querrá ponerme alguna trampa? . . . Su aspecto nunca me ha gustado: siempre está flaco y amarillo como que sufriera de fiebres. ¡Ciertamente no tiene el aire de un hombre honrado! . . . Me iré despacio, como los que no ven bien, y lo dejaré hacer para descubrir que es lo que realmente se propone . . .

Mis noches son muy malas siempre. Rara vez logro dormir tres ó cuatro horas, debido al estado de debilidad en que me encuentro y al incesante gritar de los centinelas. En los últimos días hemos amanecido varios de nosotros con algunos de los miembros dormidos: uno un brazo, otro una pierna, el otro las manos: á mí se me duerme con mucha frecuencia el brazo derecho ó los dos; pero sacudiéndolos y dándoles golpes se restablece la circulación de la sangre y cesa el malestar. ¿Yremos á ponernos paralíticos? . . . ¡Hasta la vida me parece que vá á paralizársenos muy pronto, si seguimos como hasta aquí! . . .

Carabaño vá agravándose más y más de día en día. La fatiga le dá á todas horas y lo peor del caso es que no come ni lo suficiente para alimentar á un niño de dos años. Sucede muchas veces que ve la comida y ni la prueba: ciertamente que lo que traen no es para abrir el apetito á uno bueno, y mucho menos á un enfermo . . .

Apertura del calabozo. — Nuestro estado. — Las esteras podridas. — Propósitos sobre higiene. — Suiny procede á amolar la cuña de sus grillos. — Conversación sobre las mujeres al volver por la tarde al calabozo. — Varias aventuras.

Martes 29 á las 12 m.

Este es un día que hará época en mi vida. No se me olvidará jamás el inmenso placer que he experimentado. Hace como dos horas que vino el Regidor Márquez, abrió la puerta y nos dijo que podíamos salir, lo que efectuamos en seguida. Yo me he puesto de pies cerca del muro de la fortaleza y he respirado muchas veces con toda la fuerza de mis pulmones. Nadie que no haya estado privado del aire como nosotros, podrá comprender nuestra dicha. Hoy he admirado una vez más la grandeza de Dios.

Después que ha transcurrido el primer minuto, dedicado exclusivamente á respirar, he dirigido la vista á los compañeros y he observado los estragos producidos en ellos por el encierro. Al verlos en plena luz me he quedado pasmado y no he podido menos de ir á coger un pequeño espejo de mi uso para cerciorarme de si en mí se notan los mismos efectos: me he convencido de que estoy tan cadavérico como los demás . . .

Somos materialmente unos esqueletos. Estamos completamente lívidos. Se diría que los glóbulos rojos

de nuestra sangre han desaparecido. Parecemos unos espectros venidos de otro mundo . . . Un mes más en ese tétrico é infecto calabozo y nos habrían sacado á todos para el cementerio . . . Sin duda nuestros carceleros han visto nuestro estado y temiendo que desaparezcamos uno después de otro en pocos días, y que se crea afuera que nos han asesinado, nos han abierto para que recuperemos nuevas fuerzas y podamos resistir el tormento más largo tiempo . . .

Benedetti se ha repuesto algo en los días que ha estado saliendo al patio. A Ulloa, que cuando vino al calabozo era grueso y fuerte como un tronco, no le queda sino la armadura: su cara bonachona de mulato tiene un color amarillo sucio y se la ve ahora desmesuradamente larga. Carabaño parece que se ha levantado de la tumba; y hasta su modo de caminar en la punta de los pies, sin duda para evitar que le molesten mucho los grillos, lo asemeja más á un fantasma que se deslizara sin tocar el suelo ni hacer ruido . . . Suiny, que aunque siempre delgado, tenía antes cierta redondez de formas, hoy está anguloso y se le marcan todos los huesos: los ojos se le han hundido en las órbitas y tienen una expresión muy distinta de la que tenían en otro tiempo. Tarquís está lívido también: sus labios no tienen casi diferencia con el resto de la cara. El conjunto que presentamos es como para inspirar compasión al alma más endurecida . . . ¡Y todo ese estrago se ha producido en nosotros en dos meses y medio! . . .

Carebaño en este momento está haciendo una visita á los del "Club Marat", y los demás hemos entrado de nuevo al calabozo, ahuyentados por el

sol, para esperar que haya un poco de sombra y volver á salir. En el rato que hemos estado fuera, Benedetti aprovechó para barrer y regar creolina, y se sacaron al sol las esteras, que están hediondas y medio podridas. La de Tarquís astá curtida como se ponen las enjalmas de los burros cuando son muy viejas. La de Benedetti, al levantarla ha estado á punto de deshacerse completamente y aunque la ha sacado con muchas precauciones, ha dejado algunos pedazos en el suelo . . . Las de los otros astán más ó menos sucias y mojadas; sólo las mias se han conservado relativamente bien, debido á que de noche no se extienden sino sobre la butaca y de día están medio abiertas, y puestas de punta contra la pared para que les dé el aire: á pesar de todo se ve en ellas distintamente el espacio en que me acuesto, porque el sudor ha formado una mancha . . .

He dicho á los compañeros que en adelante deben sacarse las esteras al sol todos lo días y barrerse el calabozo cuidadosamente, á cuyo efecto he mandado comprar una escoba, porque la que teníamos estaba ya muy gastada; también he mandado traer más creolina para regar diariamente después del barrido, á fin de que se desinfecte el aire mientras estamos fuera. Los compañeros han convenido conmigo en que por lo mismo que parece que nuestros carceleros quieren matarnos lentamente, nosotros debemos proponernos vivir para ver el fin de estas cosas . . .

Suiny está desde hace rato dándole con una ıiedra á la cuña de sus grillos: dice que mañana ormirá sin ellos, lo que tal vez resulte cierto porıe no hay mucho que gastar para que salga la

referida cuña, y entonces la barra podrá salir á su vez de las argollas . . .

A las 8 de la noche.

Después que se fueron *los sicambros,* esta tarde, dejándonos encerrados de nuevo para dormir, hemos estado muy contentos, debido al buen día que hemos pasado. Al principio estuvimos hablando de proyectos de trabajo y de la feracidad y magnificencia de ciertos terrenos en el interior de Guayana, de los que, según dice Carabaño, "no hay más allá" para la agricultura y la cría y muy difícilmente se conseguirán iguales en ninguna otra parte del mundo. Pero luego ha vuelto á caer la conversación sobre las mujeres . . . No hay caso: de cualquier modo que empecemos, nunca cerramos el debate sin hablar de aventuras amorosas más ó menos importantes . . . En distintas ocasiones he propuesto á los campañeros que no volvamos á hablar de mujeres, porque no hacemos sino producirnos mortificaciones, toda vez que en "La Cueva Encantada" no las hay . . . Hemos hecho el propósito muy formalmente diferentes veces, pero al día siguiente, y en ocasiones en la misma noche, lo hemos quebrantado, y sin darnos cuenta hemos empezado de nuevo á hablar de ellas: lo peor del caso es que nunca tratamos de mujeres feas ni viejas, sino de hembras capaces de hacer pecar á un santo . . .

Benedetti no concibe la vida sin las mujeres, y casi hemos estado todos de acuerdo con él . . . No ha dicho que hasta hace poco llevaba un registro en que constaban las mujeres con quienes ha tenid

amistad íntima. Pasaban ya de trecientas sesenta, de diez y ocho nacionalidades . . . Dice que entre las mejores y más agradables por su conversación, cuenta una francesa y una turca; y cuando ha terminado de hacer las explicaciones que ha creído del caso, acostado boca arriba en su estera, se estiró hasta ponerse rígido, haciendo un ruido como alguien que se despereza y levantó la vista y los brazos abiertos hacia el techo como llamando alguna persona invisible para los demás ó evocando recuerdos muy gratos . . . Lo mejor es que no sabemos cómo ha podido Benedetti apreciar la conversación de las dos preferidas, porque él no habla ni francés ni turco . . .

Después que terminó su narración se ha colocado los manos entrelazadas sobre el estómago, y, muy sonreído, se ha quedado oyendo algunas aventuras de Suiny durante el tiempo que éste estuvo en Trujillo, y otra referente á una cucuteña á quien llaman *la bella Cecilia,* quien era querida del Jefe de una compañía de ferrocarriles y al mismo tiempo tenía especial cariño por Suiny . . .

Yo he referido algunas aventuras de cuando, hace algunos años, viví en Nueva York y en París, cerrando la collección con la de una rubia de ojos negros, muy bonita, que tuvo efecto en el Barrio Latino. Me la presentó como incidentalmente en el restaurant donde comíamos un médico griego, que era su amante, con la intención de que yo la consolara cuando él se fuera para Atenas, lo que pensaba verificar dos días tarde. Lo gracioso de la historia es que cuando ía de su viaje, á las seis de la mañana, fué á carme para despedirse y recomendarme de nuevo

á la muchacha, de quien ya me había dicho era muy sincera ó ingenua, la encontró paseando conmigo en la mayor intimidad . . . En el primer momento nuestro Doctor se puso pálido como un muerto, pero recobró su aplomo en seguida y no se enojó en lo más mínimo . . . En resumidas cuentas, yo no había hecho sino anticipar un día mis consuelos . . . Aunque la dama ignoraba que iba á ser abandonada y la idea con que me había sido presentada, habiéndome pedido mi dirección la misma noche que la conocí, (en un café cantante adonde habíamos ido á pasar un rato, aprovechándose de un momento en que el Doctor se levantó á comprar unos cigarrillos y á saludar á alguien), el día anterior había yo recibido una esquelita suya, muy perfumada, en la cual me invitaba á que fuera á buscarla en la tarde á cierto punto para que "le diera *un petit bonsoir*". . . Por cortesía no pude menos de concurrir á la cita, nos fuimos á comer en otro restaurant, para no encontrarnos con el Doctor, y después de pasearnos por algún tiempo en el Jardín de Las Tullerías nos dirigimos al lugar donde aquel nos halló al día siguiente . . . El Doctor era un tanto filósofo. Como Tarquís, nunca había tenido muy buena opinión respecto á la constancia de las mujeres . . . En el momento en que se retiraba me dijo muy sonreído: "Mas bien me alegro de lo que ha pasado, porque me preparaba á enviarle un regalo y ya no lo haré: nunca me estorbarán en el bolsillo los cien francos que iba á destinar para eso". . .

Ulloa también contó un lance amoroso que tuv hace poco tiempo por los lados de El Cardonal, «

La Guaira, donde indudablemente habría perdido la vida si no hubiera tenido una "piedra de ara" en el escapulario . . . Con esa piedra amuleto, por más que él se ponga donde estén cruzando las balas, ninguna lo toca . . . Tarquís le ha preguntado si la piedra no sirve para evitar los machetazos, y Ulloa, que comprendió en el acto la indirecta, ha contestado con mucha seriedad que si no la hubiera tenído "ese día", de seguro que López le habría "bajado el pescuezo". . .

El barbero. — Noticia sobre la serenata. — Nuevo aspecto de los habitantes de "La Cueva Encantada". — Los visitantes restauradores.

Miércoles 30 en la tarde.

Hoy estuvimos temiendo que nos dejaran encerrados de nuevo, porque se retardaron *los sicambros* en venir á abrirnos, pero al fin llegaron y salimos. A las 10 el Regidor ofreció el barbero á los que lo necesitaran y yo aproveché y lo hice venir para mí. Los demás, que no tenían con qué pagar, se cortaron el pelo unos á otros con unas tijeras que, según creo, les prestó el Regidor.

Mientras me afeitaba el barbero, que lo es ahora un muchacho preso por delitos comunes llamado Severino, á quien conocí en la Rotunda de Caracas l año de 1899, antes de que me trajeran para acá, e dijo que la serenta de hace dos meses me la abía traído á mí el General Bello; que él, Severino, bía sido uno de los músicos; que el General Bello

había estado á punto de ofrecérmela y con ese objeto se acercó al borde del pretil; pero que al fin se había ido sin ofrecer nada porque, según dijo, "no sabía si me gustaba!"... Le he dicho que ciertamente me gusta mucho la música, y que además los valses de la serenata eran muy bonitos y estuvieron muy bien tocados; que *el General Bello es muy bondadoso* al tener esa atención conmigo, y que *yo le agradezco mucho su obsequio!*... Severino ha parecido satisfecho y probablemente ha ido á repetir mis palabras á Bello...

Ahora todos estamos más decentes. Los compañeros se han cambiado la ropa y se han lavado... La primera agua en que Tarquís se lavó la cabeza se puso espesa y negra como lodo; pero después se enjuagó con otras y en este momento está muy peinado. Tiene el pelo color de ébano, algo crespo y sumamente abundante: es increíble que no se le haya caído en el abandono en que lo tuvo.

Antiguamente, cuando en Inglaterra y otras naciones de Europa iban á decapitar á algún alto personaje que gozaba de simpatías en el pueblo, lo hacían afeitar y cortarle el pelo para disminuir la compasión que al verlo pudiera inspirar á la muchedumbre, no fuera ésta á exaltarse y á intentar arrancarlo violentamente de las manos del verdugo. Aunque seguramente *los sicambros* no piensan decapitarnos, han querido que nosotros estemos con el pelo corto y las caras limpias, porque de otro modo inspira mos lástima á los amigos ó conocidos del Jefe de fortaleza, quienes, cuando pasan por aquí en ocasio vienen y se agrupan en distintos puntos de la explan

y nos miran con mucha curiosidad, como que fuéramos las fieras de un jardin zoológico. Siempre que advierto que vienen visitantes, entro en el calabozo para que no me vean; pero en ocasiones me han sorprendido sentado afuera y no he podido eludir las importunas miradas . . .

Márquez y Hermoso Príncipe.

Noviembre 3 á las 2 de la tarde.

Hoy ha sido reemplazado el Regidor Márquez. A la hora del almuerzo vino á comunicárnoslo y á despedirse de nosotros. Estuvo muy sonreído y suave deseándonos ya al irse "que nos pongan pronto en libertad". . . No creo que este deseo lo hubiera sentido cuendo no sospechaba que venía un sustituto; pero de todos modos es de agradecérsele. Yo, al aceptar la mano que me tendía, le he dicho que deseo le vaya bien . . .

Creo que Márquez, por sus maneras ordinarias, aparece peor de lo que realmente es, y que en el fondo no es un mal hombre. Por conservar su empleo se ha mostrado rígido con los presos y hasta brutal en ocasiones, más podría haberlo hecho peor . . . Casi me he convencido de que es huraño y áspero aun en los momentos en que quiere mostrarse cariñoso. He dicho antes de ahora á los compañeros que al ver sus modales me lo figuro un mulo rabioso que muerde y patea cuando tratan de acariciarlo . . .

A las 6 de la tarde.

A la última requisa ha venido el nuevo Regidor ıe lo es un individuo llamado Pedro Hermoso Prince.

Evidentemente ha estado de jarana con los empleados del castillo desde que desembarcó, porque vino algo alterado . . . Su aspecto y esa primera notación no son para tranquilizar á nadie . . . Si se pone así con frecuencia, un día ú otro podrá hacer una *alcaldada* sin responsabilidad ninguna . . . ¡Qué suerte la nuestra: salimos de un puerco-espín para hallarnos con un rinoceronte! . . .

Concesiones. — Los libros y los lentes. Los grillos y las cabulleras de Suiny.

Lunes 4 á las 9 de la mañana.

Creo que tanto los compañeros como yo nos hemos equivocado respecto á Prince. Al venir á la requisa de la mañana nos ha saludado muy cortesmente, y después, á la hora del desayuno, se mostró muy conciliador. Los compañeros al verlo tan accesible, desarmados de la prevención que sentían contra él por la manera como ayer se presentó, le pidieron sus hamacas. Contestó que no se permite colgar, pero que los que tengan ó consigan catres podrán usarlos. Entonces yo le he dicho que desearía comprar un catre y me ha ofrecido mandarlo hacer en la carpintería de la fortaleza. A los compañeros, quienes por desgracia ninguno tiene catre ni con qué comprarlo, les ofreció también que les traerá las hamacas, pero sin cabulleras, para que las pongan á manera de colchas sobre las esteras é intercepten un poco la humedad del suelo; también me ha ofrecido traerme algunos de mis libros, y la idea de que este

se realice me tiene lleno de alegría. Uno de los miembros del "Club Marat", que le encargó una cama de madera hecha de tablas de cajones para que sea más barata, dice que conoce á Prince, que es un hombre bueno; pero que por eso mismo no cree que durará mucho tiempo aquí.

A las 11.

Prince cumplió su palabra haciendo traer las hamacas á los compañeros y trayéndome personalmente unos libros ingleses sobre asuntos militares: le he exigido que me consiga á Bacon, que es uno de mis autores favoritos, y mis lentes, que se los llevaron con todo lo demás el día que me trajeron para este calabozo. Me ha ofrecido buscar ambas cosas, pero me ha advertido que todos mis libros están dispersos; que los que tienen láminas y están en español los han cogido los empleados del castillo y los demás están en manos de los presos de otros departamentos . . .

A las 4.

No pudo traerme Prince ninguno de mis encargos: el libro anda rodando quién sabe dónde, y los lentes han desaparecido . . . Como la montura de estos es de oro, probablemente le han gustado á alguno de *los sicambros* y los ha destinado á su uso . . . Esta gente no tiene respeto alguno por la propiedad ajena y particularmente lo que es de los presos lo miran como suyo. Aun nuestras personas las consideran sinceramente como propiedad de ellos, ni más ni menos que si fuéramos marranos ó perros . . . El Jefe de *los sicambros,* Cipriano Castro, les ha

inculcado esa idea con sus procedimientos arbitrarios y salvajes; pero puede llegar un día en que, no un obispo como aconteció al rey Clodoveo, sino un libre pensador le diga: "¡Baja la cabeza *sicambro,* quema lo que has adorado y adora lo que has quemado!"...

Mas volviendo á los lentes, no es fácil que le sirvan á su nuevo dueño, porque los cristales son cortados expresamente para mí y no son iguales. Tengo un defecto en la vista que consiste en que, aunque aparentemente los ojos son lo mismo, uno vé más de cerca y el otro de lejos. Los rayos visuales no convergen á la misma distancia y esto me causa cierta incomodidad cuando leo ó escribo más de una hora de seguido sin los vidrios, que son los que igualan los ojos. ¡Pero ya me habituaré á leer sin lentes ó leeré á cortos intervalos!... ¡Ya es mucho que pueda leer en ratos!... ¡Lo malo es que *el sicambro* podrá enfermarse de la vista si se empeña en usar esos lentes, porque seguramente él no tendrá el defecto mencionado!... Mas ¿qué le importa enfermarse si se dá el gusto de ponerse lentes?... ¡Probablemente á esta hora tendrá en la mano alguno de mis libros y le llorarán los ojos del esfuerzo que está haciendo para leer con unos cristales que no le sirven!...

Hace unos días que Suiny duerme sin los grillos. La noche que se los quitó por primera vez, corrió y saltó en el calabozo como un muchacho. Después se acostó en estera é hizo mil piruetas, riendo y mirándonos compa vamente á los demás que estábamos atentos y reíam también de sus expansiones de placer... Hoy des

que le han traído la hamaca se ha puesto á fabricar unas cabulleras con trapos viejos partidos en tiras y entretejidos en forma de *crinejas* . . . Al verlo tejiendo y apretando las distintas tiras, todas muy débiles, me he acordado de un ejemplo del General romano Sertorio, cuando guerreaba en España, en cierta ocasión en que las tropas amenazaban dividirse ante un enemigo poderoso, para demostrarles que "en la unión está la fuerza" y que si se separaban podían ser destruidas. Hizo colocar dos caballos á la vista de todos, uno muy flaco y otro gordo; á este mandó que un soldado le arrancara la cola cerda por cerda y en poco tiempo estuvo el caballo sin rabo; y al flaco ordenó que se le agarraran de la cola todos los soldados que pudieran hacerlo sin abrir aquella y conservando todas las cerdas unidas en un solo cuerpo; y aunque muchos tiraron y volvieron á tirar con todas sus fuerzas, no lograron arrancar ni reventar la cola . . .

Suiny dice que mañana dormirá en su hamaca para lo cual piensa introducir en los intersticios del techo unas estacas de mangle de las que traen para leña, colocándolos á distancia conveniente y disimulándolos para que no las vean *los sicambros,* con un poco de cal que ha encontrado en el fondo de una lata olvidada por los albañiles en el patio, el día de "la lechada" . . .

Aunque el ejemplo de Sertorio estuvo muy portuno y convenció á sus tropas de que debían onservarse unidas, yo temo mucho que las *crinejas* ue está haciendo Suiny, por más apretados que stén los trapos y por más flaco y liviano que él

esté, no podrán resistirlo: una cosa son tropas y las cerdas de la cola de un caballo, en el ejemplo que hemos visto, y otra cosa son los trapos podridos . . .

El catre. — La maroma de Suíny. — Los grillos de Benedetti.

Martes 12 á las 7 de la noche.

Hoy me han traído el catre, un magnífico catre por cierto, largo, ancho y cómodo, tan cómode que, aunque siempre he sido algo refractario al matrimonio, me ha hecho pensar con una especie de envidia en las noches sin sueño de los casados . . . Me cuesta seis pesos y me ha parecido muy barato . . . Cuando estuve en "El Olvido", ó sea en el calabazo nº 5, regalé á otros presos las almohadas y ropa de cama que traje de Caracas; sólo me han quedado dos cobijas de algodón que he doblado y están haciendo las veces de almohadas . . . Al extenderme sobre el catre, después que se fueron los de la requisa, he estado á punto de hacer cabriolas como Suiny el día que se quitó los grillos, de tal modo me sentía bien y contento; pero me he contenido porque me ha parecido mejor conservar mi circunspección . . . A demás, al ver á los compañeros en el suelo se me ha amargado en parte el placer: bien desearía comprar catres para todos, pero mis medios son muy limitados y no me lo permiten. Por otra parte, yo no sé tampoco los sacrificios que estará haciendo mi familia para conseguir el dinero que me manda, porque en estos tiempos en que el salvajismo y la barbarie han

escalado el Poder, todos los negocios tienen que ir de mal en peor . . .

Suiny es el único que no está en el suelo. Desde hace ya varios días duerme en su hamaca, pero mi previsión se cumplió . . . Las dos primeras noches que la colgó se dió dos caídas tan fuertes que todos nos hemos quedado admirados de su resistencia para sufrir golpes, y al verlo levantarse tan impávido le hemos preguntado si serán las palizas que ha recibido por causa de las mujeres las que han producido una anestesia tan completa en su cuerpo . . . El se ha reído de la especie y puéstose á colgar su hamaca de nuevo; más lo cierto es que ni en los momentos de las caídas ni después ha exhalado la más pequeña queja, ni dicho que le duele en ninguna parte, ni procurado ningún remedio como sal ó limón, por ejemplo, que tal vez le habría sido fácil conseguir comprándolos á *los sicambros* . . .

La primera noche tuvo que dormir en el suelo porque se había reventado una de las *crinejas* gruesas que sirven de mecates y en la oscuridad no podía componerla. La caída causó tal alboroto en el calabozo que no sé cómo no se enteraron los centinelas. Tal vez había viento, como sucede frecuentemente, y en esos casos los centinelas no pueden oir lo que pasa en el interior de los calabozos. Las mencionadas *crinejas* que hacen las veces de cabestros y las cabulleras mismas han quedado muy cortas por escasés de material, y la hamaca está á los metros de altura, de modo que cuando se desprendió de arriba no pudo agarrarse de ninguna parte ni había de dónde, ni tuvo tampoco tiempo de endere-

zarse, por lo cual asentó en el suelo desde la cabeza hasta los pies produciendo un verdadero estrépito . . . Y lo mejor del caso es que esa noche por poco cae sobre Carabaño y Benedetti, quienes en el primer momento creyeron que había caído un aereolito entre nosotros y se apartaron atropelladamente; mas una vez repuestos del susto no podían contener las carcajadas, sobre todo cuando Suiny se sacudía y aseguraba que no se había aporreado . . . La segunda noche, ya prevenidos Carabaño y Benedetti, habían dejado un buen espacio debajo de la hamaca, cuya caída esa vez se debió á que uno de los lazos que agarran ó se sujetan de las estacas se había resbalado porque Suiny no lo había apretado bien; pero al tantear y darse cuenta de que nada se había roto, volvió á engarzar la cabulla ó *crineja* de la estaca y durmió hasta la mañana, ¿que digo? hasta la madrugada, porque bien oscuro se levanta á descolgar y doblar la hamaca y á ponerse los grillos, operación para la cual tiene una piedra, y á cada golpe que dá sobre la cuña tose fuertemente creyendo que apaga ó disminuye el ruído. Sólo me explico que los centinelas no se hayan puesto en cuidado hasta ahora, porque generalmente al caminar los presos en el calabozo ó voltearse durante la noche en sus esteras, los grillos suenan más ó menos fuertemente, según que el movimiento de las piernas sea rápido ó lento, y tal vez creen que el ruido que hace Suiny con la piedra es producido por la misma causa que los otros.

Desde que se cayó la segunda vez cuelga Suiny su hamaca con mucho cuidado y revisa con frecuencia

las cabulleras durante el día, agregándoles casi siempre alguna cosa que pueda contribuir á hacerlas más fuertes. Las cabulleras en cuestión son una verdadera curiosidad, digna de figurar en un museo: sus variados colores, debidos á las distintas clases de materiales empleados, y hasta la misma desproporción de su tamaño para el objeto á que se destinan hacen de ellas una cosa rara y dan una idea muy exacta de la extremada pobreza de los medios de que disponemos aquí, á la vez que del ingenio y perseverancia de Suiny para proporcionarse alguna comodidad. Cuando se mete en la hamaca queda arrollado dentro de ella como un tabaco . . . No puede voltearse para ningún lado, y al verlo en su maroma tan inmóvil no comprendo cómo puede dormir, ni siquiera cómo respira, pues no se sabe en que parte tiene la cabeza, que está completamente envuelta dentro de la tela de la hamaca como el resto del cuerpo . . . Le he dicho á Suiny que debe gurdar esas cabulleras para que las trasmita á sus hijos si algún día los tiene, y yo mismo he estado pensando reunir algunos de los objetos de que me sirvo aquí para llevarlos á mi familia y conservarlos hasta mi vejez, si es que he de llegar allá . . .

Benedetti había esperado hasta ayer sin tocar la cuña de sus grillos, indudablemente para observar que éxito tenía Suiny con los suyos, en lo que se relaciona con *los sicambros* . . . El muy taimado no había querido lanzarse antes de saber á qué atenerse; pero va parece que se ha convencido de que no hay peli-
›, porque empezó á limar ó amolar la referida cuña
una actividad que contrasta con su quietud or-
ria . . .

Carabaño mejora. — El ordenanza y "Cristico". — Un plan frustrado en otro tiempo.

Martes 19 á las 11 de la mañana.

Ultimamente se han repuesto un poco los enfermos debido sin duda al aire que respiran en el día y á las reglas de higiene que ebservamos en cuanto á la esmerada limpiesa del calabozo. Carabaño se ha aliviado, ayudado también por el estrofantus que toma: se lo ha recetado el Dr. Finol, dándole á la vez un poco del que tiene para su uso, pues, según dice, padece también del corazón. Cuando á Carabaño le dá la fatiga muy fuerte, ya sea de día ó por la noche, se le ponen unas ventosas recetadas por el Dr. Meaño Rojas.

No ha ocurrido nada de particular en los últimos días, si no contamos la simpatía que parece tener por nosotros el preso que trae mi comida desde antes de ayer. Nos ha dado algunas noticias de las que oye en el pueblo sobre las cosas públicas y se muestra muy dispuesto á servirnos . . .

También "Cristico", cuando viene á las requisas me saluda delante de los otros oficiales diciéndome: "¿Cómo está General?". . . Al oirlo se diría que se interesa verdaderamente por mi salud, y lo más extraño es que sus compañeros, que siempre me ven de un modo particular, no parecen notarlo . . . "Cristico" es el único oficial que no es andino de los que vienen al local en que estamos los presos . . . Hace más de una hora vino como custodia de lo

que traen el almuerzo, y me trajo un pedazo de lápiz que yo le había pedido, y estuvo en el interior del patio hablando conmigo dos ó tres minutos, en los cuales, por otra parte, no me dijo nada de trascendencia sobre los asuntos públicos; pero se me ofreció para lo que yo necesite, asegurándome que la guarnición está de nuevo muy disgustada, porque Bello y el Jefe inmediato del Batallón, por robarse las raciones "la están matando de hambre". Me dijo, además, que distribuyendo algunos bolívares entre la tropa se puede ir conquistando para organizar un movimiento más adelante, cuando tengamos un buen nucleo . . . Está visto que esta gente quiere hacerme aparecer como sobornador de la tropa. Les ha pesado que mi ultima tentativa no se haya prestado mejor para acabar conmigo . . .

Yo me he abstenido de dar dinero con el objeto indicado y me he mostrado algo desanimado respecto á la posibilidad de llevar á cabo lo que él dice; pero sin darle á entender que desconfío de su decisión por mí . . . Le he dicho que debemos esperar y pulsar bien la opinión del país antes de iniciar nada, para no exponernos á un fracaso; y que él mismo irá informándome lo que ocurra afuera para poder determinar cuándo debemos empezar á ganarnos la guarnición . . .

A las 6 de la tarde.

Desde hace tres días fabriqué un *aparador* con un pedazo de estera y lo colgué en la misma argollita en que estuvo el *perchero* destinado *al flux negro* . . . Allí pongo á más de los cepillos y el peine de mi uso, el pan, el papelón y todo lo que quiero preservar de los ratones que son aquí abundantes, á

pesar de que tenemos un gato muy cazador. El *side-board* aéreo ha sido más afortunado que el perchero, porque los requisadores lo han visto y dejado en su sitio: verdad es también que no intercepta la vista ni molesta á nadie . . .

Cuando *los sicambros* dieron la célebre lechada el 19 de agosto, debieron encontrar en "El Olvido", que fué donde estuve los primeros meses después de mi llegada á este castillo, una excavación que hize por ese tiempo en el techo, secundado por dos oficiales de Maracaibo llamados Morillo y Urdaneta, con el propósito de intentar una evasión en una noche de lluvia. Con la cal y las piedras menudas que sacábamos habíamos rellenado algunos hoyos del suelo, cubriéndolas después con arena húmeda de la del piso del calabozo para que no se notara; y cuando ya no hubo en el suelo donde ocultar nada fuimos acumulando las piedras desprendidas del techo en los intersticios que dejaba una gran viga trasversal colocada allí para sujetar á las otras, las cuales parece que están medio podridas. Yo había notado que los requisadores sólo examinaban con cuidado el rincón más oscuro, y por eso, aunque aquel era el lugar más apropiado para la excavación, no la hicimos sino más hacia el centro en un punto donde faltaba un viguetón y á la vez estaba medio oculto por la viga trasversal. Los que venían de afuera, acostumbrados á la luz, cuando entraban en el calabozo no veían bien y probablemente habríamos terminado el trabajo, á no haber sido porque casualmente en esos días trasladaron á los dos compañeros á otro calabozo, separación que me hizo desistir del proyecto de evadirme por allí, porque Morillo era el

conocedor de los alrededores, y quien, si lográbamos salir, iba á guiarnos hasta ponernos en salvamento . . .

El plan consistía en prepararlo todo, de modo que en una noche de lluvia, durante las cuales los centinelas se meten en sus garitas y están más por cubrirse del agua que por vigilar, á favor también de los truenos, del ruido del agua y de la oscuridad, acabaríamos la perforación hasta el exterior: entonces saldríamos perfilados contra el muro hasta el mar: pasaríamos con el agua al cuello, cerca del destacamento situado en el istmo que une la pequeña península en que se levanta el castillo con la isla de San Carlos; tomaríamos tierra más adelante y seguiríamos hasta Sabaneta de Montiel donde, según Morillo, hay un Resguardo de cuatro hombres, destinado á vigilar el contrabando; quitaríamos á aquellos por sorpresa los Mausers y en el bote que tienen siempre allí pasaríamos á Los Puertos de Altagracia, de cuyo punto tiraríamos hacia Capatárida para tratar de embarcarnos en esa costa para Curazao . . . El plan estaba lleno de peligros; era muy fácil que cualquier accidente lo hiciera fracasar y que nos capturaran de nuevo y aun que nos mataran *los sicambros;* pero los tres estábamos resueltos á correr todos los peligros antes que resignarnos á la vida de la prisión.

También debieron encontrar el 19 de agosto los de "la lechada" el instrumento que fabriqué para hacer el trabajo mencionado, que consistía en un clavo de un pie de largo que había servido para colgar hamacas, amolado en la punta á manera de formón ó cincel, y cuyo mango era un trapo arrollado en el otro extremo y atado con unas cuerdas . . .

Morillo y Urdaneta hace tiempo que fueron puestos en libertad; de los presos políticos que estábamos juntos entonces no quedo sino yo, de modo que *los sicambros,* al encontrar la prueba de que alguien pensó irse por allí, como ninguno de ellos estaba aquí en la época de ese trabajo, ni saben que yo viví en ese calabozo, no han podido atribuirme los desperfectos hallados, y probablemente han creído que son la obra de alguno que ya no está á su alcance; tanto más, cuanto que sobre la perforación mencionada, cuando ellos la encontraron, debía haber polvo y telas de arañas dándole apariencia de cosa hecha muchos años atrás. La atención que ponen ahora en examinar los muros, abajo y arriba, demuestra que no se les ha olvidado que en otra ocasión se ha tratado de perforarlos . . .

El Espía.

Miércoles 27 á las 11 de la mañana.

El preso que viene con la comida ha seguido trayendo noticias de lo que pasa afuera y aunque muchas veces lo que dice en la tarde está en contradicción con lo que nos ha informado en la mañana, puede atribuirse esto á torpeza ó á los escasos medios de información que posee, pues se comprende que no hace sino repetir lo que circula entre las gentes de su clase y alguna vez lo que oye decir á Bello ó á algún otro de los empleados del castillo.

He querido probar si está de buena fe, con ánimo de utilizarlo, estableciendo correspondencia con el

exterior para adquirir informes positivos de lo que ocurre. Al efecto le he dicho que al traer el azafate esta tarde se acerque con disimulo á mi cama y coja un rollito de papel que estará en cierta parte, para que lo lleve al pueblo y lo entregue á la persona cuyo nombre estará escrito sobre el mismo . . . Pero no escribiré á nadie, y si busca el papel y no lo encuentra y me pregunta porque no lo he puesto donde le dije, le contestaré que me he olvidado de escribir y que mañana lo haré . . . Por la manera de conducirse descubriré si realmente quiere servirme ó si es un agente de Bello . . .

A las 5.

El preso era un espía. El azafate fué traído por otro, y al mismo tiempo que entraba junto con los que venían con la comida de los otros presos, llegaron precipitadamente los requisadores y fueron derecho adonde yo había dicho que pondría el papel. Yo me había situado en el patio de modo de tener á la vista al preso si iba á registrar en la cama, y pude ver á los requisadores buscar con mucho interés y hablarse después al oído dos de ellos, como dasanimados porque no descubrieron lo anunciado . . . Luego rompieron una cuerda en que había una ropa colgada, levantaron y tiraron las esteras de un lado para otro y se marcharon, entrando antes al calabozo vecino é inspeccionándolo muy á la ligera para hacer creer que no vinieron á nuestro calabozo expresamente . . . ¡Mas, ya nos conocemos! . . . ¡Ellos saben mucho, pero yo también he aprendido algo! . . :

La luz y la conversación de noche.

Viernes 29 á las 8 de la noche.

Hace poco se encendió la vela para poner unas ventosas á Carabaño, que ha estado sufriendo mucho é inmediamente mandó el centinela que se apagara; pero he dicho á los compañeros que aparentáramos no oir hasta terminar lo que teníamos que hacer y la luz se mantuvo mientras hubo necesidad de ella, por más que el centinela insistió muchas veces . . . ¡Es bien extraño lo que pasa con estos militares pulperos: venden velas y no quieren que se enciendan! . . . ¿Para qué nos las venden entonces? . . . Desde que estamos en esta "Cueva Encantada" ha sucedido esto muchas veces . . .

En ocasiones cuando se raspa el fósforo para encender un cigarrillo, ya está el centinela gritando que *se apague la vela,* y casi no ha terminado de decirlo cuando encendido el cigarrillo *el fósforo* se apaga por sí solo y volvemos á quedar en la oscuridad . . .

Cuando hablamos de noche también nos mandan á callar, pero no hacemos caso. En cuanto empiezan á gritarnos de arriba que nos callemos, empezamos á hablar todos al mismo tiempo, haciendo un ruido de mil diablos, y no paramos la conversación hasta que, á las 9, la corneta toca silencio dentro del cuartel. A esa hora hemos convenido en cortar todas las cuestiones, obedeciendo los reglamentos de la fortaleza: entonces la orden es igual para todos . . .

Hay veces que el centinela, exasperado de que no le obedezcamos, amenaza con "mandar plomo"; pero ese argumento no es más atendido que los otros porque el muro es de un espesor que nos preserva contra toda violencia de esa clase.

Yo, como he dicho en otra parte, dormía antes en el hueco de la puerta, y en estos casos habría estado expuesto; pero desde que me convencí de que por aquella, lejos de entrar aire, sale el que está ya descompuesto, acomodo mi cama hacia un lado, y un balazo no podría alcanzarme, á menos que rebotara en el muro ó en el suelo. Además, desde que tengo el catre no podría, aunque quisiera, meterlo en el *túnel* de la puerta porque este es demasiado estrecho . . .

Nunca nos han dicho nada en la mañana después de una de esas rebeldías de la noche, por lo que creo que, aunque los centinelas tienen orden de no admitir luz, á los jefes les importa poco cuando saben que sólo se ha mantenido por un corto espacio de tiempo, pues durante este no podemos hacer ninguna perforación, que probablemente es lo que tratan de evitar al tenernos á oscuras . . . Y en cuanto á la prohibición de conversar, creo que sea cosa de los oficiales andinos, quienes como ven que sus jefes nos odian, cada uno de ellos busca una manera de hostilizarnos por su cuenta para congraciarse con aquellos, de modo que somos víctimas de *los grandes* y de los pequeños, porque estos también tienen muchos medios de hacernos sentir su mala voluntad . . .

Ojeda.

Diciembre 2 á las 3½ de la tarde.

Hace media hora estaba sentado en una silla de cuero junto al pretil que vá paralelo al muro de los calabozos, con la espalda vuelta hacia la fortaleza, conversando con Suiny y Carabaño, á tiempo que comíamos lo que vino en el miserable azafate que nos mandan. El azafate estaba puesto sobre el pretil y Suiny y Carabaño sentados sobre este, á los lados de aquel. Uno de ellos me llamó la atención, volteé, y ví arriba en el ángulo de la explanada que dá al mar, á un sujeto llamado Ojeda, que es Ayudante del Batallón que guarnece el castillo. Ojeda estaba mirándome como si yo fuera una cosa rara, pero al volverme, cuando se encontraron sus ojos con los mios, se ocultó y comenzó á decir al centinela, una porción de improperios contra mí. Yo estuve por contestarle, porque me causó mucha ira lo gratuito é injusto de la agresión, mas los compañeros me contuvieron y calmaron.

Se comprende que Ojeda está borracho, cosa que le acontence con bastante frecuencia: esa fué una de las razones que alegaron Carabaño y Suiny para que yo no respondiera; pero se conoce igualmente que ese bellaco tiene una decidida aversión por mí... El estaba ya aquí cuando tuvo efecto el conato de sublevación y tal vez cuando bebe aguardiente y n ve se acuerda del peligro en que estuvo entonces su odio revive... El aguardiente no ha hecho sin despertar un sentimiento que dormía en un rincón c

su alma; le ha comunicado energía para decir lo que hasta ahora había ocultado como un secreto; pero de ningún modo ha producido la animadversión misma: esta no ha hecho sino estallar al contacto del licor, como la polvora ó cualquiera otro explosivo estalla al contacto del fuego . . .

Los libros.

Jueves 5 á las 11 de la mañana.

A la hora del almuerzo el Regidor Prince me trajo á Bacon y á Hume: los encontró al fin por casualidad al entrar en el cuarto de uno de los oficiales de la guarnición. Los dos libros están en inglés, de suerte que no sé qué podría hacer con ellos un oficial que seguramente no entiende ese idioma . . . Tal vez con ayuda del tomo español inglés de mi diccionario, que también se ha extraviado, estaría tratando de descifrar lo que dicen, palabra por palabra, mas así no habría acabado nunca . . . Las pocas obras que me han venido en español han desaparecido del mismo modo que las de Molière, Corneille, Racine, Byron, Musset, Spencer, Washington Irwin, Scot, Litton, Goldsmith, Dickens, Catul Méndez, Zolá y muchos otros autores franceses é ingleses. De casualidad pude recuperar ahora tiempo, después que había estado rodando muchos meses, "El Consulado y el Imperio" de Tiers, traducido al español, en tres grandes volúmenes con láminas. El primer tomo vino en el estado más deplorable: parecía que había estado en una cocina y había sido leído por la cocinera . . . Esa obra la tengo yo en grande aprecio, no solo

por su mérito intrínseco sino porque mi padre, al leerla, marcó todo lo que le parecía tener alguna relación con mi carácter. Afortunadamente pude salvarla mandándola á Maracaibo con un amigo que pudimos prever iba á ser puesto en libertad, quien la acomodó entre sus efectos y la llevó á su casa: si algún día salgo de aquí me la devolverá . . .

Hermoso Prince.

Viernes 6 á las 8 de la mañana.

Hoy me ha traído de regalo el Regidor Prince un pedazo de hueva de sávalo, de una que le envió de Coro su familia, y he sabido que dió otro pedazo á Meaño Rojas. Es una cosa esquisita que nunca había comido. A la misma hora me vendió cuatro docenas de cigarrillos habanos de "La Gran Cruz" á razón de nueve reales docena. Se conoce que han sido introducidos de contrabando y que no ha querido ganar casi nada al vendérmelos. Hemos notado que Prince es de temperamento bondadoso, como había dicho Meaño Rojas; pero ya no sabe que hacerse con los abusos y violencias de los oficiales andinos que vienen á las requisas. Aunque esos oficiales deberían estar á sus órdenes, parece que no es así porque hacen lo que se les ocurre . . . Al verlos se diría que más bien Prince es subalterno de ellos . . . Lo he visto más de una vez morderse los labios al presenciar alguna de sus brutalidades, pero no les dice nada . . Sabe que esos oficiales son *la gente de confianz* del Jefe de la fortaleza y sin duda no quiere poners

de punta con éste al reprenderlos . . . ¿Porque aceptará una posición tan falsa? . . . Se comprende que su modo de ser no se aviene con lo que aquí pasa, pero aún no he sabido que piense irse. Ojalá se resigne á soportar las transgresiones de esos oficiales y no resuelva renunciar el empleo y marcharse, pues siempre logra atenuar un poco nuestros males.

"Crístico" y sus informes. — Lo someto á prueba.

Viernes 13 á las 10½ de la mañana.

Acaba de irse de aquí "Crístico", que había venido con los que trajeron el almuerzo. Me dió una noticia extraordinariamente halagadora para los que no tenemos esperanza de salir de aquí por la voluntad de Castro: dice que ha estallado una gran revolución en el país, de que forma parte el Ministro de Guerra y Marina de Castro, General Ramón Guerra, quien está ya en armas . . . No es la primera ni la segunda vez que el General Guerra traiciona á los gobiernos á que sirve, pero me parece bueno poner la noticia en cuarentena. Lo de la revolución juzgo que debe ser cierto porque el país no puede sufrir en calma la ignominia del gobierno de Castro . . . ¡Ya es una mengua para Venezuela que se le haya permitido asaltar el Poder y permanecer en él hasta ıora! . . . Siempre he tenido á "Crístico" por un ɣente de Bello; la misma facilidad conque consigue ıtrar al patio de estos calabozos y mezclarse con s presos, sin que parezcan notarlo sus superiores,

cuando en todo lo demás hay tanta vigilancia, es prueba de que obedece una consigna; mas como siempre queda una probabilidad de que sea sincero, voy á ponerlo á prueba . . . Le he dicho que si viene mañana le daré una carta para que la mande en seguridad á Maracaibo y me ha ofrecido remitirla tan pronto como se la entregue . . . La carta en cuestion será para Bello, pero en el sobre escribiré un nombre cualquiera y lo marcaré de modo que no pueda ser abierta sin que se note, encargando á "Cristico" que dé orden á la persona que la lleve de que si no encuentra al destinatario se traiga la carta para que me sea devuelta . . . Si "Cristico" me trajera la carta cerrada, asegurándome que no se ha encontrado á la persona á quien está dirigida, esto indicaría que está de buena fe y que realmente desea servirme; en ese caso lo utilizaría para organizar una sublevación ó en lo que me parezca más conveniente; mas si, como no lo dudo, sólo está tendiéndome un lazo, se encontrará chasqueado, porque en lugar de una carta revolucionaria, llevará una carta para su Jefe . . .

La carta.

Sábado 14 á las 11 de la mañana.

¡Ha venido "Cristico"! . . . No ha dicho nada sobre la revolución porque apenas se acercó adonde yo estaba á recibir la carta. Esta está dirigida "Dr. Quintín Quiñones, Calle de Las Ciencias, n° Maracaibo" . . . Al dársela me mostré algo indeci como temeroso de que nos vieran; él también des

peñó á las mil maravillas su papel, porque al oír mis instrucciones se retiró aparentando cierto cuidado de que nos sorprendieran mientras le alargaba la carta ó mientras le hablaba . . . Mas á pesar de sus aptitudes para el teatro no pudo ocultar enteramente la alegría que sintió cuando tomó en la mano y guardó el rollo de papel: los ojos le brillaron como brillan de satisfacción los de ciertas gentes que desean mucho alguna cosa y la obtienen al fin después de vencer grandes dificultades . . . He aquí la carta que le entregué:

Castillo de San Carlos, Calabozo nº 18,
14 de diciembre de 1901

"Señor General Jorge A. Bello
Presente.

"Señor General:

"Siendo Ud. el Jefe de esta fortaleza, debo suponer que es Ud. quien maneja el asunto de que ahora me ocupo ó al menos que ha autorizado para ello á alguno de sus subalternos: en tal virtud le escribo.

"Desde hace algún tiempo viene el Teniente Jesús Ma Rodríguez (alias "Crístico") haciéndome insinuaciones en el sentido de que yo encabeze una sublevación, y me ha dado noticias de supuestos triunfos de los revolucionarios, y ha hablado en mi presencia con varios centinelas elogiándome á la vez que denigraba al gobierno existente, y me facilitó el lápiz
n que escribo á Ud., todo con el visible objeto de
e yo dé alguna prenda que me comprometa, para
e pueda hacerse todavía más dura mi prisión — ó

sabe Dios qué otros — sin que nadie pueda extrañarlo . . . Pero "Crístico" es tan lerdo que desde el principio me dejó conocer sus intenciones, y para probarle que no es sino un pobre muchacho *muy inocente* lo he escogido á él mismo para que lleve á Ud. esta carta, haciéndole creer que tengo interés en que la mande á Maracaibo, á la persona y dirección imaginarias que dice el sobre, en la certeza de que, como está cumpliendo instrucciones, es este el medio más seguro de que la lleve derechamente á Ud., ó á quien tenga Ud. encargado de este asunto, creyendo proporcionar la prueba de que conspiro, cuya prueba parece desearse con tanto ahinco! . . .

"¡Qué decepción para Ud. cuando al romper la cubierta no encuentre lo que espera! . . .

"Ahora dos semanas vino un sirviente de quien sospeché era también espía, por la manera con que me hizo ciertos ofrecimientos, y para convencerme de ello le dije — sin pensar en tal cosa — que iba á escribir un papel para una persona del pueblo, y que lo encontraría en la tarde en la cabecera de mi cama para que lo llevara. Cuando debía venir el sirviente llegó una requisa y los que la componían empezaron por registrar minuciosamente el punto mencionado, tirando todo por el suelo y dejando el calabozo en el más completo desorden. No hallaron nada porque nada había, pero yo descubrí la verdad . . .

"Aún hay más. Hace pocos días vino por la explanada á la hora de la comida el llamado aquí Coronel Ojeda, y como lo mirara sin saludarlo porqı él era quien debía tomar la iniciativa, toda vez qı se había acercado adonde yo estaba, se retiró

poco para que no pudiera verlo y empezó á hablar de mi, diciendo, entre desvergüenzas, que *"me mascara* mi par de grillos, que bien los merezco, que estoy condenado á permanecer aquí indefinidamente" y otros tantas sandeces de esa laya . . .

"¿He pedido yo á ese muñeco ni á nadie que me quite los grillos? ¿Porque viene á provocarme en las condiciones en que estoy actualmente, y ni siquiera tiene el valor de bajar á decirme esas mismas impertinencias en mi calabozo? . . . ¡Cómo se ve que ese sujeto no tiene ni la más remota noción de lo que es dignidad! . . .

"Pero detrás de todo esto se nota un encono muy marcado contra mí. ¿Por qué? . . . ¿Por qué se trata con tanta insistencia de agravar la situación de quien lleva ya más de veinte y cinco meses preso? ¿Habré cometido algún crimen? . . . ¿Es crimen en un militar defender hasta no poder más el puesto que le ha confiado el Gobierno á quien sirve? . . . Si es así yo soy efectivamente un criminal, y lo seré todas las veces que me encuentre en situaciones semejantes á la que motivó mi prisión (1) . . .

"¿O será esa hostilidad motivada más bien por la tentativa de Agosto, porque Ud. crea que sigo pensando en evadirme? . . . Si así fuere debo decirle que está Ud. completamente equivocado; en primer lugar porque las cricunstancias han cambiado y sé que ahora sería imposible, toda vez que la tropa, que en aquellos días estaba profundamente disgustada y me opuso el proyecto que Ud. conoce, hoy está tranuila y lejos de hacerme ninguna invitación estoy cierto

(1) Defensa de la plaza de Puerto Cabello.

de que rechazaría lo que yo propusiera, si yo fuera tan necio para proponer algo; y en segundo lugar porque aproximándose la reunión de un Congreso, espero que se me sacará de aquí en febrero ó marzo como á los demás presos políticos (1) pues es de creerse que no se querrá inaugurar un período Constitucional con las cárceles llenas de presos, cuando además parecen haber cesado las causas que dieron motivo á las prisiones.

"Lo antes expuesto demostrará á Ud. la inutilidad de seguir enviándome gentes como las de que hablo arriba, pues confío haber llevado á su ánimo el convencimiento de que, considerado friamente mi propio interés, he resuelto no dar paso alguno que pueda empeorar mi situación, ya bastante mala . . .

"Empero, si esto sucediere, á pesar de mi pacífica actitud, sabré cubrirme con una coraza de resignación y soportaré todas las torturas con la misma indiferencia que hasta ahora. Y si contra todo lo que es natural y lógico, se realizaran las afirmaciones del desventurado Ojeda y siguiere encerrado aquí después de marzo, se me verá siempre impasible, porque como vivimos en república y todavía no soy viejo, puedo esperar que tarde ó temprano recobraré la libertad, mal que le pese á mis enemigos.

Su compatriota,

Antonio Paredes"

---

(1) Yo no esperaba nada del Congreso, porque sé que es una reunión de criaturas de Castro; pero tenía que hab así para tratar de convencer á Bello de que no entraré en conspiraciones que me propone él quizá por orden de su Jefe

Monólogo silencioso. — Trino Pino.

Domnigo 15.

Es la una del día. Estoy tendido en mi catre sin cobertores, tal como lo trajeron del taller. Me sirven de almohadas las dos cobijas de algodón de que he hablado en otra parte, dobladas muchas veces. Desnudo de medio cuerpo arriba apenas puedo soportar el calor; y el abanico de paja, que agito casi sin cesar, no basta á contener el sudor que corre de los poros de mi cuerpo extenuado, ni para ahuyentar las innumerables moscas que me hostigan . . . Aunque en el tiempo que tengo aquí me han cambiado á distintos calabozos hasta vanir á dar en este que es el peor del castillo, y en el cual según se sabe no he estado sino desde Agosto, lo conozco ya más de lo que desearía . . . Mis ojos ávidos de otros espectáculos están cansados de contar las grandes vigas de mangle rojo mal unidas, que á la vez que sirven de techo y ornamento á esta lúgubre cueva, forman el asiento de la azotea donde durante el día se pasea el oficial de ronda y en la noche se establece la guardia que suministra el centinela situado sobre la puerta . . . Podría decir cuantos huecos de clavos ó estacas quedaron en el muro el día de *la lechada* y hasta distingo algunas de las sabandijas que comparten con los compañeros y conmigo esta honorable habitación . . .

Entre los muchos pequeños lagartijos ó tuqueques que veo diariamente, conozco y aprecio de un modo particular á uno que tiene la cola dividida en dos

como una foca, otro con el rabo mocho que pasa el día aquí cerca en el *túnel* de la puerta cazando moscas, y que, aunque parece tener muy pocos atractivos físicos, he deducido ó descubierto que pertenece al sexo femenino porque con frecuencia se encuentra en estado interesante; y un tercero de colores muy vivos y esbelta figura, con la parte posterior de la cabeza de un amarillo subido, que por tantas ventajas exteriores debe ser el terror de los papás y los maridos de las lagartijas hermosas, pues imagino que en la sociedad de los tuqueques, como en la nuestra, las perfecciones visibles deben ejercer mayor influencia sobre los corazones de las bellas que las cualidades del espíritu . . .

Si tuviera con qué escribiría un tratado sobre las costumbres de las arañas, que he tenido ocasión de observar mucho tiempo . . . Ese tratado sería por lo menos de tanta utilidad práctica como otros muchos que andan por ahí, que profundizan y detallan con laudable acuciosidad temas ó asuntos que de ninguna manera son más interesantes que la vida y hábitos de estos insectos.

Desde aquí veo también las rendijas negras de los intersticios de las vigas repletas de cucarachas, ahora inmóviles; pero que al oscurecer se deslizan por el muro hasta el suelo ó bajan á él volando en busca de los restos dispersos de nuestra pobre comida, para pasearse después alegremente hasta el alba sobre nuestras asendereadas humanidades . . .

De esas rendijas sale también á veces algún ciempiés de recomendables dimensiones, en persecución de alguna atribulada alimaña y al pasar de una viga á

otra no acierta á sujetarse y cae y me pica en las costillas con tal saña, que al verlo se creería que soy el verdadero culpable de que se le hubiera escapado su presa . . .

Las arañas-escorpiones, como llaman aquí unas parecidas en la forma y color á aquel ponzoñoso animal, tampoco son escasas, y su picadura produce una úlcera difícil de curar: uno de los presos de otro calabozo fué picado en una oreja y sufrió mucho tiempo, sin que hasta ahora sepa yo si ha logrado sanarse . . .

A las 2.

Hace un rato corté el hilo de mis pensamientos, porque los grillos se me habían asentado sobre una pierna produciéndome una sensación muy desagradable. Después me he quedado contemplando á Benedetti que ronca sobre su estera como un bienaventurado, y por último me he puesto á calcular dónde estará actualmente la carta que llevó "Crístico" y cuál será el fin de esa intriga . . .

Sobre la explanada, en la parte que domina el patio de estos calabozos, y á pesar de un sol africano que incendia el aire, oigo en este momento la voz atiplada del General Trino Pino, quien ha remplazado á Michelena desde hace pocos días. Conversa reposamente con otro sobre la extensión del océano que tienen á la vista. Pino asegura que "es *un pozo* más grande que de aquí á Bogotá", y el otro, cuya voz no conozco, parece dudar de que *el pozo* sea tan grande . . . También admiran sin explicárselo el movimiento de las mareas, y han convenido en que

debe ser "una cosa viva", porque de otro modo no se movería tanto . . . Parece que algunas personas están pescando por ahí cerca, porque Pino acaba de decir en un tono de niño mimado y consentido: "¡Cogieran un pescado para que lo vea yo!". . .

Al oírlos tan cándidos y sencillos, nadie diría sino que son unas criaturas inofensivas que viven felices en medio de la ignorancia que trajeron de sus montañas; pero cuando se ve el cuerpo enteco y la cara lívida de Pino, la expresión inquieta de su mirada, su boca contraída, y la agitación en que vive de la mañana á la noche, vijilando personalmente á los presos y saliendo inopinadamente por donde cree que no lo esperan, para tratar de sorprenderlos en algo prohibido y tener un pretexto para restringirles aun más las penosas y duras condiciones en que vejetan, entonces desaparece la ilusión y se comprende que, por el contrario, está uno en presencia de un sér cruel que se complace en la desgracia y la miseria de sus prójimos . . .

Este es un hombre de la especie de aquellos dos flacos, tristemente célebres, á quienes César decía temer, y de quienes asegura el poeta inglés Pope que son peligrosos porque piensan demasiado . . . Mas no se crea que piensan mucho porque tengan ideas elevadas ó fecundas; no, las que conciben son pobres y menguadas, pero las vuelven y revuelven de tal manera dentro de sus estrechos cerebros, que llegan á convertirse en monomanía ó en locura . . .

Pino ha nacido indudablemente para carcelero como otros nacen para la poesía ó la música. I incansable en su vigilancia. Benedetti y algunos c

los del otro departamento, que lo conocen, dicen que no ha mucho tiempo estuvo preso en la cárcel de San Cristobal por no sé que delito, y que logró fugarse eludiendo así la pena á que lo habían sentenciado los tribunales . . . Sería allá donde conoció los pequeños ardides de que se valen los presos para atenuar sus males, y por eso se encuentra hoy en capacidad de impedirlos casi completamente . . . Parece que esta es su única preocupación y casi no pasa un día sin que nos haga sentir su hostilidad . . . Cuando vino por primera vez á ver los presos desde la explanada, alguno de los que lo acompañaban le dijo mi nombre y observé que se puso á mirarme muy atentamente . . . Tal vez trae instrucciones de Castro, su muy digno Jefe, respecto á mi persona; pero mi calculada manera de conducirme no le ha permitido llevarlas á la práctica todavía . . .

Una requisa.

Lunes 16 á las 2 de la tarde.

Cuando estaba pensando ayer sobre lo que conozco hasta ahora del nuevo Jefe de la guarnición del castillo, tuve que suspender repentinamente el curso de mis ideas porque oí que á través de las rendijas de la puerta que une el patio de este calabozo con el de los otros, alguno del otro departamento anunció á voz alta que venía "la requisa". A esta palabra, como por un resorte mágico todos los presos se ponen en movimiento para ocultar alguna cosa. El uno entierra en la arena un serrucho de hoja de lata

con el cual corta conchas de coco para labrarlas después con buriles hechos de pedazos de agujas ó de clavos; el otro esconde en una de las rendijas del techo del calabozo un pedazo de papel de escribir que no sé cómo ha conseguido, y lo acuña y cubre á la vez con un trapo sucio, casi del color de la madera, que parece está allí como están otros muchos, para impedir que salgan las cucarachas; Suiny y Benedetti entran precipitadamente en el calabozo y tosen hasta romperse la laringe á tiempo que dan dos ó tres golpes secos y rápidos á las cuñas de sus grillos, y después salen y tiran las piedras hacia un lado del patio de modo que no se noten. Es de verse la cara de santo que pone Benedetti cuando ha terminado de apretar la cuña y ocultar la piedra. La sangre que se le ha agolpado al corazón con la sorpresa, vuelve á colorear sus mejillas, que ya empiezan á redondearse de nuevo; y al sentarse en sus lata ó sobre el pretil, sus pequeños ojos azules toman cierta expresión de dulzura inefable, y ve á todos lados despacio, como para inspirar confianza y calma á los que puedan estar atribulados . . . Suiny mete, además, dentro de uno de sus grandes zapatones de ingeniero, una especie de cuchillo sin mango que fabricó ahora tiempo con un pedazo de aro de barril . . . Al salir al patio después de cerrar mi catre y recostarlo á la pared, he visto al Dr. Elímenas Finol que mascaba apuradamente y tragaba un pedazo de papel en que alguien del otro departamento le ha comunicado noticias del exterior, y al mismo tiempo se amarraba al rededor de la cintura, digo, del abdomen, porque no tiene cintura, un mecate que

probablemente ha conservado desde el tiempo en que le permitían colgar su hamaca: tal vez tendrá algún mecanismo parecido al de Suiny, mas si alguna vez se cae, como éste, es posible que no le queden ganas de persistir en hacer maromas . . . No comprendo cómo los requisadores no le han observado ese mecate á Finol, porque el rollo es grande y se distingue perfectamente por encima de la franela, con la cual trata de ocultarlo . . . Los otros presos se mueven en distintas direcciones y esconden lo que les importa conservar, de distintas maneras, hasta dentro de los escapularios: muchas veces un santo se encuentra reunido en la misma bolsa ó relicario con un pedazo de lápiz ú otro objeto de uso prohibido . . . Yo apenas he tenido tiempo de tapar los libros con la hamaca de Suiny que estaba tendida en un lado del patio contra el muro y con las cabulleras bien ocultas debajo: todos los días en cuanto nos abren la puerta, su dueño la coloca allí con el pretexto de asolearla para que se seque el sudor de que amanece mojada; pero en realidad el principal objeto es que *los sicambros* no descubran las históricas cabulleras; también metí en el ruedo de la franela de lana que uso, un lápiz de pulgada y media que aprecio y cuido más que lo haría con un diamante: en ese ruedo ó ribete cargo constantemente, además, una navajita con cacha y vaina de cuero que fabriqué hace meses, con la cual me corto las uñas y hago la punta del lápiz. Para darle al hierro, que es de aro de barril como el cuchillo de Suiny, el tamaño y la forma que tiene, estuve amolándolo varios días en una piedra de muy buen grano que arranqué del muro de la forlaleza; la

vaina y el mango son de baqueta de unos zapatos viejos de Meaño Rojas . . . El conjunto es simpático á la vista y todas los compañeros consideran la navaja como una *obra de arte* . . .

Cuando entraron los requisadores, todos estábamos en el patio muy tranquilos, en diferentes actitudes: unos conversando, otros cosiendo, algunos lavando su ropa. Al vérsenos con tanta naturalidad, habría podido creerse que habíamos sido sorprendidos por *los sicambros,* y que como no teníamos nada que temer no nos alarmábamos en lo más mínimo por los resultados de la visita . . .

Después que se han ido hemos entrado á nuestros respectivos calabozos á recoger cada uno lo suyo . . . La ropa de todos estaba confundida formando distintos montones en el suelo, aunque habrían podido ponerla sobre alguna de las esteras ó en el catre . . . Mi baúl estaba abierto y no le había quedado nada adentro: un marcador de libros hecho con un cinta de tafetán verde muy ancha sobre la cual pintó al óleo una persona de mi familia un ramo de pensamientos y me lo envió hace meses con otros objetos, como para decirme que tenga esperanza y que ellas piensan en mí, lo encontré con una mancha de sucio: se conocía que lo habían pisado al andar, como pisaron también una parte de la ropa . . . Hasta unas semillas de frutas que he guardado en distintas ocasiones, estaban regadas por el suelo y he tenido que pasar algún tiempo recogiéndolas . . . N sé cuantas veces he recogido ya del suelo es semillas, porque cada vez que vienen *los sicambro* á registrar el calabozo, las riegan y dispersan . .

Lo que hemos visto ayer al entrar no es sino una repetición de lo que siempre encontramos después de las requisas . . .

Nunca han sorprendido un papel ni un arma en esos registros, que á veces son muy frecuentes; y lo más particular es que hasta ahora no se les ha ocurrido buscar afuera, que es donde ocultamos nuestros efectos importantes . . . Tampoco han logrado sorprendernos ni una sola vez, cosa que sería tan sencilla. De un modo ó de otro, siempre sabemos con anticipación que vienen y podemos prepararnos . . . Está visto, *los sicambros* son unos malvados; están llenos de malas intenciones para con nosotros; pero sus inteligencias no les sugieren ningún procedimiento que sea verdaderamente eficaz para buscar ó registrar con buenos resultados . . .

Conjeturas.

Sábado 21 á las 6 de la tarde.

Han transcurrido siete días y mi emisario no ha vuelto á aparecer ni he vuelto á saber de él ni de la carta; mas sí he notado en las caras de los carceleros cierta cosa que parece indicar que todos conocen lo que ha pasado . . . Cada vez que me ven, como que se acuerdan del chasco sufrido por Bello; pero probablemente tienen orden de no decirme nada . . . Si "Crístico" hubiera mandado la carta á Maracaibo, ya la habrían devuelto y él me la habría traído conforme le ordené; mas adonde la llevó sin duda fué á Comandancia . . . Y como al abrirla, en el apuro ver lo que contenía, tal vez han destruido com-

pletamente el sobre, ó lo han roto de un modo que no puede remendarse sin que yo lo note, Bello habrá ordenado á su agente que no vuelva por aquí, porque sería inútil toda vez que estoy demasiado prevenido . . . Es probable que ahora me dejen tranquilo por algún tiempo en lo que respecta á ese género de ardides, porque ya han visto que no muerdo fácilmente el anzuelo . . . La trampa que quisieron armarme con tan perseverante interés en tantos meses de trabajo, se las he destruido en un minuto . . . Bello no puede contestar, ni darse por notificado de que ha leído mi carta, pues eso sería confesar que todo este tiempo ha estado poniéndome asechanzas, lo cual es el colmo de la cobardía y de la bajeza: ha preferido soportar en silencio el mal rato que le he causado, pero sin duda me contestará de otra manera . . . Debo contar que de un momento á otro recibiré no una carta, sino una nueva prueba de que es él quien ha estado dirigiendo á los sirvientes y á "Crístico", y de que aun no se ha cansado de perseguirme . . . ¿Qué será lo que inventará ahora para vengarse? . . . Esperar que olvide la jugada que le he hecho, me parece que sería ilusorio . . .

Un nuevo Regidor. — Reflexiones.

Sábado 22, á las 8 de la mañana.

Hoy ha venido un Coronel Palacios en remplazo de Prince, quien se fué sin despedirse de nosotros. En estos gobiernos desordenados y despóticos de Venezuela los empleados no tienen estabilidad ninguna. Casi siempre cuando empiezan á conocer sus deberes

y sin otra razón que el capricho del que manda en el país, los reemplazan y los dejan cesantes ó los cambian á otros destinos . . .

No sé cómo se ha sabido aquí que Prince vá de Regidor para el castillo de Puerto Cabello, que también está lleno de presos . . . Al menos aquellos compañeros de infortunio serán bien tratados en lo que respecta á Prince, pues he podido observar que aunque débil de carácter, al punto que no se hace respetar de los subalternos y les tolera muchos desmanes por no desagradarlos, es al propio tiempo bondadoso y se complace en aliviar á los que sufren.

Palacios estuvo hace algún tiempo en este castillo en no sé qué empleo de la guarnición y seguramente desde entonces le puso la vista á la regiduría de presos, que según dicen es un puesto muy lucrativo . . . De la ración diaria de veinte centavos que pasa el Gobierno para cada preso político ó criminal, gastan en darle una escasa y malísima alimentación, la mitad ó la tercera parte, y el resto se lo apropian; y como los presos ascienden casi siempre aquí á varios centenares y muchos de los políticos hacen todos sus gastos y mantienen á otros, la ganancia resulta considerable. A eso se agrega que especulan con los trabajos de los presos criminales, introducen contrabandos de acuerdo con el Jefe del castillo, y otros cuantos negocios más ó menos ilícitos . . .

En Venezuela ningún empleado de gobierno se atiene á su sueldo. Los Ministros entran en grandes especulaciones de todas clases; los militares especulan con las raciones de los soldados; los aduaneros cierran los ojos y dejan pasar los contrabandos, de acuerdo

con los contrabandistas; el que vá á hacer cualquier trabajo público se coge una gran parte de lo que se destina á la obra, solo ó en sociedad con otros; todos, todos, hasta los porteros de las oficinas públicas encuentran el modo de aumentar el sueldo con alguna industria ó gabela prohibida . . . ¿Y cómo podría ser de otro modo en un país donde los Presidentes son los primeros que introducen el desorden? . . . Según han dicho Carabaño, Meaño Rojas y Suiny, hace algunos meses, cuando ellos fueron reducidos á prisión, Castro había comprado ya todas las acciones del ferrocarril del Táchira, los vapores que navegan en el lago de Maracaibo, el hato de La Candelaria en Apure, que es uno de los mejores de Venezuela, varios potreros y haciendas en Aragua, casas en Caracas y Valencia, y no sé cuantas propiedades más . . . Del mismo modo, y como por vía de magia, se han enriquecido Juan Vicente Gómez, Manuel Corao, Ramón Tello Mendoza, Julio Tórres Cárdenas y otros de sus allegados, siendo de advertir que, excluyendo á Gómez, de quien se asegura poseía unas propiedades en el Táchira antes de entrar en la política, todos los demás, incluso Castro, cuando asaltaron el poder, hace dos años, apenas si contaban con lo suficiente para satisfacer las necesidades más apremiantes de la vida . . . ¿Qué país puede ir adelante y prosperar cuando todo el tren gubernativo, desde el Presidente hasta el empleado más insignificante, no se ocupan sino de fomentar sus propio intereses con perjuicio de los de la comunidad? . . .

Un espectáculo aflictivo. — Nuevos huéspedes en "La Cueva Encantada" y en "El Club Marat". Recuerdos históricos.

Miércoles 25, á las 6 de la tarde.

Hace poco han abierto nuestros carceleros la puerta que separa esta parte del foso de las otras y se ha presentado á mi vista un cuadro que conturba el espíritu: es una invasión ó avalancha de presos que vienen de los calabozos más distantes.

Aquí tienen por práctica retenerlos cuando llegan en "El Olvido" y otros calabozos cerca de la entrada, y, cuando han transcurrido varios meses, cuando ya son viejas las noticias que traen del exterior, los incorporan al depósito de los presos antiguos. Al revés de lo que acontece en el infierno del Dante, en este los condenados van pasando de un círculo ó recinto á otro hasta que llegan aquí, que es donde se eternizan . . .

Yo estaba de pies cerca de la puerta de nuestro calabozo esperando á los que vienen todas las tardes á contarnos y á encerrarnos, cuando se abrió la puerta mencionada y vi . . . En los calabozos del otro departamento entraban y salían silenciosamente figuras extrañas, muchas de las cuales no parecían humanas: cuerpos macilentos cubiertos de harapos ó n vestidos sucios, de lienzo; con los cabellos y las rbas crecidos y descuidados; las cabezas con someros de todas clases, colores y edades; las caras lidas con las mejillas hundidas y los ojos que parece

que no miran; viejos encorvados bajo el peso de los años y los sufrimientos, y jóvenes de aspecto famélico, blancos y mulatos y negros, todos confundidos, pululando como figuras fantásticas, cargados de bojotes ó cajones, ó con esteras mugrientas arrolladas en el hombro, debajo del brazo ó arrastrando . . . Después desaparecieron todos como tragados por algún monstruo fabuloso, ó como que se hubieran hundido ó precipitado en algunos antros ó cavernas invisibles, y sólo se veían aquí y allá algunas figuras de *sicambros* en el foso desierto, y se oía el golpe de las puertas al cerrarse y el ruido de las llaves al moverse en las cerraduras . . .

Es que hay nueva organización. Probablemente han llegado más presos y han tenido que desocupar para ellos los primeros calabozos, á fin de incomunicarlos con los que ya tienen aquí algún tiempo . . .

A los dos calabozos de este departamente han llegado también nuevos huéspedes. En el vecino han entrado seis ó siete y aquí cinco. A Ulloa lo han mandado para otra parte, de modo que ahora somos diez en "La Cueva Encantada" en vez de seis. El poco aire que teníamos se dividirá entre mayor número de personas, sin contar que el que pasa por el techo de los otros calabozos, también recargados de gente, vendrá en condiciones peores que antes . . . ¿Qué irá á ser de nuestros pobres pulmones? . . .

Al ver un espectáculo tan desolador, mi imaginación se trasladó involuntariamente al año de 1821 en que fué sellada la Independencia de Venezuela con la brillante jornada de Carabobo. Recordé á mi abuelo, que había servido á las órdenes del titánico

General José de la Cruz Paredes

Prócer de la Independencia Sur-Americana.

Páez, formando de diez y nueve años de edad entre los ciento cincuenta centauros que atacaron deliberadamente y derrotaron en las "Queseras del Medio" ocho mil españoles (1) de los que habían combatido en la Península contra las tropas de Napoleón; que concurrió al Yagual, á la Mata de la Miel y otras acciones inmortales, siendo ascendido á Coronel y nombrado jefe de la guardia de Bolívar, el coloso de Sur-América, después de la batalla de Carabobo; (2) recordé aquel día glorioso en que el último ejército español de los que combatieron en Venezuela fué reducido á pavezas por nuestros padres en la hermosa llanura, donde aun hoy, después de ochenta y dos años, se ven claros ó manchas sin yerba en los lugares donde fueron quemados los muertos. Al notar que contamos ochenta y dos años de vida independiente y ver el lamentable estado en que se encuentra hoy el país, en manos de una horda de forajidos sin Dios ní ley; cuando he visto hace poco el triste cuadro que ofrecía esta prisión, y pensado que esto mismo ocurre en el castillo de Puerto Cabello, en La Rotunda y demás cárceles de la República; cuando me he paseado con la imaginación por ésta y la he visto explotada y envilecida por Cipriano Castro y sus adláteres, no he podido menos de repetir irónicamente en voz baja una frase del Pre-

(1) Léase la historia de Venezuela.

(2) José de la Cruz Paredes obtuvo luego el grado de General y fué reconocido como Prócer Ilustre de la Independencia Sur-Americana, por el Congreso de Colombia; habiendo él contribuido con sus servicios á la emancipación de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia.

sidente Rojas Paúl cuando después que volvió á Guzmán Blanco la espalda y se sintió libre de las exigencias que desde París le hacía aquel tirano ensoberbecido; (que lo había tratado siempre á puntapiés, y que por último lo había encargado del Poder porque lo consideró pusilánime é incapaz de revelarse), se vió dueño de sus acciones, se sintió feliz, creyó cándidamente que *él era Venezuela,* y en un momento de inspiración y de entusiasmo exclamó: "¡Sombras de nuestros Libertadores, venid á contemplar la Patria que soñásteis!"... ¡Sí, he repetido yo, venid Libertadores á contemplar vuestra obra!... ¡Aquí está!... ¡Esto es lo que ha quedado!... Pero no, sombras queridas, permaneced en vuestras tumbas, dormid y no mireis lo que aquí pasa: la vergüenza y el dolor cubrirían vuestros nobles semblantes y tal vez nos maldeciríais!... ¡Esperad que se aplaque la tormenta: ya vendrán días mojores en que podreis sentiros orgullosos de vuestros hijos!...

Los recién llegados. — Pino, herrero. — Reflexiones. — Pulido cae en un lazo. — La revolución. — Viejos planes fracasados. — Reflexiones sobre la revolución. — Un cuadro doloroso.

Jueves 26 á las 9 de la mañana.

Los nuevos compañeros venidos ayer tarde son los Generales Diego Colina, Pilar Medina y Baud Gutiérrez, y Coroneles Faustino Vargas é Ism Arellano. Cuando los trajeron me conmovió, so'

todo, la vista de los dos primeros, á quienes conocía sólo por sus reputaciones de valientes. Ambos son de edad bastante avanzada y tienen aspecto respetable. Venían de otros calabozos, donde habían estado varios meses, cargados con sus esteras, ropa y demás efectos de su uso: al verlos se habría podido creer que eran unos pordioseros . . . Los dos tienen, sin embargo, algunos bienes de fortuna. A causa de sus diferentes opiniones políticas, porque Colina es liberal y Medina conservador, han sido contendores en el Estado Falcón á que pertenecen, en distintas épocas han ocupado allí altas posiciones y son considerados como las mejores espadas de la localidad. Desde que llegaron, Colina colocó su estera al frente de la puerta y se extendió en ella con la cabeza cerca de la reja, buscando seguramente respirar aire fresco. Medina se situó en el rincón más oscuro del calabozo y los demás se acomodaron como pudieron en los lugares que no estaban ocupados por los que ya estábamos aquí. Durante la noche no se hizo luz, porque no se permite, ni hablamos casi en absoluto. Los recién llegados estaban bajo la impresión de la brusca traslación ó mudanza que habían sufrido, y hasta que vino el sueño bienhechor cada uno quedó entregado á sus propies ideas.

Hoy no han abierto sino á las 7. Al salir al patio hemos visto al General Trino Pino, remachando personalmente grillos á los del calabozo vecino, viejos nuevos, y en seguida se los puso á los cinco ien venidos al nuestro. Nunca pensé que llegaría día en que vería á un hombre con uniforme de eral de Brigada acuclillado en el suelo delante de

un yunque, esgrimiendo un martillo con la misma habilidad de un herrero, ¡para poner grillos á sus compatriotas! . . . ¡Esa gloria debía estar reservada á un General restaurador! . . . Por supuesto que hoy mismo comunicará á Castro esta proeza para probarle su adhesión y merecer toda su confianza . . . Es de advertirse que aquí hay varios herreros capaces de desempeñar bien esa tarea, mas el General Pino no ha querido sin duda privarse del placer que le ocasiona tan honroso oficio, en el cual, por otra parte, se conoce que no es la primera vez que se ejercita, pues lo hace á la perfección . . .

Durante la vergonzosa faena ha estado más pálido que nunca. Aunque en este mes la temperatura aquí, á esa hora, es suave y fresca, y había sombra en el patio, el sudor le corría abundantemente de la frente, y cada vez que terminaba con uno, mientras venía otro á sentarse delante del yunque, se ponía de pies y se enjugaba la cara amarilla con el pañuelo, á tiempo que volvía á todos lados sus ojos verdes de felino, con cierta desconfianza . . . Se habría dicho que temía algún ataque de los presos, por más que á su alrededor estaban varios oficiales espada en mano y él mismo tenía un gran sable terciado . . .

En un momento he deseado haber tenido aquí una máquina de fotografía para tomar la vista y conservarla con el objeto de que un día la vieran todos mis compatriotas, y que las generaciones por venir pudieran apreciar esta época de decadencia y de barbarie . . . Y ese hombre que goza con lo que hecho, que lo tiene á honor, que de seguro h alarde de haber arrebatado al herrero su martill

haberlo manejado mejor que él, es el mismo que ahora días decía que el mar debe ser "una cosa viva" porque "se mueve mucho"; es la misma inocente criatura que decía en tono de niño caprichoso que deseaba que cogieran un pez "para verlo"... ¡Misterios de la naturaleza humana, á la que rebajan y deshonran!... Este no es ciertamente el primer caso en que un hombre presenta al mismo tiempo y como entremezcladas las dos faces de la inocencia é ignorancia más completas y la maldad más refinada...

Mientras Pino remachaba los grillos he visto á los que han ingresado en el calabozo vecino y los compañeros me han informado quiénes son los dos que me eran desconocidos: el Presbítero Gabriel Gómez de San Cristobal, hombre respetable de más de sesenta años, que tiene mucho tiempo aquí; y el Dr. Abdón Vivas, de la misma ciudad, abogado y orador notable, según dicen los que lo conocen. También están: El Presbítero Zuleta, mezcla de militar y sacerdote que en ocasiones usa un sable sobre la sotana, y que según cuentan está suspenso y no puede decir misa á causa de su extraña predilección por las armas. Refieren los presos de Maracaibo que en la última revolución iba un día por las calles de la ciudad citada, conduciendo un cañón para apuntarlo contra un edificio donde el enemigo se sostenía, y al pasar por la casa del Obispo, éste se asomó á una ventana y en actitud consternada le dijo: ¿"Cómo [illegible] posible, padre Zuleta?".... y que antes de que [illegible]rminara la frase, Zuleta contestó: "no se asuste su [illegible]eñoría, que en esta lo vamos á hacer Papa" y [illegible]uió su camino... El Coronel Daniel Guerrero,

del mismo pueblo que el actual Jefe del país, indio claro como éste, de cuerpo alto, enjuto é inquieto: al ver su movilidad se diría que está azogado: tiene reputación de valiente, su carácter es suave y su trato agradable. El Coronel Aníbal Agelvis, de quien he hablado antes, y un joven Guillermo Pulido, de una familia distinguida de San Cristóbal, quien acompañó á Castro en su marcha del Táchira á Caracas, alcanzado alto grado militar. Según dice uno de los compañeros, hasta hace poco era Pulido Comandante de Armas de Maracaibo y está preso en este castillo hace dos ó tres meses, mas no sabemos cual es la causa de sus prisión . . . ¡Es bien duro tener que soportar constantemente entre nosotros á un hombre que hasta ayer no más era uno de nuestros opresores! . . . Mientras Pino ejercía su empleo de herrero Pulido se quejó de que Castro ha sido muy ingrato con él, dijo que aquél le debe mucha parte de sus triunfos . . . ¿Cuáles serán esos triunfos? . . . ¡Ah, si . . . ahora recuerdo que Castro triunfó! . . . ¡Una prueba de ello es que yo estoy aqui! . . . Si salgo con vida del interior de estos muros escribiré la historia de esos triunfos para que se pueda apreciar todo su mérito . . . (1)

Aun se oye á lo lejos el martillo del fatídico Pino. Parece que hoy le ha puesto grillos á todos los presos, sin excepción . . . Estos no bajan de ciento cincuenta en la actualidad, según los informes que tenemos, de modo que el Vulcano restaurador dormirá fatigado esta noche

(1) A su salida del Castillo de San Carlos escribió General Paredes un folleto sobre la campaña que llevó Castro al poder. Dicho folleto será publicado en breve.

Los Generales Medina y Colina me han informado que el nuevo acomodo de los presos, efectuado ayer tarde, ha obedecido á la necesidad de desocupar los calabozos de la entrada porque se dice que están al llegar otros de Caracas; y que los grillos los deben aparentemente á que Pulido se dejó coger en un lazo que le tendieron Bello ó Pino, ó los dos . . . Pero que esto no ha sido sino el pretexto para asegurar á todos los presos y quedar descansados, pues ya somos muchos y el temor de una sublevación los mantenía en contínuo sobresalto . . . Ahora sí deben estar tranquilos: la *música* que producen más de cien pares de grillos cuando se mueven los que los llevan debe serles muy grata: siempre les recordará que no tienen nada que temer . . .

Parece que de la oficialidad y clases del Batallón que guarnece ahora la fortaleza, algunos estuvieron bajo las órdenes de Pulido cuando éste se hallaba en Maracaibo. En días pasados, Bello ú otro mandó á uno de los sargentos que entrara en el calabozo de aquel y se le ofreciera, aparentando estar disgustado con los jefes (algo parecido á lo que intentó "Crístico" conmigo), y como Pulido es nuevo en estas cosas, por más que Colina y los demás compañeros le advirtieron que aquello podía ser una trampa, no les creyó, y al volver el sargento ayer tarde, le dió algún dinero del que tenía para su uso y lo comisionó para preparar un movimiento. Probablemente el sar-
—nto fué después donde Bello, lo informó de todo,
esentó como prueba de que decía la verdad el
ıero que le había dado Pulido, y sin más averiguar
llo procedió hoy al *engrillamiento* general . . .

El sabe que por el momento nadie piensa aquí en sublevarse; el lazo en que cayó Pulido indudablemente fué preparado por él, y lo más que le revela es que su compañero de armas no está conforme de que lo tengan con nosotros y desea irse; deseo que, por otra parte, es muy natural . . . Mas, aun en el caso de que Pulido hubiera estado tramando una conspiración verdadera, ¿qué culpa tendrían de ello los otros presos, cuya mayoría hasta ignoraba que estuviera Pulido en la fortaleza? . . . ¡No hay duda de que estos *restauradores* tienen un modo de hacer las cosas que les es peculiar! . . . ¡Debió ser á estas y otras tropelías que aludió Castro, cuando en su programa de gobierno dijo que usaría "nuevos procedimientos!" . . .

A las 8½ de la noche.

El calabozo está silencioso. Apenas se oye el ruido de la respiración de algunos de los compañeros que duermen, y afuera los gritos de los centinelas. Aunque todavía la corneta no nos ha mandado á callar, el sueño ó el agotamiento de los nuevos temas que hemos tenido hoy, hicieron primero languidecer y luego terminar la conversación. Yo me he quedado pensando en lo que esta tarde hemos sabido.

El Dr. Elímenas Finol recibió un papel en que otro preso comunica ser cierto que hay una revolución muy grande en el país. Se dice que el primer Jefe es el Señor Manuel Antonio Matos, y que el General Luciano Mendoza, actual Presidente del Estado Aragua es el 2º y se ha levantado ya en armas contra Castro . . . También informan que era cierto que el Ministro de Guerra y Marina formaba entre los pri-

cipales jefes de la revolución; pero no está alzado, como había dicho "Crístico", sino que cuando se disponía á irse fué reducido á prisión . . .

Ahora me explico porque Matos ni siquiera contestó una proposición que le hize en abril de este año . . . Seguramente contando con el poder de su dinero, estaba desde entonces dándole vueltas en su cabeza de chorlito á la idea de ser Jefe de una revolución, y lo que yo le propuse debió caerle muy mal . . . Yo ignoraba que se pensara en nada afuera; sólo sabía que el descontento era general en la República por causa de los desafueros de Castro y de los suyos; y quise aprovechar una coyuntura que se ofrecía de salir de aquí, adueñándome de un parque considerable que había en el castillo para intentar el derrocamiento del tiranuelo capachero . . .

Era la tercera vez que yo intentaba salir de esta fortaleza. La primera fué cuando estaba en "El Olvido", como he referido en otra parte: la segunda durante mi permanencia en el calabezo nº 12, poco después que fueron puestos en libertad el Pro. Francisco José Delgado, de Maracaibo y el Dr. Alejandro Urbaneja, quienes estuvieron allí conmigo.

Era por ese tiempo Jefe del Castillo el General Rafael Arias. Dos días antes del en que fueron puestos en libertad los señores nombrados, como á las 2 de la tarde, entró en el calabozo un negro expresidiario á quien llaman Puerto Rico — tal vez por ser de la isla de ese nombre — que había cumplido su condena y esperaba que pasara un buque para irse. Se presentó fingiéndose embriagado; nos dijo que la noche anterior había acompañado al General

Arias en unas correrías amorosas, y que á la hora en que nos hablaba acababa de dejarlo en la Comandancia donde había estado tomando brandy con él y otros; que había oído decir al General que el Pro. Delgado y el Dr. Urbaneja iban á ser puestos en libertad dos días después, cuando pasara para Curazao el vapor "Mérida", en el cual los embarcarían; y que en cuanto á mí había dicho que iban á ofrecerme la jefatura Civil y Militar del Estado Maracaibo, y si me negaba á aceptarla quedaría aquí preso indefinidamente . . .

Yo estaba en ese tiempo nervioso, como casi siempre me pasa aquí, y no pudiendo contenerme, dije al negro en tono áspero que si me proponían semejante cosa los mandaría . . . en hora mala, porque consideraba esa proposición ofensiva para mi dignidad; que en mi concepto era degradante salir de una prisión á servir á quien lo había oprimido á uno en ella, y que si querían devolverme la libertad debían hacerlo sin condiciones, como á los demás . . .

Después que se hubo marchado el negro, Urbaneja y Delgado me aconsejaron tener calma para tratar de obtener la libertad, que era lo principal; dijeron que ya afuera podía adoptar el partido que más me acomodara; que los compromisos contraídos dentro de una prisión no son válidos; que hasta un rey — Francisco I — faltó á lo que ofreció dentro de una prisión sin que por eso se le haya llamado menos "el rey caballero"; que muchos otros lo han hecho sin que ello se considerara como desdoroso, etc.
les contesté que trataría de tener calma si me hací
la proposición que había dicho el negro ú otra, pr
ver de salir de aquí; pero que lejos de ser de

opinión de ellos, pensaba que un hombre es el mismo en todas partes y en todas las circunstancias; que por más que Francisco I fuera rey, al engañar á Carlos V, cometió una mala acción; que por el hecho de ser rey tal vez la falta fué mayor, porque los hombres altamente colocados deben respetarse si es posible más que los otros; que los compromisos de un hombre son válidos cualquiera que sea el lugar en que los contraiga, porque siempre es dueño de negarse á aceptar lo que se le propone; que el faltar á la palabra empeñada es siempre desdoroso, por más que el hecho de ser empeñada en una prisión pueda atenuar la falta, etc. Pero deploré dentro de mí haber sido tan brusco con aquel hombre, que sin duda era un espía mandado por Arias á sondearnos. ¡No les dejé ganas de hacerme la proposición directamente! . . . A no haber sido enviado expresamente aquel emisario, nunca le habría ocurrido entrar en nuestro calabozo con exposición de su persona. Yo no debí contestarle nada definitivo sino esperar que se me hiciera la proposición en debida forma. Entonces, si era del caso, podía decir lo que imprudentemente dije al hombre, y éste sin duda fué á repetirlo á quien lo había enviado. Decididamente, en esa ocasión la ofensa me hizo olvidar totalmente la discreción y la prudencia.

Delgado y Urbaneja fueron puestos en libertad en la misma forma que había anunciado el enviado de Arias, lo que prueba que era cierto lo que á mi se refería, as á mí no se me dijo ni una palabra: sabían ya que a inútil: yo mismo, con sin igual torpeza, los había puesto de lo que debían aguardar, y como seguraente no querían devolverme la libertad sin condiciones, ermanecieron callados y se me dejó aquí . . .

El proyecto de evasión que tuve en esos días, fracasó como el anterior. En primer lugar el General Arias se negó á cumplir mi orden de entregar al Pro. Delgado cien pesos, de doscientos que tenía yo entonces en la Comandancia, los cuales le hize decir con el mismo Delgado, cuando salió, que los había ofrecido á éste porque estaba muy mal de intereses; pero en realidad lo que iba á hacer el Dr. Delgado era llevarlos á Maracaibo para ponerlos en manos de una persona que debía recibir de Caracas doscientos pesos más, y con los trecientos comprar un bote que era indispensable para la evasión. Yo tenía ya quien me llevara en el bote. Un práctico de los que conducen las embarcaciones desde la boca de la barra hasta Maracaibo y viceversa, me había escrito por órgano de los presos criminales que salen diariamente á trabajar en el exterior, ofreciéndome sus servicios, y me había hecho varias diligencias. Yo le había ofrecido regalarle el bote y darle algún dinero si me llevaba á algún lugar lejos de este castillo . . .

La segunda contrariedad consistió en que la persona que debía recibir el dinero en Maracaibo fué reducida á prisión en esos días y vino á hacerme compañía. Un hombre llamado Venancio Rodriguez á quien le había dado cinco pesos para que mandara hacer una llave igual á la del calabozo, se guardó el dinero y no cumplió mi encargo; y por último, pocos días más tarde me trasladaron á otro calabozo donde no era posible intentar la salida en esa forma.

Fracasado, pues, á fines del año pasado el segundo proyecto de evasión, en abril del que vá á ter-

minar volvió á ofrecerse una ocasión, y desde el calabozo nº 17 en que estaba *alojado* entonces, escribí á Matos, que se encontraba en Caracas, la carta siguiente:

"Habiendo podido establecer mi comunicación con el exterior en perfecta seguridad, á pesar de la rigurosa vigilancia en que me tienen, sobre todo después de la venida de Maduro, me apresuro ó dirigirme á Ud. para proponerle me ayude en el propósito que medito de salir de esta fortaleza al frente de una revolución que podría dar por tierra con Castro y su pandilla, en muy poco tiempo.

"Aquí está depositado un parque de dos mil Mausers y más de quinientos mil tiros, y yo podría adueñarme de todo si Ud. me facilita diez mil pesos para comprar la guarnición. Yo tengo quien haga el trabajo con toda discreción y al venir el dinero sería cuestión de pocos días. Al estar en posesión de esto, el mismo día cogería los vapores del lago y pocos días más tarde atacaría y tomaría la plaza de Maracaibo que habría quedado aislada; organizaría el Estado para hacer de él mi base de operaciones, y pasaría á Coro para seguir por allí al Centro. Estoy en correspondencia con algunos caudillos de los campos más cercanos y creo que podría reunir en pocos días mil quinientos ó dos mil hombres. Todos los liberales que están presos aqui seguramente me acompañarán, y cuatro de los seis conservadores también recluidos aquí me secundarán igualmente para obtener su libertad y la de su Jefe. A este personaje, adueñado yo de esto, le abriría inmediatamente tres caminos: ó incorporarse á la revolución con el carácter

de Jefe de Estado Mayor — cosa que estoy seguro no aceptaría y que yo mismo le ofrecería por pura fórmula; salir el mismo día para Curazao; ó seguir en el Ejército sin cargo, para separarse y ponerse al frente de sus partidarios contra Castro cuando lo creyera conveniente. ¡Yo trataría de conseguir que se fuera á Curazao! . . .

"En cuanto á las condiciones para prestarme ese dinero serían las que Ud. quisiera, puesto que sin él estaría yo imposibilitado para hacer nada. Usted sería la segunda persona de la revolución. Pacte con quien le entregará esta carta. Lo que Ud. acuerde con esa persona será lo mismo que si fuera conmigo. Venga el dinero y Ud. y yo nos entenderemos siempre bien.

"El éxito de la revolución comenzada en esas condiciones, creo que no sería dudoso, puesto que aunque Castro lograra batirme en Coro, que sería donde probablemente trataría de reunir sus fuerzas, yo podría replegarme á mi base, reorganizarme en ella con toda seguridad, é invadir de nuevo por Trujillo ó por donde más conviniera. Creo que iniciando una revolución en esa forma arrastraría detrás de mí á todos los enemigos de Castro, una docena de los cuales, por lo menos, quieren hoy *Jefear*, y nunca llegarán á acordarse mientras alguno no *se ponga en la punta* y lo reconozcan capaz de vencer aún sin la colaboración de los que se nieguen á seguir.

"En carta que escribiré ahora á la persona q pondrá esta en sus manos, le diré á quién de entregarse el dinero en Maracaibo, si Ud. me

facilita: es un hombre de toda mi confianza y de reconocida honradez. También le comunicaré el modo de hacerme llegar su contestación negativa, si este fuere el partido que Ud. adoptare.

Deseando que Ud. se inspire en los intereses de la Patria y resuelva satisfactoriamente lo que le propongo, me es grato, etc.

Matos recibió con mucha frialdad á mi comisionado, y aunque éste le ofreció como garantía del dinero una propiedad que vale más de sesenta mil pesos, se negó á aceptar mi proposición, sin que hasta hoy pudiera yo comprender el motivo de su conducta . . .

Ahora aparece de Jefe de una revolución y me lo he explicado todo . . . No quiso anxiliarme porque seguramente no le convenía un rival . . . Mi prisión desde entonces puedo, pues, decir que se la debo á él . . .

Si yo me hubieron dirigido á otro menos egoísta, ó que las constantes variaciones á que todo está expuesto aquí, me hubieran permitido hacerlo cuando supe su negativa, probablemente á la hora actual no existiría sino el recuerdo execrado de ese gobierno que deshonra á Venezuela . . .

He asegurado, sin embargo, á los compañeros que Matos es *amigo mio;* les he referido que una vez que ambos estábamos en Francia, me invitó á almorzar en su casa de Saint Cloud; que cuando me varon preso á Caracas antes de traerme para acá, or su propia cuenta y sin que yo lo supiera, pidió Castro mi libertad, y que no habiendo podido seguirla obtuvo que se me quitaran los grillos

que me habían puesto entonces y se presentó personalmente en la Rotunda con la orden; que hizo eso en mi favor porque probablemente ya en ese tiempo estaba pensando en la revolución que ha estallado ahora y buscaba prosélitos; que después de eso fué él mismo reducido á prisión con otros accionistas del Banco Venezuela, por causa de un empréstito que exigió Castro y le fué negado; que en esos días nos hizo sacar Castro á las 3 de la tarde, á pie, por el centro de la calle, entre dos filas de soldados, hacia la Estación del Ferrocarril de La Guaira, á Matos y los demás accionistas del Banco, junto con el Dr. Alejandro Urbaneja, el Pro. F. J. Delgado y yo, con el objeto de hacer creer á los primeros que los traían para esta fortaleza; que ante esa amenaza, ya en la Estación del Ferrocarril, suscribieron los del Banco lo que Castro quería; que de allí nos regresaron á la Rotunda en coche; que los del Banco fueron puestos en libertad á la mañana siguiente y no vinimos para acá sino los tres últimos, unos días más tarde; que después, durante mi permanencia en "El Olvido", me llegó por casualidad á las manos un pedazo de periódico en que estaba descrito un obsequio que ofreció Matos en esos días á Castro en las oficinas del Banco, en el cual, con una copa de champagne en la mano, dijo desear que "Castro y su esposa fueran muy felices"... ¡Sí, deseaba que fuera muy feliz quien pocos días antes lo había paseado á pie por el centro de la calle como un criminal, ante la sociedad de Caracas que estaba estupefacta al presencia á cada momento nuevos actos de vandalaje y salvajismo!... Ante la amenaza de ser traído á est

castillo, accedió á lo que en un arranque de varonil independencia había negado; y cuando debía estar lleno de vergüenza por esa acción, que lo había exhibido como un pobre diablo, ofrecía un obsequio á quien lo había vejado, y le deseaba felicidad! . . .

¡Y ese es el hombre que ha sido colocado al frente de una revolución! . . . ¿Qué vigor para dirigir á los otros, ni para soportar las contingencias de la guerra, puede esperarse de quien no tiene dignidad? . . . Por otra parte ¿cuándo ha mandado tropas, ni sabido nada de esas cosas ese hombre afeminado que cuando sale de paseo usa guantes y paraguas para que el sol no le queme el cutis? . . . ¿Los militares no se sentirán avergonzados al tener como Jefe á un arlequín? . . . ¿Ni quién es el que pueda engañarse tampoco respecto de las intenciones de ese payaso millonario? . . . ¿Qué iría á hacer en el Poder si lograra alcanzarlo? . . . Los millones que tiene los acumuló por medio de negociaciones ilícitas durante la tiranía de veinte años que ejerció en Venezuela su concuñado Guzmán Blanco. ¿Podrá creerse que ahora que tendría más facilidades no seguiría explotando á la nación? . . .

Según dicen, el 2º Jefe de la revolución es el General Luciano Mendoza, que traicionó á Guzmán Blanco, á Andueza Palacio, á Andrade y por último al mismo Castro, á quien había colocado en el Poder entregándole el ejército de Andrade en cambio de un poco de dinero y de un empleo . . . Todos los gobiernos que se han encontrado en situaciones difíciles han querido confiar su salvación á la pericia y dotes guerreras que se le han atribuido desde su juventud

á Mendoza, y á todos los ha traicionado y hundido, llegando á adquirir por esto el sobrenombre de "la mosca negra de los gobiernos". . . Actualmente era Presidente de un Estado, *elegido por Castro,* y se ha sublevado contra él . . .

También dicen que el General Ramón Guerra es de los más importantes personajes de la revolución . . . Ese es otro hombre sin principios, que traicionó á Guzmán y á Andrade y ahora acaba de traicionar á Castro . . .

¿Podrá el país esperar razonablemente que si triunfa esa revolución tendrá un gobierno honrado, enérgico é inteligente? . . . Sin temor de equivocarme puedo asegurar que no. Ese sería un gobierno tan desastroso como el del mismo Castro; un gobierno de hombres sin honor, sedientos de dinero, que no respetan nada de lo que la moralidad respeta . . .

Pero, ¿tiene alguna probabilidad de triunfar una revolución con semejantes Jefes, cuando además de todo se dice que está preso el único de los tres que puede dirigir una campaña con buen éxito? . . . Ha dicho Napoleón que "la opinión es un poder invisible y misterioso á que nada se resiste" y el país está ansioso de sacudir la ominosa tiranía de Castro; mas ¿cuántos habrá que pesando desapasionadamente lo que se habría de ganar en el cambio, y viendo que ese cambio no merece el sacrificio de una sola vida se abstendrán de tomar parte? Y los mismos que se lanzan á la guerra obligados por las circunstancias todos esos núcleos de opinión armada que ya no pueden retroceder aún en vista de las condicion-

negativas de los Jefes, al ser dirigidos por hombres tan impopulares y nulos ¿no perderán la mayor parte de su fuerza? . . .

Lo que ocurre hoy es un fenómeno que ha sido muy frecuente en Venezuela. El país sublevado porque no puede soportar los abusos del Poder, ¡pero llevando ya al sublevarse la seguridad de que si vence no adelantará nada! . . . Si la revolución triunfa lo hará sobre los cadáveres de millares de ciudadanos y sobre la ruina de otros millares, para comenzar una nueva serie de abusos que harán necesario un nuevo movimiento armado; si es vencida, el gobierno lleno de soberbia, considerándose dueño absoluto del país, seguirá en su camino de desafueros y tropelías hasta provocar otra conmoción popular . . . ¡Suerte menguada la tuya, oh Patria infeliz! Eres siempre la víctima de la ignorancia é imprevisión de unos de tus hijos y de la perversidad y corrupción de los otros . . .

En este momento se ha despertado Carabaño con la fatiga y he llamado á los compañeros para que le apliquemos el remedio con que se calma. He encendido la vela y ya está el centinela mandando que se apague, mas le haremos tanto caso como en otras ocasiones . . . Acaba de llegar el oficial de ronda y ha reiterado la orden, pero mientras no acabemos de hacer lo que el enfermo necesita, todos estamos sordos . . . Es un cuadro bien lúgubre el que presenta ra el calabozo. Dos hombres con grillos y medio nudos á la luz de una vela que no disipa por pleto la oscuridad, prestándole auxilios á otro está tendido en una estera sobre el suelo, y que,

aunque parece un cadáver, tiene también sus grillos.. Los demás presos están acostados en sus esteras y algunos miran atentamente el grupo que forman los dos médicos improvisados con el enfermo, quien se queja sin cesar y se diría que vá á asfixiarse. ¿Cuál sería la desesperación de su pobre madre si pudiera verlo en este instante?...

Precauciones de los carceleros.

Viernes 27 á las 6 de la tarde.

Acaban de encerrarnos. Hoy no ha habido ninguna novedad de importancia. He pasado el día leyendo un drama francés llamado *L'Aiglon* que me mandó de Caracas mi familia cuando vino el Regidor Palacios. No me lo habían entregado hasta esta mañana. Probablemente estaban examinándolo por temor de que en él me viniera alguna comunicación en clave... ¡Cuántas precauciones toman estos *sicambros!*...

En el patio del calabozo. — Reflexiones y recuerdos.

Enero 1º de 1902, á las 5 de la tarde.

Los compañeros están en distintas actitudes y ocupaciones. Dos leen, varios conversan sentados sobre el pretil que sirve de base al muro interior de los calabozos; otros entran en estos con sus esteras que las habían sacado al sol; uno está forrándose piernas junto á los tobillos con unos trapos vie

para que los grillos no le rompan la piel; todos estamos llenándonos los pulmones de aire, haciendo provisión para la noche, pues ya se acerca la hora de encerrarnos. Mientras esta llega yo me he sentado solo en un lado del patio á meditar y recordar . . .

Durante esta prisión he pasado ya tres días como este: el 1º de enero de 1900, el de 1901 y hoy . . .

El año nuevo es un día de fiesta en todas partes. La pobre humanidad ve siempre con placer el fin de un año, que de ordinario no ha traído sino sinsabores, y el advenimiento de otro, que espera sea mejor, pero que cuando ha transcurrido resulta igual ó muy parecido á los demás . . . Así vivimos: esperando algo que nunca llega: corriendo detrás de lo que llamamos felicidad, que no es sino un ensueño, una ilusión que se desvanece cuando creemos tocarla . . . Y nos alegramos á cada año que pasa para perderse en la inmensidad del tiempo, sin darnos cuenta de que ya no lo viviremos y de que es un gran trayecto que hemos recorrido en el camino de la muerte! . . .

¡Para mí no han sido felices estos años! . . . He estado privado de todo lo que es más caro al hombre, de todo lo que tiene algún valor en la vida . . . Hoy no veo tampoco delante de mi sino penas y sufrimientos: la perspectiva no puede decirse que sea halagadora . . . Hasta esa malhadada revolución que ha estallado, que para los otros representa una esperanza de libertad, para mí no representa ó no es sino una prueba más de que en nuestra desgraciada tierra no se aprovechan las lecciones del pasado . .

Vamos recibiendo golpe sobre golpe, desengaño sobre desengaño y nunca aprendemos . . . ¡Y he aquí que á pesar de todo no estoy triste! Nunca lo estoy: esa es mi fuerza y mi fortuna . . .

El día de año nuevo de 1901, á esta misma hora estaba yo sentado en este patio esperando á los que venían á encerrarme en el calabozo nº 17 que ocupaba yo solo entonces, y estuvieron por la explanada varias muchachas del pueblo á saludarme y desearme buen año . . . El Jefe del castillo, que lo era entonces el General Rafael Arias, les había permitido venir, acompañadas por el Jefe inmediato de la guarnición, General Mamerto González, quien siempre se mostró cortés y cariñoso conmigo, sin faltar por eso á sus deberes. La presencia de las muchachas en la explanada me fué sumamente grata. Habituado á ver diariamente aquí caras de hombres, peludas y abandonadas, las de las muchachas tan frescas y limpias me parecieron bonitas, muy en particular las de dos de ellas. La voz de una de éstas que se dirigió á mí para preguntarme cómo estaba de salud y manifestarme los deseos de todas de que este año que acaba de expirar fuera más benigno conmigo que los anteriores, me pareció dulce y melodiosa como un canto del cielo, y así se lo dije, y también le dije algo sobre la bondadosa expresión de sus bellos ojos negros. La visita no duró sino un minuto, pero fué un minuto de expansión y de placer . . .

Y cuando ya todas se habían marchado, la gr- ciosa y esbelta sancarleña se devolvió y se me pr sentó de nuevo haciendo señales de adiós con · pañuelo, y hubo un instante en que se quedo inmó

con sus ojos llenos de lágrimas, intensamente fijos en los mios . . . No quiero repetir lo que me dijo en aquella mirada, pero cuando desapareció sentí un gran vacío en el alma, sentí la impresión de la verdadera soledad . . .

No era la primera vez que yo veía esas muchachas. Cuando estuve en "El Olvido", González las llevó en diferentes ocasiones por la explanada, y cuando no me veían en el patio preguntaban por mí á los otros presos y me hacían salir á hablar con ellas. Una tarde, González levantó por la cintura á la de los ojos expresivos, que estaba entonces vestida de encarnado, y me dijo que la levantaba así porque ella tenía especiales simpatías por mí, y deseaba que yo la conociera bien . . .

Después de la última visita el 1º de enero del año pasado, por medio del sirviente que me traía entonces la comida, entablé correspondencia con una de las dos, que, según parece, no era la que me presentó González, que después me habló aquí . . . Yo escribía pensando que era á ella á quien me dirigía, más llegó un momento en que la que recibía mis *cartas* se apercibió de la confusión y me explicó y detalló que . . . ¡Ella era la otra! . . .

Pero ya en aquel punto era necesario seguir y eso fué lo que determiné . . . Me mandó primero un lápiz en que había unas marcas de sus menudos dientes blancos, tal vez para significarme que ella mordía en ocasiones . . . Poco después me mandó una tarjeta de un bautizo en que había sido madrina en esos días. Luego fueron y vinieron algunos papelitos llenos de tonterías de las que dicen las gentes en

esos casos; y cuando ya había adquirido alguna confianza, cuando me preparaba á decirle que me informara lo que ocurriera ó lo que ella supiera de los asuntos públicos, y ya tenía escrito el papalito en que le hacía ese encargo, el sirviente se dejó sorprender con una misiva de ella y fué reemplazado por otro, terminando desde entonces los efímeros amores . . .

La confusión ocurrida con las dos muchachas me hace recordar una aventura parecida que tuvo efecto á principios de 1893, siendo yo Jefe del Castillo Libertador, en Puerto Cabello. Con frecuencia, para matar el tiempo por las noches, me ponía á pescar en un bote fondeado en el centro del canal. Una noche había ofrecido enviar lo que cogiera á una linda muchacha amiga mia; pero habían dado las 9 y no había cogido nada, y cuando los remeros estaban levando el ancla para retirarnos, acertó á pasar cerca de nosotros un comerciante alemán que venía también de pescar y había sido más afortunado que yo. Aunque la noche estaba muy oscura y nada se veía, al oirme hablar descubrió que yo estaba allí y me ofreció un pargo rojo, de dimensiones no comunes, el mejor de los que traía.

En el acto lo acepté y lo envié á la muchacha con un asistente y una explicación verbal en que le hacía saber que al prenderlo en el anzuelo había estado á punto de sacarme del bote . . . ¡Lo que me había dicho el alemán que le había acontecido á él! . . . Pero resultó que el asistente llevó el pescado á otra muchacha con quien me había visto hablando ese día, persona ciertamente muy hermosa y digna

de comérselo, pero yo no se lo había ofrecido á ella . . . Al día siguiente casi me sorprendió cuando me dió las gracias por el regalo, y tuve que inventar una historia, para que la acción no perdiera su mérito . . . Entonces fué que comprendí la torpeza del asistente. Más tarde, cuando pude ver á la otra, le expliqué que no había podido pescar nada, en lo cual, por otra parte, no le dije sino la más estricta verdad . . .

Hoy no han venido á saludarme las sancarleñas, y lo peor de todo es que he sabido que la de los ojos negros es ahora querida de Bello y la otra tiene amores con el Regidor Palacios . . . ¡De mí seguramente no se acuerdan! . . . ¡Con cuánto acierto y sutileza discurría el decepcionado Tarquís cuando afirmaba que las mujeres son veleidosas é inconstantes! . . . ¡Ahora he comprendido que Tarquís es un profundo observador! . . . Pero ya oigo que los carceleros vienen cerrando puertas: voy á situarme junto á la de mi calabozo con los compañeros, para pasar revista . . .

La máquina infernal. — Pino está en guardia.

Sábado 4, en la tarde.

Es muy cierto que la necesidad es madre de la industria. Habiendo sufrido mucho desde que se aumentó el número de los habitantes del calabozo, por la falta de aire y por la fetidez, esto último sobre todo en las madrugadas, me dí á pensar antes de ver de qué modo podría respirar aire del patio estando acostado en mi catre, y resolví fabricar una triz de tres metros de largo que, cuando el caso lo

el pequeño embudo á la naríz y respirar, con un esfuerzo insignificante vá á los pulmones aire del interior del tubo cuyo extremo queda en el patio á metro y medio distante de la puerta; y el aire respirado sale por las ventanillas colocadas en la parte posterior y queda por consiguiente en el calabozo . . . Esta noche, si me desvelo con los gritos de los centinelas, ó en las ocasiones en que me despierte sofocado por el mal olor, me regalaré respirando aire fresco . . .

Lo único malo en todo esto es que durante los días que he estado fabricando la nariz artificial, he observado que Pino me vijilaba con grande interés. Cada rato sacaba su cara lívida por sobre el pretil de la explanada y más de una vez me vió colgando los pedazos de tubo en una cuerda al sol para que se secaran. ¡Quién sabe que se habrá imaginado! . . . ¡Cómo no vaya á creer que he fabricado un cañón mágico para destruir la fortaleza y matarlos á todos ellos! . . . El hombre que dice que "el mar es un pozo como de aquí á Bogotá", bien puede creer que el tubo de papel que he construido es algún artefacto diabólico . . . He colocado mi aparato debajo del catre, á lo largo de la pared, á ver si se salva de que se lo lleven en la requisa de la tarde . . .

A las 7 de la noche.

Después que cerraron la puerta apoyé la punta del tubo donde está el embudo en uno de los largueros del catre y el centro en la reja, quedando el otro extremo al aire en el exterior. Cuando quiera usarlo no tengo sino alargar la mano, mas desconfío

de que me dure mucho tiempo porque Pino está sumamente intrigado . . . Desde que lo puse ahí, mientras duró la luz del día, vino por arriba varias veces: seguramente quería ver si había empezado ya la destrucción de la fortaleza . . . Pero encontrando á cada nueva venida que todo estaba en perfecta calma, se quedaba viendo el tubo y meditando . . . Evidentemente no quiere quitármelo antes de saber que es lo que me propongo, pero tampoco quiere dejarse sorprender y que vaya yo á acabar con ellos porque falte vigilancia de su parte . . .

Los presos llegados de Caracas. — El negocio del tubo por poco termina en tragedia. — Comentarios y recuerdos. — Proyectos de venganza. — Conversación con motivo de estos.

Martes 7, en la mañana.

Hemos sabido ahora poco que desde hace algunos días trajeron de Caracas los presos que nos habían anunciado y los alojaron en "El Olvido". Uno de los hombres que trae los azafates, que fué quien dió la noticia, dice que son de cuarenta á cincuenta y que él no conoce entre los recién venidos sino al General Leoncio Quintana y á un Coronel Taylhardat; que casi todos tienen grillos acabados de fabricar y que están haciendo más para los otros . . . De la revolución ha dicho que vá propagándose por toda la República, y que según las conversaciones que ha oído en el pueblo, Castro no durará mucho en el

Poder . . . No ha podido dar detalles. Carabaño fué quien habló con él y le encargó que se fije bien en lo que dicen para que nos informe mañana en cualquier descuido de los oficiales . . .

En la tarde.

No obstante la predisposición de Pino contra mi aparato ventilador, y á pesar de su vigilancia de todos los momentos, había podido salvarlo hasta hoy ocultándolo de los requisadores en la parte más oscura del calabozo. Seguramente Pino quería sorprenderme infraganti usando la temible máquina y ver con sus propios ojos el modo de manejarla . . . Y como á pesar de sus repetidas visitas por la explanada no consiguió su objeto, ni pudo descubrir nada de agresivo, porque sólo verá el tubo colocado apaciblemente á través de la reja después que cerraban esta por las tardes; ya hoy seguramente no pudo aguantar más, y hace poco se vino con los requisadores y el Regidor á conjurar el peligro personalmente, cualquiera que fuera, grande ó pequeño . . . Ciertamente todo le pareció preferible, aun arriesgar la vida, antes que permanecer en la incertidumbre por más tiempo . . .

Hizo que buscaran el tubo y lo sacaran inmediatamente al patio para examinarlo . . . Era de verse las precauciones con que lo tomaron en la mano y le daban vueltas por todos lados . . . Por la delicadeza y cuidado conque lo tocaban, se habría dicho que temían que hiciera explosión . . . Al co vencerse, sin embargo, de que no podía matar nadie se serenaron y sólo fué curiosidad lo que r

velaron sus semblantes, á tiempo que sonreían y se preguntaban unos á otros cuál sería el objeto de aquello. . .

Palacios sugirió la idea de que debía ser para pasar correspondencia á los presos de los otros calabozos, mas esa conjetura no encontró apoyo á causa del aparato que el tubo tiene en un extremo, y Pino desistió de seguir en las investigaciones por el momento . . .

Yo hasta entonces había estado callado observándolos desde mi cama, donde me había sentado: al ver que á pesar de que habían descubierto que la cosa era inofensiva, se preparaban á llevársela, no me contuve más y les dije cuanto me vino á la cabeza . . . Les dije que si se asustaban por un simple tubo de papel ¿qué les pasaría si me viesen con un sable en la mano? . . . que cuando ellos estén aquí en este calabozo, asfixiándose como estamos nosotros, sabrán cuál ha sido mi objeto al hacer ese tubo, y agregué otras cuantas inconveniencias, hijas de la ira . . . No me contestaron ni una palabra, pero se llevaron el aparato . . .

Ni los compañeros ni yo hemos comprendido cómo unas gentes tan brutales limitaron su procedimiento á lo que dejo dicho, pues, como es sabido, aquí estamos completamente indefensos. Tal vez comprendieron nuestros sufrimientos al ver que me había tomado tanto trabajo para tratar de obtener un poco de aire, y eso los hizo indulgentes, ó tal vez s que saben que, así como trato de ser correcto en is relaciones con ellos y nunca les hago ni digo sa alguna que pueda tomarse como ofensa, el día

que me insultaran tendrían que matarme porque aun con los grillos arrebataría una arma y los atacaría hasta sucumbir . . .

He perdido, pues, mi trabajo de varios días, casi sin haber podido utilizarlo. Durante las tres noches que lo conservé, mientras estaba despierto no iba á mis pulmones el aire infecto del calabozo. Pero eso sin duda no estaba en el programa de nuestros carceleros Ellos no nos tienen aquí sólo porque así lo estimen necesario á la seguridad de su gobierno, siéndoles todo indiferente mientras no nos escapemos: sabemos que su propósito es también torturarnos y hacernos insoportable la vida! . . .

En la noche.

Con motivo de la inútil agresión de esta tarde, los compañeros y yo hemos estado conversando un buen rato sobre la manera de ser de Castro y los que lo rodean y de las fechorías de todo género que han llevado á cabo durante las guerras que han tenido que sostener para conservarse en el mando. Al juzgar los actos de Castro y los de la mayor parte de los andinos que le sirven, se creería que en el occidente de la República, de donde ellos son, hay una raza de gente desaforada y salvaje, completamente diferente del resto de los venezolanos; se diría que la civilización, que, como es sabido, penetra lentamente y con dificultad en los lugares montañosos, no ha llegado todavía por allá. Mas eso es un error· en las ciudades de Los Andes hay una sociedad distinguida, tan culta y correcta como en las principales de la República, y si en Castro y en muchos de los

que lo acompañan se notan todas las malas tendencias á que he aludido, es porque ese nucleo, empezando por el Jefe y acabando en los subalternos, con muy contados excepciones, fué desde un principio formado con lo más soez y bajo de aquellos pueblos. De Castro aseguran que es de una familia de arrieros, lo que nada tendría de censurable si él fuera un hombre honesto, pero todos los que conocen su procedencia cuentan que desde el tiempo en que empezó á tomar parte en los asuntos públicos, tiene dos sumarios pendientes en los tribunales de San Cristóbal, el uno por haber hecho violencia á una niña de diez años, y el otro por haber herido á un sacerdote por no sé qué enredo con una de las mujeres de su familia. Según dicen estuvo preso por uno de esos hechos en 1883 y se fugó de la cárcel antes de ser sentenciado . . .

Cuando empecé á oir esas especies me resistí á creerlas y las consideré inventadas por sus enemigos políticos para desacreditarlo; pero después me he convencido de su autenticidad al hablar en diferentes ocasiones, durante mi prisión aquí, con personas ilustradas del Táchira, quienes han estado contestes en sus narraciones. De los andinos que están presos en este castillo no hay tampoco ninguno que dude de la verdad de esos hechos.

Después, en la revolución que lo llevó al poder en 1899, desde el primer momento arrastró detrás de sí hombres y mujeres de la más baja condición y al pasar por los pueblos no incorporó sino á los vagos y gente atrabiliaria, sin excluir algunos asesinos que habían eludido el castigo de la ley de distintas ma-

neras, entre los que se cuenta el actual Jefe de la guarnición de esta fortaleza, General Pino, según he dicho en otra parte . . . ¿Qué moralidad, ni qué orden, ni qué justicia, ni qué magnanimidad pueden esperarse de un gobierno presidido por un escapado de presidio, y secundado por muchos otros malhechores? . . . ¡Parece increible que en el siglo XX se vean cosas como esta; que un país que ha tenido tantos hombres notables haya retrogradado hasta ser hoy la presa de una horda de facinerosos! . . .

Al hablar de las fechorías y de los procedimientos de los restauradores, hemos recordado que á un tal Anselmo López, que está aún en esta fortaleza con los criminales, sin que se le haya probado que ha cometido ningún crimen, lo trajeron moribundo de la cárcel de Caracas á causa de los azotes que le dieron diariamente por espacio de un mes para que revelara lo que se proponían averiguar. He referido que al Señor Felipe Garbiras, de Maracaibo, que pertenece á la primera sociedad de allí, lo trajeron cuando estuve en el calabozo nº 12, y cuando llegó tenía todavía los dedos pulgares morados é insensibles con una marca ó cintura negra producida por la cuerda con que lo habían atado para ponerle un cepo de campaña, en el cual habría sucumbido si no lo hubieran libertado de él cuando ya casi estaba agonizando. Vargas ha contado que cuando á él lo hicieron preso le pusieron también un cepo con más de treinta mausers encima, con el cual lo hicieron vomitar sangre y estuvo á punto de morir. Se han recordado después inunmerables tropelías efectuadas en varios puntos del país por los *restauradores*

que no difieren en mucho de las de la Inquisición en España durante la época de su mayor crueldad; y por último se han emitido opiniones diversas sobre las venganzas que debemos tomar el día que derroquemos á Castro. Se ha hablado de colgar de distintas maneras á los enemigos; de dar látigo; de ponerlos á aguantar hambre, y de otros muchos tormentos que por otra parte, no son nuevos en el mundo ni en Venezuela, pero que han sido principalmente practicados por los andinos, durante la *restauración* de Cipriano Castro. Alguien ha dicho que si algún día logra coger al "mono" — que es como llamamos á Castro desde que en 1900 supimos aquí que por miedo á un temblor de tierra se había tirado por un balcón de la Casa de Gobierno, sin hacerse mayor daño — le hará un cosa que ya han practicado los restauradors en la cárcel de San Cristóbal, aunque no la han llevado al último extremo: que lo meterá en una pipa ó tonel lleno de lo que hay de más sucio, que le llegue al cuello; que junto á la pipa pondrá un hombre "mal encarado" con un sable bien reluciente y afilado para que le tire cortes á la cabeza con intervalos de un minuto, de modo que "para evitar la muerte" tenga que sumergirse á cada cintarazo; y que al fin "el hombre" le tire los cortes tan repetidos que Castro no pueda sacar la cabeza y se ahogue . . . Se han figurado ver ya á Castro dentro del tonel, sacando la cabeza toda sucia, des---és de alguna zabullida, y han reído á más y mejor.

-gas ha lanzado unas carcajadas extraordinariamente losas que no le oía desde el tiempo en que jugaba inó en el otro departamento, y al fin le corrían

las lágrimas de alegría . . . Ninguno de nosotros ha podido sustraerse de la risa: yo mismo, al imaginarme á Castro sacando del líquido sus pequeños ojos de sátiro, con mucho cuidado, para ver si "el hombre" está aún allí, y volver á sumergirse con gran presteza al mirarlo descargar el golpe, no he podido menos que participar de la hilaridad general . . .

Alguno ha hablado de hacerle al criminal Castro atrocidades aún mayores, que la decencia impide repetir, hasta que al fin el General Colina y yo hemos intervenido. Colina ha dicho que él no es partidario de ninguna de esas cosas, que degradan más á quien las hace ó las ordena que á quien las sufre; y yo he agregado que no obstante lo que en un momento de arrebato dije esta tarde á Pino y á los otros, de que á su tiempo los meteríamos á todos aquí para que supieran lo que nosotros sufrimos, nunca he pensado que deba ser así, y que por el contrario me opondré á que otros lo hagan si lo intentaren; que á Castro y á unos pocos más, como él, grandes delincuentes y verdaderos culpables de lo que pasa, deberá castigárseles con la mayor severidad para desagravio de la nación y para evitar que encuentren imitadores en lo futuro; pero que á la gran mayoría de los enemigos de hoy no se les deberá hostilizar una vez que se restablezca la paz; que usar los mismos procedimientos que usa esta gente sería igualarnos con ellos; que por el camino de las represalias y de las venganzas no conseguiríamos sino acabar de retrotraer el país al estado salvaje, porque los oprimidos por nosotros tratarían de vengarse también á su vez y se formaría una cadena sin fin de crueldades; que los que tien

la fuerza en los países verdaderamente civilizados no la emplean en cosas bajas y mezquinas como son ejercer venganzas personales y oprimir á los débiles, sino por el contrario en mejorar las condiciones de los gobernados. Como una prueba de que nunca he sido inclinado á la opresión ni á las venganzas personales, he vuelto á referirme á la última vez que tuve mando en Puerto Cabello, en 1899, en cuya ocasión por mi propia cuenta devolví la libertad á más de treinta oficiales subalternos que encontré allí recluidos; que á pesar de la penuria en que estaba, que á duras penas me permitía alimentar mis tropas, los racioné con dinero para que se fueran á sus casas; que tan luego como supe que el Jefe de la nación se había embarcado para el extranjero, lo que me dejaba completamente dueño de mis acciones, mi primera medida fué poner en libertad á treinta ó cuarenta presos políticos de significación que quedaban, dándoles dinero para que compraran de comer hasta su llegada á Valencia, á los que no tenían nada de qué disponer; que entre aquellos presos había dos periodistas que sin haber recibido mal alguno de mi parte, y aun sin conocerme personalmente, me habían atacado en sus periódicos en una ocasión reciente, atribuyéndome actos vergonzosos de su inventiva para congraciarse con los Jefes de su partido, y que á mi llegada á Puerto Cabello, al ver que estaban allí, en mis manos, á discreción de lo que quisiera hacer de ellos, lejos de insultarlos ni deprimirlos, y mucho menos maltratarlos de hecho, les dije que ninguno de los presos tenía nada que temer de mí, pero que ellos dos debían temer menos aún que los otros. He

agregado que el gobierno que surja después de esta oprobiosa *Restauración* deberá cimentar su poder en la buena voluntad de los ciudadanos, porque todos se sientan garantidos en sus personas y en sus intereses y vean que si pagan impuestos y contribuciones no es para enriquecer á los del círculo oficial, como sucede actualmente, sino que se les devuelven trayendo inmigración para poblar el país y poder explotar sus inmensas riquezas, y en caminos y ferrocarriles y muelles y acueductos y calles, y en todo lo que pueda contribuir de algún modo al bienestar y progreso de la comunidad; que deberán abolirse los monopolios de todo género con que Castro y los suyos están arruinando al país; y por último, que las cárceles no deberán ser destinadas sino para los que incurran en delitos comunes, porque no deberá haber presos políticos.

Alguien me ha contestado con cierta sorna que si ha de ser así "vamos á volvernos santos é iremos derecho al cielo", y que sería hasta una inmoralidad que los que han hecho tanto daño queden impunes, paseándose por las calles.

A lo que he replicado que para mí ese sería precisamente el mayor placer: verlos paseando y gozando de toda clase de garantías y seguridades, no porque tenga afecto por ellos, sino porque así es que conviene en un país bien gobernado; que cuando haya un hombre que al llegar al poder haga lo que he dicho, ese será el día en que comenzará Venezuel á prosperar; que entonces se acabarán las revolucione y por último que no se me oculta que muchos d searían seguir en las tropelías y los abusos de tod

clases, y que por eso es de desearse que el que asuma el mando después del atrabiliario Castro, á la vez que justo é inteligente, sea enérgico para reprimir, si fuere necesario, los desmanes de sus mismos compañeros . . .

Este sermón causó gran desaliento en los que estaban ideando ó explicando el modo de vengarse de los restauradores, porque no encontraron razones que oponerme. En el primer momento se quedaron silenciosos y como acoquinados ante la perspectiva de tener que renunciar á los planes que han acariciado en la imaginación por tanto tiempo y convertirse en personas correctas y comedidas. Pero, pasada la primera impresión, el mismo que me había contestado antes, que sin duda había estado buscando nuevos argumentos, tomó otra vez la palabra y manifestó con cierta alegría contenida, que aunque efectivamente debía suceder como yo digo, porque eso sería lo que convendría al país, ese día no llegará para Venezuela, quién sabe en cuanto tiempo; que el desorden seguirá porque la desmoralización actual es muy grande y la mayor parte de los que se mezclan en la política quieren adquirir poder sólo para satisfacer sus pasiones y apetitos; que casi todos los que están en estos calabozos son iguales ó muy parecidos á los que gobiernan hoy, y que exceptuando á uno que otro, que tal vez no llegan á media docena en toda la República, quienes como yo, cuando han tenido mando han demostrado ser sinceros en sus opiniones, todos los otros hablan de Castro y los restauradores y quieren derrocarlos, no porque piensen mejorar nada, ni hacer nada en beneficio del país, sino

para conseguir ellos la manera de enriquecerse ligero, atropellando con todo lo que se oponga á sus miras . . .

He replicado que eso no es enteramente exacto; que aunque es verdad que hay mucha gente desmoralizada y corrompida, que desea adquirir poder para imitar en todo á los que nos tienen aquí, también hay muchísimos hombres que quieren de buena fe que Venezuela sea gobernada con honradez; y que el día que llegue á la Presidencia alguno que esté realmente bien inspirado y tenga las condiciones de energía requeridas, se verá que esos mismos que están viciados por la atmósfera de corrupción en que han vivido hasta ahora, prestarán muy buenos servicios y se conducirán como si toda su vida hubieran sido muy honestos; que el desorden parte siempre de arriba para abajo y no de abajo para arriba; que si aun en una de las naciones de Europa, de las más adelantadas, ó en los Estados Unidos de Norte América, donde la regularidad y el orden están establecidos en todas las cosas de mucho tiempo atrás, fuera posible que llegara al poder un Cipriano Castro ú otro desalmado, inmediatamente se vería que todos los resortes del gobierno se relajarían y se establecería el desorden y el país empezaría á retrogradar; que la historia está llena de ejemplos de que un mismo país presenta aspectos completamente diferentes según que los Jefes de sus gobiernos hayan sido rectos é ilustrados ó ignorantes y corrompidos; y por último, que en la misma Venezuela, donde con mucha frecuencia, desde que se constituyó en República, ha habido gobiernos muy malos, nunca

habían llegado el desenfreno y el pillaje al estado en que se encuentran ahora, porque nunca había llegado al poder un hombre de la clase de Cipriano Castro . . .

Todos guardaron de nuevo silencio por un momento, y la conversación tal vez habría seguido en tono serio si Tarquís no se hubiera dirigido á Benedetti é insinuádole que con toda probabilidad no podrá organizar su banda de salteadores en las montañas de La Fría, á lo que éste contestó con una decisión y prontitud que á todos nos hizo reir, que la organizará tan pronto como salga de aquí, y que ni que le pongan detrás un Batallón lograrán cogerlo, porque cuando piensen que está en el Táchira estará en Trujillo y viceversa . . . Y ya iba á seguir dando detalles sobre sus planes y sobre la topografía, extensión y recursos de la localidad donde piensa maniobrar, cuando la corneta ha tocado silencio dentro del cuartel, porque son las 9, y ha tenido que dejar sus explicaciones para otra oportunidad . . .

Una nueva agresión. — Vuelvo al encierro. — Los asoleados y los del "Club Marat". — Justicia restauradora. — Los platos quebrados.

Miércoles 8, á las 11 de la mañana.

Hace poco, cuando trajeron el almuerzo, estaba sentado en la silla de Suiny, de espaldas á la red del fondo del foso. Delante de mí, sobre una ta de petroleo vacía colocó el sirviente el azafate.

Suiny se había sentado en un cajón hacia el lado izquierdo de aquel. Carabaño había visto lo que habían traído, que era la misma comida de todos los días, propia para perros, y como por su enfermedad, que cada vez se agrava más, ha perdido por completo el apetito, no había querido acercarse á comer. Suiny y yo acabábamos de empezar, cuando el oficial que custodia á esas horas la puerta que dá al otro departamento, ordenó al sirviente, que se había quedado á dos ó tres metros distante de nosotros, que se llevara el azafate . . . Cuando el sirviente se acercó, sin mostrar la menor alteración en el tono de la voz ni en el gesto, más de modo que el oficial me oyera, le dije que aguardara que termináramos, que él veía que apenas habíamos empezado . . .

El oficial estaba á diez ó doce metros de distancia, observándonos atentamente, aunque entre él y nosotros había varios grupos de presos comiendo su rancho, y al oír lo que dije al sirviente, le gritó á éste: "quítele el azafate"! . . . Todos los presos se volvieron hacia nosotros y el sirviente se acercó de nuevo con cierta precipitación á cumplir la orden; pero cuando iba á inclinarse á coger el azafate tomé éste por los dos extremos y se lo tiré encima con todo lo que tenía y dije al oficial que sólo á un estúpido como él podía ocurrirle dar órdenes de aquella especie . . .

Al pobre Suiny, que no pudo apartarse ligero, le cayó encima un poco de caldo; y el sirviente, después que se limpió y sacudió como pudo lo que había caído á él, recogió los pedazos de los pla que se habían quebrado y se marchó.

El oficial no se movió de su puesto ni contestó: cuando hubo salido el sirviente, cerró por fuera la puerta, é indudablemente se dirigió con él á donde estaba el Regidor Palacios y le contó la cosa á su manera, porque aquel vino á poco y sin preguntar siquiera lo que había ocurrido, me dijo con mucha urbanidad que "me sirviera" pasar al calabozo, lo que efectué sin tratar de entrar en explicaciones. Corrió entonces el cerrojo y se retiró . . .

Heme aquí, pues, encerrado de nuevo, pero esta vez no es porque haya estado conspirando ni tampoco porque haya provocado espontaneamente el enojo de mis carceleros. Me han agredido y he contestado en la única forma que encontré á mi alcance. Tal vez me habría convenido más dejar que se llevaran el azafate como lo ordenó el oficial, y quedarme y que se quedara Suiny sin almorzar, antes que volver á este encierro que tanto mal me hace; pero no siempre puede uno contenerse cuando es víctima de una injusticia. Además, si me dejo quitar el azafate hoy sin protestar, lo repetirían cada vez que les viniera en gusto y quién sabe cuantas otras cosas ensayarían . . .

A las 12.

Los rayos solares caen á esta hora perpendicularmente sobre el foso. Todos los días, desde que nos abren, nos salimos al patio y á medida que el sol vá invadiendo nos replegamos delante de él hacia el muro de la fortaleza, hasta que á la 11 1/2 queda menos de un metro de sombra. Entonces nos recogemos todos á los calabozos hasta la una, que vuelve á haber un metro de sombra de este lado y volvemos

á salir, perfilados al principio contra la pared y cambiando de posiciones á medida que el sol vá alejándose y dejándonos mayor espacio. Son muy pocos los que entran á los calabozos ó salen, antes ó después de la horas que he indicado; pero ninguno permanece en el patio cuando no queda donde guarecerse, por temor de una insolación. Hoy todos han tenido que aguantar sol á la fuerza. Benedetti y otros me han pedido sus sombreros por la reja y los demás se han cubierto las cabezas de distintas maneras. Desde aquí veo al viejo Colina y á Vargas que se han puesto á guisa de sombreros, el uno un saco de henequén doblado en cuatro, que usa de ordinario como cojín ó almohadilla sobre un pequeño banco de madera en que se sienta, y el otro una franela que tenía secando, después de haberla lavado . . .

Al acercarse Benedetti á que le diera por la reja su sombrero, le he preguntado por Carabaño, quien en el mal estado de salud en que se encuentra podría serle funesto si se asolea como los demás; y me ha contestado con su buen humor de siempre, que aquel se ha refugiado en el "Club Marat", y que los otros no han podido hacer lo mismo, aunque bien lo habrían deseado, porque han conocido que los principales miembros del "Club" no lo recibirían de buena voluntad . . .

En ese calabozo tampoco cabrían los que están fuera, sin obstruirlo casi completamente y aumentar mucho el calor; mas de todos modos, no solo han debido los del "Club" no poner mala cara á los que se hayan acercado á la puerta buscando que los

invitaran á entrar, sino que debían haber invitado á todos á pasar allí la hora en que el sol es más fuerte. ¡Esos señores del "Club Marat" no son ciertamente muy caritativos ni muy corteses! . . .

Si todos los que están ahí fueran hombres incultos, podría decirse que es por eso que no han sabido conducirse; pero entre los de ese calabozo, con los que llegaron en días pasados, se han reunido dos Doctores en medicina, dos en teología y dos en derecho, que naturalmente son los Jefes ó cabezas directoras de la reunión, y ninguno ha querido tomar la iniciativa para aliviar á los que sufren, seguramente por no sufrir ellos durante un rato mayor incomodidad que de ordinario . . .

¡O será que en su *sabiduría* han calculado que esta reforma tan extraordinaria puede seguir por algún tiempo, y que así como un rato peor que los otros se pasa pronto, si se prolongan ó aumentan los *ratos peores,* se perjudicarán grandemente; y habrán preferido pasar por descorteses y poco caritativos, antes que exponerse á tener el calabozo invadido todos los días! . . . ¿Qué dirán á esto los que afirman que la educación modifica siempre los sentimientos, mejorándolos? . . . ¡Si esos señores están mejorados, debieron ser originalmente muy malos! . . .

Ya en otra parte he dicho que los procedimientos de los *restauradores* son siempre arbitrarios, y que tienen un modo de impartir justicia que les es propio. En el caso presente quieren sin duda castigarme porque no acepté con humildad la insolente orden del oficial, y no han podido hacerlo sin causar nuevos males á los que no tuvieron ninguna parte

en ese incidente. ¡Se podría creer que han tomado al pie de la letra aquello de "pagarán justos por pecadores", y que encuentran eso muy ajustado á la equidad! . . .

En la tarde.

Después que han entrado los compañeros, y los carceleros han cerrado de nuevo la puerta, el Regidor Palacios se ha dirigido á mí desde el patio para informarme de parte de Bello que "se quebraron cuatro platos" y que aquel vá á cobrarlos á un peso cada uno . . . Le he mandado decir que los cobre á libra esterlina, á diez pesos, ó que se coja por los platos el dinero que pueda quedarme en la Comandancia; que aquel está en su poder y por consiguiente puede disponer de él á discreción; que todo me es indiferente; que lo única que siento es haberle tirado los platos encima á un pobre sirviente y que no hubiera podido tirárselos al estúpido oficial, que era quien lo merecía; que cuantas veces me vuelvan con groserías parecidas les tiraré encima los platos; y que si con esas provocaciones lo que se proponen es que dé lugar á que me quiten la vida, pueden proceder de una vez sin necesidad de más rodeos; que no le temo á su poder bajo ninguna forma, ya sea que quieran cogerse el dinero conque me sostengo aquí ó ya que quieran mandarme á asesinar . . .

Cuando se han ido Palacios y los requisadores, hemos comentado todo lo ocurrido hoy, admirando que esa gente, lejos de cansarse de hostilizarnos como que á medida que pasa el tiempo están más enconados contra nosotros . . . Uno ha insinuado

que esto tal vez sucede porque la revolución esté haciendo progresos, y hemos hecho varias conjeturas en esa dirección, mas han sido simples conjeturas porque no hemos vuelto á tener noticias de lo que pasa en el país.

Sigo encerrado. — Astucia de Benedetti. — Los toldos. — Empleo del tiempo.

Jueves 9, en la mañana.

Hoy salieron los compañeros á los 6 como de costumbre y los carceleros volvieron á cerrar la puerta en seguida. En previsión de que *el castigo* podia continuar, no me moví de donde estaba sentado. A las 8 abrieron para traerme el desayuno y que entraran Suiny y Carabaño, quienes volvieron á salir tan luego como se desayunaron y la puerta volvió á cerrarse tan pronto como el sirviente sacó el azafate. Hace poco, á los 10, entraron y salieron las mismas personas con motivo del almuerzo. Cuando estábamos almorzando entró Benedetti con el pretexto de buscar su sombrero ú otra cosa y se entretuvo con la visible intención de que lo dejaran *olvidado* dentro del calabozo hasta los 3, hora en que traen la comida. Como ayer no pudo dormir su siesta y el sol empieza ya á molestarlos, se había decidido á hacerles esa jugada á los *sicambros*, más no pudo lograr su objeto porque en cuanto el sirviente sacó el azafate lo hicieron salir también á él . . .

A las 12.

Aunque algunos de los presos le pidieron permiso al Regidor para hacer unos toldos con sus

hamacas y unas cobijos, alegando que ayer estuvieron á punto de coger un tabardillo, les fué negado; pero no obstante eso se han guarecido un poco debajo de distintos objetos. El General Medina tenía un pedazo de tela destinado á unos pantalones y lo ha estendido sobre dos de las cuerdas de secar ropa y se ha sentado debajo con Gutiérrez y Tarquís. Vargas y Arellano están debajo de una estera colocada de través sobre otras de las cuerdas. Colina está de pies á todo sol con su saco en la cabeza, medio perfilado contra el muro de los calabozos. Benedetti está debajo de la lumbre de la puerta que dá al otro patio, la cual siendo muy estrecha, le deja medio cuerpo al sol: está rojo como un tomate y muy serio, con la vista fija en el suelo: sería curioso saber qué ideas cruzan ahora por su cerebro . . . Carabaño y Suiny, acaba de decirme Arellano que se entraron de rondón en el "Club Marat", por más que no los habían invitado. Desde anoche habían convenido en que lo harían así . . .

Yo he organizado mi nueva vida de acuerdo con las circunstancias. Después que quedo solo en la mañana barro el calabozo, la basura se la paso por la reja á Suiny, Tarquís ú otro, para que la echen en la letrina, que lleman aquí *pollino,* que consiste en un gran barril que sacan diariamente los presos criminales al mar y lo traen de nuevo lavado; sacada la basura, riego creolina por todas partes y me siento á leer junto á la reja. En los tiempos normales yo nunca barro porque los otros presos me han concedido implícitamente esa especie de privilegio como á los viejos de la partida. Suiny, Vargas,

Tarquís, en alguna ocasión Arellano, y muy rara vez Benedetti, son los encargados del *aseo público*. Yo sólo compro la creolina y la escoba cuando es necesario, mas como ahora ninguno puede entrar á barrer, yo lo hago, sin que, por otra parte, eso me ocasione el menor disgusto. A las 2 de la tarde me doy mi lavatorio ó baño de fricción con parte del agua de la pimpina, y me vuelvo á la reja á continuar la lectura ó á conversar con los compañeros que se acercan por fuera.

Horas de lectura.

Lunes 27, en la tarde.

Hoy he cumplido veinticinco días de encierro. Por lo visto voy á seguir así indefinidamente. Los días vienen y se van como á compás, con una igualdad y una monotonía abrumadoras. Parece que estuvieran hechos en un mismo molde. En las últimas tardes, sin embargo, ha ocurrido algo nuevo y en razón no tengo derecho de quejarme. Después de la comida, hora en que hay ya bastante sombra de este lado, se acerca Suiny por fuera y leemos alternando sendos capítulos de la *Débâcle* de Zolá, que es uno de los pocos libros que me han quedado. Con eso me propongo, á la vez que distraerme, ejercitar la lengua y el oido en el francés, que en nuestro país hay pocas ocasiones de practicar.

El libro de Zolá me parece una obra maestra en su género. Con una escuadra de ocho soldados nos lleva á través de todas las faces de la última guerra franco-prusiana, desde la salida del ejército francés

de sus acantonamientos, sin estar debidamente preparado, hasta las marchas y contramarchas, hijas, de la imprevisión, y el atolondramiento producido por la sorpresa, y los desórdenes y retardos en todos los servicios, y el consiguiente desprestigio de los Jefes entre las tropas; luego la rendición de Metz, con ciento cincuenta mil hombres, y la batalla y capitulación de Sedán y los excesos de la Comuna en París, y por último la entrada de los prusianos en la capital francesa. Es la historia. Todo lo abarca y todo lo pinta de relieve con una abundancia de detalles admirable, y una exactitud y verdad en la apreciación de los sucesos, que al leer se diría que el autor presenció todo lo que refiere y que es un militar de profesión. Ningún militar sabría hablar de su arte con la propiedad con que lo hace Zolá en *"La Débâcle"*.

Cuando terminamos la lectura, generalmente se acerca la hora en que vienen los *sicambros* á hacernos su ultima visita del día, y todos se preparan para entrar á dormir ó por lo menos á tenderse en el suelo . . .

Un drama francés.

Febrero 2 en la tarde.

Desde antes de ayer interrumpí la lectura con Suiny porque comprendí que no tomaba gran interés en ella. Lo que hacemos todos los días, obligados directa ó indirectamente, por interesante y grato qu sea, pierde á poco todos sus atractivos y llega cansarnos completamente.

Desde ayer Carabaño ha reemplazado á Suiny en la reja por las tardes, y he estado traduciéndole algunos pasajes de *L'Aiglon,* que lo han distraído mucho y que realmente son muy interesantes. El libro se refiere á los últimos meses de la vida del hijo de Napoleón I en la corte austriaca. Es un drama escrito por Edmundo Rostand con grande habilidad. Para poder apreciarlo bien es necesario conocer bastante la historia de Francia durante el primer imperio. El autor pinta al *aguilucho* como se imagina uno que debió ser el hijo del emperador águila, formado en un medio extraño á su naturaleza; y ve uno con honda pena que cuando á pesar de todo iba ya creando plumas, cuando ya se preparaba á volar para irse á las regiones más propicias, donde habitó su padre, muere de una enfermedad producida por los excesos á que estudiadamente lo habían hecho entregarse para deshacerse de él, por miedo de que un día fuera, como el otro, á pasearse en triunfo por el Austria y por la Europa.

La lección de historia dada por Fanny la bailarina, gustó mucho á Carabaño, lo mismo que la relación del antiguo granadero de la guardia imperial, cuando cuenta al pequeño conspirador que él era su amigo desde tiempo atrás, desde una vez que paseando aquel por los jardines del palacio de Saint-Cloud, de pocos meses de edad, en los brazos de su nodriza, había dejado el seno blanquísimo de ésta *et tout en lui faisant un rire plein de lait,* se había entretenido en arrancarle las plumas de su morrión. Pero lo que atrajo más la atención de Carabaño fué cuando al tiempo de morir el hijo del

grande hombre mandó al General Hartmann que le leyera la descripción de su bautizo en la iglesia de Nuestra Señora de París. Es realmente solemne y conmovedor ese cuadro final. Y era de verse como, estendido en mi butaca, medio desnudo y en el abandono más lastimoso, se quedaba Carabaño oyendo atentamente la triste narración. ¡Se habría dicho que estaba pensando en su propia muerte! . . .

Los grillos restauradores. — Una romanza.

Lunes 10, en la noche.

Esta tarde, cuando Carabaño, Suiny y yo estábamos terminando de comer, el Regidor hizo entrar todos los presos de este departamento á sus respectivos calabozos, lo que nos indicó que ocurría algo de extraordinario . . . Estaba yo viéndole la cara á Gutiérrez quien al pasar hacia su rincón se había parado sonriendo cerca de nosotros, como consultándonos con los ojos cuál sería la causa de que hubieran anticipado la hora del encierro, cuando oí afuera la voz de Pino que dijo "¡General Paredes!" Dirigí la vista hacia el patio y á través de la reja ví á aquel, rodeado de varios oficiales, hablando en voz baja con uno de ellos. Al apercibirme de que me llamaban salí sin responder y me acerqué al grupo, que estaba más ó menos á dos metros distante de la puerta. Al llegar vi que dentro del círculo formado por Pino y los oficiales, tenían un pequeño banco y un yunque con su correspondiente martillo; y que de un saco cuyo contenido reposaba en el suelo, y cuya

boca tenía un oficial algo levantada y abierta á medias, sacaba otro en ese momento un par de grillos de dimensiones que me parecieron descomunales, y que, aunque tenían la barra sin pulir y muy oxidada, tal vez dejada así estudiadamente para que molestaran más, por algunas marcas, y sobre todo por los anillos, que eran completamente nuevos, se conocía que el todo venía del taller del herrrero . . .

Comprendí entonces que me tenían destinados aquellos grillos, y pareciéndome imposible que ningún hombre pudiera soportarlos ni media hora, sin dirigirme especialmente á ninguno, les dije: "más valdría que me cortaran los pies de una vez", y me senté en el banco . . .

Pino no desplegó los labios, se puso delante de mí, se acomodó el sable á lo largo del lado irquierdo para que no le estorbara, y procedió con su martillo y un cincel á quitarme los grillos viejos, los cuales, como he dicho en otra parte, eran más grandes que todos los que se habían puesto á los presos en Agosto, y ahora, comparados con los otros, se veían como un juguete . . . Tan luego como hubo cortado la cuña con un polpe seco del cincel que revelaba á la vez su vigor y su destreza, y me hubo sacado de las piernas las argollas de los grillos viejos, me remachó los otros con mucho esmero . . .

Al estar terminada la operación, desaté la cuerda que tenía fija por una punta en la mitad de la barra de los que me habían quitado, con el objeto de levantarlos con ella y poder caminar sin que se me asentaran sobre los tobillos, la amarré de la de los nuevos, que por lo gruesa parecía un eje de carro, y cuando

me paré y me dí cuenta de que podía levantarlos, antes de volverme al calabozo les dije: "¡Sí puedo con ellos! ¡En cierto modo me satisface llevar los grillos más grandes que se han fabricado en Venezuela!"...

En ese momento, no sé porque, me imaginé que sólo á mí me los pondrían de aquella clase, y con lo que les dije quise significarles que más bien los consideraba como una distinción, desde que para un hombre insignificante no se habrían tomado el trabajo de hacerlos...

Cuando regresé al calabozo los compañeros no se habían movido de sus puestos y se quedaron pasmados al ver los grillos. Todo estaban pálidos con los ojos fijos en la monstruosa invención, imaginándose tal vez que á ellos se los iban á poner iguales y esperando que los llamaran de un momento á otro...

En ese instante oimos la voz de Pino que llamó: "¡General Pulido!" y habiéndome acercado á la reja de nuestro calabozo, vi salir del otro á la persona nombrada, y que de la misma mochila estaban sacando otro par de grillos iguales ó muy parecidos á los mios, sin duda destinados á él... ¡Fué para mí una verdadera decepción, porque sinceramente había deseado ser el único que sufriera la nueva manifestación del odio *restaurador;* mas ya no pude hacerme ilusiones á ese respecto!...

En una voz bastante alta para que pudieran oirme Pino y todos los de fuera, conté entonces á los compañeros que después de la capitulación d Macapo en 1849, un enemigo personal del Genera Páez mandó hacer á su costa un par de grillos d

veinticinco libras de peso para que se los pusieran á aquél; que ese acto había sido reprobado por los que lo conocieron entonces y considerado como una monstruosidad; que los grillos no se le pusieron al ilustre prisionero; y agregué que ahora, después de más de medio siglo — en el siglo XX, — le había cabido á Cipriano Castro *la gloria* de hacer fabricar, no un par sino muchos, de más de treinta libras cada uno, y de hacérselos poner á gentes debilitadas ya por los sufrimentos . . .

Desde la reja donde yo estaba veía á Pulido sentado en el banco y á Pino delante de él poniéndole los enormes grillos. Cuando hubo terminado, Pulido se dirigió á su calabozo, caminando con mucha dificultad, y al llegar al escalón de la puerta no pudo subir solo y fué ayudado por uno de los oficiales. Pulido es de constitución débil y aquel peso lo abrumaba . . .

Pino llamó después al General Medina, quien hasta entonces había estado en su rincón "con el credo en la boca", como dicen las beatas, por temor de ser uno de los *favorecidos* . . . Salió el viejo, y cuando le remacharon sus treinta libros de hierro y se paró con la intensión de venirse al calabozo, declaró que no podía moverse; dijo que él tiene un balazo que lo atravesó por las caderas; que sus piernas están debilitadas por esa causa, y que si no lo traían cargado, allí se quedaría . . .

Entonces el mismo Pino se situó detrás de él, arró y levantó con fuerza la barra de los grillos y dijo que caminara . . .

Yo habría deseado conservar una fotografía de uello: El viejo con su larga barba blanca, desnudo

de medio cuerpo arriba, caminando á pasos muy cortos, algo inclinado hacia adelante; por detrás Pino, de uniforme, más encorbado aún que el viejo, llevándole los grillos. Y en el centro del patio el grupo de oficiales que se habían quedado en distintas actitudes viendo el espectáculo . . .

Al llegar á la puerta soltó Pino los grillos y algunos de los compañeros ayudaron á Medina á ir hasta su rincón . . .

Luego los carceleros cerraron con llave nuestra puerta, la del calabozo vecino y la que dá al otro departamento, y á poco hemes oído allá los golpes del martillo sobre el yunque . . . ¿Quiénes serán los demás *agraciados?* . . .

Al oír que el General Medina dice que no se levantará más de donde está y considerar la crueldad de estos miserables con un anciano meritorio y digno de respeto, que está ya al borde de la tumba, me he puesto nervioso y le he dicho: "¡No tenga cuidado, General, que toda pasa! . . . Yo voy á cantar para probar á esos canallas que no lograrán afligirnos con nada de lo que puedan hacernos!". . . Y en seguida me he puesto de pies en el centro del calabozo y he cantado el *Dio possente* de Fausto: "¡Dios potente, Dios de amor!" como nunca lo había hecho. Creo que ningún artista de la Grande Opera de París lo ha cantado mejor. Mi voz de bajo, más fuerte que en las ocasiones de su mayor vigor, llenaba el calabozo y retumbaba en él como una inmensa campana . . . Me hacía la ilusión de que en aqu momento estaban oyéndome Castro y todos nuestr opresores, y quería significarles nuestro despreci

quería decirles que contra nuestra firmeza no podían nada sus ridículas torturas . . .

Después me he tendido en mi cama y me he puesto á recitar de seguido varios poémas de Nuñez de Arce y de Espronceda y todo lo que me ha venido á la memoria: la cuestión era hablar, hacer ruido, estar contento, mostrar indiferencia á nuestros carceleros . . . No me daba cuenta de que por lo mismo que de ordinario hablo poco, con aquel hablar sin descanso y con aquella alegría tan fingida y fuera de ocasión, tal vez estaba demostrando lo contrario de lo que me proponía . . .

Los compañeros han respetado el motivo de mi exaltación y no me han interrumpido ni una sola vez. Y cuando de súbito me he quedado callado, ya estaba oscuro y me ha sorprendido el gran silencio del calabozo. Se habría dicho que todos dormían; mas á poco me he convencido de que no era así: se han quedado silenciosos porque ya hoy no hay más de qué tratar . . . ¡El momento es sólo propio para la meditación! . . .

Los nuevos grillos. — Ensayos y proyectos. Los otros engrillados. — El aparato. — Historias de Benedetti y Suiny.

Martes 11, en la mañana.

Hoy á la hora de salir los presos, han dejado abierta la puerta del calabozo y aunque no me notificaron que podía salir como los demás, lo he hecho tan luego como se fueron los carceleros. A la hora

del desayuno me han encontrado éstos sentado en el patio y no se han dado por notificados; de modo que mientras no haya otra disposición, puedo considerarme de nuevo en libertad dentro del castillo, ó mejor dicho dentro de este corral del castillo . . . Tenía ya treinta y tres días de encierro por la cuestion de los platos, y á no ser por la innovación de los grillos de ayer tarde, tal vez seguiría preso dentro del calabozo.

Anoche he dormido muy poco, principalmente á causa de los nuevos grillos. Estaba como en un cepo. Una vez que me acosté tuve que permanecer constantemente boca arriba porque el peso en los pies no me permitía cambiar de posición. Lo que más me molestaba era que siendo la barra muy gruesa, todo el peso de la parte posterior de las piernas y de los pies reposaba sobre ella y no había forma de evitarlo. Mas ya encontraré el modo de vivir con estos grillos, como vivía con los otros . . .

Por lo pronto, y como por vía de ensayo, con lo que me queda del primer chinchorro que usé aquí, he hecho una especie de cojín largo y angosto destinado á ser colocado de noche en la cama paralelamente á la barra de los grillos, unido á esta por la parte de abajo, de manera que los piés reposen sobre él y el hierro no quede en contacto con las piernas; y también cuento que á favor del cojín podré voltearme de un lado á otro, pues por lo mismo que los grillos son muy pesados, de cualquier modo que se coloquen sobre la cama quedan como clavados ó adheridos á ella y las argollas queden también fijas en posición vertical, apoyadas contra el cojín, de

suerte que con un poco de cuidado las piernas pueden dar vuelta dentro de las argollas, descansando las rodillas y los pies sobre el catre y el cojín respectivamente, sin tocar el hierro . . .

También he ideado ya el modo de llevar los grillos durante el día sin que me molesten, si es que no he de llamar molestia la inmovilidad casi completa á que siempre me condenarán. Al encontrar los materiales que me hacen falta, procederé á hacer el nuevo aparato, que espero no tendrá la triste suerte de la nariz artificial, porque su estructura simple y modesta no podrá inspirar sospechas de que me propongo hacerle daño á nadie . . .

En este momento estoy sentado en la silla de Carabaño y tengo la barra colocada por el centro sobre una piedra, de modo que conserva el equilibrio sin tocarme, y á los anillos para que no se me asienten sobre los pies, los tengo sujetos con sendas cuerdas unidas á una tercia de distancia por medio de un nudo, y ya juntas, engarzadas en un palo ó varilla, también de una tercia, que tengo atravesado algo más arriba de las rodillas. De ese palo tenía yo siempre suspendidos los otros grillos mientras estaba sentado, y cuando me ponía de pies ó andaba tiraba de la cuerda con la mano. A estos, al pararme ó caminar, tengo que suspenderlos del mismo modo, pero cuando me siento no puedo colgar del palo sino los anillos, porque el peso haría que aquel se incrustrara en la carne y estorbara la circulación la sangre . . .

El General Medina se ha quedado acostado en rincón del calabozo donde lo pusieron ayer tarde:

su edad y la herida que tiene en las caderas no le permiten cargar tanto peso en las piernas: dice que éstas "se le han dormido completamente", que están como muertas.

Pulido no está tampoco en el patio, pero acaban de informarme que no es porque haya permanecido acostado, sino que ha estado desde muy temprano amolando la cuña de sus grillos con una piedra para sacárselos de noche. Hace ya varios meses que Suiny y Benedetti duermen sin grillos, y en el "Club Marat", según parece, se los quitan también uno de los Finol y Agelvís. Como á ninguno de los cuatro les ha sobrevenido nada malo todavía, Pulido se ha animado á quitarse los suyos . . .

Cada vez que los del otro departamento anuncian que viene una requisa he observado á Benedetti y á Suiny en grandes apuros, apretándose las cuñas de sus grillos por temor de que los descubran; y cuando las requisas son muy frecuentes, á cada momento reciben un susto . . . Estoy cierto de que en más de una de esas ocasiones les ha pesado haberse limado las cuñas . . .

Algunos me han insinuado antes de ahora que debo quitarme mis grillos para dormir, mas nunca he querido intentarlo para no dar motivo á que los carceleros me ofendan con visos de razón, en el caso de que me descubrieran. Prefiero soportar todas las incomodidades antes que exponerme por mi propia voluntad á mayores vejaciones . . .

A las 10.

Hace poco un preso del otro departamento, q no he sabido quién es, ha tirado por sobre la par

divisoria una caja de fósforos suecos que, según he sabido después, contenía un papel con noticias dirigidas á uno de los del "Club Marat". El Pro. Zuleta, que se encontraba cerca de donde cayó la cajita, la recogió y ocultó en la pretina del pantalón, y después de dirigir la vista con cierta cautela hacia la explanada y á su alrededor, sín duda para saber si había sido observado por alguno de los espías de Bello, ó de los presos que estaban en el patio, entró en el calabozo con su hallazgo . . . Le he dicho lo que pasaba á Suiny, que estaba remendando una franela aquí cerca, para que fuera á tratar de averiguar lo que fuese. Llegó allá precisamente cuando se disponían á leer el papel recibido en un grupo de seis ú ocho presos, que habían acudido al ver la caída de la caja. El vecino desconocido del otro patio informa que allá pusieron ayer grillos de los grandes — que hemos convenido en que deben llamarse *"restauradores"* — á los Generales Samuel Acosta, Juan Pietri y Desiderio Centeno, y que sabe le remacharon de los mismos á los Generales Ramón Guerra, Ex-Ministro de Castro, traído aquí á lo que parece en estos días, y José Manuel Hernández. Agrega que entre los presos venidos recientemente de Caracas ha sabido que se encuentran un General Bruno Borges, de Aragua, y los Doctores Seco y Vizcarrondo, de Caracas y Valencia, respectivamente. De la revolución nada se sabe.

En la tarde.

Ya está listo el *aparato* que ha de cargar los "grillos retauradores" en el día . . . A un perol

viejo de manteca desfondado, de los que contienen cinco libras, que encontré en un rincón del patio, le até por el lado por donde fué abierto primitivamente, un pedazo de tabla de una cuarta de largo, dos pulgadas de ancho y una de espesor, que me facilitó el Coronel Guerrero del "Club Marat"; colocándola de través en el centro, una punta apoyada y asegurada en el perol por medio de alambres, que pasan por agujeros hechos en la tabla con un clavo encendido y en el perol con el mismo clavo galpeado con una piedra. Sujeta esa punta, la otra sobresale dos pulgadas del círculo formado por la boca del perol, y la parte que toca á este hacia ese lado está fijada por el mismo procedimiento. Luego en el centro del espacio de la tabla, comprendido dentro del círculo del perol, le hize una muesca ó ranura correspondiendo al centro de aquel, en cuya muesca se adapta y descansa el centro de la barra de los grillos, manteniéndola completamente inmóvil. En seguidas adapté en forma de cruz, casi en el extremo de la tabla que queda fuera del perol, una varilla de media pulgada cuadrada y una tercia de largo. Colocada la barra de los grillos en la ranura, el lado anterior de las argollas descansa sobre los brazos de la cruz y mis piernas quedan perféctamente *libres dentro de las argollas,* porque en el estado de flacura en que me encuentro, aquellas me están holgadas . . .

¡Puedo, pues, decir con bastante propiedad, que todo el peso de *la Restauración* lo soporta el borde de un perol! . . . Pero lo mejor de mi nuevo aparato, á más del alivio que me proporciona, es que no tiene ningún tubo ó abertura por donde pudiera salir una

bala ni nada que se le parezca . . . Su aspecto es completamente pacífico y más bien tiene algo de místico y religioso con lá cruz que forma, aunque imperfectamente, la madera . . . ¡Si los *restauradores* tienen pacto con el diablo, seguramente no lo tocarán y hasta podrán ahuyentarse un poco de este foso! . . .

En la noche.

Nos hemos reído un buen rato con las historias de Benedetti y de Suiny. Tan luego como nos encerraron, el primero empezó por hablar del "rancho" Dijo que materialmente no puede comerlo; que distintas veces ha pedido al Regidor, sin resultado alguno, que le mande dar lo que él llama "una dieta" — que consiste en un pedazito de carne asada y una cantidad muy pequeña de arroz blanco — en lugar de los frijoles, los cuales han agravado mucho su mal últimamente, porque desde hace como un mes vienen picados, con los gorgojos nadando en el agua en que los cuecen . . . En cuanto á los plátanos, dijo que no ha vuelto á comerlos; que los coge cuando los traen, pero después se los pasa á Ulloa por el albañal que está debajo de la puerta que comunica este con el otro departamento . . .

Tarquís con mucha cortesía y comedimiento, aunque con cierta sorna, le ha dicho que "sin que fuera su intención desmentirlo", le permitiera advertirle que él mismo lo había visto esta tarde comiendo un pedazo de plátano; y que, en prueba de que no se los dá siempre á Ulloa, lo dejara registrar debajo de su estera, en la seguridad de que encontraría el otro pedazo, distinado sin duda á ser comido esta noche . . .

Benedetti por sí mismo hizo el registro en presencia de todos y nada había, pero Tarquís no quiso darse por vencido, agregando que "de seguro" se había comido el plátano entero esta tarde . . .

Todavía reíamos de la discusión sobre los plátanos, cuando Benedetti se dirigió con alguna viveza hacia un pequeño espacio que hay entre la parte de su estera, donde pone los pies, y la misma parte de la de Gutiérrez y se puso en cierta posición apurado por el estómago . . .

Al verlo sentado con la cara muy plácida, oyendo atentamente otros razonamientos que Tarquís había sometido á la consideración general, y apercibirme de que había un nuevo componente en el aire del calabozo, le referí que una vez el célebre escudero del inmortal Don Quijote tomó una fuerte indigestión, y en un momento en que amo y criado se detuvieron por la noche en una sabana, porque el último se sentía muy mal, el primero, que lo aguardaba á cierta distancia, le dijo: "huele y no á ambar, Sancho amigo" . . .

Benedetti, sin dejar de sonreir, nos ha ofrecido que mañana insistirá con el Regidor, para que le mande traer "la dieta"; pero que si no lo consigue, tendrá que "seguir comiendo gorgojos" porque de lo contrario moriría de hambre . . .

Después que se volvió á su estera, nos ha contado que cuando las fuerzas de Fernández saquearon su establecimento en La Fría, él se encontró sin recursos de ninguna especie. Más tarde, estando y. Castro en el Poder, pasaron por allí unos batallone *restauradores* en los que "las mujeres iban p-

mitad", y él se incorporó "como médico" . . . A todos los enfermos, lo que les recetaba era "aguardiente con quinina", y como se los daba separados para que ellos lo mezclaran, la mayor parte se bebían el aguardiente y botaban la quinina, con lo cual, del mismo modo que acontece con todos "los medicamentos", unos se curaron y otros se fueron al cementerio; pero todos estaban siempre alegres y de buen humor . . .

Cuando llegó á Caracas, aunque le pagaban con puntualidad su ración de médico del cuerpo en que se había agregado, y él ganaba, además, otro tanto en la compra de "las medicinas", casi siempre se veía alcanzado en sus gastos . . . Durante ese tiempo sufría mucho del estómago. Por las noches iba frecuentemente á pasearse en la plaza de Carabobo, que le gustaba mucho por sus hermosos árboles y porque casi siempre estaba á oscuras, cuya circunstancia convenia mucho á las aventuras en que lo metia su endiablada enfermedad . . .

Unos meses después regresó á Maracaibo "con el grado de Coronel" y á menudo desempeñaba allí la jefatura de día, unas veces porque lo nombraban directamente, y otros porque "los demás Jefes" — que habían introducido *un procedimiento restaurador* — al ser nombrados, sabiendo que á él no le desagradaba aquel servicio, lo buscaban y le trasmitían el mando, dándole á la vez algún dinero, para [illegible] ellos libres de todo cuidado á sus bailes y demás ersiones . . .

En una ocasión en que el Comandante de Armas la plaza, General Arístides Fandeo, había hecho

secuestrar una muchacha, la madre de ésta se quejó á él, que pasaba con su escolta, y habiéndose dirigido inmediatamente adonde "la vieja" le dijo que tenían encerrada á su hija, oyó gritos, penetró violentamente forzando las puertas y llegó al cuarto en que aquella estaba en el momento de impedir que Fandeo consumara el crimen, arrebatándole la niña de las manos y devolviéndola á la madre . . .

En algunas ocasiones, cuando eran las 9 ó las 10 de la noche, ordenaba á la escolta que "se acostara á dormir" en alguna calle extraviada, y sabiendo que en la referida ciudad la mayor parte de las mujeres duermen en hamacas á causa del calor extraordinario, y que las de familias pobres ó de mediana posición generalmente cuelgan aquellas en las salas, por ser más espaciosas y ventiladas que los cuartos interiores, iba con mucha cautela asomándose por los postigos de las ventanas y podía verlas metidas ó preparándose á meterse dentro de sus hamacas, casi siempre completamente desnudas . . . ¡En eso se divertía extraordinariamente! . . .

Otras veces dejaba la escolta durmiendo y se iba á pasar la noche con alguna mujer de vida alegre, habiéndole acontecido en cierta ocasión un percance por causa de su enfermedad del estómago, que lo obligó á salirse á la calle medio desnudo, dejando parte de su ropa, por temor de que la mujer, que se disgustó mucho con la cosa, fuera á alarmar y á hacer acudir el vecindario con las desvergüenzas que le decía . . .

Por ese estilo ha contado Benedetti un sinmero de aventuras que le ocurrieron en sus ron-

nocturnas, y luego Suiny ha referido que durante su permanencia en Cúcuta, una noche, después de comer en compañía de dos amigos, se dirigió con ellos, como á las 11, á la casa de una mujer "de la clase de la que hizo correr á Benedetti"... Al entrar en el cuarto de aquella, la encontraron dormida en una hamaca, y por el suelo, á pocos pasos de distancia, estaba el actual ¡Presidente de Venezuela! — quien entonces era desconocido — en traje de Adán, completamente embriagado... Dice Suiny que sguramente se había caído de la hamaca y no había podido volver á ella... El y sus amigos cogieron de un perchero una camisa de la mujer y se la pusieron á Castro, á tiempo que éste decía palabras incoherentes que no se le entendían... Cuando lo hubieron vestido con la camisa, lo colocaron sobre una mesa y se preparaban á sacarlo en procesión por la calle; mas en ese momento se presentó un torero español llamado "Frascuelo", quien, según parece, era amigo de Castro, y, secundado activamente por la mujer, se opuso á que realizaran su propósito, teniendo ellos que irse al fin muy contrariados... Gutiérrez ha insinuado que Castro debía estar "muy buen mozo" con el túnico de la mujer, y al figurárnoslo en ese traje, todos hemos reído. Pero las carcajados de Vargas se notaban entre todas por el ruido que hacían y por su larga duración, interrumpida á intervalos con algún comentario de él mismo, que agregaba nuevos motivos de hilaridad...

Luego que todos se han calmado, he dicho á Suiny que aunque yo sé que Castro ha sido siempre muy corrompido, no puedo creer que llegue á esos

extremos; mas él ha protestado que esa aventura es rigurosamente histórica: que á más del torero "Frascuelo", la mujer y los amigos que estaban con él, la conocen en Cúcuta muchas personas á quienes él la refirió al día siguiente de acontecida . . . Como en este momento no estamos en capacidad de buscar á esas personas, hemos convenido en que le daré crédito si algún día vamos juntos á Cúcuta y podemos confrontar su narración con las de las personas citadas. Mi interlocutor agregó que el antiguo contrabandista de Cúcuta no es hombre que se cuida mucho de las conveniencias sociales actualmente y que con mayor razón no lo hacía en aquellos tiempos; que además Castro ha sido y será siempre un beodo crapuloso.

Los grillos nuevos. — Conversación de los viejos de "La Cueva Encantada". — Una fábula.

Jueves 13 por la tarde.

Desde que pusieron los nuevos grillos al General Medina no se había movido de su rincón, habiendo permanecido todo ese tiempo acostado boca arriba sin poder voltearse. Por último el malestar que sentía era tan grande, que esta mañana resolvió hacer llamar al Regidor, á quien manifestó su situación, exigiéndole que le hiciera quitar aquel peso de las piernas ó en pocos días quedaría completamente paralítico. Una hora más tarde ha venido Pino y después de oir las explicaciones de Medina, le quitó los grillos y le remachó los que tenía anteriormente, ó unos parecidos que había hecho traer con un oficial, junto con el yunque y el martillo . . .

Cuando se hubieron marchado Pino y su ayudante, Medina salió al patio y se sentó en un banquito de madera de su propiedad. Aunque se revelaba en su fisonomía lo mucho que había sufrido, estaba de muy buen humor y reía con todos nosotros por algunas indirectas que le decía Colina, por no haber podido soportar los grillos . . . Al mismo tiempo Colina confesaba que aunque ninguna de sus heridas le ha afectado las piernas, él no podría resistirlos tampoco, y que si llegaran á ponerle grillos de esa clase, se los quitaría por sí mismo todas las veces que se los remacharan . . .

Pulido, á pesar de que logró amolar la cuña de los suyos y se los quita de noche y aun durante el día, cuando está dentro del calabozo, se ha agravado de una afección crónica que padece. Al saber Medina que Pulido y otros de su calabozo duermen sin grillos y recordar que Suiny y Benedetti se los han estado quitando también sin que hasta ahora les haya sobrevenido ningún mal por esa causa, ha resuelto amolar los que acaba de ponerle Pino y al efecto se volvió al calabozo donde ha estado todo el dia gastando la cuña con una piedra, ayudado en ratos por Tarquís y Benedetti. Dicen que de mañana á pasado mañana estará el trabajo terminado . . .

En los últimos meses no he entrado ni una sola vez en "El Club Marat". Por una rareza me siento
la parte del foso que le corresponde, para dejarlo
lo á los presos que están ahí; y sólo cuando al-
no del otro patio me hace llamar, me acerco á la
erta que nos separa.

Hoy me llamó Ulloa, por órgano de Benedetti, para pedirme no sé qué cosa, en un momento en que no había nadie en las explanadas y el centinela que está ahí cerca se había vuelto hacia otro lado. A través de una rendija he visto que el General Samuel Acosta carga sus grillos suspendidos de los hombros con unas cuerdas de cocuiza. He preguntado á Ulloa por Pietri y Centeno, y me ha dicho que el primero está acostado desde que le pusieron los grandes grillos, en un catre que compró cuando estaba aquí el Regidor Prince, y sólo se levanta á las 9 de la mañana para darse un lavatorio y volver á acostarse en seguida; en cuanto á Centeno, de quien me han asegurado que está tísico, dice Ulloa que carga sus grillos como Acosta; pero no pude verlo porque en ese momento estaba dentro de su calabozo.

En la noche.

Los Generales Colina y Medina han amenizado las dos últimas horas con la narración de algunos de sus hechos militares y varias aventuras con personas del otro sexo . . .

Colina ha referido que instigado á ello por el General José Y. Pulido y los otros que formaban el comité de Curazao en los últimos tiempos del gobierno del General Andrade, él se alzó en el Estado Falcón y llegó á reunir cerca de dos mil hombres; que con ellos mantuvo en jaque las fuerzos que el General Riera mandaba en el referido Estado, las cuales eran algo mayores que las suyas, impidiendo "sin que fuera ese su propósito", que Riera se corporara á las tropas reconcentradas por Andra

en Barquisimeto para impedir el paso de Castro hacia Caracas, y contribuyendo así á que éste triunfara, pues, si Riera hubiera ido á Barquisimeto, seguramente no habría observado la conducta que observaron los Jefes reconcentrados allí, sino que por el contrario tal vez los habría puesto en el caso de cumplir con sus deberes. Por eso dice Colina que Castro le debe el hallarse hoy en Caracas, y que en pago de ese servicio lo tiene encerrado en esta prisión . . .

Medina ha contado que cuando "el Mocho Hernández" se fué de Caracas, inmediatamente después de ser puesto en libertad por Castro, á la llegada de éste á aquella ciudad, él se puso en armas en el mismo Estado Falcón, proclamándolo, y reunió mil quinientos hombres, obteniendo varias victorias sobre las fuerzas de Castro, que obraban contra él; que tenía á aquellas reducidas á la plaza próximas á capitular ó á ser destruidas en un ataque que preparaba, cuando supo que Hernández había sido capturado, en consecuencia de lo cual resolvió ocultar una parte de sus armas y entrar él mismo en tratos con Castro, firmando al efecto una capitulación que fué violada en todas sus partes por "el mono", haciéndolo reducir á prisión y remitiéndolo poco después á este castillo . . .

Luego los dos viejos han referido varias de sus proezas de otros tiempos, y al fin, no sé cómo, la conversación cayó sobre el tema precilecto: las ujeres . . .

Colina dijo que durante más de un año que estivo en Caracas como Vocal del Gran Consejo Militar, el período de Crespo, gastaba todo su sueldo en

aquellas, sosteniendo á varias á la vez, con quienes se daba una vida ciertamente mucho menos mala que la que lleva ahora en esta cueva . . . Luego ha dado detalles sobre algunas de las referidas damas; del modo como conquistó una de ellas, que iba todos los dias á la iglesia á mañana y tarde, y desde ese tiempo no volvió á acordarse de los santos; y muchos otros pormenores curiosos . . .

Medina ha relatado unas cuantas conquistas que tuvieran por teatro la ciudad de Coro, y al fin nos dió los pormenores de una que llevó á cabo recientemente en un campo cercano á la propiedad pecuaria que posée en el mismo Estado, de una muchacha de veinte años, de condiciones físicas y morales inapreciables . . . Aun está muy enamorado de ella y ha dicho que por esa causa se le hace más dura su permanencia aquí . . .

Tarquís le ha sugerido que si la muchacha es tan buena como él dice, puede esperarlo desechando todas las insinuaciones que sin duda le harán los galanes del vecindario; pero que él no crée en la fidelidad de las mujeres, y teme mucho que cuando Medina regrese, se encuentre suplantado en el corazón de la bella campesina . . .

Medina ha protestado que en cuanto á eso no abriga el menor temor; que está completamente seguro del afecto de esa persona, porque le ha dado innumerables pruebas; mas al mismo tiempo, en el tono de la voz, podía notarse que al decir esto se encontraba algo inmutado: se conocía que le hal pesado hablar de ese asunto, y cambió brúscamei el tema de la conversación sin tratar de ocultar

desagrado que le habían producido las impertinencias de Tarquís . . .

Al oir á los dos viejos entregados á los recuerdos de sus proezas militares y amorosas, me ha venido á la memoria una antigua fábula mitológica explicada por el eminente Francisco Bacon. Fué el caso que Aurora se enamoró perdidamente de Titonio, y que, con la ilusión de gozar eternamente de su compañía, pidió á Júpiter que lo hiciera inmortal, en lo cual fué en el acto mismo complacida; mas en su imprevisión de mujer, se olvidó de pedirle al mismo tiempo que lo conservara eternamente joven, y sucedió que Titonio se puso tan miserablemente gastado y consumido por la edad, que al fin Júpiter, lleno de compasión, lo convirtió en una cigarra . . .

Bacon cree que en esa fábula los antiguos quisieron dejarnos una ingeniosa descripción del placer, que al principio, como si fuera la llegada del día, es tan bien acogido por el hombre que desearía gozarlo por siempre, olvidándose de que la saciedad y el cansancio lo sorprenden como la vejez, por más que no piense en ello; de tal suerte, que cuando el apetito por las acciones de placer se ha ido, á menudo las afecciones y deseos continúan. De aquí que comunmente los viejos se deleiten con el recuerdo de las cosas que les fueron agradables en sus mejores dias, lo cual es más de notarse en los que se dedican al amor y en los militares, pues los primeros están siempre hablando de sus conquistas amorosas y los últimos de los hechos de su juventud, como las cigarras que manifiestan su vigor ficticio únicamente por su chirrido . . .

En cuanto á los placeres del amor, creo efectivamente que Medina y Colina sólo conservan el recuerdo, y que cándidamente lo confunden con la realidad, haciéndose la ilusión de que pueden disfrutarlos como en sus mocedades; mas en lo que respecta á la guerra, con las fuerzas que aun conservan no dudo que puedan realizar todavía hechos más ó menos importantes.

La cuña de los grillos de Pulido. — Revista general. — Sus resultados. — Reflexiones de Benedetti.

Martes 25, á las 11 de la mañana.

Ayer á las 9 de la mañana se presentó Pino con su martillo, á quitar los grillos á Pulido. No sé si éste le habría hecho saber de algún modo su enfermedad ó si otro de los presos lo había informado de ella; lo cierto es que Pino llamó á Pulido al patio y cuando se hubo sentado en el banco que le ofrecieron y Pino fué á cortar con un cincel la cuña, se apercibió de que ésta estaba limada de un modo que sin ser movida de su puesto, y pareciendo á la vista perfectamente remachada, salía, sin embargo, fácilmente de los anillos que sugetan la barra . . .

Al inclinarse Pino, uno de sus oficiales le hizo notar el hecho, sacando por sí mismo la barra de una de las argollas; pero Pino, que sin duda la había visto, no movió los labios, dirigió una mirada de reconvención al oficial, y procedió á cortar la cuña como si nada hubiera sabido . . .

Seguramente su condición de compañero de causa y amigo de Pulido lo hizo ser indulgente con éste y no quiso aplicarle el castigo á que lo hacía acreedor el haberse limado la cuña: después se fué sin decir palabra, dejándolo sin grillos . . .

Ese hecho hizo temer á los otros presos que Pino no tardaría en pasar una revista, y todos los que tenían las cuñas amoladas procedieron activamente á remacharlas de nuevo á fin de que no los descubrieran, pues sabían que en este caso no serían tratados con la misma benignidad que el preso *restaurador* . . .

Hoy más ó menos á la misma hora volvió Pino, hizo salir á los que estaban en los calabozos y pasó una revista general, descubriendo sólo á Benedetti, quien había amolado su cuña de tal suerte, que después, al tratar de remacharla, no le había sido posible ocultar enteramente el desperfecto . . .

Todos nos hemos quedado atentos, llenos de curiosidad por saber cómo terminaría el negocio. Estando Pino agachado delante de Benedetti, al descubrir lo hecho por éste levantó los ojos dos ó tres veces á verle la cara y volvía á fijarlos en la cuña limada, como meditando que partido tomaría . . . Benedetti estaba muy pálido, aunque con cierta apacibilidad en el semblante, y cuando sus miradas se encontraban con las de Pino, se conocía que esperaba que éste hablara para darle alguna explicación, tal vez atribuyendo la necesidad en que se había visto de quitarse por sí mismo los grillos á su enfermedad crónica, que de ningún modo es menos molesta que la que obligó á Pulido á tomar la misma deter-

minación. Pero Pino no habló y Benedetti se guardó su discurso . . .

Es difícil saber cuáles ideas cruzaron por la mente de Pino en el minuto que duró su indecisión: tal vez se acordó de la enfermedad de Benedetti, que es conocida de todos aquí; tal vez recordaría que en un tiempo no lejano sirvió á la causa *restauradora* "como médico" y como "Coronel Jefe de día permanente"; lo cierto es que pidió otra cuña á uno de sus ayudantes y le remachó de nuevo los grillos sin decir nada, marchándose inmediatamente . . .

Cuando salió Pino he dicho á Benedetti que el haber salvado tantos enfermos *restauradores,* cuando ejercía de médico militar, es lo que indudablemente lo ha librado de un castigo en toda forma; y le he preguntado si piensa amolar la nueva cuña, á lo que sin vacilar ha contestado que no; que el susto que ha recibido ha sido muy grande, sin contar los que ya le habían dado cuando venían las requisas, y que prefiere dormir en lo sucesivo con sus grillos, á que vayan á ponerle "unos restauradores" si lo descubren de nuevo con la cuña falseada . . . No he podido menos de aprobar su juiciosa resolución, y á tiempo que me ponía á leer él se encaminaba con la cara como unas pascuas al interior del calabozo y se extendía en su estera: en este momento está roncando . . .

En la noche.

El General Medina y Suiny se han quitado su grillos como de costumbre. El primero había arr glado su cuña partiéndola en dos, de manera qu

la parte más gruesa entra y sale en un lado de la ranura, y la que está remachada sobre la barra, que por lo mismo no estorba para sacar aquella de los anillos, está fija por el lado opuesto y sólo toca á la otra muy ligeramente, por la punta, dentro de la ranura. A la simple vista parece una sola pieza de hierro, pero al darle un golpe en la parte superior ésta sale y Medina separa entonces la barra de las argollas, y pone los grillos á un lado de su estera con la piedra que le sirve de martillo, hasta la madrugada en que vuelve á ponérselos, colocando en su puesto el pedazo grueso de la cuña... Si Pino hubiera revisado las cuñas dándoles golpes con el martillo, habría descubierto todas las que están falseadas; mas se limitó á verlas y á tantearlas con los dedos y se han burlado de él...

En cuanto á la cuña de Suiny que, como se recordará, fué de las puestas en Agosto por *el otro herrero* de la fortaleza, desde un principio quedó mal remachada. Al gastarle una parte muy insignificante salió de la ranura, pero al ser colocada de nuevo en ella, dándole un golpe queda bastante firme, con un aspecto de antigüedad que la hace aparecer como si nunca se la hubiera tocado.

Benedetti ha dicho que ya "él está tranquilo"; que sigan los otros llevando sustos si les parece; que cree no es de hombres juiciosos y serios exponerse á ser vejados por no soportar unos grillos; que los hombres son hechos para sufrir todos los trabajos y contrariedades con entereza; pero que cada uno es libre de obrar conforme á sus propias ideas... Cualquiera persona extraña que lo oyera habría podido

pensar que él es la rectitud misma; pero todos nos hemos reído de sus razonamientos, y algunos han ido hasta decirle que si no se quita de nuevo los grillos es porque es un cobarde . . . El se ha reído también y les ha contestado que aunque crean y digan lo que quieran, no lograrán decidirlo á salir del camino que se ha trazado . . .

Un libelo.

Marzo 27 á las 10 de la mañana.

En los primeros días del presente mes un preso del otro departamento me pasó un folleto de 59 pájinas intitulado "Heroísmo de Paredes", escrito por el General Luis Ma. Andueza, en Junio de 1900 — casi hace ya dos años — con ánimo de desacreditarme.

Al tomarlo en mis manos me causó asco, de tal manera estaba sucio por lo mucho que lo habían leído gentes que seguramente se ocupan poco del aseo de sus personas. En la última pájina está escrita con tinta, con una letra bastante buena, la siguiente frase anónima: "Yo tenía mejor concepto de este folletero". . . Cuando leí los primeros párrafos me llamó tanto la atención la impudencia de su autor para mentir, que previendo que al pasar adelante habría de encontrarme con cosas muy graciosas, entré en el calabozo y lo leí en voz alta, del principio al fin, al General Colina, Suiny y otros de los compañeros, interrumpiendo le lectura de cuando en cuando para reir ó hacer algún comentario sobre las principales aseveraciones del libelista.

En seguida referí á los compañeros que cuando en setiembre de 1899 fuí designado por el General Ignacio Andrade para mandar la plaza de Puerto Cabello, al mismo tiempo nombró aquel á Andueza Gobernador civil de la referida plaza; que dos ó tres dias después de mi llegada autorizé á éste para armar cien hombres con unos remingtons viejos desechados que yo había hecho componer, pues me aseguraba que tenía muchos partidarios; pero que sólo logró reunir cuarenta, cuyo cuerpo designé con el nombre de "Guardia Civil", lo vestí con un uniforme especial, y era racionado diariamente algo mejor que las tropas de línea; que el servicio de aquellos hombres consistía en salir de noche á recorrer la plaza fuera de los atrincheramientos para impedir que los enemigos residentes en la ciudad mandaran elementos de guerra á las partidas revolucionarias que había en las cercanías; que una noche á las 7, después de haber estado Andueza paseando en coche hasta esa hora con el Coronel Mariano Michelena, y tomando brandy en los botiquines, se presentó con éste en la Comandancia, medio embriagado, me llamó aparte de donde estaba con mis Ayudantes y dos ó tres oficiales subalternos, y me dijo que la "Guardia Civil" no cumpliría lo dispuesto por mí en la orden general de ese día, porque ese cuerpo era exclusivamente suyo . . .

Decirlo, tirar yo del sable, ponérselo de punta en el pecho, estrechándolo contra una baranda que había detrás de él, y hacerle quitar con algunos oficiales que acudieron un revólver que tenía en la mano derecha, fué obra de unos segundos. Inmedia-

tamente después, mientras venía un médico que yo había mandado llamar para hacerle curar una pequeña herida que se había hecho en la mano izquierda, al tratar de apartar el sable de su pecho, en su presencia, dicté á un Ayudante una resolución deponiéndolo por insubordinación y nombrando al General Ignacio Valbuena para reemplazarlo en el mando de la Guardia Civil y en el otro cargo que desempeñaba, y cuando estuvo curado lo envié preso á un cuartel.

Al día siguiente depuse á un hermano suyo llamado Henrique, que desempeñaba el cargo de Regidor de presos criminales, quien se negó á entregar al nuevo empleado nombrado por mí las raciones pertenecientes á los referidos presos — que eran como ciento cincuenta — correspondientes á la última quincena, las cuales acababa de cobrar anticipadamente, según el uso establecido. El hermano, después de tomarse también unos tragos de aguardiente para darse ánimo, se presentó en la plaza situada frente á la Comandancia y me gritó que él no me reconocía como Jefe y que no entregaría su empleo sin una orden del Ministro del Interior, de quien dependía directamente, todo ello en tono agresivo . . .

Yo estaba en esos días muy violento á causa de las traiciones, cobardías é insubordinaciones que habían hundido al gobierno de Andrade, y al saber que quien hablaba así era hermano del que había pretendido insubordinarse la noche anterior, me exalté aún más.

En aquel momento me encontraba en el corredor de la Comandancia, completamente desarmado, y a

oír la especie de Andueza, á quien veía parado á cierta distancia en actitud de desafío, ordené á un Capitán Núnez, que estaba á dos pasos de él con su espada, que diera dos planazos á aquel insolente y lo redujera á prisión. Pero observé que Núnez dió á Andueza dos ó tres golpes muy débiles y que éste dió otros tantos á Nuñez con una varilla que tenía en la mano . . .

No pudiendo entonces contenerme, en dos saltos me acerqué á ellos, desarmado como estaba, con la mano izquierda aparté á Nuñez violentamente y con la derecha dí á Andueza un empujón que lo hizo salir dando tras-piés por espacio de seis ú ocho metros. Cuando pudo recobrar el quilibrio, separado todavía de mí á la misma distancia, me hizo una señal con la mano y me dijo en un tono ya más reposado: "está bueno", como aplazando su venganza para otro tiempo . . .

A un Ayudante que había acudido, le ordené que sacara cuatro soldados de una guardia que estaba en el muelle inmediato, marchara con el insubordinado hacia el exterior de la ciudad y le hiciera dar cuatro tiros al llegar á la sabana . . . Y en seguidas me senté en el corredor de la Comandancia.

El Ayudante marchó con Andueza y los cuatro soldados, pero yo no tenía la menor idea de fusilar á aquel pobre hombre: no había motivo para ello y mucho más valía dejarlo preso: si aquella hubiera sido mi intención lo habría hecho ejecutar en mi presencia, en el punto mismo en que cometió la falta, pues era un lugar abierto tan apropiado como el mejor para el efecto. Mi único objeto al hacer aquel apara-

to había sido intimidar aquella partida de bribones, que creían poder hacer conmigo lo que habían hecho otros iguales con Andrade. Sentado allí deseaba sinceramente que alguno intercediera por Andueza para poder madar contramarchar la gente sin destruir el efecto que me proponía; ya trascurrido un minuto me resignaba á enviar la referida contraorden sin esperar más por algún intercesor, cuando se acercó á mí el Señor José del Ollo y me suplicó que "por la memoria de mi padre perdonara la vida de aquel hombre que se había insolentado porque estaba borracho" . . .

Apenas hubo terminado Del Ollo de hacer su exigencia, que como he dicho respondía á mis íntimos deseos, lo mandé á él mismo con un oficial que fueran á toda prisa por calles de travesía é hicieran devolver la escolta.

Llegados de regreso á la Comandancia con aquella, hize llevar el preso al mismo calabozo en que estaba su hermano, y como al enviar al nuevo Regidor para que le dijeran donde estaba el dinero de las raciones de los presos, se negaran á informarlo, mandé que les pusieran grillos hasta que resolvieran devolver aquel.

A los pocos días confesaron que lo tenían en la casa de su familia y que habían gastado una parte, enviando al propio tiempo disposición de que se entregara lo que quedaba á mi comisionado. Entonces, en el primer vapor que pasó para La Guaira, los hize embarcar; y al llegar allá se incorporaron á Castro con otros empleados á quienes había yo despedido por diferentes faltas, entre quienes se contaba el Coronel Julio Zavarze, que se había apropiado

setenta pesos de las raciones de la guarnición del Fortin Solano y se los había hecho devolver. En la *restauración* de Cipriano Castro sí podían figurar todos aquellos badulaques . . .

Esa es la historia del libelo, dije á los compañeros; y no pudiende resistir á la tentación de hacer resaltar las mentiras de Andueza con sus propias aseveraciones, procedí en seguida á poner notas al margen de aquel, con la intención de hacerlo reproducir á mi salida de aquí, agregando al fin de cada capítulo las notas que le corresponden.

Hoy he llegado en mi trabajo de refutación á la página 53; las notas que yo escribo en la mañana al margen del folleto las ha ido copiando Suiny por las tardes en un cuaderno de papel de estraza hecho al efecto; me faltan solamente seis páginas de las menos importantes, porque sólo contienen una especie de resumen estúpido del folleto; pero he desistido de seguir escribiendo, porque ya no realizaré mi primera intención: eso sería dar mucha importancia á ese hombre despreciable que miente con la desvergüenza mayor que he visto, y con tanta torpeza, que ninguna persona, por ignorante y estulta que sea, al leer su producción podría concederle el menor crédito. La mejor refutación de ese libelo asqueroso es el libelo mismo . . . La nota anónima escrita con tinta en la última página, que he trascrito arriba, puede tomarse como la expresión de la opinión pública sobre ese escrito. El "folletero", al tratar de herirme, sólo ha conseguido presentar completamente desnuda á todas las miradas su escuálida personalidad moral. Yo soy demasiado conocido en

en Venezuela para que la rabia y los desahogos de Andueza logren hacerme daño.

He metido el libelo en una de las rendijas del techo con el cuaderno hecho por Suiny, tapándolo todo con unos trapos viejos para tratar de llevarme ambas cosas el día que salga de aquí y conservar el folleto como una curiosidad.

Muerte de Prieto.

Abril 2 á las 7 de la noche.

Acabamos de pasar, los compañeros y yo, uno de los ratos más desagradables de cuantos hemos tenido en esta prisión. Parece que un señor Prieto, de Maracaibo, preso en el departamento vecino, venía hace días enfermo con una disentería de tan mal carácter, que, aunque él era de constitución muy fuerte, lo había reducido al estado más lamentable de debilidad. Esta mañana hicieron salir al padre Gómez á confesarlo, pero ignorábamos que el caso fuera desesperado. No sabemos si por insinuación del enfermo, de un hermano de éste que está allí, ó de propio movimiento de los carceleros, desde antes de ayer les permitían salir del calabozo por la tarde á dormir en la enramada donde cuelga Merchan su hamaca, según he dicho en otra parte; pero sin quitar los grillos á ninguno de los dos . . .

Lo cierto es que hace poco oímos que una persona vino por la azotea que está sobre el techo de los calabozos y dijo algo que no pudimos entender,

aunque hizo acudir á varios de nosotros á la reja; y que inmediatamente oímos al hermano del enfermo que decía en voz alta: "¡ya murió!" prorrumpiendo en un lamento desgarrador é invocando á su madre repetidas veces.

¡Qué cosa tan horrible es oir á un hombre llorando! Y si á ella se agrega la hora del crepúsculo, triste por sí misma, y mucho más dentro de una prisión, y que el motivo del llanto era de los más justificados, podrá comprenderse lo que nosotros sentimos. A mí se me crisparon los nervias y no pude menos de exclamar: "¡miserables restauradores!" á tiempo que agarraba uno de los balaustres de la reja y deseaba salir con él, ó con cualquiera otra arma á acabar con Bello y los demás asesinos.

Casi en seguida oímos que entraron los carceleros á llevarse el cadáver, y que, cuando lo hubieron efectuado, el hermano prorrumpió de nuevo en sollozos que partían el alma, cesando á poco todos los ruidos. Los que nos habíamos acercado á la reja hemos vuelto á acostarnos y todos hemos hablado largamente de la ferocidad de Castro y sus secuaces. ¿Cuál era el delito de Prieto? Sin duda ninguna el haber protestado de alguna manera contra la tiranía que asola el país. ¿Sería ese un motivo suficiente para dejarlo morir de abandono, tirado en el suelo como un perro, aun con los grillos que le habían puesto cuando tenía salud? . . . Sí, con los grillos, porque en medio de los lamentos del hermano pudimos descubrir que decía algo de ellos; decía que su pobre hermano había muerto con el infame hierro en los pies . . . Castro y sus satélites son una deshonra de la especie

humana . . . Podría comparárseles con una bandada de chacales sedientos de sangre en medio de las ruinas de la patria . . .

Hemos recordado que hace algunos meses supimos que en uno de los calabozos más distantes, murió un Coronel Reyes, de Coro; pero ignoramos los detalles. Y estamos convencidos de que todo el que se enferme aquí, si su naturaleza por sí misma no se sobrepone al mal, está condenado á morir del mismo modo que Reyes y Prieto, porque esa es la consigna que Castro ha dado á los carceleros . . . Y he referido que recién llegado á esta fortaleza, mandada en ese tiempo por el General Rafael Arias, estuve veintidos días metido en mi chinchorro con una fiebre que me hacía hervir la sangre, con la cabeza dolorida por el ruido que hacían treinta y cuatro presos encerrados en el mismo local, quienes estaban siempre cantando, conversando ó discutiendo en voz alta, alisando cocos contra el suelo, etc; que Arias fué á visitarme dos veces, sin duda para cerciorarse de si estaba fingiéndome enfermo, como hacen algunos presos, y al tocarme los manos, que quemaban, decía: "sí, la fiebre es fuerte;" pero nunca dió la menor muestra de querer sacarme á un local más ventilado y silencioso, ni yo hize la menor insinuación en ese sentido; que al fin vine á curarme con una receta de que me acordé, porque los remedios del médico de la fortaleza me empeoraban siempre; que cuando pude salir del chinchorro estaba cadavérico; y que indudablemente habría pasado á la eternidad en aquel calabozo, á no ser porque acerté á cortar el mal, por casualidad, con el medicamento indicado . . .

Por fin á las 9 todos hemos quedado silenciosos. Yo me he puesto á pensar en el desdichado Carabaño, tendido en el suelo aquí cerca, destinado seguramente á quedar en el cementerio de este castillo, según el estado en que se encuentra y la manera como se le trata . . .

Otros que no fueran tan crueles como Bello y Castro no habrían permitido que se agravara hasta ese punto sin enviarlo al lado de su familia. Creo sinceramente que su enfermedad no tendría ya remedio por más que se le devolviera la libertad y se le prodigaran los mayoros cuidados. ¿Porque esperar que muera aquí sin proporcionarle siquiera el consuelo de abrazar á su pobre madre? . . .

El asesinato en Los Andes. — Indole del pueblo de Venezuela. — Proyectos de trabajo. — Las riquezas de Venezuela. — Apreciaciones sobre la posibilidad de un buen gobierno.

Lunes 14 á las 10 de la mañana.

En los últimos días no ha ocurrido sino la incorporación á los requisadores de un sobrino de Bello, venido de Los Andes. Ya desde hace algunos meses había estado viniendo con aquellos otro oficial de la misma procedencia, que tiene el aspecto de estar lázaro, de quien ha dicho Arellano que es un aseino de profesión, que mandado y pagado por otros, ıa matado á varias personas emboscado en las orillas le los caminos reales . . . ¡Digno empleado del actual *'obierno!*

Es pasmosa la naturalidad con que hablan los andinos de los crímenes que se cometen diariamente en Los Andes, á "tiros de cachito", como llaman á los disparados por los asesinos desde algún matorral ú otro escondrijo en las cercanías de los caminos . . .

De Castro cuentan que cuando gobernó la Sección Táchira, hace muchos años, hizo desaparecer por ese medio á Zacarías Gaudica, Pedro Sánches, Daniel Olivares y á la mayor parte de sus contrarios de alguna importancia que le *estorbaban;* y según se deduce de las conversaciones que he oído aquí en diferentes ocasiones, todo el mundo allá, hasta los que no se mezclan en política, al recibir cualquier agravio de otra persona, muchas veces por cosas enteramente fútiles, no piensan en buscar al ofensor para dilucidar con él el asunto, sino que corren donde uno de los asesinos de oficio, que son muy conocidos, á quien con darle una ó dos onzas de oro deciden salir á desempeñar su espantosa misión . . .

Las autoridades protegen á los asesinos . . . A éstos, para librarse de todo castigo, generalmente les basta mudar de residencia en la misma localidad ó pasar por algunos meses á la República vecina . . . Cuando las autoridades se ven obligadas á hacer reducir á prisión á uno de ellos, para calmar el clamor público por el asesinato de alguna persona querida en el lugar, ó á alguien que haya cometido el delito sin valerse del recurso de mandar á otro, ellas mismas ponen los medios para que se escapen, á fin de tenerlos propicios y utilizarlos al tener ocasión, son asesinos de profesión, ó de ganarse un partidario si lo han sido incidentalmente. A estos procedimient

se debe que Venezuela esté hoy mandada por un Cipriano Castro; que el reo fugitivo Pino sea carcelero de hombres honorables, víctimas de aquel desalmado, que en justicia debía estar recluido á perpetuidad por los delitos comunes á que me he referido en otra parte y por los que cito en este capítulo.

Más de una vez he pensado horas enteras sobre los medios que convendría adoptar el día que tengamos un gobierno de orden, para cortar de raíz ese mal que amenaza invadir el resto de la República, pues en muchas otras partes de ella, sobre todo en Barquisimeto y en Oriente, se nota ya cierta tendencia á emplear el asesinato como medio aceptable y legítimo para resolver las dificultades entre las gentes . . .

Esa enfermedad ha tomado mucho incremento en los últimos años, á causa de los gobiernos ineptos ó atrabiliarios que hemos tenido y será la sola herencia que la *Restauración* deje á Venezuela, pero aun es susceptible de remedio; en mi concepto sólo se necesita aplicarle un cauterio que penetre en todos los puntos dañados, por ocultos que estén . . .

El pueblo de Venezuela es en general de excelente índole y no debería existir la triste fama que afecta al Estado Los Andes, donde tenemos compatriotas que honran al país; la raza humana es donde quiera susceptible de acostumbrarse al error y en aquel lejano Estado lo que hace falta es gobierno . . .

He observado muchas veces en Carabobo en una hacienda que posee mi familia á alguna distancia de Valencia, que durante la cosecha de café mandan á aquella ciudad un colono que regresa trayendo grue-

sas sumas de dinero y á veces viene enteramente ebrio, lo cual es sabido por todos aquellos vecindarios y jamás le ha ocurrido á nadie atropellarlo en el camino para quitarte el dinero. La impunidad es la generadora de la criminalidad en el citado Los Andes, debido á que las autoridades no cumplen con su deber ó á que los asesinos perseguidos ineficazmente pasan la frontera de Colombia y escapan á la justicia. Así lo hizo Cipriano Castro el año de 1883 en la ocasión en que se fugó de la penitenciaría de San Cristobal . . . ¡Ese es el hombre hoy disfrazado con el título de *Restaurador* de Venezuela!

He pensado que además de la ayuda que presten ciertas comisiones militares que se organizen al efecto, este mal puede evitarse de acuerdo con las autoridades de Colombia que deben estar interesadas en restablecer la moralidad en la región limítrofe y sin duda nos ayudarán á poner á raya ese elemento . . .

En la tarde.

He estado hablando un largo rato con Carabaño robre las riquezas naturales del Estado Guayana, casi todo desierto é inculto todavía; y hemos formado diferentes proyectos de trabajos para cuando salgamos de aquí . . . Hemos convenido en que iremos juntos á ver las tierras de agricultura y cría del interior, que me ha descrito como inmejorables, y en que yo trataré de adquirir algunas de ellas para fundar un hato . . . El ha dicho que posée unos terrenos propios para ganados, heredados de su padre, situados en el Alto Orinoco; que aunque son muy buenos, no lo son tanto como los otros de que me ha hablado;

pero que como ya son suyos, al salir de aquí se irá allá con su esposa á criar vacas y caballos, enteramente desentendido de la política; y que más adelante, si llega á tener hijos, como para cuando éstos tengan algunos años él será ya un propietario acomodado, se irá á vivir en Caracas para hacerlos educar bien... Olvidándose por un momento de su mal, de la hostilidad de nuestros gobiernos á todo el que trabaja honradamente, y de la devastación que causan en el país las guerras contínuas, se ha complacido en imaginar los placeres que tendrá en su vida de campo, llegando á su casa por la tarde después de haber pasado todo el día en la sabana atendiendo á sus animales, que aumentan sin cesar; metiéndose á esa hora en un chinchorro con sus muchachos á mecerse y á jugar con ellos, mientras se reposa para ir á comer una buena costilla asada ú otra cosa que su mujer le habrá hecho preparar, etc. etc. La vida del justo, la vida del hombre honrado de nuestras pampas...

Yo he estado oyéndolo y haciendo á mi vez mis descripciones por distraerlo y hacerlo olvidar su enfermedad, que seguramente no le permitirá realizar ninguna de sus ideas, sin cansarme de admirar como el hombre — indudablemente dispuesto eso así por la sabiduría divina — por más que esté al borde del sepulcro, conserva siempre esperanzas de vivir y de llegar á ser feliz...

Arellano, que había estado aquí cerca escuchando nuestra conversación, cuando Carabaño se ha dirigido al calabozo se ha aproximado más y me ha dicho que él había conocido cuál era mi idea al hablar con

tanto entusiasmo de los proyectos de trabajo. Después ha exclamado: "¡pobre Carabaño!" . . .

En la noche.

Luego que los *sicambros* nos encerraron, ha seguido la conversación sobre las riquezas de Venezuela. Gutiérrez ha dicho que el Estado Maracaibo es de los mejor dotados por la naturaleza; que allí no puede haber hambre en ningún tiempo; que en la capital se compran cuatrocientos plátanos, que llaman "hartones" por lo grandes, en ochenta centavos fuertes, el maíz á dos pesos sencillos la fanega de trescientas treita y seis libras y los demás granos en proporción, proveniente todo de las fertilísimas vegas de sus rios; que la caña de azucar se dá en estas exuberante; que los cocales de las costas del lago son muy productivos; que en el Distrito Perijá se dá el cacao igual al de las haciendas de Ocumare en Carabobo, que es considerado como el mejor del mundo; que on sus bosques inmensos crecen silvestres el cedro y muchas otras maderas finas: que él ha sacado por los rios hasta el lago grandes cantidades de cedro, y ha descrito la manera de acerrar los árboles gruesísimos, el modo de llevar "las trozas" en balsas á la ciudad, etc etc. Ha dicho que la goma de caucho y el aceite de copaiba son muy abundantes en los mismos bosques; que tiene sabanas magníficas para la cría de ganado mayor y menor; que en algunos lugares de estas los morrocoyes son tan numerosos que en el verano con pegar un fósforo á un pajal y situarse en alguna cañada húmeda se les vé llegar huyendo del fuego y puede cogérseles

por centenares; que las minas de asfalto son muchas y muy ricas; que la pesca allí es tan abundante y variada que el pueblo pobre no come sino los pescados finos arrojando á los cuervos en las playas, una clase que llaman curbina, que es la más apreciada en Los Andes; que en el mundo tal vez no hay otro mercado tan variado y barato como el de la capital del Estado, porque diariamente en las primeras horas de la mañana llegan en canoas los cazadores de todas las costas del lago, llevando venados, lapas, acures, dantas, cerdos de monte, conejos, perdices, palomas de muchas clases, entre las que abunda más la tórtola pequeña, que en ciertas estaciones las llevan todos los días por centenares; ha descrito el modo de cazarlas y muchas otras cosas curiosas.

Arellano y Benedetti han dicho que en Los Andes se dá el café como en Guatemala, calculándose en tres ó cuatro libras el que produce al año cada árbol, lo cual ya me lo habían informado el General F^co^ Franco, el Presbítero Gómez y otros agricultores de allá; que los potreros para ceba de ganado mayor son inmejorables; que cada res dá una onza de oro de utilidad líquida; que el trigo, la avena, las papas y todas las legumbres, y las uvas, manzanas, y demás frutas de los climas de Europa y Norte América se dan como en aquellos; que hay minas de oro, cobre, azogue, cristal de roca y carbón en grande abundancia. Benedetti ha dicho que la mina de cobre de Seboruco es riquísima, y ha explicado como está el metal en la superficie de la tierra. Arellano ha dicho que él sabe donde está una de azogue que corre como agua, la cual descubrió por casualidad; también

conoce dos cerros, donde después que llueve los vecinos salen á recoger cristales que el agua deja á descubierto; ha agregado que el oro acuñado circula en ese Estado como en ninguno de los otros de la República; que la unidad monetaria allí es la onza de oro, que no se cuenta sino por onzas, etc.

El General Medina ha hablado de las tierras del Estado Falcón para la cría de ganado mayor y menor; de los bosques que hay en una de sus propiedades, donde abundan el ébano, la caoba y todas las maderas preciosas, como en los de Maracaibo; ha dado descripciones de una mina de asfalto que posée sin haber podido explotarla hasta ahora; ha dicho que en la bahía de Los Taques, no lejos de una propiedad suya, viven los pargos rojos por millones; que cada año podrían cargarse millares de buques con ellos y hoy apenas uno que otro dueño de balandra ó falucho aprovecha esa riqueza.

Colina ha hablado de la extraordinaria fertilidad del gran valle de Churuguara y de las condiciones del café y otros productos de él; de las minas de carbón que son muy numerosas y ricas en ese Estado; y por último él y Medina han recomendado para la agricultura las grandes montañas vírgenes que existen en el oriente del mismo Estado hacia la costa, asegurando que no se podría encontrar nada mejor.

Carabaño ha vuelto á hablar de Guayana, de sus sabanas, de la riqueza de sus interminables bosques en goma de balata, aceite de copaiba y demás resinas valiosas; de sus numerosas y ricas minas de oro, que son las mejores de la República. Ha dicho que como en los lugares de Maracaibo de que ha hablado

Gutiérrez, los hay allí donde se encuentran los morrocoyes en gran cantidad; ha hablado de la extracción de millones de huevos de tortuga y caimán en las playes del Orinoco, de la pesca en el Apure, de la Sapuara, el pez rayado y muchos otros no tan apetecidos como esos; de los piñales silvestres con cuyas frutas podría hacerse vino y aprovechar la fibra de la mata para cordeles, etc.

Vargas no ha podido tomar parte en la conversación porque habiendo pasado su vida en los cuarteles, puede decirse que no conoce el país. Yo he hablado de la fertilidad de los terrenos que circundan el lago de Valencia, donde se producen la caña de azúcar, los plátanos y todos los frutos menores, en gran abundancia; de la de los Valles del Tuy y Aragua, que los hace propios para toda clase de cultivos; de la magnífica calidad del tabaco que se produce en Cumaná, Capadare y otros lugares; de los inmensas llanuras de los Estados Bermúdez, Guárico, Apure y Zamora, propias para todas las crías, desde el marrano, que en Ospino y otros puntos se reproduce y crece en las sabanas, sin causar gastos á sus dueños, hasta el carnero, el caballo y el ganado vacuno que viven y se reproducen maravillosamente; he hablado de la posición geográfica de Venezuela, situada al Norte de todas las repúblicas sur-americanas, haciéndosele por ello más fácil y pronta la comunicación con los Estados Unidos de Norte América y Europa; de su población de tres millones escasos de habitantes cuando en su territorio podrían vivir ochenta millones desahogadamente; de la inmensidad de tierras cubiertas de bosques, en muchos de

los cuales el hombre no ha puesto aún la planta, que hay en los territorios Amazonas, Alto Orinoco, Caura y Yuruary, cuyos bosques son tan extensos, por lo menos, como el resto de la República, y apenas están poblados hoy por alguna que otra tribu de indios salvajes y escasísimos habitantes civilizados; de los grandes ríos que cruzan el país en varias direcciones y sus extensas costas marítimas que proporcionan grandes facilidades al comercio; de sus variados climas, pues no es sólo en Los Andes que hay regiones frias, apropiadas para los cultivos de Europa, sino en el Centro y en el Oriente de la República, etc., etc.

Luego he preguntado á los compañeros á dónde llegará la prosperidad de Venezuela el día que tenga gobiernos ilustrados y progresistas como los de otros paises; el día que á la cabeza de cada uno de los Estados sea colocado el hombre que haya descollado en él por su patriotismo, energía é inteligencia; cuando el gobierno de Caracas no sea sino el lazo de unión entre los Estados, dispuesto siempre á llevar su influencia bienhechora adonde quiera que sea necesaria; á proteger toda empresa ó industria que pueda redundar en beneficio del país; que fomente á todo trance la inmigración de razas que puedan mejorar la nuestra, para que el país se pueble y se facilite la explotación de sus inmensas riquezas. Les he preguntado cómo acudirían los capitales extranjeros á facilitar la explotación de esas riquezas, á introducir industrias provechosas, cuando en todas partes se sepa que el gobierno de Venezuela es respetuoso á los derechos de sus gobernados y no hostiliza ó prohibe sino lo que puede ser dañoso para el país;

cuando se sepa que los extranjeros honrados pueden venir y enriquecerse y vivir felices entre nosotros. Que á dónde llegará en poco tiempo la cultura del pueblo venezolano cuando el gobierno se ocupe seriamente de ilustrar á las clases pobres, como se hace en otros países; y á ese respecto he hablado de las escuelas de toda especie que tuve ocasión de ver en los Estados Unidos de Norte América. Les he dicho que cuando llegue al Poder un hombre que prefiera la gloria de engrandecer á sus país á todo lo demás, podrá al principio tener grandes dificultades que vencer, debido á la profunda corrupción que existe en nuestras costumbres políticas, pero que dando ejemplo de honradez y rectitud podrá exigir que los otros servidores públicos sean honrados y rectos, y que con unos pocos escarmientos que haga en los primeros que delincan, todos los demás se convertirán en modelos de probidad. Les he dicho que ese día los millonarios de Venezuela que lo sean porque hayan robado el Tesoro Nacional y todos los que cometieren actos bochornosos, serán mirados con el desprecio y la repulsión que merecen los ladrones y demás plagas de la sociedad en los países verdaderamente civilizados, y vivirán en las cárceles como en aquellos, no como acontece actualmente entre nosotros, que los hombres de bien son los castigados, que los mayores delincuentes andan libremente por las calles y por el hecho de vivir lujosamente con lo que se han robado, son recibidos y acatados y reverenciados como personas honorables, más que las personas que realmente lo son; les he dicho que el día que llegue al Poder en Venezuela un hombre que

haga eso, se acabará la empleomanía, porque el trabajo producirá mucho más que los cargos públicos; que los que por su honorabilidad y competencia ejerzan esos cargos vivirán tranquilos, porque sabrán que no están expuestos á que se les remueva de sus empleos sino para ascender á otros de mayor honor é importancia; que el día que aquí llegue á la Presidencia un hombre que se complazca en hacer el bien y sepa impedir el mal, podrá gobernar mucho tiempo porque todo el mundo se lo exigiría por temor de volver á caer en el desorden; que ese hombre sí sería el Porfirio Diaz de Venezuela, porque se haría necesario como aquel en Méjico; que Méjico ha alcanzado un enorme progreso bajo el mando de Diaz, aunque este carece de algunas de las virtudes que serían de desearse en el que nos gobernara á nosotros; que Cipriano Castro aspira á perpetuarse en el mando con sus procedimientos vandálicos, pero que no lo conseguirá, porque los pueblos azotados por tiranos corrompidos llega un día en que cansados de sufrir se levantan como el mar agitado por el huracan y arrasan con los autores de su miseria; que en los países republicanos el que un hombre, por bueno, ilustrado y enérgico que sea se perpetúe en el mando, tiene sus peligros, porque al ser aquel arrebatado por la muerte ó inutilizado por alguna enfermedad, corren el riesgo de retrogradar cayendo en manos de hombres desprovistos de las dotes requeridas para que puedan seguir el camino trillado por su predecesor. Pero que en los pueblos que r han alcanzado un alto grado de cultura, es mu preferible correr ese peligro al fin de una larga ser

de años de prosperidad á vivir cambiando Presidentes más ó menos corrompidos; que después de un largo período de paz bienhechora, se crearían grandes intereses que por sí solos serían una garantía de orden; que las costumbres mejorarían al igual de lo demás y el mayor temor de todos sería que las riendas del gobierno fueran á dar en manos de un Cipriano Castro ú otro perdulario, y de consiguiente habría grandes probabilidades de que sólo los hombres honrados y capaces tuvieran opción á la dirección de los asuntos públicos; que las leyes sobre alternabilidad del Poder han sido imaginadas para los países donde la masa del pueblo es ilustrada; que ellas no tienen en los otros sino un valor muy relativo; que la ley suprema de los pueblos es la necesidad; que Venezuela, así como los otros países de Centro y Sur América, donde la mayoría del pueblo es ignorante y las clases acomodadas son indolentes ó corrompidas, sólo pueden salvarse de la ignominia de ser gobernados por Ciprianos Castros, llevando al Poder, aun recurriendo al triste derecho de rebelión armada, hombres honrados y enérgicos, que en un período más ó menos largo pongan las bases del edificio del orden, sobre las cuales otros puedan continuarlo sucesivamente, hasta llevarlo á la perfección.

En este instante la corneta ha tocado silencio dentro del cuartel, y al callarme me he apercibido de que Tarquís y Benedetti comienzan á roncar suavemente: los otros compañeros no han dicho ni una palabra sobre mis apreciaciones, pero es seguro que están de acuerdo con mis ideas. Estas son cierta-

mente dificiles de realizar en Venezuela, pero son dignas de que un hombre de honor les dedique su existencia: por ellas vengo batallando hacen muchos años y seguiré batallando mientras viva . . .

Guanaguana.

Miércoles 30 á las 2 de la tarde.

Hoy al reconcentrarnos en el calabozo á las horas de sol, después de dar una batida á las moscas con toallas y trapos para echarlas fuera, hemos discurrido sobre el informe que un preso del otro departamento dió á uno de éste, á través de las rendijas de la puerta. Según aseguró, hace pocos días Rolando y los demás Jefes de Oriente obtuvieron un espléndido triunfo sobre las fuerzas de Castro en un lugar que llaman Guanaguana. Yo he preguntado si no será más bien Naguanagua, que es un pueblecito cercano á Valencia, en el camino de Puerto Cabello, pues es la primera vez que oigo el otro nombre y las dos palabras se prestan á confusión; pero al propio tiempo he advertido que no creo sea en este, porque además de quedar muy extraviado del itinerario que debe seguir en su marcha el Ejército de Oriente, si el referido triunfo hubiera tenido efecto en Naguanagua la revolución estaría ya en Caracas ó á sus puertas y los *sicambros* no estarían tan tranquilos . . . Carabaño ha recordado al fin que en Maturín hay un pueblo llamado como ha dicho el preso del otro p tio, y hemos convenido en que ha debido ser all lo cual nos demuestra que la Revolución está todav

muy lejos de la capital de la República y que, aunque no tenga tropiezos, pasarán algunos meses antes que llegue á ésta. Se dice que Rolando cogió prisioneros á todos los Jefes de la fuerza enemiga entre los que se halla un hermano de Castro. Con motivo del informe en cuestión los compañeros han emitido opiniones sobre la guerra, algunas de las cuales me han parecido completamente descabelladas. Yo me he abstenido de hacer conjeturas porque me parece tiempo perdido el que se emplea en eso cuando uno no tiene alguna base positiva para razonar con acierto. Lo mejor en nuestro caso es esperar con paciencia. "¡Lo que sea sonará!"...

Estudio de inglés. — El pedazo de cepillo y el gato. — Los petates volando. — Comentarios y reflexiones.

Mayo 23 en la mañana.

El mes último ha transcurrido apaciblemente si no hemos de tomar en cuenta el calor, que ha sido excesivo, y dos ó tres requisas repentinas que han efectuado los *sicambros,* en las cuales, por otra parte, no han obtenido mejores resultados que en las anteriores...

He pasado todo este tiempo traduciendo del inglés el "Tratado de la sabiduría de los antiguos" por Lord Bacon, y ya estoy cerca de la mitad. He ido copiando la traducción en un cuaderno de papel de estraza. Por supuesto que el trabajo, por más que le he dedicado toda mi atención, está lejos de ser

perfecto, porque yo mismo estoy muy lejos de poseer perfectamente el idioma del ilustre autor, pero antes de imprimirlo me propongo hacerlo revisar con alguien que conozca á fondo el inglés, para que le corrija lo que no esté bien. Me ha faltado un buen diccionario para interpretar fielmente algunas expresiones.

El lápiz que me había dado "Crístico" se terminó hace tres días y desde entonces escribo con un pedazito del crayon de otro que tiene Meaño Rojas, que me fué dado por éste, atado con hilo en la punta de una especie de lapicero hecho con madera blanda. También en algunos ratos, después de medio día, he estado traduciendo verbalmente del inglés, á Arellano, que es muy amigo del estudio, y comentando con él, las "Investigaciones sobre los principios de moral" por el celebrado David Hume; mas hemos tenido que dejarnos de eso fastidiados, á causa de que el autor repite siempre lo mismo de muchas maneras diferentes. Ciertamente es un libro muy útil, pero lo sería doblemente sin esas repeticiones que hacen por demás pesada su lectura.

A las 7 de la noche.

Ayer pasó un pequeño incidente con los *sicambros,* que probablemente dió origen al que acaba de ocurrir hace poco.

Yo había partido un cepillo de dientes viejo, lo había aguzado en una piedra en forma de punzón para limpiarme las uñas, y lo tenía clavado en el pedazo de estera colgante que me sirve de alacena y tocador. . .

El sobrino de Bello, de quien antes he hablado, me ha tenido siempre una aversión muy marcada, la cual se había manifestado principalmente en los últimos días por varias tentativas que ha hecho para coger un gato que Ulloa consiguió pequeño en otro calabozo y se ha formado en este, donde nos ha sido y és de la mayor utilidad porque tiene á raya á los ratones y cucarachas que en otro tiempo nos molestaban mucho. Como yo soy quien le dá de comer y quien más lo acaricia, el gato se apegó desde el principio á mí, de tal modo que Ulloa y todos los compañeros siempre lo habían considerado como mío, y cuando aquel, que era su legítimo dueño, fué trasladado al otro patio, me lo regaló definitivamente. El gato es muy bonito y á todos los que vienen de fuera les llama la atención. Pero más que por su belleza y sus condiciones de buen cazador, yo lo aprecio porque desde pequeño parece que ha considerado á los *sicambros* como sus enemigos naturales, y cuando los ve venir corre y se oculta en alguna parte hasta que se van . . . ¡El es uno de los presos de Castro! . . . Este podría decir con verdad que "¡no se le ha escapado ni el gato!" . . .

El hecho es que el sobrino de Bello, al saber por uno de los compañeros que el gato es mio, ha tratado de cogerlo para llevárselo, sin que haya podido conseguirlo hasta ahora. Parece que ese *sicambro* busca el modo de hacerme sentir su odio, pero yo no le había proporcionado ninguna oportunidad para ello, manifestándome indiferente cuando lo he visto correr detrás del animal, y por más que la última vez que lo hizo le tiró un golpe con la espada . . .

Ayer tarde al examinar lo. que había sobre el *aparador-tocador,* vió el pedazo de cepillo, lo tomó en la mano, y considerando probablemente que podía servirme de arma, pasó junto á mi hacia fuera, con él. Al vérselo me olvidé de mis reglas de conducta y á tiempo que me sonreía irónicamente, le dije: "si le gusta úselo"... Me vió de muy mala manera, se acercó al Regidor Palacios que estaba de pies cerca del muro de la fortaleza, y le enseñó el *peligroso* instrumento, repitiendo lo que yo le había dicho al pasar y mirándome con ojos de basilisco mientras hacía sus explicaciones. Pero Palacios le dijo que volviera á poner el pedazo de cepillo donde lo había encontrado y así terminó esto por entonces . . .

Esta tarde, á la hora de encerrarnos, estábamos parados en fila contra la pared del fondo del patio como lo hacemos siempre. Tarquís, el primero junto á la puerta; yo el segundo y luego los demás hasta completar seis. Desde hace tres días Colina, Carabaño y Medina habían estado quedándose á esa hora dentro del calabozo, sentados en los puestos donde duermen, á fin de que al pasar la revista los contaran allí, evitando tener que desfilar con los grillos en presencia de los requisadores. A pesar de que yo les había dicho que cualquier día iban á tener un disgusto por esa causa, como las dos primeras veces que lo hicieron consiguieron su propósito, pensaban continuar del mismo modo para tratar de que se estableciera la costumbre que para ellos resultaba cómoda

Hoy á la hora de ordenanza entraron los *sicambros* precipitadamente, espada en mano como sien

pre, precedidos por el sobrino de Bello. Este agarró mi catre que se encontraba cerrdo y recostado contra la pared á la derecha de la entrada y lo tiró con fuerza hacia el centro del calabozo, faltando poco para que cayera encima de Colina que estaba cerca; luego cortó de un sablazo la cuerda de que pendía el *aparador-tocador,* y este cayó al suelo con los pedazos de papelón, los cepillos, el peine y lo demás que contenía; y en seguida procedieron él y los otros á levantar las esteras y á lanzarlas sobre Colina, Carabaño y Medina, tirándoles astocadas mientras estaban en el aire . . . Yo no veía sino á Colina y á Carabaño, porque Medina estaba en su rincón. Colina estaba sentado en su banquito junto á la pared, enfrente de la puerta, y Carabaño sobre su estera al lado izquierdo de aquella. Ambos estaban atentos, apartando con las manos las esteras que iban hacia ellos. Una de las estocadas tiradas por el sobrino de Bello á la estera de Gutiérrez habría traspasado el cuerpo á Colina si este no se para con presteza y desvía la punta de la espada con el banco que había tomado á guisa de escudo. Al infeliz Carabaño le caían las esteras, una encima de otra, con tanta rapidez, que no tenía tiempo de apartarlas y un momento estuvo completamente cubierto por ellas: en cuanto á Medina, según nos ha dicho después, le sucedió cosa parecida . . .

Era de verse la expresión de las caras de Colina y Carabaño: el primero pálido, serio, completamente dedicado á impedir que lo cubrieran las esteras ó lo rieran con la punta ó el filo de una espada, sin cuidarse en lo más mínimo de los que estaban produ-

ciendo aquella especie de tempestad de petates y estocadas, y como si las espadas y las esteras se movieran por sí mismas; y el segundo sacando su cabeza de moribundo por entre los petates y mirando á los que los tiraban con una expresión de reproche indescriptible. Ambos estaban silenciosos; sólo se oía el ruido que hacían sus grillos cuando movían las piernas, el de las esteras al caer y el de las pisadas de los *sicambros* . . .

Palacios se había quedado afuera y miraba aquellos abusos sin dar la menor muestra de desaprobación. Yo estaba indignado de ver la insolencia de los unos y la tranquilidad del otro. Cuando iban saliendo los oficiales andinos dije á Palacios: "Usted no se hace respetar de esos mozos, ¿ó es que Ud. autoriza estos desafueros? . . . ¿Cree Ud. que lo que ha hecho esa gente sea regular? . . . ¿Crée Ud. que la impresión que esto ha producido á Carabaño no le será funesta en su estado?". . . Los oficiales parados al lado del Regidor Palacios se quedaron mirándome silenciosos, y aquel, visiblemente turbado, apenas pudo pronunciar estas palabras: "yo sí me hago respetar, pero, pero". . . Y el resto de la frase se le atracó en la garganta . . .

Retiré la vista de él como de un objeto despreciable y seguí á Tarquís que había entrado en el calabozo; detrás de mí entraron los otros compañeros y los *sicambros* corrieron el cerrojo y se marcharon . . .

En seguida hemos comentado lo ocurrido, co expresiones más ó menos fuertes. He dicho que est es tal vez consecuencia de lo que pasó ayer tard

con el pedazo de cepillo. Probablemente el sobrino de Bello lo refirió á éste y fué autorizado para demostrarnos su disgusto. Lo más extraño es que á mí no me hicieran ni dijeran nada y que procedieran contra los que estaban en el calabozo, á quienes podían haber hecho salir con solo decírselo, si era que no querían pasarles revista adentro; mas ya sabemos que estos canallas tienen un modo especial de hacer las cosas; yo cometí la falta, si es que existe alguna, y los otros pagaron . . .

Carabaño es el único que no ha emitido opinión sobre lo acontecido hoy: ya se sentía muy mal antes del incidente y con este se ha agravado de tal modo que Arellano ha tenido que aplicarle las ventosas; desgraciadamente ya estas han perdido mucha parte de su eficacia y el pobre enfermo no encuentra sosiego.

Cuando Arellano ha terminado su caritativo ejercicio, ha apagado la luz y todos hemos guardado silencio.

A poco han empezado á tirar cohetes en el pueblecito inmediato á la fortaleza y entre una y otra detonación se oían víctores que seguramente eran á Castro y Bello . . . He recordado que durante el día habíamos oído algunos cohetes aislados y que hoy es precisamente el tercer aniversario de la invasión de Castro por la frontera del Táchira á la cabeza de un grupo de sus partidarios. Es mucha casualidad que en esta fecha aciaga para la Patria, que sin embargo celebran y festejan los *restauradores* como si trajera á la memoria algún acontecimiento feliz para ella, haya pasado en este calabozo lo que dejo

referido, como para que no olvidemos que la tierra de Bolívar y Sucre está en poder de Cipriano Castro y los demás bandoleros que lo rodean . . . Seguramente esos bribones han estado bebiendo todo el día y ya esta tarde cuando vinieron aquí estaban borrachos . . . ¿Cuántos excesos habrán cometido hoy en toda la República los otros miembros de la banda? . . .

Moreno. — La fosfatina.

Junio 11 en la mañana.

Hoy ha venido un Coronel Moreno, que reside en el pueblo inmediato al castillo, á reemplazar interinamente en la Regiduría á Palacios, quien ha ido á Caracas con licencia de Bello. Moreno nos era ya conocido, pues en el tiempo que tuvimos de Regidor á Márquez varias veces vino en su lugar. Su carácter es reposado y más bien bondadoso que inclinado á la maldad. Conmigo se ha mostrado siempre cortés y antes de ahora me ha dicho que es hijo de un General Moreno de Valencia que vivió hasta hace pocos años y tenía gran reputación de valiente aunque al mismo tiempo se decía que era de muy escasa capacidad militar. El defecto del Regidor interino es que es muy descuidado: los compañeros convienen en que su trato es mejor que el de los otros Regidores que hemos tenido, con exclusión de Prince, pero se quejan de que no cumple lo q ofrece cuando le hacen algún encargo, aunque to lo promete con la mayor facilidad. Yo nunca ha

encargos directamente, de modo que no he tenido ocasión de saber si realmente es olvidadizo.

Ahora días me informó Meaño Rojas que había un alimento nuevo de gusto agradable llamado fosfatina, que él había estado tomando, y por su órgano hize que me trajeran de Maracaibo media docena de potes apareciendo como que eran para él, pues los "grillos restauradores" van debilitándome las piernas á pesar del aparato en que los tengo casi siempre montados, y no quiero que vayan á tener que quitármelos por enfermedad. El desayuno que traen desde entonces lo toman Carabaño y Suiny. A esa hora hago un fogón en una especie de hornito que construí; pongo un poco de leche de la que me traen diariamente, mezclada con la fosfatina y con papelón y la revuelvo hasta que está cocida, tomándola inmediatamente. Me ha probado á las mil maravillas: pienso que podré soportar *la Restauración* hasta el fin . . .

Coro.

Sábado 28 en la mañana.

En los últimos días han sido frecuentes las noticias sobre la revolución. Las cajitas de fósforos suecos ó de cigarrillos caen á todas horas por sobre la pared que nos separa del otro patio, con un papelito y un guijarro cada una, destinados los últimos á dar peso á las primeras; y á través de las rendijas la puerta pasan las novedades en forma verbal. ro sucede generalmente que lo que nos dicen en mañana se desmiente en la tarde ó al otro día, de

manera que yo ya no hago caso de las tales noticias y cuando muchos de los otros están entusiasmados, discutiendo sobre algún triunfo ó haciendo cálculos de cuándo saldremos de aquí, ó sobre las operaciones militares, yo estoy dedicado á mi traducción y los veo como si fueran muchachos de escuela, ilusos y sin juicio. Nunca creo lo que no tiene muchos visos de verosimilitud; siempre estoy igual, ni triste ni alegre, resignado; mientras pasa que muchos de los compañeros, después de uno de esos entusiasmos, al saber que el motivo en que lo han fundado no existe, andan ali-caídos y acongojados hasta que una nueva noticia, por lo regular inexacta, vuelve á reanimarlos . . .

Hoy ha llegado una que ha puesto alegres todas las fisonomías y que yo mismo he creído por los detalles con que viene adornada. Se nos ha dicho que el General Riera tomó hace pocos días la ciudad de Coro, después de un sangriento combate en que cayeron prisioneros el Presidente del Estado, General Ramón Ayala, Arístides Tellería y muchos otros; y que Riera con sus fuerzas marcha á incorporarse al ejército de Oriente, que viene hacia el Centro, para seguir juntos contra Caracas, última posición del *mono* andino. La noticia se dice que la dió en el pueblo el capitán de una goleta que pasó de La Vela para Maracaibo ayer tarde y vió casi todo lo que refiere.

Ya parece que la revolución toma aspecto serio. Se han hecho conjeturas sobre los itinerarios que seguirán las tropas de Oriente y Occidente, y despu de grandes discusiones hemos concluido que aquell no podrán estar en las inmediaciones de Caracas an

de fines de setiembre ó primeros de octubre, porque la mayor parte de nuestros militares son lentos y despaciosos que dá pena. Muchas veces llegan á un pueblo y sin ninguna razón plausible se instalan en él por quince días y en ocasiones por más tiempo... Entre nosotros la guerra no puede someterse á cálculos de ninguna especie: ¡se vá á ciegas, á lo que salga!...

Pero de todos modos ya como que podemos esperar que si la revolución no tiene un fracaso, dentro de cuatro meses á más tardar estaremos en libertad... Que esa revolución lleve consigo las ideas y propósitos que son necesarios para regenerar el país, es cuestion de otro orden... A este respecto estoy íntimamente convencido de que no se adelantará nada, y en consecuencia he hecho el propósito irrevocable de que si salgo de aquí debido á ella, no tomaré ninguna parte en el nuevo gobierno.

No es inconsulta intransigencia lo que á mí, en política, siempre me ha forzado á luchar contra la corriente. A un hombre de mis convicciones no podía exigírsele que entrara en acomodos de ninguna clase con Castro, apesar de las públicas invitaciones que en ese sentido él me ha hecho. Conociendo el pasado de ese hombre y lo que de él puede esperar el país, ello hubiera sido proceder contra mi conciencia.

En cuanto á que yo tome parte en un gobierno *dirigido* por un especulador, si la actual revolución triunfa, tampoco me lo permiten las ideas que sustento... *¡Tiempo era ya de que Venezuela viera bien cuales son los antecedentes y las*

condiciones morales de los hombres que aspiran al Poder, antes de prestarse á secundar sus ambiciones!

Los toldos y la traducción. — Situación de Carabaño.

Julio 20 en la mañana.

En este mes algunos habíamos conseguido mejorar las condiciones de nuestra vida evitando tener que entrar á pasar las horas de sol en el calabozo. Al principio puso uno un toldo pequeño por vía de prueba, y como no se lo hicieran quitar fuimos animándonos otros hasta que al fin, cuando se iban los que traen el almuerzo, cubríamos una buena parte del patio con esteras y cobijas y nos metíamos debajo á conversar, leer, coser y demás ocupaciones comunes aquí, hasta las 3, hora en que deshacíamos el toldo tomando cada cual su estera ú otra pieza de su uso.

Casi todos los del "Club Marat" permanecían metidos en su cueva: á la nuestra sólo entraban Benedetti y Tarquís á dormir la siesta y luego salían á disfrutar de la sombra y del aire.

Pino venía sumamente preocupado con lo que haríamos debajo del toldo porque ni él ni sus espías podían vernos; y aunque cuando estamos en el calabozo á esa ó á cualquiera otra hora pueden inspeccionarnos menos aún, y permaneciendo en el patio les es más fácil oír lo que conversamos, ayer dió orden á Moreno de que mandara suprimir los toldos.

y en el mismo momento desaparecieron hasta las cuerdas que los soportaban . . .

Durante el tiempo que estuve haciendo la traducción de que antes he hablado, en más de una ocasión alguno de los compañeros me hizo señas, y al volver los ojos hacia arriba vi á Pino con los suyos fijos en el cuaderno; pero yo seguía mi trabajo imperturbable. De seguro esperaban que concluyera para quitármelo, y en previsión de eso, con el objeto también de evitar que fueran á hacer un registro general si lo ocultaba aquí, y á descubrir el libelo de Andueza anotado y otras cosas, ayer tarde, que precisamente acabé mi tarea, entregué el cuaderno á Moreno diciéndole lo que contiene y encargándole lo guardara hasta el día que yo salga y puedan devolvérmelo . . . Moreno lo tomó de muy buena manera ofreciéndome que se haría como yo indicaba, y cuando hubo terminado lo que tenía que hacer aquí salió con él. He empleado en esa traducción cerca de tres meses, tratando de interpretar bien el pensamiento del autor. Creo que podrá hacerse un volumen pequeño de lectura amena é instructiva y que de consiguiente no he perdido el tiempo . . .

En la noche.

Esta tarde á la hora de la revista estábamos todos formados en fila en el puesto en que lo hacemos siempre, y al ver que Carabaño es materialmente un esqueleto he dicho á Moreno que lo observara y he preguntado si esperan que muera para quitarle los grillos . . . Moreno, algo conmovido, me ha dicho que vá á consultar con Bello á ver que puede ha-

cerse en favor del enfermo, y con ese motivo después que se fué hemos tratado de animar á éste diciéndole que es probable que le duelvan la libertad para que se haga llevar al lado de su familia. El infeliz Carabaño se ha mostrado incrédulo: ya él no espera nada: él conoce bien la ferocidad de los enemigos y está resignado á su suerte . . . No pasa una sola noche sin que le dé la fatiga y muchas veces le dá también en el día. El estrofantos y las ventosas apenas lo calman por ratos, y desde hace varios dias está privado del primero porque se agotó el que tenía el Doctor Finol y no ha habido modo de hacer traer más de Maracaibo . . .

Traslación de Carabaño.

Lunes 21 á las 8 de la mañana.

Acaban de hacer salir de aquí á Carabaño sin quitarle los grillos, lo que nos indicó que sólo se le iba á mudar á otro local. Inmediatamente después trajeron al General Ovidio Angulo, de San Cristóbal, á ocupar el puesto de aquel. Cuando se fueron los carceleros, Angulo, á quien ya conocíamos desde el tiempo en que estuvimos en el departamento inmediato, nos ha dicho que el enfermo está en el calabozo nº 13 de donde él viene. Ese calabozo, aunque no tiene sino una puerta de reja como la de este, es el más fresco de la serie que yo conozco, porque cuando sopla brisa del Norte entra en [illegible] De manera que Carabaño ha ganado en cuanto á calidad del aire que respira, pero en todo lo dem está peor que aquí. No sabemos que irá á com

pues él no tiene medios de ninguna especie, y de los presos que están allí un reducido número apenas tienen con qué alimentarse muy mal por sí mismos, y los otros están atenidos exclusivamente al rancho, que ya sabemos lo que es . . .

Angulo nos ha informado que en el calabozo nº 14, que tiene de cinco á seis metros en cuadro, hay diez y ocho presos que pasan los mayores tormentos por la noche. No teniendo espacio para dormir todos en el suelo, han permitido á algunos colgar sus chinchorros; y es tanto el calor, que los que quedan situados debajo de ellos amanecen completamente mojados con el propio sudor y con el que les cae de los que duermen en alto: es horrible. La puerta de ese calabozo es de madera y solo en una pequeña parte de ella tiene reja, de suerte que aquel es un verdadero horno. Dice Angulo que entre los presos de ese calabozo hay uno que sufre de asma y pasa los noches enteras de pie para poder tener la cara contra los balaustres y no asfixiarse. Es una crueldad inaudita esa aglomeración de gente en el calabozo más pequeño del castillo: ¡se diría que se proponen matarlos á todos! . . .

En los otros calabozos de ese patio están los presos en condiciones más ó menos parecidas á la nuestra pero todos respiran un aire menos impuro que nosotros, porque, como he dicho en otro lugar, aquí no entra aire de afuera y sólo respiramos el que viene ya corrompido á través de las vigas del techo . . .

Lo peor de todo para Carabaño es que desde antes de irse Palacios se me agotaron los recursos

que tenía en la Comandancia, y lo que me quedaba aquí del ultimo pedido, y de lo que había ido economizando de los anteriores, se ha gastado desde entonces, de modo que no tengo nada que enviarle. La comida me la mandan como siempre de la bodega de Bello, porque éste sabe que al venir dinero de Caracas él mismo se paga; mas soy incapaz de pedir dinero prestado ni á él ni á ningún otro. En cuanto á mandar á Carabaño comida de la que me traen, es absolutamente imposible toda vez que los carceleros no se prestan á ello desde que eso les aumentaría y complicaría el trabajo. Realmente no sé como podrá subsistir el desgraciado mientras la muerte lo libra de sus sufrimientos. Creí hacerle un beneficio al interceder por él con el Regidor, pero el resultado ha sido contraproducente. ¿Qué será lo que se han propuesto al sacarlo de aquí casi moribundo, para empeorar su situación? . . .

Las noticias. — La almohada de Angulo.

Jueves 24 en la mañana.

De Carabaño no hemos sabido desde que se lo llevaron porque la vigilancia ha sido extremada y nadie en el otro patio se ha atrevido á acercarse á la pared á lanzar cajitas y menos aun á la puerta á conversar por las rendijas. Parece que Pino sospechó que la animación que se notaba aquí en días pasados se debía á que habíames sabido el triunfo obtenido en Coro por los revolucionarios, y ha puesto todos los medios para impedir que volvamos á comunicar

nos. A cada momento alguno de sus espías saca la cabeza por sobre el pretil de la explanada ó aparece él mismo. En este instante está de pies junto al cañón cuya boca apunta á esta parte del foso, y mira atentamente á los presos del otro lado . . .

Angulo acaba de regalarme una almohada de plumas de tortolillas de las que cazan en Maracaibo por millares. El tenía una de tamaño común y desde ayer la dividió en dos, cosió cuidadosamente las dos aberturas formando dos almohadas pequeñas y ahora me ha dado una diciéndome que la use en su nombre. Le he agradecido mucho el regalo, no sólo por lo grato que me será poner la cabeza en un cojín mullido después de haber usado por mucho tiempo unas cobijas que se apelmasan y endurecen hasta ponerse como madera, sino por la buena voluntad que me demuestra. Angulo es un hombre de carácter suave y conciliador, de esos que están siempre dispuestos á servir á los otros y naturalmente en todas partes caen bien.

El lavado. — Colina enfermo.

Viernes 25 á las 12 m.

Desde ayer empecé y hoy he concluido un trabajo á que nunca me había visto abligado desde que estoy preso ni antes. Siempre doy á lavar mi opa á alguno de los que traen la comida y la pago l recibirla. Como hace días estoy sin un cuarto, y a ropa que tengo, que por cierto no es mucha, ha'a ido reuniéndose sucia en espera de fondos que

me permitieran hacer lo que acostumbro, y la que llevaba encima ya estaba como la otra y todavía no ha llegado nada de Caracas, ayer determiné lavar yo mismo un *flux* por un procedimiento que le he visto usar á Angulo, que es á la vez fácil y eficaz.

En un pedazo de bernegal ó botijón que está en el patio, que en su primitivo estado perteneció á Meaño Rojas y era destinado á depósito de agua, y que desde que se quebró sirve á los presos para lavar, eché mi ropa ayer á las 3 con agua suficiente y media barreta de jabón amarillo que me dió Angulo, y me prometo devolverle entera al venir dinero, por más que no quiera aceptarla.

Antes de que nos encerraran ya el jabón estaba disuelto. Con una astilla de leña moví la ropa para que se mezclara bien todo. Esta mañana la estrujé dentro del agua y luego la exprimí y lavé en dos ó tres aguas de seguido hasta que salió el jabón y la ropa quedó completamente limpia. Después la estiré bien para disimularle las arrugas y la extendí en una cuerda; y cuando estuvo seca, hace media hora, me cambié y me senté á leer contra la pared del fondo del foso, que era el único lugar donde quedaba alguna sombra.

Estaba abstraído en la lectura cuando oí un golpe en el interior del calabozo, volví la cara vivamente y vi al viejo Colina que había dado con la parte posterior de la cabeza en la pared frente á la puerta á iba corriéndose por ella hacia el suelo completamente desmadejado. Corrí á él con lo mayor ligereza que me permitían los grillos y llegué á su lado en momento en que todo el cuerpo descansaba y

encorvado contra el ángulo que forman el muro y el piso del calabozo. Ayudado por otros de los compañeros que habían acudido también, lo extendimos sobre su estera y le echamos agua en la frente para que volviera en sí. A poco abrió los ojos y nos vió con mirada extraviada y trató de decir algo que no entendimos; pero dos ó tres minutos después se sentó como quien despierta de un pesado sueño y nos explicó lo que le había sucedido: se había sentido mal y apenas tuvo tiempo de acercarse de espaldas á la pared cuando cayó sin conocimiento. Dice que ya eso le había dado en su campo del Estado Falcón una vez que se puso á leer un periódico inmediatamente después de almorzar, por lo que creo que sean congestiones cerebrales. Colina está sumamente débil, porque se alimenta muy mal. Todos los días veo que cuando le traen un azafate que tiene contratado por quince pesos en la bodega del Jefe del Castillo, lo devuelve sin probar nada, la mayor parte de las veces mezclando antes las dos ó tres cosas que contiene en un solo receptáculo. Ya le he llamado la atención sobre la inconveniencia de ese proceder, diciéndole que vá á morir de hambre; pero siempre me ha contestado que ni un perro podría comer eso y persevera en su sistema . . .

Muerte del General Carabaño Izarra.

Lunes 28 en la mañana.

Colina está ya muy repuesto, pero acabamos de saber indirectamente que Carabaño se muere. El Regidor ha entrado á buscar al padre Gómez para

que lo confiese y han salido juntos. Era de verse al anciano sacerdote con su sotana, que no se la pone sino para esos actos, llevando en una mano su breviario y sujetando con la otra la cuerda de sus grillos para poder caminar. Considerar que aquel anciano respetable iba en esas condiciones á llevar los auxilios de la religión á otro prisionero moribundo, era verdaderamente conmovedor. A poco lo han traído de nuevo y ha entrado en su calabozo de donde no ha salido mientras yo he estado en el patio, por lo cual no he podido pedirle ningún informe sobre el estado del enfermo.

En la noche.

El sirviente que trae mi azafate, al inclinarse á ponerlo sobre la lata de petróleo que me sirve de mesa, situada delante de la silla en que estaba sentado, en voz apenas perceptible dijo: "murió el General Carabaño", y se retiró á cierta distancia. Aunque esperábamos la noticia de un momento á otro, nos ha causado una impresión muy fuerte. Suiny y yo casi no hemos comido y después que se fueron los carceleros comunicamos la novedad á todos los presos de este recinto, sin que nadie se sorprendiera de ella. Cuando nos encerraron nos hemos preguntado como serían los últimos momentos del infeliz enfermo, que ha sido un verdadero mártir; si moriría con los grillos y en el suelo como Prieto; cuáles serían sus últimas palabras, de qué manera lo enterrarían; y sin poder contestarnos hemos maldecido una ve más á Castro por este nuevo crimen. Luego nc hemos quedado todos silenciosos . . .

El dinero.

Miércoles 30 en la mañana.

En este momento sale de aquí Moreno. Me comunicó que desde ayer tarde llegaron doscientos pesos para mí; que Bello ha cobrado lo que le debo más diez y nueve pesos treinta y seis centavos que me corresponden de cien pesos que se llevó Palacios de los fondos de los presos, los cuales no devolverá porque ha sido reemplazado por un nuevo Regidor que está al llegar. Al mismo tiempo me ha entregado Moreno una cuenta del Doctor Soto Verde en la que éste me cobra treinta pesos, según dice, "por asistencia médico-quirúrgica á Pablo Ulloa"...

No he podido contener mi indignación ante tanta desfachatez para robar á un preso que vive privado de todo, y he dicho á Moreno que lo que yo deba á Bello por comida está bien que aquel lo cobre; pero que los diez y nueve pesos treinta y seis centavos no los debo, porque si Palacios se llevó algunos fondos de los presos debió ser con autorización de Bello y de consiguiente él es el único responsable; que á los presos no se les consultó si querían prestar lo suyo y que si lo hubieran hecho seguramente se habrían negado; que además yo no tenía fondos aquí cuando se fué Palacios, como pueden comprobarlo por los libros, y mal podía llevarse aquel ninguna cantidad mía...

Moreno ha contestado que sabe que yo no tenía dinero cuando se fué Palacios porque él recibió entonces todas las cuentas para encargarse de la

Regiduría; y me ha explicado que los cien pesos los llevó aquel de los fondos de otros presos con permiso de Bello, porque éste contaba que regresaría á su empleo; y que como no sucederá así, y es difícil conseguir á Palacios para hacérselos devolver, Bello dice que él no puede perder esa suma y la ha prorrateado entre seis ó siete presos que tienen dinero hoy en la Comandancia, entre los que me cuento yo . . . Moreno ha agregado que desde que llegaron mis fondos Bello separó y tomó lo que se me había asignado para cubrir la suma desaparecida . . . En cuanto á la cuenta de Soto Verde he dicho á Moreno que tampoco la debo, y que diga al Doctor que entre acá para repetírselo; que si Bello se los entrega no será por orden mia, pues no puedo consentir que se me robe de esa manera; que á mi familia seguramente le cuesta muchos sacrificios enviarme esos fondos para que yo se los regale á Soto Verde . . . Es verdaderamente admirable la desvergüenza con que estos canallas caen sobre el dinero que les viene á los presos Son como una bandada de cuervos hambrientos cayendo sobre un cadáver y dividiéndolo en pedazos para tomar cada cual el suyo . . .

A las 5 de la tarde.

Hace un momento estaba yo sentado en la silla de Suiny en medio del espacio entre las puertas de los dos calabozos, con la cara vuelta hacia el nuestro, conversando con uno de los compañeros, mientras los otros estaban á nuestro alrededor en distintas ocupaciones. Aunque sentí que habían abierto la puerta que nos separa del otro patio, continué en la

misma posición; mas Benedetti se acercó y me dijo que Soto Verde había entrado muy de prisa en el "Club Marat", sin duda á ver á uno de los Finol que está enfermo, y entonces me volví y me dediqué exclusivamente á esperar que saliera . . .

Cuando apareció en la puerta le dije: "Doctor, hoy me mandó Ud. una cuenta *"por asistencia médico-quirúrgica á Pablo Ulloa";* yo quisiera saber cuál ha sido esa asistencia. Yo mandé decir á Ud. cuando Ulloa recibió la herida que *si se la costa* le pagaría, y Ud. no solo no lo hizo sino que ni siquiera lo lavó una sola vez y la mano le quedó completamente torcida por falta de que se le entablillara y cosiera oportunamente . . . Yo soy quien lo he lavado y curado, rompiendo mi ropa para hacer vendas é hilas. Es verdad que Ud. mandó después unas botellas de agua boricada, las cuales estoy dispuesto á mandarle pagar, pero ellas no valen lo que Ud. ha cobrado. No pagaré asistencia médico-quirúrgica porque no la ha habido; Ud. puede obtener que le den mi dinero así como han dispuesto de él para cubrir otras cuentas que no son mías, mas no espere que yo autorize esos abusos". . .

Soto Verde es un hombrecito como de cuarenta años, de color de café tostado, con narices y boca gruesas, ojos saltones y una joroba muy pronunciada. Parado delante de mi, á dos pasos de distancia, á medida que yo hablaba fué poniéndose amarillo hasta llegar en una parte de las mejillas á un tinte parecido al de la carne de mamey; y cuando hube terminado, en un tono de hombre enfadado me dijo: "Ud. sabrá de asuntos militares, pero no

de medicina: no cosí la herida á Ulloa porque no se podía, y le he cobrado á Ud. porque Ud. ofreció pagarme"... Le repliqué que yo no pretendo saber de medicina y que ese no es el punto en discusión; que él mismo había confesado que no había cosido la herida y de consiguiente yo nada le debo, porque sólo he ofrecido pagar la operación de la costura; y ya iba á continuar sus argumentos cuando me puse de pies, como movido por un resorte, con ánimo de darle una bofetada, mas el negrito corrió hacia la puerta volviendo la cabeza á ver si era perseguido, y saltó el quicio de aquella colocándose detrás de dos soldados que estaban allí de bayoneta calada, dicéndoles con voz asustada al pasar entre ellos "¡armen bayonetas!"...

Yo no había tratado de dar un solo paso adelante porque sabía que los grillos no me habrían permitido alcanzarlo. Al ver á Soto Verde detrás de los soldados, y que éstos, por más que yo estaba á cinco ó seis metros de distancia, pusieron las puntas de sus bayonetas hacia mí, me pareció sumamente gracioso el grupo que formaban, y, ya enteramente calmado, volví á sentarme sin agregar palabra.

Después que se han ido, los compañeros, que habían presenciado la escena, y yo, hemos reido de las cosas de Soto Verde ¡Quién sabe que embrollo vá á formar ahora al referir á Bello lo acontecido!...

Salas.

Agosto 2 á las 6½ de la tarde.

Cuando llegaron los *sicambros* á encerrarn vino con ellos el nuevo Regidor, que lo es un Coro

Armando Salas, de Trujillo.(1) El aspecto y maneras de Salas son los de un hombre de buena sociedad. Me ha admirado que busque ó acepte un empleo tan bajo, porque en resumidas cuentas, el Regidor no es sino un carcelero. Ninguno de los compañeros lo conocía, pero á todos ha hecho la misma buena impresión que á mí.

Las cuentas.

Lunes 4 á las 11 de la mañana.

Salas ha venido á decirme que recibió las cuentas de Moreno en las que figura la cantidad tomada por Bello para pagarse la que robó Palacios. Le he repetido lo que á ese respecto había dicho á Moreno, pero me ha manifestado que no ve remedio á eso, mirándome al mismo tiempo de un modo significativo que quería decir era inútil tratar más sobre el particular . . . Le he dicho que en varias ocasiones me han faltado diferentes cantidades en los arreglos de cuentas, especialmente en tiempo de Márquez; le he explicado que con un clavo pequeño que tengo llevo en la pared mi Debe y mi Haber con toda claridad; que cada vez que llega dinero de Caracas lo anoto de un lado, y las cantidades de cinco pesos que se me van entregando son apuntadas de otro, lo mismo que el valor de la comida, el cual es asentado al fin de cada mes, de modo que no es posible que me equivoque; pero que nunca me había ocupado de

(1) La ciudad de Trujillo citada varias veces en el curso de esta narración, fué fundada por el progenitor de mi familia, Diego García de Paredes, en 1565.

reclamar porque nunca se había pretendido obtener mi consentimiento para invertir mi dinero en cosas que no me atañen; le he referido la pretensión de Soto Verde de hacerme pagar, también por su parte, una suma que no debo; le he dicho que en todo ha habido siempre aquí el mismo desorden; que mis libros se han perdido, etc., etc. Salas ha manifestado que él será quien manejará ahora los fondos y todo lo perteneciente á los presos y espera que en lo sucesivo no habrá motivos de desagrado; que de lo de Soto Verde nada sabía, y ha salido ofreciendo buscar algunos de mis libros, de los cuales cree haber visto varios en diferentes lugares del castillo.

El arroz.

Martes 12 á las 3 de la tarde.

Unos días antes de la llegada de Salas había estado viniendo la comida tan mala y en tan exigua cantidad, que á pesar de que el azafate, que antes dividíamos entre tres, lo compartiamos entonces sólo Suiny y yo, nos quedábamos siempre con hambre. En consecuencia Suiny pidió á Moreno que le hiciera traer el rancho que dá el Gobierno para cada preso; mas aquel, después de consultar con Bello, le dijo que no había rancho para él . . .

Suiny le manifestó que yo no tenía obligación de partir con él mi comida, y que, según esa disposición de Bello, en el caso de que me negara á continuar haciéndolo estaba condenado á morir de hambre; pero Moreno repitió que tenía que atenerse

las instrucciones que se le habían comunicado y no se trató más del asunto . . .

La gestión de Suiny influyó, sin embargo, para que aumentaran algo el contenido del azafate en esos días, más ya hàbía vuelto á disminuir y ayer lo retiramos definitivamente y empezamos á probar otro sistema de alimentación . . .

En la mañana compramos y comemos pan, mantequílla y queso, en cantidad suficiente; a medio día algún pedazo de papelón ó frutas, cuando las traen á vender, y luego no volvemos á tomar nada hasta las 3 ó las 4, para cuya hora ha confeccionado Suiny el gran plato del día . . .

Meaño Rójas se ha asociado á la última comida: yo contribuyo con diez y seis centavos y él con ocho. Suiny compra en la mañana arroz, carne, manteca y aliños y á las 11 ó las 12 fríe estos con la carne dividida en pedazos pequeños, á tiempo que el arroz se cuece con sal en una lata comprada al efecto. Cuando el arroz ha llegado á cierto grado de blandura le pone Suiny la carne con todo lo demás, lo revuelve bien y lo deja á fuego lento hasta que está bien cocido y ha tomado el gusto de los otros componentes. Luego lo distribuye en tres platos hondos que quedan colmados, me dá uno, dá otro á Meaño y el tercero lo toma él. Hemos convenido en que Suiny merece una patente de cocinero . . . Cuando nos hemos comido nuestros promontorios de arroz con carne tenemos las caras alegres, comprobando una vez más aquello de "barriga llena, corazón contento" . . . En este instante he recibido mi plato, y al ver el pico que forma en el centro hacia las nubes

no he podido menos de parodiar á Napoleón en Egypto y he exclamado: "¡Suiny, desde lo alto de esta pirámide os contemplo!" . . .

En el patio del calabozo. — Una requisa. — Proyectos de Benedetti.

Martes 19 á las 9 de la mañana

Desde que me pusieron los "grillos restauradores" no puedo usar mi butaca y la he dado á Suiny en cambio de su silla. La posición que tengo que guardar para que aquellos descansen sobre el aparato sín magullarme las piernas, me hace estar mejor en una silla común. A las 8 había preparado ya y tomado mi desayuno de fosfatina — pues hace dos días llegaron unos potes que Salas había encargado para mi — y me senté contra el muro del fondo del foso.

Primero me quedé viendo á Pulido que estaba en el otro extremo del patio con unos grillos pequeños que le remacharon tan luego como se mejoró de su enfermedad, pensando si se los quitará de noche; y en seguida estuve recordando que no ha vuelto á acercarse á este lado del patio desde un día, poco antes de que se llevaran á Carabaño, en que al salir yo del calabozo á lar 2 de la tarde, de darme el baño de fricción, lo encontré en el mismo puesto en que estoy ahora discutiendo acaloradamei con aquel sobre algunos de los hechos militares Castro, de los cuales Carabaño no reconocía el n rito que Pulido les atribuía . . .

Me pareció una contrahumanidad dar lugar á que Carabaño, ya en vísperas de morir, se exaltara del modo que estaba, porque ello no podía menos de serle perjudicial; y al acercarme dije á Pulido que yo no permitía que siguiera la discusión con él. Pulido contestó visiblemente desagradado que cada uno era libre de emitir sus ideas cómo y cuando le pareciera; pero no volvió á dirigir la palabra á Carabaño y en el mismo momento se fué á su calabozo, sin que yo agregara nada más. Desde ese día no nos saludamos . . .

Después me fijé en el Doctor Edecio Finol que lavaba en una batea frente á la puerta de su *alojamiento* su ropa y la del hermano, quien no puede hacer ese trabajo á causa de su enfermedad del corazón. Considerando el buen humor conque el Dr. desempeñaba su humilde cometido, conversando y riendo con los que estaban cerca de él, y pensando que cuando un mandatario, para sostenerse en el poder, se ve obligado á encarcelar á esas y tantas otras personas útiles á la sociedad como hay aquí, pensé que ese mandatario tiene que ser un gran bribón . . .

Luego mi atención se distrajo hacia Agelvís, que acababa de sentarse junto á la pared que dá al otro patio, había abierto su libro primario y decía de voz en cuello: "los espa, los españoles, se refu, se refugiaron apresuradamente en, en sus bu, en sus buques" . . . Esa frase me hizo recordar que antes de los acontecimientos que motivaron mi traslación á la "Cueva Encantada", Agelvis vivía en el calabozo 15 con los Doctores Finol y otros, y en una ocasión molestó tanto á aquellos que resolvieron pedir Regidor Márquez que los cambiara, á otro lugar.

Yo estaba sentado en el patio á las 7 de la mañana cuando salieron los Doctores con sus lios y se encaminaron al calabozo nº 16, que se les había destinado. Agelvis que leía en otro lado del patio, y casualmente había llegado á la frase que tartamudeaba ahora, al verlos se dirigió precipitadamente hacia donde yo estaba, y en el momento en que los Finol entraban en el otro calabozo me los enseño con el dedo riéndose, á tiempo que se inclinaba para que yo pudiera leer la linea que me marcaba en el libro: "los españoles se refugiaron apresuradamente en sus buques" . . . No pude menos de reir de la ocurrencia, le dije que dejara tranquilos á "los españoles", y á poco se volvió á su puesto y continuó estudiando su lección: "los españoles se refu, se refugiaron" etc. . . .

Agelvis ha logrado imponerse en el calabozo en que está actualmente, como lo había hecho en el 15. A cada instante forma una discusión por toda especie de tonterías y termina por insultar al que lo ha contrariado. Ahora días, después de una de esas discusiones, diá de golpes á Pulido sin que nadie se atreviera á hacer nada para impedir que siga adelante en sus abusos, por más que todos repetían en voz baja que debía hablársele al Regidor para que lo trasladara á otra parte. El único del "Club Marat" que conserva su independencia y se hace respetar por Agelvis es el Pro. Goméz, quien, como he dicho antes, tiene ya cerca de setenta años y es de constitución endeble; más á pesar de todo es muy enérgico. Si no estuviera allí ese viejecito, Dios sabe que habría pasado ya . . .

Agelvís viene raras veces á este lado del patio. Algunos le han atribuido la denuncia de la conspiración de Agosto, pero yo no lo creeré sino cuando obtenga pruebas de ello, si es que algún día las obtengo. Siempre me trata con deferencia, aunque desde la fecha anotada no ha vuelto á ser el mismo de antes. Además de los otros motivos que pueda tener para su alejamiento, sabe que no apruebo la especie de tiranía que ejerce con sus compañeros de calabozo . . .

Estaba engolfado en estos pensamientos cuando se oyó una voz del otro lado que dijo: "requisa". Simultaneamente corrimos todos á ocultar nuestros objetos importantes, y cuando entraron los *sicambros* nos hallaron en distintas ocupaciones á cual más inocente, como si no los hubiéramos sentido ni nos hubiéramos movido de nuestros puestos para nada. Salas se quedó en el patio cerca del punto donde yo estaba mientras los oficiales hacían el registro del calabozo en la misma forma que lo han hecho anteriormente, tirando todo aquí y allá, pisando la ropa, etc. Cuando terminaron, vi que uno salió con mi catre en el hombro y se dirigió á la puerta que comunica con el otro patio. Al pasar cerca de nosotros lo mostré á Salas y le pregunté:

¿Qué es eso?

Tengo orden de llevármelo.

Es propiedad mía.

Se me ha ordenado sacar todas las camas.

Ante respuestas tan categóricas no había nada qué agregar . . . A poco vi que sacaban del "Club Marat" la cama de Meaño Rojas y se ausentaron los sayones . . .

A las 10 de la noche.

Al encerrarnos me extendí en el suelo como los demás compañeros. La tela de la butaca se ha estirado tanto que no pudo servir de base para hacer la cama como antes. No hay modo de que quede pasablemente plana.

Hemos discurrido un rato sobre la hostilidad *sicambra,* que no nos olvida ni un instante. He preguntado si en mi catre estará durmiendo á la hora presente alguna querida de Bello ú otro Bellaco, y cuando cada uno hubo emitido sus apreciaciones sobre el particular, Benedetti, que se había quedado meditando, completamente extraño á lo que decíamos en el calabozo, preguntó de repente á Vargas si él conoce al preso que trajo mi azafate esta tarde: un hombrecillo de color amarillo sucio, con el pelo áspero y ensortijado, del mismo tinte de la piel, formando un conjunto muy repelente. Vargas dijo que sí; que es de Maracaibo; que lo tienen aquí desde hace varios años porque siendo sargento, un día que su guerrilla salió al campo en comisión, se puso de acuerdo con un soldado de la misma y mataron al Teniente que la mandaba para robarle las raciones que llevaba en dinero. Benedetti agregó que ese hombrecillo cumplirá pronto su condena y lo aguardará en Maracaibo para formar parte de la banda que piensa organizar en las montañas de la Fría; que cuando él estaba en el hospital contrató á varios que salieron del presidio en esos días, quienes están aguardándolo en el mismo punto con igual objeto; que tiene contratados unos cuantos más aquí, entre los que se cuenta uno llamado Cabrera, que

barbero, para que se incorporen á medida que vayan cumpliendo el período de reclusión que les han impuesto por sus delitos. Luego se extendió sobre los pormenores de su plan: dijo que por ese camino no pasará un solo *restaurador,* aunque sea el mejor de ellos, sin que pague con la vida los excesos que los otros han cometido en toda la República...

Cuando estaba más entusiasmado en la descripción de los medios que ha ideado para que no se le escape ninguno, lo he interrumpido para decirle que en Los Andes, según toda probabilidad, vá á haber que instituir las comisiones militares permanentes de que ya he hablado, que fusilen en veinticuatro horas á los asesinos y á los que pagan porque se asesine á los otros, tan luego como se les compruebe el crimen en un proceso verbal: una cosa semejante á las comisiones que fueron organizadas en Francia después de la guerra de la Vendée para purgar el país de malhechores; que si antes que exponerse á caer en manos de las comisiones y que lo pasen por las armas con toda su banda, no será preferible que al salir de aquí se dedique á coger morrocoyes de los que dice Gutiérrez que son tan abundantes en Maracaibo.

En el primer momento él y todos se han reído mucho de mi proposición, pero le he dicho que hablaba en serio y he explicado á Benedetti que cuando la revolución ó Castro le devuelvan la liberd, puede obtener que algún comerciante amigo le reste doscientos ó trescientos pesos para dar prinpio á la empresa; que entonces puede buscar dos tres peones conocedores de las costumbres de los

morrocoyes, irse con ellos á los lugares donde viven, coger unos centenares á muy poco costo y llevarlos á Caracas, donde los venderá con la mayor facilidad á ochenta ó cien centavos fuertes cada uno, según el tamaño. Le he indicado cómo puede proceder para dar al negocio una forma estable, formando dos *corrientes de morrocoyes* de Guayana y Maracaibo hacia Caracas para abastecer el mercado constantemente . . .

Cuando llegaba aquí ya Benedetti se había olvidado de la banda de La Fría y de los *restauradores* y estaba oyéndome con atención; y una vez que hube terminado la exposición del negocio, como yo lo entendía, tomó él la palabra para decir que realmente se puede hacer mucho dinero así, estableciendo sucursales en Valencia, La Victoria, Puerto Cabello, La Guaira, etc., etc., que al salir de este castillo procederá inmediatamente á plantear el negocio; que tiene quien le preste el dinero; y que le importará muy poco que cuando yo lo encuentre en Caracas, dándose buena vida, ya con un capital propio considerable, lo llame "el hombre de los morrocoyes". . . Gutiérrez le ha ofrecido ayudarlo á cogor aquellos, y aún estarían hablando de los pormenores de la industria si la corneta del cuartel no los hubiera obligado á callarse: seguramente Benedetti vá á soñar esta noche con los morrocoyes . . .

El espía. — Volvemos al azafate.

Setiembre 10 á las 10 de la mañana.

Hace media hora había venido Meaño Rojas y sentádose con algunos de los presos de "La Cueva

Encantada" contra la pared inmediata á la puerta de ésta, muy cerca del ángulo que forma con el muro de la fortaleza, sacó de la pretina del pantalón un papelito y nos lo leyó: era una noticia sobre la revolución, de las primeras que han llegado después de un silencio de muchos días. Según ella la revolución está triunfante en todas partes y "ya se acerca el término de la oprobiosa tiranía de Castro". No hay detalles.

Cuando leía Meaño Rojas, uno de los espías de Pino sacó la cabeza por sobre el pretil de la explanada, en la parte de esta inmediata á donde estábamos el lector y los oyentes, y habiendo yo dirigido la vista hacia arriba por un movimiento de natural precaución, lo vi con la suya fija en el papel, y que en seguida desapareció. Calculamos que Meaño iba á ser denunciado; éste destruyó el papel y preparamos un cuento para el caso en que se realizaran nuestros temores. Casualmente poco antes del incidente había caído de la explanada un pedazo de una lista de revista. Meaño Rojas lo tomó, lo recortó del mismo tamaño del papel en cuestión y convinimos en que si preguntaban se diría que eso era lo que estaba leyendo cuando el espía creyó habernos sorprendido . . .

Al abrir la puerta los *sicambros* para traer el almuerzo, Meaño Rojas permaneció en el lugar donde había estado sentado, otros de los compañeros se dispersaron á tomar su rancho y Suiny y yo nos pusimos en el interior del calabozo, junto á la puerta, á comer lo que habían traído, pero de modo que podíamos ver bien á Meaño. El Regidor Salas apareció

á poco al lado de éste, y, con muy buenas maneras, le pidió el papel que, según dijo, Meaño me leía *á mí* en el momento en que lo vieron. Meaño tomó con la mayor naturalidad el pedazo de lista mencionado, que lo había dejado caer en el suelo á corta distancia, y dijo que aquello era lo que había estado leyendo; pero Salas objetó que aquel papel estaba escrito con lápiz. Entonces Meaño Rojas, algo desconcertado, se dirigió á mí citándome como testigo de que decía la verdad, y yo le contesté con la mayor calma del mundo: "¿No había dicho yo á usted que el espía iba á tomar ese papel por una correspondencia revolucionaria?" Y luego dirigiéndome á Salas, que se había vuelto hacia mí: "Ese hombre sin duda no ve bien cuando afirma que lo que Meaño Rojos leía estaba escrito con lápiz"... Salas, sín contestarme, dijo á Meaño Rojos que á la hora de la comida traería el oficial que vió el papel para esclarecer el asunto, é inmediatamente se marchó al otro departamento.

A las 3.

Desde ayer resolvimos volver al abominable azafate porque la cocina de Suiny tropezaba con grandes dificultades y ofrecía inconvenientes inallanables. Casi nunca se podían obtener á tiempo los materiales necesarios, por más que aquel los encargaba con anticipación, y luego la hora de preparar la comida es la en que hay muy escasa ó ninguna sombra y pobre Suiny se asoleaba demasiado. A las 12 ponía su sombrero gris, se salía al patio á lucl con la leña verde que no quería arder, y se est

allí soplando de todas maneras y dándole vueltas al fogón hasta las 3. Al haber un metro de sombra empezaban á salir los habitantes de las dos cuevas y á perfilarse contra la pared, y en ocasiones era tanto el humo que despedía el fogón que materialmente no so podía respirar. Los que teníamos interés en el arroz aguantabamos con paciencia, pero los demás sufrían horriblemente sín ninguna esperanza que les compensara la incomodidad, y más de una vez oí que algunos hablaban del humo en términos poco comedidos . . . Ayer tarde dije á Salas que me hiciera traer el azafate como antes y no nos hemos ocupado más de la cocina. En este instante vienen abriendo puertas y nos preparamos á comer algún pedazo de hígado frito ya frío ú otro pobrísimo alimento en parecidas condiciones . . .

A las 4.

Salas trajo al espía que había denunciado á Meaño Rojas, pero no pudo adelantar nada. Este se encastilló en lo que ya había dicho, y aunque el hombre aseguró que el papel que él vió estaba escrito con lápiz, Meaño le repitió diferentes veces que decía eso porque no se había fijado bien, y al fin Salas y su testigo tuvieron que irse como habían venido. Creo que el hombre ha concebido dudas respecto de la fuerza de su vista y á la hora actual se considera miope . . . En adelante es muy probable que Bello provea á cada uno de sus espías con un par de anteojos . . .

Agelvís.

Domingo 14 á las 10 de la mañana.

Me he visto en el caso de tomar la iniciativa para hacer que se llevaran á Agelvís. Hará media hora que estando en el patio la mayor parte de nosotros, oímos que peleaban en el nº 17 y algunos se dirigieron allá á toda prisa. Casi inmediatamente vi salir á Pulido con la cara llena de cardenales y chichones, limpiándose la sangre que salía de algunos de ellos. Estaba completamente desfigurado. Si no hubieran llegado á tiempo sus compañeros de calabozo, Agelvís habría podido matarlo, de tal manera estaba furioso el hércules andino. Todos salieron de nuevo al patio y empezaron á cuchichear diciendo que la prisión se hacía doblemente penosa al tener que vivir en compañía de un hombre tan brutal, pero ninguno se atrevía á decir eso mismo en voz alta y menos aun á tomar ninguna disposición para evitar el mal en lo sucesivo. Viendo esa indecisión, y temiendo que si Agelvís continuara aquí las cosas irían de mal en peor en el "Club Marat", dije á los que se quejaban que tan luego como abrieran para traer el almuerzo iba á procurar que se llevaran al agresivo hijo de Los Andes. Este estaba también en el patio y me oyó pero se limitó á mirarme sin mover los labios: ni él ni ninguno de los otros creían que yo fuera á echármelo de enemigo por defender á Pulido, á quien sabían no tenía buena voluntad á causa de su condición de *restaurador*.

Cuando abrieron para que entraran los sirvientes con el almuerzo dije al oficial que custodia la puerta

que hiciera llamar al Regidor, y al llegar éste, en presencia de todos, le dije: "lo he mandado llamar para exigirle traslade á Agelvís adonde pueda vivir en paz con sus compañeros. Vea el estado en que ha puesto á Pulido".

Antes de que el Regidor, que se había vuelto hacía el lado que yo le indicaba, me contestara, Agelvís me dijo: "Yo no esperaba esto de usted General". — "Por más que usted no lo esperara", le contesté, "me he visto obligado á hacerlo porque es imposible que usted continúe aquí. Usted abusa de su fuerza. A otro que no fuera débil como Pulido seguramente se habría usted guardado bien de provocarlo" . . .

El Regidor mandó á Agelvis qué tomara sus efectos y lo condujo al otro departamente. Poco después ha venido el padre Gómez á felicitarme por haber obtenido que los libraran de aquella "bestia salvaje". Ninguno de los otros me ha dicho nada. Probablemente tienen por depresivo que me haya constituido en su protector, y sí se ha de ver bien en el asunto no les falta razón, porque á ellos era que les correspondía poner orden en *su casa* . . . Se habían abstenido, sin embargo, de hablar al Regidor, dando lugar á que Agelvís maltratara hoy por segunda vez á Pulido, no por bondad hacia el primero, á quien odian de todo corazón por lo mucho que los ha molestado, sino porque le temen. Son unos pobres hombres. Ahora quedarán tranquilos, aunque estén enfadados conmigo porque les he proporcionado esa transquilidad . . .

Colina.

Octubre 10 en la tarde.

El General Colina tuvo hoy otro ataque de epilepsia, pero no cayó como la vez primera que le dió aquí. No se había levantado de su estera porque se sentía mal y poco antes de que vinieran los carceleros le dieron convulsiones. Cuando llegaron aquellos á pasar la requisa de la mañana ya estaba algo repuesto y se lo llevaron al otro departamento. ¡Pobre Colina! Siempre ha estado muy de acuerdo conmigo en todo, y últimamente me ha dicho que en adelante seguirá el camino que siga yo en política, porque le han agradado mucho las ideas que profeso; que hasta ahora se ha visto constantemente arrastrado por los hombres y por los acontecimientos y ha tenido que hacer muchas cosas contra su voluntad; que no había encontrado quien lo llevara por la buena vía; que todas sus luchas y sus sacrificios han sido estériles porque sólo ha contribuido con ellos á encumbrar hombres desprovistos de patriotismo; pero que aun es tiempo para él de hacer mucho en favor del país porque todavía se siente fuerte y tiene muchos amigos en los Estados Falcón y Lara.

Colina es de una capacidad militar notable. Perteneciendo á la clase del pueblo pobre, empezó de soldado y ganó sus asensos uno á uno con sus hazañas. Primero conocía la guerra por intuición — luego ha tenido una larga práctica. Son muy co tados los libros que ha leído, y esos mismos despu que ya era General y no los ha digerido bien. Cuan

habla de lo que ha leído dice muchos despropósitos, mas al referir sus hechos militares se comprende que es un hombre de una grande astucia natural. Para significar esto suele decir que "el samuro se lo ganará en la arrasada, pero no en el vuelo"... Tal vez se compara con ese "pájaro ominoso", no solo por la habilidad natural que aquel tiene para preservarse de los peligros, sino también á causa de su color, pues él es descendiente de africanos, con muy poca mezcla, y siempre lo han llamado "el negro Colina" para diferenciarlo del General León Colina, que murió hace pocos años, del mismo Estado Falcón, quien era mestizo, y uno de los hombres más valientes que tuvo Venezuela en la segunda mitad del siglo pasado. El "negro Colina" es alto y bien proporcionado. Su aire es enteramente marcial. Tiene el brazo derecho encogido á causa de un balazo y eso mismo caracteriza más su aspecto de guerrero.

Me ha conmovido la franqueza é ingenuidad conque ha confesado sus errores y su propósito de empezar de nuevo á los 70 años. Temo que el buen viejo haya estado haciéndose ilusiones respecto de su salud. Si esta prisión se prolonga algún tiempo, tal vez no saldrá vivo de ella. Esos ataques que ya le dan con frecuencia terminarán por causarle la muerte.

Colina mejora. — La revolución.

Miércoles 22 en la tarde.

Esta mañana me acerqué á la puerta que dá al otro departamento, á ver por las rendijas á Colina para quien han hecho una barraca de esteras en el

patio, tan pequeña que apenas cabe en ella un catre. El viejo estuvo muy grave después que lo sacaron de aquí, pero ya está mejor y en el momento en que lo vi se encontraba sentado en el catre conversando con un General Urbina, de Coro. Su cabeza casi tocaba las esteras del techo de la barraca, que está todo el dia azotada por el sol. El calor tiene que ser muy intenso allí: no es ciertamente en semejante guarida que puede Colina reponerse de su enfermedad, por más que durante la noche tiene aire fresco.

Durante los instantes que estuve en la puerta se acercó Ulloa por el otro lado y me dijo que los presos de allá acababan de saber que el ejército revolucionario tiene sitiado á Castro en La Victoria desde hace varios días, y que se espera por momentos la noticia de la captura del Dictador.

En ese mismo momento otro preso tiró una cajita por sobre la pared, en la que trasmitía por escrito lo que me había dicho Ulloa, agregando que desde el 14 fué Castro obligado á encerrarse en la mencionada ciudad con cuatro mil hombres, que era cuanto le quedaba para esa fecha, y que los soldados de la revolución son catorce mil.

Desde esa hora ha habido grande animación entre nosotros y hemos estado haciendo cálculos. Yo no he podido explicarme cómo un ejército mandado por Matos ha podido realizar lo que se le atribuye á éste. La Victoria está á diez y ocho leguas de Caracas y si Castro se encuentra efectivamente encerrado en ella hace ocho días, está perdido. Para que el ejército de la revolución haya obtenido ese resultado tiene que ser, como se dice, mucho más numeroso que

el del Jefe de los *restauradores,* y probablemente á la hora actual ya la capital de la República ha caído en poder de una parte de sus tropas, mientras la otra estrecha al impopular andino en sus atrincheramientos. ¡Si tendré que modificar mi opinión respecto de Matos! . . . ¿Se habrá ocultado por tanto tiempo un General en ese payaso de sesenta años? . . .

Las caras de los presos han cambiado de expresión con la esperanza de la libertad inmediata y ya muchos dicen que Matos es un hombre fino y culto muy diferente del salvaje Castro. No sé cómo han descubierto que en 1874 fué á Barquisimeto con Guzmán Blanco, en el ejército que marchó entonces de Caracas contra la revolución que acaudillaba el General León Colina, en cuyo ejército, que nunca combatió, no llevaba cargo ninguno, pero no obstante eso creen que con haber hecho ese viaje en compañía de las tropas debió aprender mucho, y dicen que no es enteramente nuevo como guerrero; dicen que seguramente hará un buen gobierno; que con su crédito particular, que es inmenso en el exterior, restablecerá el de la República; que el crédito es lo más importante, y muchas otras cosas por el estilo. Matos es hoy el héroe del "Club Marat", de "La Cueva Encantada" y de todas las otras cuevas . . .

Conjeturas sobre la revolución.

Noviembre 1º.

La vigilancia ha sido extremada últimamente. Desde que se nos comunicó que el ejército revolucionario estaba sitiando á La Victoria, no hemos

vuelto á saber nada. La referida noticia debió ser una de tantas *bolas* que empiezan á rodar en Maracaibo ó en otra parte y muchas veces llegan hasta aquí, aunque á la verdad el referido ejército desde los triunfos de Guanaguana y Coro tiene tiempo de sobra para estar no digo en La Victoria sino en Caracas . . .

De todos modos esa noticia nos ha tenido en una excitación mental muy desagradable. A cada ruido que oimos en las puertas pensamos que vienen á ponernos en libertad, porque, á pesar de que ignoramos lo que pasa afuera, las caras y la conducta de los *sicambros* revelan que pasa algo grave. Tal vez no sea lo que nos han dicho, pero puede ser alguna otra cosa que les es adversa. No han vuelto á pasar requisas ni á cometer violencias de ninguna clase. Más bien se han mostrado atentos, y hasta he visto á algunos de los oficiales más hostiles sonreir cariñosamente con varios de los presos. Evidentemente quieren hacer nuestra amistad por lo que pueda suceder . . .

Sí las tropas revolucionarias hubieran sitiado á Castro en la Victoria desde el 14 del mes que terminó ayer, hace muchos días que lo habrían obligado á rendirse. No es de creerse que hayan estado cambiando tiros todo ese tiempo sin resolverse á atacar de firme. Si lo hubieran hecho así, siguiendo el vergonzoso uso que han establecido muchos de nuestros militares en los últimos años, ya habrían agotado todas sus cápsulas, pues por los caminos que han atravesado de ningún modo pueden haber llevado á La Victoria más de un millón de aquellas. Aun me parece esa cifra imposible, porque necesitaría alred

dor de mil burros y mulas, y es muy difícil reunir esa cantidad de animales de carga. Fijémonos, sin embargo, en un millón de cápsulas. Reduciendo el número de las tropas revolucionarias á diez mil y calculando que sólo cinco mil hayan estado malgastando cápsulas, á veinticinco diarias por soldado, lo que no es ciertamente exagerado suponer, tendríamos ciento veinticinco mil gastadas cada día. En ocho días habrían gastado el millón, y van corridos diez y siete desde que se nos dijo que habían atacado á La Victoria. ¿Con qué se han sostenido ó defendido el resto de ese tiempo? . . . En cuanto al parque de Castro, cuando éste se encerró en La Victoria debía haber acumulado allí varios milliones de cápsulas, pues le era muy fácil hacerlas llevar de Caracas en el ferrocarril, de modo que no es extraño que haya podido malgastar cápsulas como los otros sin que se le agoten.

Estamos en una grande confusión. Los revolucionarios no han debido atacar La Victoria el 14 de octubre, y si lo hicieron, después no han combatido de seguido. ¿Qué habrán estado haciendo? . . .

Los optimistas de aquí dicen que una revolución que ha llegado triunfante hasta La Victoria, es imposible que se pierda; mas esa gente no razona con juicio. Han podido muy bien llegar hasta allí, porque los Jefes de cuerpo se manejaran con más ó menos habilidad en sus localidades y efectuaran la reconcentración lejos de la base de operaciones de astro, ó por ineptitud de éste, si lo hicieron cerca; as, después que se reconcentraron, evidentemente han cometido sino errores. Para que diez mil

hombres aguerridos, vencedores siempre hasta allí, hayan estado diez y siete días al frente de cuatro mil sin vencerlos, es preciso que no hayan tenido Jefe. ¿No será "él payaso" quien lo ha echado á perder todo? . . . Porque desde que el ejército se reconcentró es que él ha debido ejercer influencia directa sobre todas sus partes, y desde entonces precisamente es que el ejército no sirve para nada . . .

Yo auguro mal de todo esto. Sólo podemos hacer conjeturas, porque no tenemos bases precisas en qué fundar un razonamiento; pero es necesario convenir en que se ha perdido mucho tiempo y en la guerra, más que en ningún otro negocio humano, no se pierde aquel impunemente . . . Continuemos esperando con calma. De un modo ó de otro tendremos que saber pronto la verdad . . .

El tiroteo.

Lunes 3 a las 10 de la mañana.

Acabamos de presenciar un espectáculo que caracteriza el salvajismo imperante, mas no por eso ha servido menos para informarnos de la derrota sufrida por las fuerzas revolucionarias que estaban sitiando á La Victoria.

Hace media hora subieron doscientos hombres de la guarnición á las explanadas, armados de Mausers de repetición, y estuvieron disparando al aire, sin descanso, por espacio de diez minutos. Calculando á diez tiros cada minuto, aunque las armas pueden disparar muchos más, han debido gastar esos

canallas veinte mil cápsulas para demostrarnos su regocijo. Ese número de cápsulas en muchas ocasiones es suficiente para decidir un combate. Si yo las hubiera tenido en Puerto Cabello el 10 de noviembre de 1899, seguramente Venezuela no sería hoy la víctima de Castro y su gavilla . . .

Cuando empezó el tiroteo todos los presos entraron en los calabozos. Sólo Arellano, Tarquís y yo permanecimos en el patio y nos pusimos de pies contra la pared del fondo á contemplar la ridícula escena. Yo me había puesto á considerar lo estúpidos que son los *restauradores* en todas sus manifestaciones, y acababa de mostrar á Arellano y á Tarquís al Doctor Soto Verde que corría como un loco por entre los soldados, más jorobado que nunca, disparando tiros á diestro y siniestro con un Mauser. El hombrecito estaba que no cabía en sí de gozo, y hacía las piruetas más estravagantes. A sus mismos compañeros les causaba sin duda extrañeza verlo tan entusiasmado, porque él de ordinario es poco expresivo. Cuando pasaba tropezando con los soldados noté que algunos de ellos se volvían á mirarlo y luego se veían las caras como preguntándose: "¿qué pájaro es este?". . .

Ibamos siguiendo á Soto Verde en sus manifestaciones bélicas, cuando vimos que tres de los oficiales que vienen á las requisas tendieron sus Mausers por sobre el pretil de la explanada y dispararon. Las balas penetraron en la pared detrás de nosotros á distintas alturas. Una de ellas la perforó en la dirección precisa de mí cabeza, algo menos de un metro más arriba. Tarquís y Arellano entraron en

el calabozo. En ese instante me acordé de que cuando el Mariscal Massena estaba con su ejército frente á la línea de Torres Vedras en Portugal, ocupada por las tropas del Duque de Wellington, una vez se acercó bastante á una batería enemiga, y, medio oculto en unas ruinas, se puso á examinarla con su anteojo. Los oficiales ingleses, que estaban observándolo, en lugar de hacerle una descarga con todos sus cañones, de la cual habría escapado difícilmente, le mandaron disparar un solo cañonazo cuya bala dió á algunos pasos del Mariscal, levantando un poco de polvo, y lo advirtió del peligro. El ilustre militar francés comprendió el aviso, saludó la batería, montó en su caballo y se alejó.

Yo no he saludado á los *sicambros,* quienes seguramente no tienen ningún punto de semejanza con los valientes oficiales británicos, sino que me acerqué lentamente al muro de la fortaleza. Allí permancí hasta que se acabó la función, menos visible, aunque siempre expuesto á que tiraran sobre mí, si lo deseaban, viendo las provocaciones que hacían con las banderas, sacándolas hacia el interior de los fosos y moviéndolas de un lado á otro para que los presos las viéramos de cerca, indudablemente con el objeto de significarnos que por el momento ha desaparecido el peligro que los amenazaba y nosotros continuaremos á merced de ellos . . .

Cuando ha cesado la explosión de la alegría *restauradora* he entrado en el calabozo y he encontrado á todos los compañeros de acuerdo en que esto nos indica el desastre de la revolución. Seguramente las tropas *matistas* agotaron sus municiones

contra las trincheras de Castro y se han declarado en derrota . . . ¡Qué vergüenza para los militares que las mandan y qué calamidad para nosotros! . . . En un momento se han desvanecido todas nuestras ilusiones. No hay uno solo aquí que crea que la revolución se reorganize después de semejante descalabro. Yo les he dicho que á un ejército mandado por el afeminado Matos no podía acontecerle menos, y que sólo á fuerza de ser Castro inepto había tardado tanto el desastre. Todos han convenido en que Matos no es militar. Ya olvidaron que fué á Barquisimeto con Guzmán Blanco, y nada dicen de su inmenso crédito ni del gobierno tan bueno que iba á hacer . . . En un minuto ha perdido todos sus méritos y todo su prestigio . . . De hoy más ha dejado de ser héroe y tornado á su primitiva condición de mercachifle enriquecido . . . Todos están acordes en que á la hora presente tal vez ha botado ya los guantes y el paraguas por estorbosos y vá corriendo como un gamo delante de los *restauradores* . . .

En este instante ha entrado el Regidor Salas con los que traen el almuerzo, sin sospechar que ya nosotros hemos almorzado con la noticia . . . Le he referido lo que había pasado con los oficiales y al mostrale los balazos en la pared hemos notado que son cuatro, de modo que uno de aquellos debió disparar dos veces. He insinuado á Salas que el cuarto balazo puede muy bien haber sido del Doctor Soto Verde, que andaba como loco con su Mauser, y se ha reído de la especie . . . Luego ha dicho que inmediatamente vá á informar á Bello para que tome una providencia con los que dispararon contra noso-

tros. Sabemos que lo hará, pero también sabemos que Bello celebrará ese hecho como una gracia de "sus muchachos de confianza", deplorando tal vez en su interior que no hubieran tomado mejor la puntería . . .

Una carta.

Viernes 7 en la mañana.

Hoy ha recibido Meaña Rojas una carta de su novia residente en Caracas en la cual dice aquella que "ha llorado mucho en estos dias", lo que traducido al lenguaje secreto de los presos significa que la revolución se perdió. Esto lo teniamos nosotros muy sabido desde el tiroteo del 3, mas hacía falta una confirmación que no fuera de fuente *restauradora,* porque ya algunos empezaban á decir que los discípulos de Castro son tan embusteros como él, y que tal vez han celebrado algún fracaso de sus armas según lo hacen frecuentemente para engañar á los pocos que no conocen ese sistema tan gastado ya.

La esperanza bienhechora se empeñaba en no abandonarlos, buscando con gran tenacidad los medios de permanecer en algún rincon de sus antiguos dominios; pero la carta de la niña enamorada la ahuyentó, definitivamente. Esa señorita había estado sin duda soñando con la próxima libertad de su novio, fundada en la presencia del ejército revolucionario cerca de Caracas, y al saber que éste se ha alejado disperso, se ha sentido infeliz y sus lágrimas han corrido, como dice la carta. ¡Cuántas madres, cuántas

esposas, cuántas hijas, cuántas inocentes niñas enamoradas habrán llorado como la novia de Meaño Rojas al imponerse del inmenso desastre que las aleja por tiempo indefinido del objeto de sus desvelos! El día que el ejército revolucionario se declaró en derrota, lo fué de duelo para la Patria. Las nobles lágrimas que se han derramado desde entonces son la protesta más elocuente contra la criminosa tiranía imperante. Castro habrá vencido la revolución, pero no ha conquistado el afecto de los venezolanos. Su figura trájica se levanta hoy sobre las ruinas de Venezuela más odiada que nunca. Y estoy seguro de que al pasear á su alrededor su mirada empañada por la crápula y contemplar tantos dolores y miserias se ha reido con la risa de Mefistófeles. Ese pequeño aborto de la naturaleza, con figura de mico, es cruel como los tigres de sus montañas nativas.

El cigarillo. — Pino friolento.

Miércoles 12 en la mañana.

Durante el tiempo que estuvimos en espectativa sobre el resultado de la revolución vivía echando humo como una chimenea, y el esqueleto en que estoy convertido se resintió al fin del nuevo uso á que lo aplicaba. En consecuencia resolví dejar de fumar. Los primeros días de abstinencia casi no pensaba en otra cosa que en el cigarillo, pero ya me acuerdo de él raras veces y es verdaderamente notable la mejoría que he alcanzado. Ese vicio, como casi todos los otros, reside principalmente en la imagina-

ción. No satisface ninguna necesidad real, y de consiguiente con un poco de voluntad lo dominamos, librándonos de un agente que tiene que ser nocivo á la salud, en un grado mayor ó menor, según el vigor físico del fumador y la cantidad de tabaco que consuma.

Pensaba en esto, cuando ha aparecido Pino de pies sobre el pretil de la explanada, en la parte que dá al fondo del departamento vecino. Se cambia dos ó tres uniformes al día y viene en seguida para que lo admiremos . . . En las primeras horas de la mañana, generalmente hasta las 8, lleva un talma ó sobretodo muy largo, propio sin duda para el frío de Los Andes, donde había vivido hasta ahora, pero que aquí tiene que ser más bien molesto. Cuando yo dormía en el catre, al abrir los ojos, todos los días, lo primero que veía era á Pino acurrucado con su talma en el ángulo de la explanada frente á la puerta de este calabozo, como en acecho para oir lo que aquí se dijera. En los últimos dos ó tres meses había abandonado esa costumbre, pero desde el día del tiroteo ha vuelto á ella con igual constancia que en sus buenos tiempos. Como mi estera está en el puesto que ocupaba el catre, al despertar, todavía oscuro veo la silueta de su cabeza y parte del busto. Siempre está allí á esa hora . . .

Hoy hemos temido que haya oido á Suiny cuando se apretaba sus grillos; y Angulo, que desde hace pocos días se quitaba los suyos, ha vuelto á remachárselos de firme en previsión de una revist repentina. Benedetti no teme nada porque los com pañeros no han logrado desviarlo de su resolució

de no volver á quitarse los grillos. Prefiere pasar por cobarde antes que perder su tranquilidad: así se lo dice siempre á los que vuelven á recalcar sobre la idea de que debe amolar la cuña . . . "Cada uno sabe su negocio", agrega después que ha combatido las bromas de Tarquís y Vargas.

Medina enfermo.

Jueves 13 en la mañana.

Desde ayer tarde ha estado el General Medina con una indisposición de estómago de muy mal carácter, y hace poco le dió un síncope que á todos nos alarmó. Casualmente estaba á la vista uno de los espías de Pino y le grité que advirtiera al médico que aquí hay un enfermo grave. Media hora después ha entrado Salas con Soto Verde y varios oficiales. Al ver el primero á Medina tendido en el suelo sin grillos, preguntó quién se los había quitado y le contesté sin vacilar que había sido yo, agregando que lo había hecho para evitar que se golpeara las piernas con ellos en las convulsiones que había tenido . . . Uno de los presos había guardado los dos pedazos de la cuña que quitaron ahora tiempo á Pulido y nos sirvieron á las mil maravillas para mostrarlos á Salas haciéndole creer que eran los de la cuña de Medina, pues no podía mostrársele la cuña verdadera sin que descubriera el engaño. Salas me habría puesto en un compromiso si me hubiera preguntado como la había partido, pues aquí no hay instrumento alguno propio para eso; pero como

tengo reputación de verídico, se dió por satisfecho con mi afirmación y pasó á ocuparse de la enfermedad de Medina.

El médico encontró el caso de cuidado. A la insinuación que hizo Arellano de que el aire de este calabozo es mortífero y convendría sacar al enfermo á otra parte, Salas dijo que se le puede hacer una casilla en el patio. El médico ha prescrito un tratamiento del cual se ha hecho cargo Vargas, quien ha estado desde anoche haciendo de enfermero. Todos han salido en seguida ofreciendo Salas mandar las medicinas y que esta tarde vendrán unas esteras para hacer la barraca.

A las 6 de la tarde.

Se le han aplicado á Medina los medicamentos que mandó Soto Verde, sin que haya experimentado ninguna mejoría hasta ahora. Con las esteras y unas varillas de mangle verde que trajeron, le hicimos entre todos una casilla en el rincón ó ángulo que forma la pared que nos divide del otro patio con el muro de la fortaleza, construyendo en el interior una troje ó tarima de varas cubierta con una estera doblada en cuatro para que las varas no molesten, y colocando encima á Medina. Luego nos han encerrado dejando fuera á éste y á Vargas, que se ofreció para atenderlo.

El enfermo y el enfermero.

Sábado 14 á las 7 de la mañana.

Medina pasó muy mala noche. Yo tampoco he dormido sino cortos ratos, y desde la reja de la

puerta veía sus sufrimientos y la acuciosidad y cariño conque Vargas satisfacía todos sus deseos. Este no se ha sentado ni un solo momento. Constantemente se oía el ruido de sus grillos al caminar preparando los alimentos, administrando las medicinas y haciendo todo lo que consideraba útil al enfermo. Confieso que me había engañado enteramente respecto á Vargas. Al oir sus carcajadas estentóreas y sus discursos sobre las venganzas que piensa tomar de sus enemigos, lo había juzgado desprovisto de sentimientos levantados. Ha sido para mí una verdadera satisfacción convencerme de que es caritativo y de que lo que dice sobre venganzas no son sino desahogos del momento, al sentirse oprimido y recordar las atrocidades de que ha sido víctima. ¡Qué difícil es apreciar bien á los hombres por lo que dicen, ya sea bueno ó malo! . . . Sus acciones son las que nos los hacen conocer bajo una luz verdadera. Lo primero que he hecho hoy ha sido felicitar á Vargas por su noble conducta y decirle que á mis ojos él es otro hombre desde ayer.

Acaba de salir el médico después de axaminar á Medina y ordenar nuevos remedios. Su cara no indicaba que hubiera encontrado que sus prescripciones anteriores hubieran sido provechosas . . .

Para mí tengo que Medina no resistirá esta enfermedad. Desde que vino á este calabozo no ha tomado nada nutritivo. Ni una sola vez le han traído comida de la Comandancia, que aunque muy mala siquiera viene con regularidad. Diariamente compra media botella de leche, que de seguro está mezclada como la que traen para mí. Mentiría si dijera que en alguna ocasión lo he visto comer carne ú otra

cosa sólida. Algunas veces come un pedazo de pan ó casabe con la leche y de resto sólo lo he visto comer papelón. Su cuerpo debilitado ya por la edad y por los sufrimientos de todo género que ha tenido aquí, alimentado de ese modo en los últimos meses, no está ciertamente en condiciones para sobreponerse á la terrible disentería que lo aniquila, tal vez á causa del mismo sistema de alimentación que ha seguido.

Muerte del General Medina.

Lunes 17 á las 7 de la mañana.

Medina ha seguido de mal en peor hasta encontrarse ahora en el estado de debilidad más alarmante. Sin embargo, la energía del viejo General coriano se sobrepone á todo. A cada momento se le ve bajar de su tarima y volver á acostarse con una viveza de movimientos que de ningún modo están en armonía con su edad y con la demacración cadavérica de su semblante. Naturalmente esos esfuerzos lo dejan postrado, y no habla sino para contestar que no está bien, cuando alguno le pregunta.

Vargas se ha conducido con él como un hijo afectuoso. Desde que cayó enfermo, el 13, no ha dormido sino á ratos durante el día, entregado exclusivamente á cuidarlo. Todos los presos de aquí han elogiado su constancia. Soto Verde ha venido á ver á Medina por las tardes y rara vez en las mañanas; pero apenas permanece con él un minuto

como para llenar la fórmula, y se vá diciendo antes á Vargas que continúe el mismo tratamiento que ha venido siguiendo con tan malos resultados. En este momento el Pro. Gómez está confesando al enfermo. Vargas había indicado á éste que podía ser oportuno y el pobre moribundo había acogido el consejo sin la menor dificultad.

A las 9.

Acaba de expirar Medina. Durante la agonía, que fué muy corta, los Presbíteros Gómez y Zuleta rezaban á su lado las oraciones propias del caso. Yo con otros de los presos de mi calabozo y Daniel Guerrero, del vecino, estábamos cerca de la entrada de la barraca presenciando la triste escena. Ninguno de los otros del calabozo de Guerrero, frente á cuya puerta está la barraca, ha salido á acompañar al enfermo en sus últimos momentos. Cuando Medina estaba ya en los últimos estertores de la agonía ha venido Salas por sobre el techo de los calabozos y preguntado si ya había muerto. "Ya murió", le contesté, repitiendo la frase del hermano de Prieto que tanta impresion nos hizo en meses pasados. Cuando Salas se volvió y yo dirigí la vista hacia Medina, ya estaba inerte. A poco han entrado los enterradores con un catre sobre el cual pusieron el cadáver á toda prisa y se lo llevaron. Vargas lo había vestido con la mejor ropa qne tenía. Cuando lo tomaron en peso para trasladarlo al catre, la cabeza cayó hacia atrás de un modo que me hizo impresión: se habría dicho que sólo estaba unida al cuerpo por la piel del cuello.

A las 3.

Después que sacaron el cadáver del que entró aquí siendo el General Pilar Medina, que acababa de hacer una campaña en que había revelado su vigor y sus dotes guerreras, todas las cosas han vuelto á su estado normal, si no contamos la tristeza que nos ha causado la pérdida de un compañero que fué hombre de muchos méritos. Los pocos efectos del infortunado Medina han sido recogidos por Vargas y enviados á la Comandancia para que le sean remitidos á su familia.

Lo acontecido con Medina nos ha hecho pensar una vez más en la suerte que espera á los que se enfermen aquí de gravedad: no hay que aguardar compasión de los enemigos . . .

Matos y Mendoza.

Viernes 28 en la tarde.

Una persona que pasó esta mañana de Curazao para Maracaibo en el vapor *Mérida* dijo en el pueblo que Matos y Mendoza llegaron hace pocos días á la Antilla holandesa en un bote, huyendo de Venezuela. La derrota debió ser completa cuando ese par de badulaques se han apurado tanto para ponerse en salvo; pero también puede haber sucedido que el miedo los ofuscara hasta el punto de hacerles buscar su seguridad aun á trueque de cubrirse de ridículo. Efectivamente, el ejército de la revolución era tan superior al de Castro y permaneció tanto tiempo en

presencia del de éste, que la retirada ó la derrota no han debido resultar de las disposiciones más ó menos acertadas del enemigo, ni de su energía. De haber sido así en los primeros ocho días, después del primer ataque á la Victoria, habrían sido rechazados. Todo hace creer que los revolucionarios se pusieron á cambiar tiros con las tropas de Castro, que seguramente tenían un parque más abundante, y que cuando gastaron sus municiones se dispersaron sín que á ello contribuyera para nada la habilidad del adversario.

De todos modos han debido quedar muchas tropas de la revolución, las que provistas de nuevo de parque, pueden continuar la guerra y obtener el triunfo, adoptando otra táctica . . . En una tierra tan extensa, Castro no puede perseguirlos eficazmente con las pocas tropas que tiene, y si, como es de esperarse, los distintos cuerpos se han dirigido á sus respectivas localidades, con un poco de actividad podrán rehacerse pronto para reconcentrarse de nuevo y volver á la carga.

Como todo mal tiene siempre uno ó más lados buenos; pudiera suceder que la deserción de esos dos perillanes hiciera que se les desconociera y que el mando recayera en alguno de los Jefes de cuerpo que se haya distinguido, y se salvara así la revolución. Este fracaso puede también contribuir á que en adelante, cuando se haga necesaria una revolución, no se acepte á la cabeza de los movimientos populares sino á hombres de honor que sepan vencer y que una vez alcanzado el triunfo puedan gobernar el país honradamente.

Si esos dos hombres sin dignidad continúan ejerciendo influencia sobre las tropas que hayan quedado, la ruina total de la causa del pueblo no se hará esperar . . .

La libertad.

Diciembre 12 á las 10 de la mañana.

El gran día, el ansiado día de la libertad ha llegado por fin, cuando menos lo esperaba. Hace una hora entró Pino con sus ayudantes de herrería, me invitó cortesmente á sentarme en un banco delante de él y de un golpe de cincel hizo saltar la cuña de mis grandes grillos. Casi todos los compañeros se habían parado en círculo cerca de nosotros. Cuando Pino me quitó de los pies el tremendo peso me sentí tan liviano que me pareció que iba á levantarme en el aire. Al incorporarme vacilé como que hubiera estado ebrio y el Pro. Gómez me ha dado el brazo y conducídome á una silla que estaba en el fondo del patio. Pino y sus oficiales han salido en seguida sin hablar con nadie.

Calculando que se me han quitado los grillos porque van á sacarme de aquí probablemente, con el objeto de no causar demoras al vapor que ha de conducirme, y conociendo la manera violenta como entran á llevarse los presos en estos casos, inmediatamente que desaparecieron Pino y sus acólitos he dado dos ó tres paseos en el patio para estirar piernas y me he dirigido al calabozo á prepara todo para marchar.

He dado á Benedetti la estera y la pimpina, autorizándolo para reclamar el catre á su salida, por haber manifestado ese deseo; á Suiny la butaca, algunos otros cachivaches y el aparato de soportar los grillos, con la condición de que me los devuelvan si á pesar de las apariencias que esto tiene permanezco aquí; he puesto botones á una camisa y colocádola en una silla con todo lo demás que necesito para vestirme pronto; y por último he sacado de una rendija del techo el libelo de L. M. Andueza, cubierto de notas, y lo he metido en el baúl junto con la obra de Bacon y la filosofia de Hume, en cuyos libros tengo ocultas las copias de las cartas dirigidas desde aquí á Bello y á Matos; he guardado también tres de los cuatro volúmenes de los poémas de Byron porque el otro se ha perdido, dos volúmenes de Musset, dejando otras obras á Suiny, y me he dirigido de nuevo al patio donde me he sentado á meditar y recordar.

Tengo la edad del descamisado Jesucristo cuando murió, según la expresión de Camilo Desmoulins ante el Tribunal Revolucionario. Hoy precisamente hace tres años y un mes cabales en que después de haber defendido la plaza de Puerto Cabello con quinientos hombres contra dosmil quinientos y la escuadra que me atacaba por mar, habiéndose agotado las cincuenta mil cápsulas que tenía en trece horas de cambate, durante las cuales fuí herido tres veces; reducido á la última extremidad, acompañado sólo por ochenta hombres, conseguí, sin embargo, con mi constancia, que los Jefes de las tropas castristas me trecieran las condiciones de una capitulación hon-

rosa, y luego que hube entregado las armas, cuando ya habían empezado á cumplirse los tratos, habiéndose negado Castro desde Caracas á aceptar lo pactado, aquellos Generales, faltando á las leyes del honor y al derecho de gentes me hicieron reducir á prisión, me enviaron á Caracas y mes y medio después se me trasladó á este castillo, donde he permanecido desde entonces.

Yo era el único militar que quedaba en pie en la República, de un gobierno que había sido fuerte en recursos de todas clases y que había desaparecido por la ineptitud, la traición ó la cobardía de la mayor parte de los que lo constituían. En medio de aquel derrumbamiento pavoroso de la dignidad, permanecí firme en mi puesto hasta que fuí sometido por la fuerza. Caí, sí, pero caí con honor. Mientras los otros se pusieron al servicio del vencedor, cubriéndose muchos de ellos de oprobio, yo vine á domar grillos á esta prisión inmunda. Soy la protesta viviente contra la tiranía salvaje de que ha sido víctima Venezuela desde ese tiempo. El único prisionero del orden de cosas que se hundió; hoy es ese precisamente mi mayor orgullo. Durante mi largo cautiverio no he recibido ni la más pequeña muestra de simpatía del Presidente que defendí, ni de los que fueron mis compañeros; pero hoy puedo mirarlos muy abajo desde el pedestal de mis sufrimientos. Ninguno de ellos podrá ir mañana delante de mí pues los sucesos han señalado á cada cual su puesto: ellos serán los rezagados del porvenir . . .

La dura prisión que se me ha impuesto h causado mi ruina material; hasta aquí me ha llegad

la noticia de que la gran fundación de café que había hecho con lo que me produjo el libro sobre asuntos militares que imprimí durante mi permanencia en Paris, y con mis sueldos del Consejo Militar, se perdió. Los contratistas se aprovecharon de mi largo encierro para explotar y empobrecer la tierra cosechando frutos menores, sin ocuparse del café, y hoy no queda nada de lo que justamente en este año ó en el entrante habría podido comenzar á producirme una renta de cuatro á seis mil pesos. Salgo de aquí con los limitadísimos recursos que aun me quedan, á luchar contra las rivalidades de los unos y la apatía ó indolencia de los otros de mis compatriotas; á buscar medios en el exterior para libertar á Venezuela del yugo de los bárbaros; en el exterior, donde tropezaré con el descrédito que necesariamente ha debido caer sobre todos los militares venezolanos por el fracaso de la última revolución. Aunque no he tenido ninguna parte en ese fracaso, se me juzgará como á los demás . . . Probablemente me estrellaré contra la justa desconfianza que inspiramos, mas el dia que . . .

Estaba engolfado en estos pensamientos cuando el viejo Colina, que ya está muy mejor de sus achaques, se ha acercado por el otro lado á la puerta y me ha mandado llamar para decirme que en su última venida el Regidor informó á un preso que él, Colina, vá también á ser puesto en libertad. Ya sabía que me habían quitado los grillos y dá como una cosa hecha que voy á salir; en cuanto á sus grillos se los quitaron en su última gravedad. El viejo está contentísimo con la idea de que nos vamos juntos. No

comprende porque nos han escogido sólo á los dos entre tantos presos, pero de todos modos está ansioso de que vengan á buscarnos, no sea que reflexionen mejor y se arrepientan . . .

A las 11 de la mañana.

Después que se retiró Colina de la puerta porque alguno de los presos de allá le advirtió que había aparecido una cabeza de espía en no sé que parte de la explanada, he estado conversando en el patio con el padre Gómez sobre la posibilidad de que todos sean puestos en libertad, desde que voy á serlo yo que soy irreconciliable con el tiranuelo capachero. Hemos calculado que debe estar pasando algo muy extraordinario cuando aquel ha tomado esa resolución tan inesperada, pero no hemos dado con lo que pueda ser. Cuando el sol se adueñó de todo el patio el padre Gómez se fué á su calabozo y yo he entrado en la "Cueva Encantada" á conversar con los compañeros sobre las conjeturas que habíamos estado haciendo, hasta que hubo de nuevo un poco de sombra y hemos vuelto á salir.

Más ó menos á las 3 entró Pino precipitadamente con dos de los presos criminales que hacen el servicio de los azafates, y me dijo que me vistiera. Mientras me dirigí al calabozo él permaneció en el patio. En dos ó tres minutos me puse desde los zapatos hasta la corbata y el sombrero, cerré el baúl con llave, abrazé á algunos de los compañeros que estaban allí y al volver al patio me despedí de los que estaban fuera manifestándoles en alta voz mi creencia de que ellos también saldrán, y he seguido á Pino.

Todos los del "Club Marat" estaban dentro, con excepción del padre Gómez á quien he abrazado como á los demás. Al pasar detrás de Pino frente á la puerta del "Club", he visto únicamente á Pulido, á quien no había vuelto á hablar desde el incidente que él tuvo con Carabaño, en el cual intervine en fabor de éste, y considerando que aquello no era motivo suficiente para que no me despidiera de él, le he dicho adiós desde afuera.

En el momento que cruzamos la puerta divisoria, como viera que uno de los dos presos que habían entrado con Pino salía con mi baúl, me acordé del gato y mandé al otro, que también seguía detrás, que lo cogiera para llevármelo. Pino se volvió vivamente hacia mí y me dijo: "cójalo usted mismo"; mas sin contestarle lo miré de arriba á abajo, para hacerle comprender su impertinencia, y ordené al preso: "coja usted el gato que yo le pago". Inmediatamente el hombre se devolvió y ayudado por algunos de los compañeros de mi calabozo cogió el animal y se presentó con él en la puerta. Pino cerró esta y se dirigió á la barraca de Colina, quien á la sazón se vestía allí con la mayor ligereza que le permitían sus años y el estado de debilidad en que aun se halla por su reciente enfermedad. En lugar de seguir á Pino avanzé hasta el centro del patio seguido por un oficial andino, y me detuve. Un gran número de presos de ese departamento me rodearon, á quienes saludé afectuosamente manifestándoles mi opinión de que ellos debían salir poco después que yo. El General Pedro Julián Acosta, que

estaba sentado en un lado del patio, ha venido al paso que le permitían sus grillos, ha penetrado en el círculo formado por los presos y me ha dado un abrazo efusivo, á que he correspondido con otro igualmente cariñoso. He sentido una gran satisfacción mezclada de dolor por dejarlo aquí, al estrechar contra mi pecho al viejo guerrero oriental que soporta todas sus miserias con un estoicismo admirable. Luego me han abrazado el General Urbina, Ulloa y otros en el instante en que llegaban Colina y Pino, y he tenido que despedirme de todos con un saludo general. Cuando atravesamos por los patios de los otros calabozos, vi una aglomeración de presos que no conozco. La mayoría de ellos tenían aspecto enfermizo y estaban sentados en el suelo con grillos. Ante todos me he descubierto con verdadero respeto. Aquellas figuras de mendigos famélicos son los hombres de energía de mi patria, que prefieren las cadenas antes que prostituirse aceptando pasivamente la tiranía de un galeote.

Luego que pasamos la puerta de "El Olvido" nos mandaron detener, y á poco han salido de allí y del nº 6, los Generales Leoncio Quintana, José Manuel Hernández, Bruno Borges y hasta diez ó doce Jefes subalternos, y algunos civiles, entre los que conocí á los Doctores Vizcarrondo, Seco y al Sr. Arturo Sans. Con excepción de Hernández, que ya contaba más de dos años en el castillo, todos los demás son de los que sólo han estado en él unos meses. Juntos seguimos á lo largo del foso frente á la serie de calabozos destinados á los criminales,

y por fin cruzamos el umbral sombrío de la fatídica prisión.

Cuando vi el mar, que hacía horizonte por un lado, y la verdura de la vejetación de las costas al frente, sentí una impresión de alegría indefinible. Mis ojos no veían los hermosos paisajes de la naturaleza desde que tres años antes había pasado por allí mismo hacia el interior de aquel antro de profundas miserias. Teseo, al salir guiado por el hilo de Ariadna del fabuloso laberinto de Creta, no debió experimentar una sensación de goce mayor que la mía en el momento en que pude mirar á lo lejos las bellezas con que el Dios Omnipotente dotó esta tierra donde nacieron tantos varones ilustres, de quienes no existe ya sino el recuerdo . . .

Los que guiaban la marcha entraron en el corredor de la Comandancia, situada á corta distancia del castillo, tornaron á la izquierda y nos hicieron detener en el extremo del citado corredor, mientras venía el Regidor Salas, que se había dirigido al interior del edificio. Algunos de los compañeros se sentaron en unos cajones que había allí y los otros se situaron de pies en diferentes puntos del corredor. Colina y yo, parados en el ángulo que dá al espacio abierto frente á la fortaleza, nos pusimos á contemplarla. El Coronel Quevedo, Jefe de la artillería del castillo, se ha acercado por fuera á saludarme de parte de algunas de mis antiguas conocidas del pueblo. Le he preguntado por Moreno para reclamar la traducción que le entregué en el mes de Julio y mis libros y otros objetos de mi uso, pues Salas continuaba ocupado en otra parte; pero no ha sabido decirme donde está.

Al volverme hacia donde se encontraban los otros presos, he visto á Pino conversado con uno de ellos y le he dicho: "sírvase mandar traer una caja de cerveza", y dirigiéndome á Colina he agregado: "bien merece esto que tomemos un vaso de cerveza, aunque no hayamos venido hasta aquí sino para seguir á otra prisión". — "No, General, van en completa libertad", ha exclamado Pino vivamente. "Pues con mayor razón haga usted traer la cerveza", le contesté. A poco se presentó un sirviente con la caja, la abrió, y los mismos oficiales andinos que iban diariamente á molestarnos en los calabozos han traído sendos azafates con lo que había pedido. Les dije que ofrecieran primero á los otros presos y después hemos tomado Colina y yo. No probaba la bebida favorita de los alemanes desde el día de la inolvidable lechada, hace ya año y medio, cuando Bello nos obsequió . . .

A las 10 de la noche.

Unos minutos después que tomamos la cerveza, Pino y Salas nos condujeron hasta el muelle. Cuando nos acercamos de nuevo á la puerta de la Comandancia para poder salir del corredor, vi con sorpresa que todos los compañeros que iban saliendo adelante daban la mano á Bello que estaba parado allí y los despedía con la sonrisa amable de quien despidiera á los concurrentes á un banquete ó á un baile. Yo he pasado delante de él sin mirarlo. Al llegar al muelle, en el momento de meternos en e bote que debía conducirnos al vapor, todos diero la mano á Pino como habían hecho con el otr

Cuando llegó mi turno de bajar, Pino estiró su mano, pero yo no moví la mia y salté en el bote sin cuidarme de él.

Subimos al pequeño vapor *"Zulia"*, nos sentamos en un banco circular que apenas podía contenernos y á poco dejamos detrás el castillo en dirección á Maracaibo y empezamos á admirar las costas del lago. Salas sacó entonces del bolsillo un papel impreso y me lo alargó. Era una proclama de Castro fechada el 9 de este mes, que empieza así: "La planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la Patria!" La leí en voz alta á los compañeros y en el acto me expliqué la causa de nuestra libertad, aunque me guardé bien de decir mi pensamiento. ¡El desvergonzado tiranuelo andino pretende que de la prisión salgamos á defenderlo de los extranjeros á quienes seguramente ha provocado con sus desmanes, y tal vez también de los venezolanos que puedan quedar en armas! Dice en su proclama que ha abierto las puertas de las cárceles y nosotros acabamos de dejar el castillo de San Carlos lleno de gente y sin duda todas las otras prisiones de la República lo están también. Ese funesto Castro es la personificación del cinismo. Dice, no lo que es, sino lo que cree que debía ser, lo que sabe que los demás desearían que fuese . . . Aunque salte á la vista de todos la mentira de sus asertos, afirma siempre lo que no existe, con una impudencia sin ejemplo. Por regla general debe creerse lo contrario de lo que dice. Si afirma que el país prospera debe entenderse que está arruinado; si asienta que hay libertad, es porque todos los ciudadanos estan expuestos á ser

reducidos á prisión por un simple capricho suyo; ahora dice que ha abierto las puertas de las prisiones, cuando deja en ellas á la mayor parte de sus víctimas; y así de lo demás: su política es la perfidia y el engaño: cualquiera que lea las proclamas que le escriben sus secretarios podría creer que son destinadas á ser leídas sólo en países remotos donde se ignore lo que aquí sucede. El que vea la proclama de hoy sin conocer á quien la firma diría que es de un patriota acrisolado que se indigna de una agresión injustificada, y está dispuesto á todos los sacrificios por salvar la dignidad nacional. Mas á mí no me engaña: yo sé que lo que se propone es salvarse él para seguir explotando esta tierra como una mina de su propiedad, y que lo que quiera que esté pasando ha sido provocado por los abusos y excesos del infame tiranuelo; por los demanes del victimario de compatriotas y extranjeros, *implantador del monopolio y Capataz del presidio suelto en Venezuela.*

Al terminar la lectura he preguntado á Colina, que estaba á mi lado, de modo que me oyera Salas, qué significaba la doctrina de Monroe si los europeos podían atacarnos sin que los Estados Unidos intervinieran, y después he guardado silencio. A poco, aunque el lago estaba perfectamente tranquilo y el buque apenas se movía he empezado á marear, cosa que nunca me había acontecido ni al atravesar el Océano en viaje para Norte América ó Europa.

A las 7 llegamos á la ciudad y desembarcamos por el fondo de la casa del Presidente del Estado, General Guillermo Aranguren, situada á la orilla del lago. Nos hicieron entrar á la sala y sentarnos. El

pueblo aglomerado por fuera de las ventanas me veía en mi asiento y dos ó tres veces me victoreó, pero otras tantas fué dispersado por la policía. Luego el Presidente Aranguren se acercó y me dijo: "Lo supongo con muchos deseos de ir á ver su familia en Caracas, General". Sin ponerme de pies le contesté: "Imagine Ud. hace más de tres años que no la veo", en lo cual le dije la verdad estricta sin afirmar que iba á Caracas. Cuando hablaba con Aranguren se acercó la querida de éste — la que nos había presentado á nuestra llegada, como si hubiera sido su esposa — trayendo una carta de un oficial llamado Crespo, que había servido conmigo en otro tiempo y me felicitaba por mi libertad. En seguidas Aranguren nos ha dicho que fuéramos donde el Gobernador por nuestros pasaportes, y salimos.

Colina y yo tomamos un coche y fuimos al hotel en que Salas se hallaba. Este me entregó inmediatamente el dinero que me quedaba, después de pagado lo que debía á Bello por comida, haciéndome notar que el valor de la cerveza no estaba incluido en la cuenta. Eran sólo cuarenta y pico de pesos; apenas lo suficiente para comprar el pasaje de Colina y el mio hasta Curazao, pues lo más urgente era ponernos fuera del alcance de los *restauradores;* por esa razón no he podido enviar nada con Salas á Suiny y demás compañeros de calabozo, como eran mis deseos. Al salir de nuevo á la calle subimos en el coche que nos había llevado hasta allí, hemos dado una vuelta por la ciudad para tener idea de ella, y en seguida nos hemos

dirigido al vapor "Mérida", que sale dentro de dos horas, y nos hemos metido en nuestros camarotes . . .

Sábado 13 á las 8 de la mañana.

Anoche mientras el vapor estuvo en el muelle de Maracaibo ni Colina ni yo pudimos dormir. A cada momento entraban los otros ex-prisioneros que también han tomado en él sus pasajes y nos parecía que eran agentes *restauradores* que iban á prendernos de nuevo, ó por lo menos á ordenarnos entrar en algún vapor de guerra para llevarnos á la fuerza á Caracas. Esto era lo que Castro podría haber hecho para no exponerse á que los que acabamos de salir del castillo nos quedemos en Curazao y nos incorporemos á la revolución. Ya en Caracas, el que no se prestara á secundar sus miras podía enviarlo á otra cárcel, según su sistema atrabiliario. Ese habría sido sin duda mi destino, pues de ningún modo podría yo apoyar y sostener á la hora presente lo que he condenado desde que surgió.

Hace una hora llegamos de nuevo al castillo de San Carlos. El vapor se detuvo mientras el capitán iba á tierra á hacer visar sus papeles. Cuando regresó y el buque se puso en movimiento, y dejamos detrás la fortaleza en que perdí los mejores años de mi vida, fué que me sentí tranquilo. Hasta ese instante me había guardado de comunicar mi resolución de no pasar de Curazao ni aun á Colina, porque me parecía que podía oirme algún espía y que al pasar por el castillo podía volver á entrar en él . . .

Cuando dejamos aquel detrás dije á Colina á los otros que estaban cerca de mí: "Ahora

que me considero en libertad. Yo no iré sino hasta Curazao. ¡Que sigan á Caracas los que quieran deshonrarse poniéndose al servicio de Castro! En cuanto á mí, no tengo más camino que la guerra contra ese miserable que ha sido y será el azote de Venezuela mientras no lo echemos de allí á balazos" . . .

Uno de los presentes, á quien no conozco, ha asegurado que Quintana, Hernández y los demás siguen á Caracas. Colina ha dicho que él no pasará tampoco de Curazao, porque piensa absolutamente como yo. "Estamos, pues, libres", le he dicho. En este instante hemos perdido de vista el Castillo . . .

FIN.

EPÍLOGO.

Aumentaríamos demasiado las dimensiones de este libro si reprodujéramos todos los artículos, protestas y comentarios que han sido publicados por venezolanos y extranjeros sobre el monstruoso crimen de Cipriano Castro: el *asesinato clandestino* del General Antonio Paredes y sus compañeros, y solo insertaremos á continuación algunas publicaciones que dan idea de la audacia, la injusticia y la crueldad de ese acto de barbarie.

Sosteniéndose hoy el oprobioso gobierno que combatimos á favor del temor que ha engendrado ese crimen político, es lógico que agreguemos á este libro ciertos documentos de carácter político y judicial que servirán de estigma eterno al audaz criminal; que lo presentan abusando á diestra y siniestra sin medir las consecuencias de esa política de cafre, arrebatando la vida á los ciudadanos y tratando á la Patria como botín de guerra. Ni los que se han repartido y siguen repartiéndose con él el Tesoro Nacional pueden redimirlo; ahí están su ex-Ministro del Interior y su ex-Secretario general que protestan movidos por sus propias conciencias, contra la iniquidad que pone á Cipriano Castro *una vez más* en manos de los Jueces de Venezuela.

Héctor Luis Paredes.

Todos los venezolanos residentes en Trinidad, Curazao y New York han protestado contra el nefando crimen. Al recibirse en New York la noticia de haber sido rota la Constitución Nacional con el asesinato de diez y siete prisioneros

indefensos, sin trámite alguno legal y contra las leyes de Venezuela donde no existe la pena de muerte, protestaron por la prensa los Generales Ramón Ayala, José Manuel Hernández, Zoilo Vidal, los Doctores Pedro Exequiel Rojas, J. M Ortega Martinez, J. L. Andara, Carlos Leon, Sr. N. Bolet Monagas y dijo el Director de "La Semana" en un magnífico artículo del cual reproducimos algunos párrafos:

"¡Y era eso lo que significaba la Restauración! En la patria de Antonio José de Sucre, José Vargas, Antonio L. Guzmán, Lander, Rendón; en la república en donde la indiscreta magnanimidad de los liberales llegó á consagrar en las instituciones el derecho de insurrección, y en las costumbres, no ya la inmunidad, sino hasta la impunidad del vencido, estos hombres vienen á restaurar el banquillo de Boves, y á implantar el sistema penitenciario Cipriano con parejas de políticos aherrojados como galeotes, y el acaparamiento de la riqueza pública en una oclocracia, y el terror como sistema de gobierno.

¡Ah, señores restauradores! Paredes triunfa. Vuestras manos asesinas lo consagran. El alucinado de ayer, es hoy la víctima que clama venganza desde lo hondo de su fosa, en las riberas del Orinoco, y os emplaza y os derribará. Le habeis dado al pueblo una bandera roja, teñida dieciocho veces con la sangre de vuestras dieciocho víctimas de ayer. Con la hecatombe de Ciudad Bolivar resucitan en la conciencia pública Talhairdat, G. Vidal, Urbina, José María Gil, Bruzual Serra, Eduardo Calcaño y las cohortes de los que murieron, de toda suerte de muerte, en las cárceles de la restauración ó salieron de ellas á morir á sus hogares. Habeis restaurado lo que pretendiais enterrar: el partido liberal que se moría de los vicios de sus conductores, y que vive de la eterna sed de derecho y de libertad que aqueja á los pueblos. Paredes era hasta el quince de febrero uno de vuestros adversarios; ahora es vuestro crimen; ahora os acusa en la conciencia de cada Venezolano, hasta en las mismas vuestras de renegados de l libertad; ahora es el derecho á la vida que clama por la in callable boca de su fosa y os delata ante el país y su posteri dad. Hasta hoy erais simplemente unos rufianes fullero:

arrojados por el acaso sobre el tesoro y el parque; algo así como los cuarenta ladrones de un cuento de las Mil y Una noches: guarecidos por el parque hacíais con el tesoro vuestro oficio de fulleros: Paredes os inviste de una dignidad irrenunciable, sois sus asesinos; bajo 'esa púrpura habreis de comparecer ante el pueblo y ante la historia y ante vuestras esposas y vuestros hijos.

¡Señores Asesinos! La restauración de Venezuela comienza ahora, al borde de esas tumbas . . . . . .

. . . . . .

NEW YORK, Febrero de 1907.

C. Zumeta.

El gran Crímen.*)

Con sangre pudiera escribirse la historia de la satrapía. Cado año de miseria, cada año de deshonor trajo consigo crímenes siniestros y crueldades bochornosas. Desde la entrada carnavalesca de Castro y su cohorte en la capital de la República, los cadáveres comenzaron á servirle de pedestal al beduino triunfador. Borrachos en las calles de Caracas, los "devastadores" asesinaban bajo la mirada beoda del jefe. La canalla celebraba aquella victoria á lo Pirro en una orgía roja, con vinos, faldas y homicidios. Luego, alzóse el primer patíbulo y apareció el primer mártir: ¡Francisco Marrero! asesinado lentamente en la cárcel, sometido á suplicios bizantinos; inocente, justo, honesto, aquel infeliz fué crucificado como un símbolo, como ejemplo, para que se supiese que si tales monstruosidades se cometían con un inocente, ¡cuántas mayores no se ejecutarían sobre un culpable! Muy pronto debía confirmar Anselmo López la veracidad de la amenaza. Y los asesinatos sucediéronse en las prisiones con lúgubre monotonía. Desde su palacio el verdugo dictaba órdenes á los sbirros. La nómina de los que perecieron cargados de grilos es inmensa, desde Tailhardat, vuelto loco porque le dejaron

*) Tomado del periódico parisiense "Venezuela".

cuarenta y ocho horas atado con el cadáver de su compañero de cadenas, hasta Carabaño y Urbina, que maldecían al tirano en la agonía, alzando los puños exangües hacia el muro sepulcral del calabozo. Las personas muertas á los pocos meses de salir de prisión suman centenas. Recientemente, en la sierra de Carabobo, testigo glorioso de nuestra epopeya, fusilaron á cuatro infelices, ante la mirada indulgente del presidente del Estado, F. Sales Perez. Y sin embargo, el fusilamiento del general Antonio Paredes y sus compañeros, es crimen montruoso que pinta y sintetiza el alma obscura de la "Restauración".

Atados en la popa de un vaporcillo, aquellos héroes pagaron con la vida el noble anhelo de amar á su patria y cantar la Libertad. Arrojados al Orinoco, los cuerpos flotaban acusadores, siguiendo el derrotero de los buques para dar á conocer la verdad de los hechos; aquellos cadáveres clamaban, sobre las ondas de nuestro río fabuloso, la historia de aquel nefasto crimen, que los asesinos trataban de ocultar. Y el ritmo doliente del agua cantaba la profunda tristeza de aquella tierra en donde se asesinan los héroes y se endiosa la crápula. Y las olas armoniosas besaban los cuerpos de aquellos hombres que no supieron vivir entre tinieblas, y que prefirieron morir libres á vivir esclavos. En medio de tanta crueldad, cuando la tierra se hacía indigna, el Orinoco recogía en su seno, amorosamente, con maternal ternura, á los que murieron por el honor y la Libertad.

Sin embargo, natural era el fusilamiento de Paredes. Cipriano Castro veía en aquel militar orgulloso y temerario, la estirpe superior que había gobernado muchos siglos en nuestro suelo de América. El aborigen vengábase del conquistador. El plebeyo del patricio. El esclavo del amo. Hasta físicamente observábase esa rivalidad, Paredes era sano, alto, bien parecido, de abundantes cabellos, franco y leal; Castro, raquítico, pequeño, feo, calvo, falso. Y sentía perpétuamente sobre sí el desprecio infinito de Paredes. No hay ofensa para el esclavo que llega á señor, como el desdén de las razas eupátridas; y ni aún asesinándole logró humillar al patricio el antiguo manumiso.

Las últimas palabras de Paredes demuestran el temple de su alma, y le consagran héroe legendario en nuestra historia nacional. Habiéndole ofrecido un sicario un vaso de ron, respondióle: "¡Eso está bien para los borrachos ó para los cobardes: no para mí!"... Luego quisieron vendarle, y dijo: "¡Nací con los ojos abiertos, y así he de morir!" Cuando le amarraron al banquillo, gritó: "¡Viva la Libertad!" Y al disparer los soldados, exclamó: "¡Viva Venezuela!"

Esos dos gritos postreros simbolizan la vida tumultuosa de Paredes. Ver á su patria grande y fuerte, gobernada por hombres dignos, respetada, culta, brillando por el espíritu y la justicia: he ahí el ensueño de Paredes. Sobre las ruinas de los lupanares y de las tabernas de la llamada "Restauración", sobre los escombros de la dignidad nacional relajada y pisoteada por los eunucos castristas, sobre el incendio del honor y de las tradiciones de nuestros libertadores reedificar una República casi ateniense: ¡la inteligencia armada! He ahí el ideal de Paredes. Y fué persiguiendo tan nobles propósitos guiado por una ambición gloriosa, cuando encontróse con la hez triunfante! Asfixiada cayó el águila por los miasmas de las letrinas. Ahogado se hundió el león en un lago de fango.

Antonio Paredes merece los honores del mármol. Su heroismo es digno del bronce. Y digno del verso. Sacrificarse por la Libertad es el más alto destino á que puede aspirar un guerrero. Es como un bardo que muere por su amada, la lira al cinto. El crimen ha inmortalizado á Paredes. Mientras el sátrapa se deshace en pus, y se hunde en la podredumbre de donde nunca debió salir, la gloria del general Antonio Paredes brillará cada día con más fulgores; si hoy es pálida cual luz de estrella, mañana será purpurea, cual una montaña en fuego El porvenir nos pertenece. Y á nosotros ha de tocar engrandecer la memoria de este gallardo soldado temerario que murió estoicamente, dando víctores á la Libertad.

Un solo grito nos es dado lanzar ante la tumba ignota de este héroe indomable, á quien ningún tirano hizo bajar la frente; un grito teñido con la sangre de los adolescentes

fusilados en "El Apostadero"; santo grito, único digno de los asesinados en el vapor "Socorro", y que Homero llamó manjar de dioses: *"¡Venganza!"*...

Pedro César Dominici.

PARIS, Mayo de 1907.

En la muerte de un Héroe.*)

Los héroes no mueren nunca.
RENAN.

Sobre la tumba de la Libertad crucificada en Venezuela por las manos carnívoras de un presidiario alzado en el Capitolio, acaba de caer el cadáver ensangrentado de un héroe joven y hermoso como los héroes griegos.

Sobre esa tumba en que el pueblo de Venezuela duerme el sueño afrentoso de la esclavitud, ha ido á dormir el héroe joven y hermoso el sueño arcano de la muerte.

Entre esos dos sueños hay un abismo. El uno es de oprobio, el otro es de gloria.

La sangre del mártir viste piadosamente de púrpura el espantoso oprobio del sueño esclavo; y la sangre del mártir y la hazaña del héroe, resplandeciendo cual un milagro portentoso en la noche de silencio, de pavura y de ignominia, son la sola ofrenda digna del viejo y sacro altar de la patria en esta larga hora de depravación y de barbarie.

Cuando otra vez despunte el día en el cielo que mezcló sus fulgores al fulgor de los ojos de Bolívar sobre la tumba de la Libertad, que es la tumba de Paredes, se verá florecer un frondoso laurel que contará la historia de un crimen salvaje y cantará la belleza de un sacrificio heroico, y á cuya sombra podrán un día templar su alma los proscritos, los vencidos, los parias, los que en adustas y adventicias riberas,

*) Del periódico "Venezuela".

ó en la tiniebla y los hierros de prisiones mortales, rescatan la vergüenza del deshombramiento en Venezuela y mantienen viva la protesta contra la posesión selvática de la patria por un mono feroz.

* * *

El asesinato de Paredes cierra espantosamente la última jornada de una lucha personal, desigual y bravía del hombre de honor, el ciudadano íntegro, el patriota viril, el guerrero indomable que en él había, contra el presidiario usurpador del Capitolio.

Cuando ese César de cubil, parido por la hidra anarquía, escamoteó el Capitolio y desplegó en sus alturas, como una gran tiniebla, el pendón negro, proclamador del terror y de la muerte, Paredes, en Puerto-Cabello, sobre las almenas de una fortaleza legendaria, á sus pies el mismo mar testigo de prodigios del valor venezolano, desplegó al viento el pabellón de la patria y declaró guerra á la horda invasora. Aislado, sitiado, reducido á la plaza, sin retirada, sin esperanza, su resistencia allí fué la demostración más imponente de su hombría, y la batalla que libró en defensa de la plaza asaltada, magüer la seguridad de perderla, porque no tenía municiones sino para tres ó cuatro días de pelea, fué la comprobación más solemne de la sinceridad de su protesta, y dió la medida de la temeridad de su bravura. Allí ofreció una vez más su vida, y la ofreció con la gallardía y el arrojo de un Cid adolescente, en el duelo desigual y mortal con el capataz de piara acampado en el Capitolio.

Vencido y prisionero, la bestia de exterminio que extrangula á Venezuela lo condenó á muerte en los horrendos fosos de San Carlos. Enargollado, trabado por hierros formidables, lo enterró vivo en la noche tenebrosa de aquellos antros abiertos á muchos metros bajo el nivel del mar. La muerte lenta por suplicio continuo en la cueva asfixiante, pareció entonces preferible á la voluptuosidad sanguinaria del chacal de Miraflores. Pero la vida, que en Paredes era robusta como la carrera de un arroyo, resistió á la acción letal del antro, y burló el sueño asesino del inicuo. A la postre de

cuatro años de tortura en el suplicio del antro, el carnicero lo volvió un día al sol, un día en que la virulencia é inconsciencia del azar, atrayendo sobre la Patria el rayo de la cólera del mundo, habían puesto la Patria en capilla, bajo los cañones de las escuadras de tres potencias coaligadas.

Paredes, ya libre, no tomó cual otros el camino de Caracas, donde el foragido, desde un balcón de Miraflores, pudo presenciar bajo sus pies malogrados, el inaudito espectáculo de la prostitución del dolor por su víctima más torturada y más escarnecida.

El camino de Paredes fué entonces, como siempre, el del honor, y de la tumba salió para el destierro. No había ya en el campamento sino despojos vivientes del grande, inverosímil naufragio de la revolución; pero para Paredes, cuya alma de guerrero era impertérrita, y cuya osadía se embriagaba con el peligro, todas las oportunidades eran buenas para la lucha. Del destierro se fué sin darse tregua á los campos orientales, y al frente de un puñado de soldados dió un grito de guerra con la misma temeridad y la misma intrepidez con que en Puerto-Cabello había desconocido y desafiado el triunfo de los vándalos. Para él la compaña comenzaba. Los hechos rompieron pronto sus sueños de paladín invencible, y retornó al destierro, no á llorar adversidades, sino á perseverar en el esfuerzo de echar del Capitolio al presidiario.

Su conato era ahora más obstinado que jamás. Él sabía al país en sueño comatoso sobre la tumba de la Libertad. Él sabía que sólo había despiertas las ambiciones, embotelladas en la estupidez del egoismo personal, paralizadas por la falta de elementos y anuladas por la anarquía, que la aterradora igualdad ha hecho irremediable. Él sabía que no contaba él mismo sino con su termeridad heroica y visionaria. Y así, solo, con una exigua, irrisoria provisión de armas y pertrechos, seguido por un grupo de creyentes hechizados por la magia de su audacia, holló atrevidamente las playas de la Patria y se lanzó á la guerra.

Su sacrificio denuncia la vehemencia suprema de su alma trágica. Él resolvió morir antes que vivir impotente frente al

despotismo consolidado por el pavor. De esta clase de héroes tuvo Roma, y hoy sólo se muestran en la tierra del sol y del misterio.

* * *

El asesinato de Paredes es una prueba más, pero no es la última, que el Gobierno de Venezuela está en las manos de un *criminal nato.* Ese mono enfracado no nació para el Capitolio sino para el presidio. Sus manos no fueron hechas para el bastón presidencial sino para el remo de las galeras. En un país civilizado, su destino habría sido el de todos los malhechores vulgares. Por robo, por lujuria, por odio, por el solo deleite de la sangre, habría cometido en los suburbios más remotos y menos custodiados, unos cuantos asesinatos cobardes y villanos como el homicidio perpetrado en Paredes, en niños, en mujeres, en ancianos. Habría pertenecido á la Mano Negra en Nueva York, ó á la Maffia ó la Camorra en Italia. Habría raptado niños para poner precio á su rescate. En el Sur habría violado blancas, asaltándolas en los caminos ó en las calles solitarias, como un oso hambriento, ó escalando las casas á media noche, en el delirio de su lascivia. Así las violó en las montañas de Venezuela, en las guerras civiles, á la cabeza de las hordas que lo seguían, ebrias de delito y de animalidad. Habría escapado á la justicia por algún tiempo, se le habría rastreado la pista y armado trampas cual á una bestia cebada, y al cabo, habría caído en las garras de la ley, que lo habría condenado á la silla eléctrica, ó á la horca, ó á trabajos forzados en la prisión perpetua. Entre las noticias menudas de la prensa se habría registrado su captura y su castigo, se habría hecho brevemente el recuento de sus atrocidades, y se le habría olvidado para siempre. Así la historia de su vida no se habría escrito sino en los libros penitenciarios, y su estampa no habría figurado sino en las colleciones antropométricas de las oficinas de policía.

Pero en Venezuela este fascineroso del montón, esta carne de presidio, este bandido obscuro, rudo, basto, brutal, sañado, inconsciente, sin nociones humanas; esta hiena africana, se sienta en la silla en que se sentó Vargas, y es Sumo,

es Máximo, es César, un Cesar de zahurda, un César de la muerte, absolutamente irresponsable, y absolutamente investido de la facultad ilimitada de hacer daño. Él solo llena la historia nacional de los últimos años, y sobre su calavera de fauno se han acumulado todas las coronas, y bajo sus sórdidas pesuñas se han enarcado casi todos los torsos. Ese galeote es Augusto en Venezuela. Eso de hacer de la noche á la mañana un personaje ilustre de un bárbaro miserable, sería milagro que nunca se ha visto, dice Montalvo. El milagro se ha realizado en Venezuela.

Paredes no es su última víctima. Los bebedores de sangre están siempre sedientos. Los cuervos tienen siempre hambre. La nostalgia del tigre es de carne. La maldad de este César de la antropofagía es insondable. A pesar de tantas víctimas y tantos crímenes, realmente nuevos en Venezuela, Venezuela no tiene aun idea de lo que es capaz la perversidad de ese monstruo. Su necesidad de dolor humano es infinita. De su reinado podrá decirse como del de Tiberio: no transcurrió un día que no fuera señalado con suplicios. Me río, dijo uno de los doce locos, porque pienso que á una señal mía todos podéis ser degollados. En ese verdugo hay un Calígula.

El fusilamiento de Paredes y sus compañeros no despertará á Venezuela. Muchos cadáveres caerán todavía, la sangre de muchas víctimas nutrirá todavía las manos espectrales del antropófago, antes de que Venezuela dispierte. No por obra de varón sino milagrosamente, desaparecerá el monstruo de su trono de osamentas. La conjuración que debieran hacer los hombres, la hará la podre, y la gloria del tiranicidio será de la pus. Falta de una generación libertadora, Venezuela será, esta vez, libertada por los gusanos. ¿Lucirá entonces el alba en el cielo que mezcló sus fulgores al fulgor de los ojos de Bolívar? . . .

Jacinto López.

NEW-YORK, marzo 1907.

Cipriano Castro acusado de homicidio ante los Tribunales de Venezuela. *)

Ciudadano Presidente y demás Miembros de la Corte Federal y de Casasión.

Presidente Dr. Constantino Guerrero, Vice-Presidente Dr. P. Brito Gonzalez.

Miembros: Doctor Alejandro Urbaneja, Dr. Enrique Tejera, Dr. Abdón Vivas, Dr. Carlos Grisanti y Dr. Horacio Velutini.

CARACAS, Venezuela.

Héctor Luis Paredes natural de Valencia, Venezuela, de treinta y seis años de edad, domiciliado en esta ciudad, Berlin, Zimmerstrasse 18, y sin ningunas relaciones de parentesco con el General Cipriano Castro, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, ante esa respetable Corte con el debido acatamiento expongo:

El dia 15 de Febrero del corriente año á las 3 A. M., poco más ó menos, se cometió á bordo del vapor "Socorro" en el Rio Orinoco, el más espantoso de los crímenes que registran los anales patrios.

Mi hermano el General Antonio Paredes animado del deseo de ver á su Patria libre del despotismo que ejerce hoy sobre ella Cipriano Castro y sus pocos cortesanos, se lanzó á la guerra, de la misma manera que lo hizo Castro el 23 de Mayo de 1899, no con los funestos propósitos de este hombre, que no eran otros que los de convertir á Venezuela en su feudo, sino con el de restablecer el respeto á la ley y el orden

*) Los documentos que aqui se copian y muchos otros, fueron publicados en hojas sueltas (y reproducidos en periódicos extranjeros) porque actualmente no existe en Venezuela un solo diario independiente. Todas las empresas periodísticas que en otro tiempo florecieron, fueron suprimidas y sus dueños encarcelados y arruinados poco después del triunfo del *Restaurador*. Para juzgar del estado de salvajismo que impera en aquella República convertida hoy en cacicazgo, obsérvese la libertad de imprenta existente en otros países inclusive los monárquicos . . . . En cuanto al curso legal de esta acusación, lo reclamará la sociedad venezolana cuando suene la hora de la justicia y se restablezca en Venezuela la eficiencia de la Ley.

administrativo. Paredes se lanzó á la guerra casi solo y desarmado, porque Castro *le hizo confiscar el armamento y expulsar* por las autoridades de Trinidad, no dejándole otro camino que pasar en unos botes á Venezuela, á cumplir su palabra y sus compromisos.

Desgraciadamente para la Patria mi hermano cayó prisionero y el actual Presidente de la República, en lugar de ordenar que se le abriese el juicio correspondiente, si era que él había cometido algún delito, *ordenó su fusilamiento, haciéndose así responsable del delito de homicidio perpetrado en la persona de mi hermano y sus demás compañeros,* ciudadanos M. D. De Lima, Diaz Hernández, y los demás que en la averiguación del hecho aparecen. Fueron además sacrificados con el General Paredes, *dos ciudadanos norte-americanos, lo cual atraerá á Venezuela una nueva cuestion internacional.*

Tan horrendo asesinato rodeado de todas la circunstancias agravantes que requieren nuestras leyes para que se condene al reo al máximo de la pena, no puede ni debe quedar sin castigo y *es ese el Tribunal que de acuerdo con lo dispuesto en el No. 10 del Art. 95, de la Constitución de los Estados Unidos de Venezuela, debe conocer de esta acusación y aplicar la pena correspondiente á tan cobarde criminal,* que basado en la falsa creencia de que su crimen quedaría impune, *ordenó su ejecución.*

Para honra de la Patria, ese respetable Tribunal debe ordenar de acuerdo con lo dispuesto en el *Art. 63, del Código de Enjuiciamiento Criminal, la formación del sumario correspondiente.*

El fusilamiento de un prisionero está prohibido por las Leyes en Venezuela y por consiguiente su ejecución constituye el *delito de homicidio intencional ejecutado con alevosía, desde el momento en que el culpable obra á mansalva y abusa de la superiodidad de la fuerza de las armas, y de la autoridad,* y como esa Corte verá por la relación especificada de las circunstancias esenciales del hecho, el delito fué ejecutado *de noche* y *en medio de las selvas.*

Mi hermano Antonio fué hecho prisionero en el "Rosario" y allí fué amarrado por los brazos como se acostumbra hacer con los prisioneros en Venezuela y conducido á pié junto con sus demás compañeros, por las fuerzas del Gobierno Nacional, al mando de Jesús García, hasta el pueblo de "Barrancas" en donde los embarcaron en el vapor "Socorro" á bordo del cual *les notificaron que tenían orden del General Castro para fusilarlos, y en medio de la noche, en la soledad de las selvas iluminadas únicamente por las luces de á bordo de aquel pequeño barco que debia ser el escenario de uno de los más horribles crímenes de Castro, se procedió á la ejecución, dándole muerte á mi hermano y sus demás compañeros, atados todavía, y arrojando sus cuerpos á las aguas del Orinoco.*[1]) El gran rio indignado mantuvo los cadáveres aflote, para denunciar al mundo el monstroso crimen, presentándolos á los pasajeros del vapor "Delta" quienes los vieron y pudieron identificar algunos de ellos. Antes de dar muerte á mi hermano, se le permitió escribir á su familia y se nos informa que su carta llegó á manos del Consul de Venezuela en Trinidad, quien *no la dejó llegar á su destino.* ¡Era demasido abrumador para los asesinos el sublime heroismo del Martir! ¡Los malvados se apresuraron á dar muerte al enemigo que siempre los combatió con lealtad y honradez y privaron á Venezuela del hombre que había consagrado su poderoso esfuerzo á encaminarla por la senda de otros ideales y de otro porvenir!

Yo sé ciudadanos Jueces, que tal hecho ha llenado de pavor á Venezuela, pero sé tambien que por sobre todo está la justicia y por eso ocurro ante esa respetable Corte, de acuerdo con lo *dispuesto en el No. 10. del Art. 95. de la Constitución Nacional, acusando formalmente al General Cipriano Castro, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela,* mayor de edad y domiciliado en esa ciudad, *del delito de homicidio intencional ejecutado con alevosía en la persona de mi hermano el General Antonio Paredes en la noche del 15 de Febrero 1907, á las 3 A. M. á bordo*

[1]) El cadaver del General Paredes al que los asesinos habían dado de sablazos, fué retirado de las aguas y enterrado piadosamente por mano amiga.

del vapor "Socorro" sobre las aguas del Orinoco y de cuyo crimen es autor el expresado General Castro por haber ordenado directamente su perpetración.

Pido respetuosamente al Tribunal se sirva librar exhorto por el órgano correspondiente, para que el Juez de Port of Spain, Trinidad, tome las declaraciones de los testigos General Juan P., Peñaloza, Dr. Jorge Pereyra, Genl. J. M. Betancourt Sucre, Jacobo G. Capriles D., Genl. J. M. Córdoba, Jesús R. Alfonzo, Joaquín Pildain, Antonio Espinosa, Manuel Butrón, Juan Bautista Aguirre, Genl. Simón Cedeño, J. R. Marcano, Genl. Juan S. Lobo y Ramón Barboza, domiciliados en esa ciudad quienes tienen conocimiento del hecho.

Juro no proceder falsa ni maliciosamente y pido al Tribunal se sirva librar exhorto por el órgano correspondiente al Juez de esta ciudad para que yo ratifique ante él este juramento y el contenido de este escrito.

Héctor Luis Paredes.

BERLIN, 19 de Abril de 1907.

¡A mis compatriotas!
Cipriano Castro acusado ante el Congreso de Venezuela.

Honorable Señor Presidente y demás Miembros de la Cámara del Senado.

Honorable Señor Presidente y demás Miembros de la Cámara de Diputados.

CARACAS. Venezuela.

Héctor Luis Paredes, natural de Valencia, Venezuela, de treinta y siete años de edad, domiciliado en esta ciudad, Berlin, Zimmerstrasse 18 y sin ningunas relaciones de parentesco con el General Cipriano Castro, actual Presidente de Venezuela, ante ese supremo Congreso con el debido acatamiento expongo:

El 19 de Abril ppdº dirigí á la Alta Corte Federal y de Casación de Venezuela, una acusación contra dicho General

Cipriano Castro, por el delito de homicidio, perpetrado en la persona de mi hermano el General Antonio Paredes y *diez y seis ciudadanos venezolanos.* Tengo el honor de incluir el texto de dicha acusación que se funda extricta y legalmente sobre la Constitución de Venezuela y para más amplia información envío á ese Honorable Congreso, muchas publicaciones européas, norte y sur-americanas que ilustran sobre las circunstancias agravantes del asesinato.

El Tribunal venezolano estando bajo la presión de las bayonetas del Gobierno actual, no ha podido dar curso legal á dicha acusación, y siendo mi deber llevar adelante este proceso, me permito hacer una sucinta relación de los hechos y causales del crimen, que someto con el debido acatamiento al criterio y decisión de ese supremo Congreso. Esta acusación y los documentos que seguirán viendo la luz pública, si no están destinados á alcanzar la *justicia* que solicito, lo están á presentar al Dictador de Venezuela ante el mundo entero, bajo su verdadero aspecto, mientras paso á otra cosa:

El 23 de Mayo de 1899 alzose en armas contra el Gobierno constitucional de mi Patria un revolucionario, de cuya fama tenebrosa solo se oian confusos rumores, porque aquel era un hombre sin nexos con ninguna sociedad y pertenecía á una lejana región de Venezuela. Era Cipriano Castro.

En aquella emergencia, que ponía en peligro al Gobierno de Andrade, que la revolución de Hernández dejó postrado, llevaron algunos Ministros al consejo del Presidente de la República su opinion de enviar al General Antonio Paredes á combatir á Castro, pero el Presidente no quiso oir aquel consejo que habría salvado á Venezuela, y guiado por mezquinos sentimientos decidió mandar otros Jefes, quienes sin conciencia de sus deberes militares y sin honor, traicionaron al Gobierno Nacional y facilitaron el triunfo á Castro *Ya adueñado éste de la República,* manda el Presidente Andrade al General Paredes á defender una plaza sin elementos, y faltando á su promesa de enviárselos, allí lo deja abandonado fugándose al extranjero. Un mes *después* de aquella fuga histórica y después de negarse á toda transacción con el *asaltador del Poder,* combatió el General Paredes

con un puñado de hombres un ejército poderoso que Cipriano Castro ya transformado en Dictador, envió contra él: la resistencia duró hasta que se agotaron las municiones y el General Paredes cubierto de heridas, cayó en manos del hombre semisalvaje que debía convertirse por muchos años en el azote de Venezuela. *Tres años de prisión con cadena* fué el castigo que entonces se infligió al prisionero; con el cual habia firmado Castro, para recibir la plaza de Pto Cabello, un tratado, obligándose á dejarlo embarcarse para el entranjero con sus oficiales. No fué sistemática la inflexible oposición del General Paredes contra el engreído aventurero, y los acontecimientos que se desarrollaron después evidencian, cuanta razón tenía aquel, para haber rechazado *siempre* las proposiciones de Castro y para no aceptar *ningún trato* con el Gobierno que nació de la *Usurpación* y trajo al Poder á un antiguo *presidiario.* (El que *ha estado preso* por homicidio, es *presidiario!)*

Con motivo del conflicto de Venezuela con las Potencias extranjeras, fué puesto en libertad el General Paredes para que combatiese por su Patria, pero él rechazó de nuevo aquella aportunidad de acercarse al Dictador, y declaró desde el extranjero que "al hacerlo necesario el conflicto internacional, él combatiría por su Patria, pero jamás á las órdenes de Cipriano Castro".

Esta actitud inflexible cuanto honrosa preparaban al soldado que mereció más de una vez el título de héroe, la *venganza* del *avezado criminal* que hoy manda en Venezuela.

Terminado el conflicto internacional en que las Potencias *obligaron* á Castro á *garantizarles* su deuda, *á costa del 7% de las aduanas y con mengua de la dignidad nacional,* continuó el General Paredes trabajando hasta conseguir armas suficientes para equipar una expedición contra el desequilibrado governante; por desgracia para Venezuela, las autoridades de Trinidad de acuerdo con Castro, confiscaron el parque allí depositado y *expulsaron perentoriamente* al jefe de le Revolución, que quedó enteramente imposibilitado. Fuese sin embargo, á Venezuela con algunos oficiales, el hombre que en todo tiempo supo prescindir de su

propia conservación, por el bien de la Patria, pero, ¡oh, suerte injusta! no tardó en caer en manos de los verduges preparados de antemano, que recibieron instrucciones de Castro para *asesinarlo de noche* y hacerlo *desaparecer* en las aguas del Orinoco. Asi se hizo, *dando muerte á diez y siete* venezolanos honrados, por haberse rebelado *contra el supremo desorden* que reina en Venezuela. ¡Aquello fué una catástrofe que hace dudar de la Providencia! ¡La virtud inmolada por el vicio!, ¡el honor puesto á muerte por la infamia!

El mundo entero sabe hoy la historia de ese crimen, puesto en práctica para *afianzar* el reinado del *monopolio, del robo y del asesinato* que encabeza Cipriano Castro ....

De acuerdo con la Constitución de Venezuela que establece la inviolabilidad de la vida y la responsabilidad del Presidente de la República, por delitos comunes, acuso al infame criminal Cipriano Castro de haber asesinado *diez y siete prisioneros indefensos,* de haber cometido este delito para amedrentar á los que no conocen sus derechos y continuar sin oposición su carrera de atrocidades.

Acuso á Cipriano Castro *de acuerdo con lo dispuesto en el No. 10 del Art. 95 de la Constitución Nacional, del delito de homicidio intencional, perpetrado en la persona de mi hermano el General Antonio Paredes y de los demás ciudadanos á quienes se dió muerte sin fórmula de juicio!*

Acuso al criminal Cipriano Casto, ante ese supremo Congreso, de haber corrompido y desmoralizado la ciudadanía de Venezuela; de haber traído la ruina y el descrédito de nuestro país y la perversión *incalculable* de centenares de nuestros compatriotas; él es responsable del desfalco de *3 millones de Bolívares* que ha ocasionado la caída de los Ministros, á quienes *él dió el ejemplo del robo.* Acuso á Cipriano Castro ante el mundo entero, de haber matado un cura á puñaladas, de haber violado y matado mujeres, saqueado é incendiado poblaciones é iglesias. Acuso á ese *malhechor impune* de tener *monopolizados* en Venezuela *todos los artículos de primera necesidad* y de haberse apoderado de la Empresa de la electricidad de Caracas, del

Ferrocarril de La Ceiba, de la Compañia de vapores del Orinoco, etc. etc. etc., lo cual ha pervertido la moral en Venezuela y traído por consecuencia el robo de los Ministros y los robos de los socios y agentes particulares del *primer ladrón de la República.*

¡Ciudadanos Senadores y Diputados! Vosotros sois inmunes, sois los Representantes del Pueblo. *¡Cumplid vuestro deber! ¡Echad abajo los monopolios!* ¡En vuestras manos está decretar la destitución de ese malhechor que deshonra la Patria de nuestros antepasados!

Héctor Luis Paredes.

BERLIN, 25 de Junio de 1907.

A los venezolanos.

¡En la unión está la fuerza!

¡Compatriotas!

Sabeis cual es mi actitud desde que una orden de muerte firmada por Cipriano Castro contra mi hermano, el General Antonio Paredes y *diez y seis ciudadanos venezolanos,* vino á hacerme desistir de mi retraimiento para tomar la defensa de esa causa sagrada, de esa cuestión de honor y de justicia en que está interesada la sociedad venezolana; porque tal acto de barbarie, previsto y castigable por las leyes de nuestra Patria, fué cometido para sostener la más profunda inmoralidad como sistema de Gobierno; para afianzar, como antes he dicho, el imperio del monopolio, del robo y del asesinato.

¡No es un sofisma esta montruosa trinidad del crimen! Vosotros *sabeis* cuantos monopolios impone el Gobierno de Castro al sufrido pueblo venezolano; *habeis visto* come se roban milliones al tesoro público y *estais informados* de que nuestros hermanos y compatriotas

fueron asesinados sin piedad en "El Apostadero" en la playa de "La Iguana" y á bordo de los vapores "Soccorro" y "Zumbador".

¡Compañeros de causa!

Era mi deber hacer luz en este tenebroso asunto; he sometido el caso á los tribunales de la República y en nombre de Venezuela, he pedido *justicia* al Congreso Nacional. Empero, ha llegado el momento de adoptar otro plan que no sean manifestaciones escritas, pués ahí está Cipriano Castro apoyado en los fusiles mercenarios para impedir el efecto de la ley. Inaudito es, pero facil de explicarse, como se sostiene en el Mando el individuo más odiado y despreciado de Venezulena, contra el querer del país, que pide orden, justicica y libertad. ¡Donde no hay unidad de acción, ni existen partidos políticos organizados, no puede reinar sino el derecho de la fuerza! Eso muestra que Venezuela, donde *las leyes son hoy letra muerta y el querer popular nada significa;* necesita enseñanza y organización para que la mayoría honrada decida de la suerte del país y no sea un cacique alzado en el Poder quien imponga su absurda voluntad. En los paises bien enseñados, una corporación cualquiera se hace respetar, porque marcha unida á discutir sus derechos; en Venezuela la gran mayoría desarmada no puede sacudir el yugo actual, porque carece de disciplina y no sabe organizarse. Del patriotismo de los venezolanos depende en estos momentos convertirnos en los más fuertes; *organizarnos* primero, luego *armarnos* para romper de una vez las ligaduras de la Patria.

¡Compatriotas!

No se trata de ir á Venezuela á combatir con armas desiguales, sino de adquirir el impulso de fuerza incontrastable para derrocar et Despotismo. Para eso no hay más que un medio: *¡la unión!* Os dije en mi publicación del 23 de Junio que pronto se conseguirían los elementos necesarios para armar á Venezuela contra sus opresores, y ese acontecimiento que pondrá término á las vergüenzas de la

Patria, no ha tenido lugar todavía, porqué la revolución no ha reconocido un caudillo, una cabeza capaz de iniciar y llevar á cabo la reforma de Venezuela. El material de guerra suficiente para hacer triunfar la moral ha sido prometido, al haber una mayoría organizada que caracterize y garantize el éxito. Esta promesa es el efecto de mi incesante trabajo, y el ofrecimiento de muchos militares para ayudarme, es consecuencia del eco insólito que mi pública actitud ha encontrado en el corazón de pueblo . . . . Con este capital político y con la actividad de que soy capaz, quiero iniciar el movimiento patriótico que ha de salvar á Venezuela y ponerme al servicio de Jefe Supremo que reconozcan las mayorías. Mientras no haya *unión* no habrán armas y mientras no hayan armas cargará el pueblo venezolano con los monopolios de Castro, estará el tesoro público sujeto á los asaltos de los depredadores y la vida de los ciudadanos á merced del *Déspota.*

¡Compatriotas!

Estamos en presencia de un conflicto internacional provocado por Cipriano Castro. ¿Adonde llevarán á Venezuela la ignorancia y los errores de ese hombre? ¿Son actos de mandatario cuerdo, el atropello y despojo del ciudadano norteamericano Jauret? ¿El atropello de la compañia de vapores del Orinoco, que *Castro despojó para hacerse él el propietario?* La Nación americana que antes nos ha defendido contra la invasión europea está hoy en camino de hostilizarnos, provocada y ofendida por Cipriano Castro y en caso de guerra internacional no queda sino un camino á Venezuela: la protesta colectiva de la ciudadanía contra el proceder del delincuente Castro. Venezuela no puede ser responsable de las arbitrariedades de un mandatario ignorante y es Cipriano Castro el *solo responsable* del conflicto que sobrevenga.

¡Compatriotas!

Bien sé que no es con palabras que se libertan los pueblos oprimidos, pero menos valen el silencio y la fuerza de inercia ante las desgracias de la Patria. Que el pseudo-

Presidente de Venezuela ha recobrado la salud, que ha asesinado nuestras infortunadas familias y desafiado á los extranjeros, no son motivos para creer que ha triunfado: ese individuo se ha puesto bajo la jurisdicción de la justicia interna y externa . . . Su fuerza es equívoca, *consiste en la división de sus contrarios.* Autorizado estoy yo para *llamaros á la unión* y es mi objeto deciros solemnemente que obtenida ésta, y reunidos todos en torno de la bandera Nacional, resolveremos en seguida el problema de la Patria . . .

Héctor Luis Paredes.

BERLIN, Septiembre de 1907.

Documentos para el proceso de Cipriano Castro, que someto al veredicto de mis conciudadanos.

Declaraciones de los Señores ex-Ministro del Interior y ex-Secretario-general de Castro.

BERLIN, 4 de Octubre de 1907.

Señor Julio Torres Cárdenas

PARIS.

Como aquí no estamos en Venezuela donde el asesinato del General Antonio Paredes y sus compañeros, ordenado por Cipriano Castro y sus cómplices (aunque denunciado ante los Tribunales de acuerdo con los respectivos artículos de la Constitución Nacional) no ha promovido averiguación alguna, la venida de Ud. á Europa me ha sugerido la idea de empezar á hacerme justicia por mi propia mano . . . Ocupado, sin embargo, de asunto que me importa más que descender al nivel de homicida en esta questión, le estimaría no me sirva de tropiezo y acceda como mejor pueda á lo que voy á exigirle:

Veo en el "Mémorial Diplomatique" del 15 de Sept. ppdº, entre otros datos el que sigue: "el Sr. Garbiras Guzmán, nuevo secretario de Castro, se apercibió de que dos piezas del archivo de la secretaría general habían desaparecido, y los dos empleados Landaeta y Gonzalez fueron aprisionados y torturados hasta que declararon ser Julio Torres Cárdenas quien había sustraído los documentos. Estos se refieren al asesinato del General Paredes y sus amigos, hechos prisioneros y puestos á muerte, como se sabe, por una orden de Cipriano Castro. Se dice que Torres Cárdenas ha guardado esos papeles para servirse de ellos como un medio de ataque contra Castro. Y es público que éste, faltando á la verdad, había *hecho circular telegramas oficiales,* afirmando que Paredes y sus compañeros habían sucumbido en la lucha" etc.

Sabe Ud. Sr. Torres Cárdenas que Castro acusado ante el Congreso Nacional y ante la Corte Federal y de Casación de Venezuela de acuerdo con el nº 10 del artículo 95 de la Constitución Nacional, está convicto de asesino, y que si el objeto de Ud. al conservar esas pruebas es atacarle, mejor están éstas en mis manos que en las de Ud.

Necesito esos documentos y que Ud. me aclare quienes son los cómplices de Castro. Si Ud. no me manda aquellos y no me responde *explícitamente* que parte tomó Ud. en la *venganza* de Castro contra el hombre á quien tenía miedo, lo consideraré tácitamente convicto y confeso de complicidad con Castro; convicto y confeso de complicidad con ese depravado miserable que comparecerá un día ante los Tribunales de esa tierra que fundaron los progenitores de Paredes, y si no hay justicia en Venezuela, ni la Ley puede nada contra los asesinos de *diez y siete compatriotas,* el mundo entero va á saber á lo que estoy dispuesto . . .

Si en el término de 8 dias no me ha contestado Ud., iré á buscarlo y le participo que no entraremos en explicaciones verbales . . .

(firmado) Héctor Luis Paredes.

Zimmerstrasse 18.

PARIS, Octubre 6 de 1907.

Señor Héctor Luis Paredes

BERLIN.

La versión del "Memorial Diplomático", de que, "empleados de la secretaría del Presidente Castro sustrajeron documentos que se refieren al *asesinato* de Paredes, para entregarlos á Torres Cárdenas, etc. etc., es falsa. Hace año y medio que estoy separado de esa secretaría, y además para la fecha de las prisiones de Gonzalez y Landaeta me encontraba todavía en territorio venezolano y por consiguiente á la mano del Sr. General Castro, quien no me hubiera dejado salir á ser cierta la especie que refiere el Memorial.

He lamentado la desgracia de su hermano porque fué mi condiscípulo y compañero de infancia, y nada hubiera sido más grato para mi, *que haberle salvado la vida.*

(firmado) Torres Cárdenas.

BERLIN, 4 de Octubre de 1907.

Señor Doctor José Rafael Revenga

PARIS.

En una hoja publicada en Trinidad, léese textualmente lo que sigue: "De otro lado tenemos el asesinato del General Paredes, ¡el fantasma de las tiranías! — Fué José Rafael Revenga el que ordenó la muerte de Paredes. ¡Vedlo!; las manos tintas con la sangre de sus víctimas! ¿Que hace Castro que no enjuicia á ese asesino, para que salve en parte siquiera otra responsabilidad? Revenga le hurtó el bastón de mando á Castro y pasó por sobre Gomez!" etc. — No me toca analizar la intención de esas palabras: Ud. me las explicará.

Se equivoca el que crea que los asesinos de mi hermano vendrán á pasearse impunemente aquí donde

no estoy. Si en Venezuela no hay leyes para castigar el asesinato de diez y siete hombres indefensos, aquí aplicaré la Ley del Talión á los autores de esa cobarde infamia.

Acláreme en el término de 8 dias el cargo que públicamente se le hace ó voy á buscarlo donde esté, y probará su familia los dolores que está sufriendo la mia . . .

(firmado) Héctor Luis Paredes.

BERLIN, 10 de Octubre de 1907.

Señor Héctor Luis Paredes

CIUDAD.

Con gran sorpresa leí su carta del 4 de este mes, pues en la sensible muerte de su hermano Antonio, antiguo amigo mio, *no tuve ninguna participación.*

Por lo tanto, considero hasta ocioso protestar contra las falsedades de la hoja publicada en Trinidad, á que Ud. se refiere.

(firmado) Dr. José Rafael Revenga.

(Hay otros documentos y telegramas).

Respetuoso como el que más al derecho de gentes y á las leyes, he recurrido á este expediente porque no tengo tiempo para entrar por las vías judiciales.

¡Considérese la *magnitud* y *premeditación* del crimen! *Castro,* tanto como los demás cobardes creyeron que matando los prisioneros á bordo de un buque, de noche, y echándolos al agua *como se ordenó hacerlo, ¡nadie lo sabría! Castro ha destruido los papeles relativos á su orden de matar los prisioneros, con lo cual no evita que muchos soldados espectadores del crimen, estén dispuestos á declarar la verdad, como ya lo han hecho.* —

Hasta nuevo requerimiento de los Tribunales de Venezuela, *queda comprobado por las declaraciones de los señores*

arriba, antes sindicados en la orden de muerte, *que fué Castro solo quien la dió,* y que los demás solo fueron encubridores unos, los otros verdugos sin conciencia.

A su debido tiempo decidirá la Justicia que castigo corresponde al miserable que por rivalidad personal asesinó sin misericordia un hombre honrado y *diez y seis* infelices inculpados; que castigo merece el criminal que se apoya en las armas de la Nación para imponer monopolios al pueblo y robarle el producto de su trabajo. *Que hable Cipriano Castro como lo reclama el honor de Venezuela.*

Excito á los valerosos militares venezolanos á responder mi última circular.

Héctor Luis Paredes.

BERLIN, Octubre de 1907.

Creo trabajar por la moral y hacer un servicio á mis compatriotas al publicar esta obra que muestra como son tratados los presos en las cárceles de Cipriano Castro, como mueren los venezolanos, unos en las prisiones otros asesinados por ese hombre cuyos crímenes son ya incontables; todo ello para sostener los negocios, los monopolios y las orgías del llamado *Restaurador,* que asaltó el Poder paupérrimo y hoy posee cuantiosos bienes en toda la República, habiendo traído ésta al estado de descrédito y miseria en que hoy se encuentra.

El silencio que observa Castro sobre el cobarde y villano asesinato de que fué víctima el General Paredes y sus infortunados compañeros es la prueba más evidente de que aquel está seguro de haber procedido en este caso como en todos los demás que lo han puesto en conflicto con las leyes. Al publicar los conocidos *telegramas oficiales afirmando* que

aquellos defensores de la libertad *habían sucumbido en la lucha*, cuando en realidad había ordenado que los sacrificaran amarrados en la proa de un buque y *en las sombras de la noche,* aparece Castro con la misma túnica de presidiario que llevó por delitos comunes en 1883, en la cárcel de San Cristobal. ¿Por que no se vindica él ni intentan hacerlo los que paga con ese objeto? ¿Y cual será el puesto que le corresponderá en la historia al pretendido *Restaurador* cuando se analicen judicialmente sus delitos y cuando se vean *los resultados* de la farsa contra los extranjeros con que ha venido engañando á los incautos?

En el cumplimiento del deber que mi actitud implica, tendente á restablecer en nuestra Patria el imperio de la ley, me acompaña el aplauso de mis conciudadanos. Morir en buena lid es una cosa, ser víctima de una venganza premeditada y del asesinato más espantoso con que se hayan hollado las leyes de Venezuela, otra.

Yo no puedo consentir en que los esfuerzos de muchas generaciones en que los hombres de mi familia se consagraron siempre al bien de de nuestro país y al trabajo honrado, queden reducidos á cenizas en la persona de mi hermano, porque á Cipriano Castro no le conviene que haya quien pueda pedirle cuenta de sus actos.

Me declaro *solidario* y sustentador inquebrantable de las ideas políticas y administrativas emitidas por el General Antonio Paredes en su libro póstumo, por las cuales luchó sin tregua y sufrió hasta ofrendar la vida, y juro laborar infatigablemente por que sus nobles ideales sean llevados á efecto en Venezuela.

Héctor Luis Paredes.

BERLIN, Noviembre de 1907.

INDICE.

Páginas

Prólogo 1

La Conspiración 1

El Miedo hace una de las suyas 4

Casi todos los presos se declaran contra el proyecto. — Narración y estratagema para tratar de conjurar el mal. — El plan primitivo y el definitivo . . . 8

Se restablece la calma en la prisión. — La vida en ella. — Nuevos síntomas de hostilidad. — Horas de zozobra 15

Fracaso de la Conspiración. — El General Bello. — El Coronel López 20

Noche en blanco. — Ulloa y su herida. — Injusticias con los oficiales en Venezuela. — Narración de Ulloa. — Caracteres de los compañeros de calabozo. — Reflexiones sobre la conducta de algunos militares 31

Servicio nocturno. — Bello me pide que escriba á mi familia. — Refacción de los calabozos. — Jorge Michelena. — Los empleados públicos en Venezuela. — Reflexiones sobre la conducta de Bello. 45

Páginas

Azotes á los soldados. — Triste condición de éstos en Venezuela. — Estado de los compañeros 60

Cesan los azotes. — El médico visita á Ulloa y á Carabaño. — Suposiciones. — El mal de Benedetti. — Nuevas pequeñeces de Bello 61

Noticias de los demás presos. — Conjeturas. — Violencias de los carceleros. — Algunos de ellos están recién llegados 64

Los compañeros. — Tarquís y Benedetti discuten. — Los grillos de Suiny. — La comida 66

La vida en "La Cueva Encantada" El baño. — Historias y anecdotas 71

Concesión á Benedetti. — Primera salida. — El "Club Marat" 79

"Crístico". — Noches de insomnio. — Carabaño . . . 81

Apertura del calabozo. — Nuestro estado. — Las esteras podridas. — Prospósitos sobre higiene. — Suiny procede á amolar la cuña de sus grillos. — Conversación sobre las mujeres al volver por la tarde al calabozo. — Varias aventuras 83

El barbero. — Noticia sobre *la serenata.* — Nuevo aspecto de los habitantes de "La Cueva Encantada". — Los visitantes restauradores 89

Márquez y Hermoso Prince 91

Concesiones. — Los libros y los lentes. — Los grillos y las cabulleras de Suiny 92

El catre. — La marona de Suiny. — Los grillos de Benedetti 96

Páginas

Carabaño mejora. — El ordenanza y "Cristico". — Un plan frustrado en otro tiempo 100

El Espía 104

La luz y la conversación de noche 106

Ojeda 108

Los libros 109

Hermoso Prince 110

"Cristico" y sus informes. — Lo someto á prueba . . 111

La carta 112

Monólogo silencioso. — Trino Pino 117

Una requisa 121

Conjeturas 125

Un nuevo Regidor. — Reflexiones 126

Un espectáculo aflictivo. — Nuevos huéspedes en la "Cueva Encantada" y en el "Club Marat". — Recuerdos históricos 129

Los recién llegados. — Pino herrero. — Reflexiones. — Pulido cae en un lazo. — La revolución. — Viejos planes fracasados. — Reflexiones sobre la Revolución. — Un cuadro doloroso 132

Precauciones de los carceleros 150

En el patio del calabozo. — Reflexiones y recuerdos . 150

La máquina infernal. — Pino está en guardia 155

Los presos llegados de Caracas. — El negocio del tubo por poco termina en tragedia. — Comentarios y recuerdos. — Proyectos de venganza. — Conversación con motivo de estos 159

Páginas

Una nueva agresión. — Vuelvo al encierro. — Los asoleados y los del "Club Marat". — Justicia *restauradora*. — Los platos quebrados 171

Sigo encerrado. — Astucia de Benedetti. — Los toldos. — Empleo del tiempo 177

Horas de lectura 179

Un drama francés 180

Los "grillos restauradores". — Una romanza 182

Los nuevos grillos. — Ensayos y proyectos. — Los otros *engrillados*. — El aparato. — Historias de Benedetti y Suiny 187

Los grillos nuevos. — Conversación de los viejos de la "Cueva Encantada". — Una fábula 198

La cuña de los grillos de Pulido. — Revista general. — Sus resultados. — Reflexiones de Benedetti . . 204

Un libelo 208

Muerte de Prieto 214

El asesinato en Los Andes. — Indole del pueblo de Venezuela. — Proyectos de trabajo. — Las riquezas de Venezuela. — Apreciaciones sobre la posibilidad de un buen gobierno 217

Guanaguana 230

Estudio de inglés. — El pedazo de cepillo y el gato. — Los petates volando. — Comentarios y reflexiones 231

Moreno. — La fosfatina 238

Coro 239

Los toldos y la traducción. — Situación de Carabaño . 242

Traslación de Carabaño 244

Páginas

Las noticias. — La almohada de Angulo 246
El lavado. — Colina enfermo 247
Muerte del General Carabaño Izarra 249
El dinero 251
Salas 254
Las cuentas 255
El arroz 256
En el patio del calabozo. — Una requisa. — Proyectos de Benedetti 258
El espía. — Volvemos al azafate 264
Agelvís 268
Colina 270
Colina mejora. — La revolución 271
Conjeturas sobre la revolución 273
El tiroteo 276
Una carta 280
El cigarillo. — Pino friolento 281
Medina enfermo 283
El enfermo y el enfermero 284
Muerte del General Medina 286
Matos y Mendoza 288
La libertad. 290
Epílogo 305

Es propiedad. — Derechos reservados.

Esta obra se encuentra en depósito en casa de los
Señores Davidson and Todd.
Puerto España. Trinidad.

M. S. Sánchez

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

SA 9610.16
Diario de mi prision en San Carlos
Widener Library
006265593
3 2044 080 571 110